
Rechazada
POR EL
CEO
EMBARAZADA DE LOS HIJOS DEL GRIEGO
YULE TRAVALON

Rechazada por el CEO

EMBARAZADA DE LOS HIJOS DEL GRIEGO

YULE TRAVALON

Copyright © YULE TRAVALON

Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Su propósito es entretener a las personas. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con nombres, fechas o eventos reales es pura coincidencia.

Se prohíbe el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio —tangible o intangible— sin el consentimiento por escrito del autor.

La violación de los derechos de autor es un delito conforme las leyes internacionales de propiedad intelectual y puede ser sancionada de acuerdo con la legislación aplicable en cada país.

Índice

Índice
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Epílogo

"Y cuando la tormenta haya pasado, probablemente te será difícil entender cómo lograste atravesarla y seguir con vida. De hecho, ni siquiera sabrás con certeza si realmente pasó. Pero una cosa es segura: al salir del otro lado de la tormenta, ya no serás la misma persona que entró en ella. Justamente, ese es el sentido de la tormenta de arena."

— **Haruki Murakami** en *Kafka en la orilla.*

Prólogo

Jessica Navarro

—Estoy aquí para reunirme con el Dr. Lykaios.

Al llamar la atención del recepcionista, parece que lo he ofendido de mil maneras. El hombre, más o menos de mi edad, pone los ojos en blanco y me lanza una mirada altiva.

—¿Nombre?

—Jessica Navarro. —Me seco las manos frías y sudorosas en los laterales del pantalón.

—Un momento, señorita. —Gira la silla, descuelga el teléfono y marca un número.

Cuando vi las fotos del Hospital Mater Dei en el álbum de mi abuela, no me pareció tan grande. Ahora que estoy aquí, de pie en la recepción, me siento hipnotizada.

Primero, porque el edificio ocupa toda una manzana en el barrio Jardins, en São Paulo: todo revestido en cristal, dos torres de quince plantas y jardines verticales que bajan desde la azotea por las fachadas. Segundo, porque no llevo ni cinco minutos aquí y ya he visto a tres celebridades dentro.

—¿Señorita? —El hombre carraspea y llama mi atención.

—¿Sí?

—Necesito su DNI. —Extiende la mano. —El doctor Lykaios la está esperando.

—Perfecto. —Meto la mano en el bolso, saco la cartera y le entrego el documento.

Mientras me registra, hago un repaso rápido de todo lo que necesito decirle al Dr. Lykaios. Sé que es un hombre muy ocupado, así que debo aprovechar cada segundo.

Será algo así: buenos días, doctor. Me llamo Jessica, soy nieta de María de Lourdes Navarro, ¿la recuerda? Mi abuela siempre presume de haber inaugurado este hospital junto con usted.

—Aquí tiene su documento. Cruce al otro edificio, planta once, sala siete. Que tenga un buen día. —Me entrega una

acreditación provisional y el DNI.

—Gracias.

Tardo unos minutos en llegar al lugar indicado, tomo el ascensor y pulso el botón del undécimo piso.

Carraspeo y trato de retomar el hilo de mis pensamientos, así calmo la ansiedad: me acabo de graduar como técnica en enfermería, pero no conseguí trabajo en Poços de Caldas, mi ciudad en Minas Gerais. Y mi abuela está empezando a mostrar signos de Alzheimer. Siempre ha vivido en São Paulo, así que vine para cuidarla. Ahora que mi tía ha llegado para ayudarme y, con los ánimos de mi abuela, he venido a buscar empleo aquí. Prometo que seré tan dedicada como ella.

Cuando ensayo mi mejor sonrisa frente al espejo, el ascensor se detiene. La puerta no se abre hasta que acerco la tarjeta, y entonces me dirijo a la sala 7.

Doy tres golpecitos tímidos y escucho una voz grave y potente desde dentro:

—Adelante.

Sin pensarlo mucho, entro… y frunzo el ceño.

El lugar parece más un dormitorio que una oficina digna del CEO del Hospital Mater Dei.

Un dormitorio lujoso, eso sí: dos sofás enormes en las esquinas, un escritorio con un portátil y dos ordenadores, la pared izquierda repleta de libros sobre cirugía general, trauma, administración, y claro, una cama de hospital.

También me desconcierta que el ambiente esté en penumbra. ¿Cómo vamos a conversar así?

—¿Jessica? —La voz del Dr. Lykaios me hace temblar.

Es un sonido tan firme, exigente, con tanta autoridad que me pongo en alerta.

—¿Sí? —Me encojo y lo busco con la mirada.

—Ah, qué bien que has llegado. —Sale del baño de la suite, se pasa las manos por el cabello mojado y desabrocha la bata blanca. —Estoy completamente tenso.

—Vaya, qué pena, señor... —Hago un puchero.

—Vamos a resolverlo ahora mismo.

Primero dudo que vaya a quitarse la bata delante de mí. Pero lo hace. ¿Y qué pienso de inmediato? Que debajo llevará un traje

perfectamente entallado, con ese aire de hombre de negocios o, al menos, ese típico CEO dominante con un pasado traumático que, en lugar de ir a terapia, lo canaliza todo a través del sexo.

—¿A-ahora? —Doy un paso atrás.

—Sí. Ha sido tan difícil conseguir esta cita, y necesito esto ya.

El doctor Lykaios está desnudo, frente a mí.

Y me sorprende lo joven que es.

Mi abuela dijo que trabajó codo a codo con él, así que… ¿cómo es posible que no parezca tener más de cuarenta?

Konstantino Lykaios me hace un gesto con la mano derecha para que me acerque, y yo doy otro paso hacia atrás. Me doy contra la puerta, contengo la respiración y trato de resistir las ganas de huir… pero son más fuertes que yo.

Salto hacia la manilla y trato de abrir la maldita puerta, pero no se mueve.

—La he cerrado con llave. Para que tengamos privacidad y no nos interrumpan —explica.

—Aaah... —Siento cómo la luz abandona mi cuerpo.

Y cada parte de mí empieza a arder. La piel me hormiguea, sobre todo los muslos y el bajo vientre. Cuando Lykaios se estira, mostrando los bíceps, los abdominales tan firmes como su erección y esos muslos torneados… vuelvo a la manilla e intento arrancarla de la puerta.

—¿Ves lo tenso que estoy, Jessica? —Sigue llamándome con la mano. —De verdad necesito un buen masaje… y correrme tan fuerte al final que el cuerpo se me quede dormido. ¿Puedes hacer eso por mí, princesa?

¿Princesa?

¿Este pervertido quiere soltar obscenidades y encima llamarme princesa?

Abro los ojos de par en par, inhalo todo el aire que puedo y levanto el dedo índice, lista para echarle un sermón a este desgraciado, pero me interrumpe. Da unos pasos lentos hacia mí, con la mirada recelosa.

—¿Jessica? ¿Ocurre algo?

—¡Sí! Quiero decir… no. Es decir… ¡sí! —Intento empujarlo con mis manos, pero es tan fuerte que avanza igual y me acorrala contra la pared, mirándome desde arriba.

Konstantino debe medir al menos un metro noventa, y yo me desvanezco con mis humildes uno cincuenta y ocho.

—¿Qué pasa?

—Creo que… ha habido una confusión —intento explicar.

Y mi cerebro, que funciona más rápido que mi lengua, dispara todo de golpe: estoy aquí por el trabajo, mi abuela con Alzheimer trabajó aquí, ella me recomendó, necesito la experiencia y el salario, me ha gustado São Paulo, pero no tengo ni para comprarme unas bragas, ayúdame, ¡Dioooooos!

—¿Un... error? —Muerde su labio inferior y ladea la cabeza como un perro curioso.

Y ahí... me rompe.

Siento que las piernas me fallan y empiezo a hiperventilar.

—Ah, sí, ya sé que normalmente no haces sexo durante estas sesiones de masaje. —Acaricia mis hombros. —Pero... en cuanto escuché tu voz sentí un escalofrío. Y al mirar tus ojos... —sonríe como un canalla— no sé si voy a poder resistirme.

El doctor se aparta, va hasta el sofá y saca su cartera. Extrae un fajo de billetes de cien reales y empieza a contarlos delante de

mí.

—Quinientos por el masaje. —Separa la cantidad. —Dos mil por ti.

Mis pupilas se dilatan. Creo que estoy en el paraíso.

Un hombre de escándalo, bronceado, que parece esculpido en mármol... y con dinero. Miro a las paredes en busca de cámaras y le lanzo mi mejor mirada de sospecha.

Mi cerebro se rinde a intentar entender qué está pasando, y lo único que sale de mi boca es:

—¿Valgo tan poco?

Eso parece sorprenderle. Lykaios examina mi cuello, mis pechos, se acerca con cuidado hasta que siento el calor subiendo por mi piel, aunque ni siquiera me toque.

—¿Cinco mil? —Sube la oferta.

—¿Por mi virginidad? ¿Cin...co mil? —digo, silabeando, ofendida.

—Diez. —Me enseña el fajo final. —Vamos, los dos salimos ganando...

—Diez puedo considerarlo. —Suelto el pomo de la puerta y cruzo los brazos.

—Vas a recibir un extra generoso si consigo correrme tan fuerte que mi cuerpo quede como si me hubieran metido morfina. —A cada palabra que dice, se acerca a mi oído, hasta que susurra... y al final, me muerde.

Le doy un bofetón en la cara y me aparto, con el cuerpo erizado y un nudo de culpa en la garganta.

—¿Pero qué es esto?

—E-estoy... —tartamudeo— evaluando tus reflejos.

—Picarona y violenta. —El señor Lykaios se ríe. —Te doy un extra si tú también te corres.

—Vale. ¿De cuánto dinero estamos hablando exactamente? —Hago una pausa, intentando entender de qué va esto.

El trabajo puede esperar, este hombre quiere pagarme más que el salario mínimo por un masaje con beneficios. Después ya veremos el contrato; con lo anestesiado que va a quedar, seguro que firma mi alta laboral con la polla.

—Nueve...

—¿Novecientos?

—Nueve mil.

—¿Mil? —grito.

—Pero tiene que ser muy placentero. —Guiña un ojo.

—¿Puedo quitarme la ropa? Está empezando a hacer calor aquí. —Me abanico.

—Te la quito yo. —Lykaios masajea mis hombros antes de tirar de mi blusa.

Y por reflejo, le doy otro manotazo y me aparto, porque parte de mi cerebro aún no ha procesado lo que estoy a punto de hacer.

—No, prefiero quitármela yo. —Lo empujo suavemente. —¿Por qué no te tumbas mientras me preparo para ti?

—Perfecto. Ha sido una semana de mierda y necesito relajarme...

—Doctor, hoy es lunes. —Frunzo el ceño mientras cuento los billetes y reviso si son verdaderos.

—El fin de semana fue brutal.

—Me lo imagino.

—Y para empezar bien esta semana, necesito alimentar mi adicción.

—Doctor, yo no soy camello —le advierto por si acaso.

Un masaje, una corrida y quizá una chupadita te puedo ofrecer, pero romper el código penal ya es otra historia.

—Sexo, Jessica. —Se ríe. —Soy adicto al sexo.

—Ah... maravilloso. —Guardo el dinero. —Solo una pregunta... usted no será el CEO del hospital, ¿verdad?

—No —responde al instante.

—Genial. —Suelto un suspiro.

Porque todo el mundo sabe que trae mala suerte follarse al jefe, y más todavía antes de entregar el currículum.

Kostas se tumba en la cama, estira el cuerpo y yo me quedo paralizada, sin saber qué hacer. Su cuerpo está esculpido, terso... y realmente parece tenso.

—No te olvides de quitarte la ropa, Jessica. —Señala en mi dirección.

—¡Claro! —Empiezo a desvestirme de la forma más torpe y desesperada que puede lograr un ser humano.

Y cuando me acerco a Kostas, paso las manos por los laterales de su cuerpo e, inmediatamente, me aparto. Es como si hubiera tocado un cable pelado, el impacto me sacude, me pone en alerta, y siento mi corazón martillar contra el sujetador.

Dios mío, ¿qué estoy haciendo?

—Hay una crema encima de la mesa. —Señala con la voz apagada, ya que tiene la cara apoyada boca abajo.

Tomo el frasco, embadurno mis manos y paso los dedos por la espalda del doctor.

—Necesito que sea más firme e intenso —murmura.

—¿Así va mejor? —Pongo toda mi fuerza, presionando con las palmas como si quisiera hundirle la columna.

—¿Estás haciendo fuerza? —se burla.

Se gira de lado en la cama, quedando boca arriba... y no solo esa parte está mirando hacia arriba. Me agarra de las manos con firmeza y me jala directo contra su pecho, que masajeo mientras evito mirarlo a los ojos.

—Súbete.

—¿Qué?

—Encima de mí. Súbete.

—¿No es un poco pronto para eso? Primero el masaje, luego los beneficios... —bromeo, manteniendo una sonrisa nerviosa dibujada en el rostro.

—Quizá con tu cuerpo logres hacer la fuerza suficiente.

Kostas me arrastra hacia él y, antes de que pueda decir nada, ya estoy montada encima. La sensación es como si estuviera sobre un toro musculoso, fiero y con mirada salvaje.

—Ahora masajea con ganas. —Guía mis manos por su torso.

—¿Así? —Hago lo que me pide.

—Creo que mi columna acaba de alinearse. —Hace crujir el cuello y me clava los ojos. —¿Por qué sigues vestida?

—¿Lo estoy? —Miro mi sujetador rosa y las bragas verdes.

—¿Te gusta hacerte la inocente, Jessica? —El doctor Lykaios se incorpora lentamente, contrae los abdominales y respira con intensidad contra mi rostro cuando su nariz roza la mía.

—¿Yo?

—Me encantan estos jueguecitos, me divierten mucho.

Siento sus manos deslizándose por mi cintura, suben por la espalda y desabrochan el sujetador. Él arquea una ceja, como pidiendo permiso, y yo se lo doy, en silencio.

—¿Tienes miedo?

—No. Es que... de verdad, nunca he hecho esto. —Paso los dedos entre mi cabello.

—¿Y quieres hacerlo?

—Quiero. —Lo miro profundamente a los ojos.

El impulso magnético es más fuerte que cualquier pensamiento. Mi boca es atraída hacia la suya al instante y él me abraza con fuerza, invierte nuestras posiciones en la cama y deja caer todo el peso de su cuerpo sobre mí.

Me siento aplastada, sin aliento y completamente dominada por su deseo.

Y no quiero luchar contra eso.

Frota su cuerpo lentamente contra el mío, explorando cada centímetro de mi piel, como si fuera yo quien hubiera pagado por el masaje.

Suelto un gemido al sentir cómo su boca se prende a mi cuello. El chupetón es lento e intenso, igual que sus manos curiosas que recorren mi cuerpo hasta colarse entre mis piernas, donde masajea con suavidad un punto tan sensible que me obliga a juntar las rodillas y querer moverme, cosa imposible, ya que está encima de mí.

Kostas respira hondo, casi frustrado, pero con esa mirada traviesa, pupilas brillantes y labios encendidos, a un palmo de los míos.

—¿Vas a quitarte las bragas o lo hago yo?

—Yo lo haré. —Asiento.

—Buena chica.

—Pero quiero estar encima.

—¿Ah, sí? —Se ríe. —¿Por qué?

—Porque quiero... —trago saliva— quiero tener el control. Quiero asegurarme de que soy yo quien lo tiene.

El doctor parece fascinado con lo que oye.

—¿Qué pasa?

—Empiezo a creer que de verdad es tu primera vez, Jessica. —Me toma de la cintura y gira nuestros cuerpos, dejándome arriba.

Me siento a horcajadas sobre su abdomen y me apoyo en su pecho.

Veo cómo Kostas lame las puntas de sus dedos índice y medio, posa la mano sobre mí y la desliza suavemente hasta metérmela dentro de las bragas.

Antes de que pueda responder a su provocación, otro gemido se escapa de mis labios y me estremezco sobre él.

—Deberías saber ya que este tipo de cosas no se trata de tener el control, sino de perderlo.

Siento el deseo consumir mi cuerpo cuando Kostas introduce los dos dedos dentro de mí. Me dejo caer sobre él e intento llenar mis pulmones de aire, mientras mis piernas pierden el control al ritmo de sus movimientos rápidos y sincronizados.

Eso solo hace que desee tenerlo por completo dentro de mí.

Lo necesitaba con tanta desesperación que me quedé sin aire al verlo ponerse el preservativo. Kostas me agarra de las piernas y, con la misma firmeza con la que las separa, es cuidadoso y gentil al penetrarme con lentitud.

Solo cree en mi virginidad cuando rompe el himen.

Su mirada de sorpresa y parálisis me divierten. Y yo intento contener el dolor placentero para mostrarle que está bien.

—Puedo parar ahora mismo —murmura.

—No. Solo quiero pedirte una cosa.

—Lo que quieras. —Respira cerca de mi cara.

—¿Puedes besarme mientras lo haces?

Kostas acaricia los lados de mi rostro con una ternura y un cuidado que no parecían existir en ese aire de canalla.

Cuando asiente, su nariz afilada choca contra la mía y presiona mi piel justo en el momento en que sus labios carnosos toman los míos y su lengua caliente busca espacio dentro de mi boca.

Así como dominó todo mi cuerpo, me hizo perder completamente la razón.

Sin duda, una de las mejores sensaciones de toda mi vida.

Capítulo 1

Jessica Navarro

Un mes Después.

Todo empezó con una caída en el baño.

Toda la familia pensó que mi abuela había sido imprudente al intentar cambiar la bombilla sola, con 65 años.

Mi madre y yo salimos corriendo de Poços de Caldas, una ciudad tranquila en el interior de Brasil, rumbo a São Paulo para asistirla y acompañarla al fisioterapeuta.

Sin embargo, la caída no fue más que el reflejo de algo mucho mayor: mi abuela empezó a perder cosas por la casa, la pillaba por las noches intentando comer comida congelada sin calentarla en el microondas, y un día, sin previo aviso, comenzó a confundir los nombres de todos.

—Valeria, ¿dónde está mi tarjeta?

—No lo sé, abuela, ¿no la dejaste en el bolso? —Cruzo los brazos mientras la observo revolver toda la estantería.

—¡Valeria, no estoy bromeando! ¡Otávio está en la panadería esperándome, se ha vuelto a olvidar la cartera! —se queja.

—Abuela… —respiro hondo y trago saliva— el abuelo murió hace tres años. Y… soy Jessica, ¿te acuerdas?

Pero eso no fue suficiente para impedirle seguir buscando su tarjeta, encontrarla en el bolso —tal como le había sugerido— y marcharse a la panadería tras un recuerdo que aún latía fuerte en ella, aunque estuviera lejos de la realidad.

Fue por eso que decidí quedarme en São Paulo y cuidarla.

También porque, cuando volví a Poços de Caldas dos semanas después, encontré a Eric, hasta entonces mi novio, acostándose con mi mejor amiga en su casa.

Me quedé en shock, al punto de tener una crisis nerviosa y llorar durante días, porque en un solo golpe perdí a tres de las personas más importantes de mi vida: mi mejor amiga, con quien crecí y compartí todos mis sueños; Eric, que había dicho que cuando volviera de São Paulo nos comprometeríamos y nos mudaríamos a la capital; y mi abuela, que ya ni siquiera se acordaba de mí.

—Hay un chico al teléfono —dice mi tía Silvana—. Se llama Eric y dice que quiere hablar contigo.

—Dile que no estoy.

—Es la décima llamada de ese tal Eric, Jessica. ¡Deja de hacerte la interesante! ¡La casa de mi madre no es un hotel para que la gente se aproveche! ¡Coge el teléfono!

—No quiero.

Mi tía resopla, se marcha furiosa y empieza a gritar barbaridades en el antiguo despacho de mi abuelo. Cuelga el teléfono con tanta fuerza que parece que lo ha roto.

—Escúchame bien, Jessica: no soy la criada de nadie, ni una mensajera. ¡Dile a tus amiguitos que llamen directamente a tu móvil!

—Lo tiene bloqueado. No puede llamarme.

—No me importa. ¡Deja de comportarte como si esta fuera tu casa, porque no lo es! Y cuando vuelva, quiero encontrar esto limpio, con la comida hecha y mi madre ya duchada. —Se ríe con desprecio—. ¡Así cualquiera vive a costa de los demás, ¿verdad?!

Da un portazo al marcharse.

No sé qué karma estoy pagando, pero ya no puedo más con esta pesadilla.

Sé que mi tía no tiene nada personal contra mí.

Hace unos meses la escuché en el jardín hablando con mi otro tío por teléfono, planeando mi regreso a Poços de Caldas, meter a mi abuela en una residencia y vender esta casa.

Y ahora están haciendo todo lo posible por hacerme desistir de cuidarla para ejecutar ese plan, pero no lo van a lograr.

Aunque la verdad es que cada vez me cuesta más mantenerme en São Paulo. Además de lo cara que es la vida aquí, no tengo trabajo.

—Hasta hoy, el Mater Dei no ha dado señales de vida —digo apretando los labios.

Mi abuela gira la cabeza hacia mí y me mira con atención. Creo que ha oído "Mater Dei" y le ha interesado.

—Dejé mi currículum, fui personalmente a la entrevista… y nada —entrecierro los ojos.

Al menos gané dinero suficiente para pagar todas mis deudas y mantenerme aquí un tiempo, pero mi cuenta ya vuelve a estar casi

en cero.

—¿Cree que debería volver a casa? No sé si estoy preparada —abrazo mis piernas y apoyo la cabeza en el respaldo del sofá.

Parece que en aquel lugar ya no queda nada para mí, solo dolor, frustración y sufrimiento.

—¿Cree que estaría bien en una residencia? —pregunto.

—Lykaios —responde.

Doy un salto en el sofá.

María de Lourdes no ha dicho una palabra en dos meses.

Y por primera vez en mucho tiempo, parece entender lo que digo.

—Sí, fui a encontrarme con el señor Konstantino Lykaios, pero él no… él no… —trago saliva.

Solo quería acostarse conmigo.

Y ni siquiera creo que fuera el verdadero Konstantino Lykaios, quiero decir, seguramente no era el dueño del hospital en el que mi abuela trabajó toda su vida.

—Mater Dei —dice ella.

—Fui, pero no conseguí nada. Ni siquiera me llamaron para decir que no encajaba en el perfil, simplemente me están ignorando —le explico.

La veo relajar el rostro y volver a centrar su atención en la telenovela, como si no hubiéramos hablado en absoluto.

Llevo un año en São Paulo y siento que no he hecho nada por mí misma, y me deprime ver que el estado de mi abuela empeora un poco cada día.

Y para mí, es evidente que mis tíos están saboteando cualquier tratamiento o cuidado que intento darle, solo para quedarse con la casa, porque ya se han quedado con su pensión.

—Si las cosas siguen así, no sé qué hacer, abuela… —masajeo mis sienes.

Y ella permanece serena, con la mirada fija en la televisión.

—Todos dicen que soy igualita a usted… fuerte, valiente y terca… pero me siento atrapada, sin salida. ¿Qué debería hacer?

Si todavía estuviera lúcida, me daría los mejores consejos.

Fue ella quien me apoyó en todas las decisiones importantes y quien siempre hizo todo por mantener a esta familia unida.

Ver cómo todo se desmorona, sin que ella pueda hacer nada, me hace sentir que mi mundo se está acabando.

—Voy a hacer la comida y limpiar la casa. ¿Qué le apetece comer?

Espero una respuesta que nunca llega, así que decido prepararle su plato favorito.

—Voy a hacer un guiso de gallina campera y terminar de cocer el arroz dentro, ¿vale?

Me levanto, me acerco a ella y le beso la frente. Coloco bien los cojines detrás y a su lado en el sillón, para que esté lo más cómoda posible.

—Vuelvo enseguida. ¡Pórtese bien!

Capítulo 2

Kostas Lykaios

—¿Te has enterado de que el Viejo se va a jubilar?

Me quito el delantal quirúrgico, la cofia y los guantes. Camino hacia el fregadero y me lavo las manos mientras miro a Jeon Hyun con una ceja levantada.

—¿Qué has dicho?

—Que el Viejo se va a jubilar, eso es lo que se comenta en todos los grupos del hospital —me muestra la pantalla de su móvil.

—Dame eso —me seco las manos con papel y agarro el aparato.

Los mensajes no dejan de correr por los diversos grupos de Telegram del Mater Dei. Todos parecen ansiosos por enterarse del chisme completo... y yo también.

—Básicamente, se reunió ayer con toda la administración, al comienzo de la noche, y decidió que se jubilará pronto —explica Jeon.

Después de un turno de 24x48, mi cabeza no consigue procesar esa información.

Fue una noche caótica. Hubo una tragedia en el centro de la ciudad y la unidad quirúrgica se colapsó.

Cuando pensé que por fin iría a casa a descansar, me llega la noticia de que mi abuelo ha decidido jubilarse y ha empezado una especie de juego de sucesión para ver quién ocupará su silla.

—¿Estás bien, Kostas?

—Jeon, ¿puedes esperarme en mi dormitorio? —Voy a la máquina de bebidas y cojo una bebida energética.

—Claro. ¿A dónde vas?

—A visitar al viejo.

Recorro los pasillos en dirección al edificio administrativo. El ascensor se detiene en el piso de mi dormitorio para que Jeon descanse, y yo sigo hasta el último piso, directo al despacho del CEO.

—¡Mira quién ha venido a verme tan temprano! —Mi abuelo me sonríe con calidez—. Buenos días, Kostas.

—Pappoús —saludo en griego.

De las pocas cosas que le ablandan el corazón, hablar en el idioma de su tierra —y llamarlo "abuelo" como allá— está en lo más alto de la lista

—Siéntate —asiente con aprobación y me indica la butaca frente a él.

Termino de beber el energético, aplasto la lata y la lanzo a la papelera. Miro al viejo Konstantino con seriedad, y él me devuelve una sonrisa pícara.
Definitivamente, hemos invertido los papeles.

—Nada viaja más rápido que los rumores y las malas noticias —respiro hondo.

—Eso es cierto.

—Imagínate mi sorpresa al descubrir que te vas a jubilar...

—Hum.

—Y no decir que yo seré tu sucesor —explico el motivo de mi visita, después de 24 horas corriendo como loco por la unidad

quirúrgica.

—Ah, eso...

—Pappoús, no lo trates como si fuera algo menor. Tú y yo sabemos cuánto me he dedicado a este hospital...

—Durante 25 años —asiente.

—Veinticinco años. Empecé a los quince, desde abajo, ayudándote. Seis años de medicina, tres de residencia, dieciséis como el mejor cirujano de trauma del Mater Dei —hago una pausa —. Y los últimos cuatro años, administrando este hospital en tu lugar.

—Y lo has hecho de maravilla —asiente con firmeza.

—Gracias. Por eso me sorprende que no hayas dicho que soy tu sucesor, en lugar de dar a entender que hay una "competencia por el puesto".

—Es que hay una competencia por el puesto.

—No, pappoús —esbozo una sonrisa irónica—. ¿Quién está más cualificado que yo?

—Es verdad.

—¿Quién más ha hecho sacrificios, ha pasado días enteros aquí y ha renunciado a todo por este lugar, aparte de ti?

—Tú.

—Entonces... —me encojo de hombros, como diciendo que es una decisión lógica, y eso tú y yo lo valoramos por igual.

Además de compartir el mismo nombre y una personalidad casi idéntica, somos extremadamente racionales. Por eso me impacta esta actitud tan repentina por su parte.

—Quiero algo más para ti.

—¿Más? ¿Qué hay más allá de esto?

—Una familia. Eso es lo que quiero para ti.

Su respuesta me desarma.

De todas las cosas que estaba preparado para debatir, esa me deja callado unos segundos.

—Hace cuatro años, desde que sufrí un infarto y tuve que bajar el ritmo, tú fuiste el CEO en la sombra que este hospital necesitaba, mientras yo era su rostro.

Asiento de inmediato.

—Pero aquel milagro me cambió, Kostas. Me hizo reflexionar...

—Pappoús —lo interrumpo—. Los milagros no existen. Ya estás demasiado mayor para creer en esas tonterías...

—He visto la muerte, Kostas. Y a Dios...

—¿A Dios? ¿He cambiado de nombre de repente? ¡Siete horas de cirugía, catorce personas en el equipo médico, y tuve que vigilarte durante un año entero porque tú eres más adicto al trabajo que yo! —lo reprendo—. ¿Y ahora me hablas de Dios?

—Escucha...

—No, pappoús, no soy un niño. No creo en conejitos de Pascua, ni en Papá Noel, ni en milagros...

—¡Kostas! —exige mi atención.

Cruzo los brazos y respiro hondo. No puedo creer que vaya a escuchar toda esta charla sin decir nada.

—Quiero que tengas una familia.

—¡Pero ya tengo una familia! Tú, mis padres, mis hermanos. ¡Ya tengo el carnet de tío sellado cuatro veces, ¿qué más quieres?!

—Escucha —junta las manos sobre la mesa—, el consejo necesita una figura austera, que transmita responsabilidad y los valores morales de este hospital. Más aún ahora que estamos a punto de entrar en la Bolsa de Valores de Brasil.

—O sea, que soy demasiado competente, pero el problema es que soy libertino, ¿no?

—Exactamente.

—Pappoús, estamos en el siglo XXI.

—Pero los negocios siguen haciéndose como si estuviéramos en el siglo XIV.

—No voy a casarme.

—No tienes otra opción, si quieres ser el CEO.

—Nada en este mundo va a hacer que quiera casarme —reafirmo.

—Kostas… me estoy haciendo mayor. Y quiero irme con la certeza de que estarás bien.

—El matrimonio es para tener hijos. ¿Se te ha olvidado que soy incapaz de tenerlos? —Trago saliva y miro la pared llena de fotos.

Nuestra familia siempre ha sido grande. Al recibir el nombre de mi abuelo, me fijé en él desde pequeño. Siempre quise ser tan grande como él: un hombre completo y exitoso. Y eso significaba ser un buen médico, gestionar los negocios de la familia y llenar una casa de hijos.

Conseguí todo, menos lo último.

Y por más que yo quisiera —y pasé los últimos diez años de mi vida probando todos los tratamientos, cirugías y "milagros" posibles—, llegó un momento en que solo me quedó la realidad: jamás tendría un hijo.

—No pierdas la fe, Kostas.

—No soy un hombre de fe, soy un hombre de negocios. Y mientras administré este hospital, las ganancias se triplicaron, junto con la calidad de nuestro trabajo.

—Sí… —suspira.

—¿Sabes lo que acabo de leer? Que Mauricio es el mejor candidato para el puesto. Ese idiota que quiere precarizar el trabajo en nombre del beneficio, y...

—Mauricio está casado con tu hermana, tiene dos hijos y hace un buen trabajo en la administración. Gracias a él entraremos en la Bolsa de Valores.

—Sí, intentando dificultar el acceso de familias con personas con discapacidad a nuestros servicios. ¡Precisamente quienes más lo necesitan, pappoús!

—Es mi decisión final, Kostas. Estoy siendo racional.

—No, no lo estás —me levanto—. Nada de esto es racional.

—Algún día me entenderás.

—¿Y qué hago hasta entonces, Konstantino Lykaios? —lo llamo por su nombre—. ¿Ver cómo el trabajo de toda tu vida se desmorona en manos equivocadas?

—Si ese es el precio que debo pagar para que te entre algo de juicio en la cabeza, Konstantino Lykaios… —me responde con un gruñido—. Entonces que así sea.

—Irracional —murmuro.

—Hace un mes, tu abuela casi me rompe el bastón en la espalda, ¿sabías?

—No… —evito mirarlo.

Ningún drama va a convencerme.

—Una chica llamada Jessica Navarro entró en mi despacho, se quitó la ropa e intentó darme un masaje —dice con tono de incredulidad—. Tuve que salir corriendo como el diablo huye de la cruz.

Levanto la ceja, intentando comprender qué está diciendo.

—Al equipo de seguridad, la chica le dijo que había sido contratada por ti.

—¿Yo? —Fingo no saber nada del asunto.

—Tú —recalca—. Es curioso. Aquel día, en efecto, yo estaba esperando a una Jessica Navarro. Pero no era una prostituta, era una chica que necesitaba un empleo...

—No sé nada de eso —trago saliva.

—Si no fuera por Mauricio, la noticia ya se habría filtrado. Y tu imagen estaría completamente manchada. ¿Sabes qué habría evitado eso, Kostas?

—No… ¿qué?

—Una esposa, que te satisfaga y, eventualmente, ¡te dé un bastonazo en la cabeza!

—Ah, por favor...

Salgo del despacho del CEO con la sensación de que todo por lo que trabajé en los últimos años ha sido en vano.

No consigo entender por qué me exige algo que no puedo darle. Me parece injusto.

Y con toda esa tontería de "creer en un milagro", estoy a punto de perder la paciencia.

—¿Qué tal ha ido? ¿Te explicó qué pasó? —La voz de Jeon suena perezosa. Sigue con el parche en el ojo, acostado, cuando entro en mi dormitorio.

—Lo explicó. Lo que pasa es que ¡se ha vuelto loco! —Presiono los dedos en mi cabello—. Jeon, este sería un gran momento para conseguir el contacto de esa Jessica…

—Ya te dije lo que pasó… —gime—. Jessica dijo que casi la arresta seguridad. Llegó, vio que eras mucho mayor que en las fotos, y aun así decidió hacer el trabajo y… bueno, lo demás fueron gritos y amenazas de demanda...

—Mierda. No puedo dejar de pensar en esa mujer… —empiezo a caminar en círculos—. De verdad creo que me voy a

volver loco si no la veo una vez más.

—¿No hay ninguna información en el sistema?

—Nada. Solo su DNI, pero la dirección y el resto de los datos pertenecen a la Jessica equivocada.

—Tío, mi Jessica es la Jessica correcta. A ti te engañó una estafadora… —Jeon se ríe.

—Entonces quiero a la estafadora.

Jeon coge el móvil y empieza a bombardearme con varios contactos.

—¿Qué es esto? —Miro las notificaciones que llegan a mi teléfono.

—Números de varias masajistas. Las mejores de São Paulo.

—No sirve. Ya lo he intentado. Desde que estuve con esa mujer, nada me motiva.

—Tómate una pastillita azul.

—¡Ya te dije que no funciona! —gruño.

—Joder… en la flor de la vida, colega. Cuarentón, atlético, vida sana… parece que tu cuerpo se está rindiendo.

Cojo el libro más grueso de mi estantería y se lo lanzo.

—Cuando sea CEO de este hospital, olvídate de tu ascenso a Director de la Unidad Quirúrgica —grito mientras agarro mi bolso, la bata y salgo de la habitación.

Lo oigo venir detrás de mí a toda prisa, con los ojos aún cerrados, la cara arrugada de sueño y arrastrando su maleta.

—¿Ya probaste con tres comprimidos de Tadalafilo?

—¡Fuera, Jeon! —lo empujo para alejarlo.

Capítulo 3

Jessica Navarro

Mi abuela permanece apática ante casi todas las actividades que le propongo, excepto ir a la panadería o cuidar el jardín.

Las flores siempre fueron su pasión y, sin importar lo ocupados que fueran sus días, siempre encontraba una forma de mantener impecable la parte delantera de la casa.

Ahora soy yo quien la ayuda con eso.

—Cuidado con las rodillas, no te inclines demasiado —la ayudo a arrancar las malas hierbas que se han esparcido por el lugar.

El calor de São Paulo y el aroma fresco de la tierra mojada me dan nostalgia de casa, pero sé que no puedo volver.

No quiero ver a Eric nunca más en mi vida.

—Listo, creo que las hemos quitado todas.

Pongo las plantas intrusas y no deseadas en una bolsa de basura y le entrego la manguera para que mi abuela siga regando el cantero de lavanda.

—Hola, mamá —atiendo el móvil en cuanto vibra en mi bolsillo.

—¿Cómo van las cosas por ahí, Jessy?

—Ah, todo igual —me limpio la frente con el dorso de la mano —. De hecho, hoy por fin salió el sol después de tantos días nublados, y estoy aquí en el jardín con Lulu —miro a mi abuela al mencionar el apodo cariñoso que le puse de niña.

Y parece reconocerlo, porque gira el rostro hacia mí y parpadea lentamente.

—Ay, qué bien. Odio el clima de São Paulo. Mi rinitis siempre me ataca… —se queja mi madre.

—A mí me gusta, la verdad —presiono los labios.

Hacía tiempo que no me ponía un top negro, unos shorts cortos de deporte y tomaba un buen baño de sol.

—Cuando Lulu termine de regar las plantas, vamos a dar una vuelta por la plaza para que se mantenga activa... —me ato el pelo

en una coleta floja—. Y eso es todo. ¿Alguna novedad, mamá?

—La verdad es que sí —respira hondo, como quien quiere empezar un tema difícil, pero no encuentra las palabras.

Cierro los ojos y trago saliva.

Quiero que diga cualquier cosa, menos...

—Silvana, Sergio y yo hemos hablado. Y decidimos que lo mejor sería que volvieras a Minas...

—¡Mamá! —protesto—. ¿Y mi abuela? ¿Quién la va a cuidar?

—Nosotros. Ella también vendría.

Discrepo en silencio mientras la escucho.

—La idea de vender la casa es buena, porque está en un buen barrio y nos ayudaría a todos. Y São Paulo es demasiado caótica y problemática para que mi madre siga ahí, así que lo mejor es que venga al interior.

—A ella le disgustaría mucho eso, ¿lo sabías?

—Lo sé, pero es lo que podemos hacer.

—Mamá, no quiero volver. ¡No estoy preparada!

—Sé que te está costando encontrar trabajo en tu área, Jessica. ¿Entonces por qué no trabajas aquí con nosotros en la cafetería? —propone.

—Porque no es lo que quiero profesionalmente —dejo claro.

—Pero hija, no conseguiste trabajo allí. Aquí menos aún, y mira que São Paulo es esa supuesta "tierra de oportunidades" —dice en tono irónico—. ¿No crees que es mejor quedarte con lo seguro?

—No. No lo creo.

—Solo hasta que consigas un trabajo en tu área.

Mis padres siempre fueron amorosos y dedicados, pero lucharon contra mi decisión de seguir los pasos de mi abuela.

Dejaron claro que no me apoyarían si estudiaba una carrera universitaria, y tampoco me ayudaron a pagar el curso técnico de enfermería. Así que me enorgullezco de haberlo logrado sola y de haber luchado por lo que realmente quería.

Ella dice que es "hasta conseguir un trabajo", pero una vez allí, no me dejarán hacer nada más que ayudar en la cafetería.

No voy a volver.

—Silvana dijo que estás gastando demasiado allí, y que ir y venir todos los días ya le resulta imposible. Así que hablamos y decidimos que lo mejor es que vengáis las dos para acá.

—¿Gastando demasiado? —rio con nerviosismo—. Lulu ahora usa pañales, y no puede ser cualquiera, como quiere la tía Silvana. Y cada vez que viene, actúa como una jefa que no para de criticar todo lo que hago. Prácticamente viene a vigilarme y luego se va. ¿Así es como piensa que ayuda?

—Vivir en São Paulo es caro, Jessica. Tu tía...

Antes de que le diga unas cuantas verdades a mi madre, me salva el timbre sonando.

—Luego te llamo, ha llegado alguien.

—Jessica, escúchame...

—¿Y si es la tía Silvana? Entonces sí que le voy a decir unas cuantas cosas en su cara.

—Jéssi...

Cuelgo y guardo el móvil en el bolsillo.

Saco pecho, lanzo la coleta hacia el otro lado y marcho hacia la puerta, lista para encarar lo que sea.

—¡Ya voy! —me quejo cuando vuelve a tocar el timbre.

Mi tía es impaciente y mandona. Siempre que quiere algo, lo quiere en el acto.
Eso me irrita mucho, porque todo tiene que hacerse a su manera, siempre.

—Joder, ¿es que solo apareces para fastidiarme? —gruño en voz alta mientras abro la puerta de golpe, como si fuera a arrancarla.

No veo a mi tía.

En su lugar, hay un hombre alto, de cabello negro con algunas canas y barba bien recortada. Se baja las gafas de sol cuadradas y parpadea con sus ojos azules, observándome con atención.

Sus labios en forma de corazón se entreabren como si fuera a decir algo, mira el móvil para comprobar la dirección y luego vuelve a mirarme.

Doy un paso atrás. Es tan alto que solo así puedo verlo por completo. El traje azul marino le queda impecable, los zapatos italianos relucen como nuevos y el reloj en su muñeca parece valer más que toda esta casa.

—¿Tú? —pregunta, indignado, sorprendido y, curiosamente, feliz.

Al oír su voz, mi corazón parece que va a salirse por la boca.

Late desacompasadamente y mi mente se queda en blanco. Intento reunir mis últimas neuronas para reaccionar, pero estoy aturdida.

Su presencia despierta recuerdos y mi cuerpo, instintivamente, se estremece. Me froto los brazos para deshacerme de la sensación y, conforme retrocedo, él se acerca, decidido, mirándome como si no hubiera nada más en su campo de visión.

A medida que se aproxima, siento una mezcla de ansiedad y excitación.

—¿Q-q-q-qu-qué haces aquí? —balbuceo, desconcertada.

Y en cuanto me doy cuenta de lo informal y corta que es mi ropa, me dan ganas de cubrirme.

—¿Jessica? —me llama.

Siento un escalofrío en el estómago y noto las palmas de mis manos sudando.

—Ese es mi nombre —trago saliva—. ¿Y tú qué haces aquí?

Nuestra conversación se ve interrumpida por la voz débil de mi abuela, detrás de mí.

—¿Lykaios?

El hombre parpadea rápidamente y mira por encima de mi cabeza. Sonríe con dulzura, como si se reencontrara con una vieja conocida.

—Hola, doña María. ¡Cuánto tiempo!

—¿Se conocen? —los señalo a ambos.

—Claro, trabajamos juntos en el Mater Dei —asiente y se humedece los labios—. ¿No me vas a invitar a pasar?

—¡Ni siquiera te conozco! —me planto frente a él, bloqueándole el paso.

—Konstantino Lykaios —extiende la mano.

Al ver que no voy a estrecharla, se acerca sutilmente hasta que su boca roza mi oído.

—Y después de haber tenido el primer orgasmo de tu vida, pensé que nos conocíamos bastante bien.

Me aparto de golpe, porque siento que va a morderme el lóbulo de la oreja.

—¡Tú no te llamas Konstantino Lykaios! —le digo muy seria—. De hecho, descubrí que Konstantino Lykaios es un señor mayor, dueño del Hospital Mater Dei.

—Es mi abuelo —responde.

Eso me deja completamente desarmada.

Estaba lista para llamarlo estafador.

Bajo los hombros y suspiro en silencio.

—Me dieron el mismo nombre que él. Es una tradición familiar griega…

—¡Pero no hay nada sobre ti en Google!

—Si buscas por Kostas Lykaios, quizá encuentres muchas cosas —sonríe de lado—. ¿No vas a invitarme a entrar? —insiste.

—No. Lo que sea que hayas venido a hacer, puedes hacerlo desde ahí mismo —arqueo una ceja.

—No eras tan gruñona la última vez que nos vimos, ¿verdad? —me toca la barbilla.

Y le doy un manotazo para que no me toque.

—La última vez que nos vimos fue un error —respiro hondo y dejo claro que hablo en serio.

—Un error delicioso… sentir tu cuerpo temblar sobre el mío —me guiña un ojo, se apoya en el portón y me mira como si estuviéramos flirteando.

—Un error que jamás volverá a repetirse —gruño.

—¿La parte en la que finges ser una masajista tántrica, o en la que te doy el mejor orgasmo de tu vida?

Me odio por haberle dicho, meses atrás, que era la primera vez que sentía un placer tan arrollador.

Eric siempre me hizo sentir frígida, inexperta y rígida… hasta que Kostas Lykaios tomó mi cuerpo por completo.

Pero ese no es un tema en el que quiera pensar ahora.

—¡Me confundiste con una prostituta! —lo acuso.

—¿Será porque entraste en mi dormitorio diciendo que eras Jessica Navarro?

—¡Porque ese es mi nombre! —me planto con las manos en la cintura.

—Y es el nombre de la masajista tántrica que mi amigo contrató para mí —asiente.

Antes de que la discusión escale aún más, siento la mano de mi abuela en mi hombro.

—¿Lykaios? —lo llama de nuevo.

Y la sonrisa que ese sinvergüenza le dedica me rompe por dentro.

—Hola, doña María. ¿Cómo está usted? ¡Cuánto tiempo!

—¡Entre, entre! —dice ella.

Me sorprende escuchar todo eso. Es la primera vez en dos meses que mi abuela dice más de una palabra, y eso me deja en shock.

—La dueña de la casa me ha invitado, así que... —se encoge de hombros y pide paso.

—No te sientas demasiado cómodo —cierro el portón y cruzo los brazos.

Kostas camina lentamente hacia mí y acerca su rostro a mi oído. Tras una respiración prolongada, dice:

—Qué gusto volver a verte así, tan mojadita.

Y es rápido para alejarse, porque ya tengo la mano levantada, lista para darle un bofetón en pleno rostro.

Capítulo 4

Jessica Navarro

—Aún no me has dicho qué has venido a hacer aquí —llamo la atención de Kostas.

Él está ocupado, examinando con atención a mi abuela. Revisa sus reflejos, la ayuda a sentarse e intenta iniciar una conversación con ella, pero es ignorado.
Aun así, Lulu parece muy interesada en él, como si lo reconociera y estuviera animada por la visita del doctor.

—Llamé varias veces, pero fui ignorado por completo —aclara la garganta y se sienta en el sofá.

Yo permanezco de pie, lejos de él, para poder mirarlo de frente y mantener mi integridad.

—¿Cuántas veces llamaste?

—¿Solo esta semana? —ríe—. Tres veces al día. Y no soy el tipo de hombre que persigue a nadie —cruza las piernas, con una postura austera y elegante—. Y ahora el teléfono está fuera de servicio, así que…

—Vale, llamaste —respiro hondo—. Pero ¿cuál es el motivo?

—¿Qué es doña María para ti?

—Mi abuela —respondo como si fuera obvio.

Kostas parece muy interesado al escuchar eso.

—¿Sabías que trabajó toda su vida en el Hospital Mater Dei?

—Sí.

—Tu abuela fue alguien importante para mi familia —explica —. Tanto mi abuela como mi madre tuvieron complicaciones graves en el parto y fue esta señorita de aquí —la señala— quien cuidó de ellas.

—Ah... —una sonrisa se dibuja en mi rostro— sí, mi abuela siempre fue muy dedicada.

—Y se ganó la gratitud de mi abuelo, quien le ofreció un plan de salud vitalicio en el Mater Dei.

—Qué bonito, no lo sabía...

Se hace un breve silencio entre nosotros, profundamente incómodo. Kostas me observa de pies a cabeza y siento cómo mi rostro se enciende de vergüenza. Entonces agarro varios cojines del sofá, me siento en el sillón del otro lado de la sala y cubro mis piernas.

—¿Dónde está la técnica de enfermería? —mira a su alrededor.

—Soy la única aquí —arqueo una ceja.

—Ah, ya veo. Estás cuidando de ella —asiente—. ¿Puedo ver tus documentos? Solo para confirmar que realmente eres su nieta.

Frunzo el ceño de inmediato y cruzo los brazos.

—¿Qué estás insinuando, señor Lykaios?

—Es que esta historia me parece un poco rara.

—No hay nada raro. Hace un año, mi abuela se cayó en el baño, recibió el diagnóstico de Alzheimer y yo dejé Minas Gerais para venir a cuidarla —explico, molesta por tener que justificarme.

—Tu abuela fue diagnosticada con Alzheimer hace tres años —me dice, con desconfianza.

—¿Tres? Te debes de estar equivocando.

—No lo estoy. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque una mujer llamada Silvana, que en teoría es tu tía...

—Sí, lo es —lo corto, irritada.

—Dijo que iba a tratar a tu abuela en un centro especializado, con los mejores médicos del país —ríe—. Yo le respondí que ese lugar era mi hospital, pero ella insistió y aseguró que se haría cargo de todo.

La forma en que habla y se comporta deja claro que Kostas se siente dueño del mundo.

Y hay algo realmente atractivo en eso, porque transmite seguridad y control en todo lo que dice.

—Le dimos una ayuda de cuatro mil al mes para cubrir los gastos, y a cambio, ella dijo que contrataría a la mejor técnica de enfermería, pagaría los medicamentos y le daría a doña María la mejor calidad de vida posible.

Estoy en shock con esa información.

Primero, porque no recibí ni un centavo desde que llegué aquí.

Segundo, porque incluso recibiendo todo ese dinero, mi tía le quitó la pensión a mi abuela. Todo en esta casa pasa por su aprobación, desde la compra mensual hasta los medicamentos, que siempre son los más baratos y de peor calidad.

—Me alegré mucho cuando tu abuela nos llamó —dice al notar que me quedé muda—. Me pidió que viniera a visitarla, dijo que tenía algo importante que decirme... pero parece que el tratamiento que estáis utilizando no es muy eficaz, ¿verdad?

Respiro hondo y trago las lágrimas para poder mirarlo de frente.

Me siento traicionada de tantas formas que no puedo ni poner en palabras el dolor y la angustia que tengo en el pecho.

¿Quiere decir que si mi abuela hubiese recibido el tratamiento adecuado hace tres años, la enfermedad no habría avanzado tanto?

Eso es cruel.

—¿Jessica? —Kostas llama mi atención.

—Lo siento, yo... —miro a los lados, sin saber qué decir.

Antes de lograr explicarle todo lo que pasa por mi mente, mis ojos se adelantan y una lágrima se desliza.

—No era mi intención... —saca un pañuelo del bolsillo del traje, se levanta y viene hacia mí—. Lo siento, ¿he dicho algo mal?

—No, es solo que... —las palabras se me atragantan—. No sabía nada de esto —cojo el pañuelo y me seco bajo los ojos.

—¿De qué, exactamente?

Kostas se agacha hasta quedar en cuclillas a mi lado.

Cuando su mano grande y cálida envuelve la mía y la aprieta con suavidad, siento como si una corriente eléctrica recorriera todo mi cuerpo en una milésima de segundo.

Me aparto bruscamente, y él, por impulso, intenta volver a tocarme.

—¿Jessica? —repite mi nombre en voz baja—. Puedes confiar en mí.

—Yo... llevo cuidando de mi abuela un año y no sabía nada de esto. Tampoco estoy cobrando nada... estoy viviendo aquí en una situación humillante —me desahogo.

Kostas asiente de inmediato.

La forma en que sus ojos brillan cuando me mira me deja completamente desarmada.

—¿Entonces tu abuela no está recibiendo seguimiento, tratamiento adecuado ni cuidados profesionales?

—Estoy cuidando de ella —dejo claro—, pero lo demás... todos dicen que es demasiado caro...

Un torbellino de pensamientos me atraviesa la cabeza.
Y me siento desconcertada por tener que expresar todo esto delante de Kostas.
Él tiene un efecto extraño sobre mí, y lo supe desde la primera vez que nos vimos.

—Tsc, tsc… —niega con la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Tu tía tiene serios problemas conmigo y con los abogados de mi hospital —teclea algo en el móvil rápidamente y luego me mira con una gran interrogación en la frente—. Si no eres masajista ni escort, ¿qué hacías en el Mater Dei aquel día?

—Buscar trabajo.

Al principio parece no creerme, pero mientras asimila todo lo que pasó y luego lanza una mirada de reojo a mi abuela, parece que empieza a atar cabos.

—Entonces tú no… ¿Pero tú y yo…? —se señala a sí mismo y luego a mí.

—Es una conversación larga y no quiero tenerla ahora. Estoy frustrada por escuchar todo esto y descubrir que mi tía planeó esta situación… solo para vender la casa —cierro los ojos con fuerza, rogando que todo esto no sea más que una pesadilla.

—Ah, los problemas familiares… —se levanta—. ¿Tienes algún currículum por ahí?

—Tengo un montón.

—Dame uno.

—¿En serio? —arqueo una ceja, incrédula.

Kostas mantiene la palma abierta frente a mí.

Me levanto y voy lo más rápido posible a mi habitación, saco una carpeta con mis documentos y de allí tomo una copia de mi currículum. Se la extiendo.

—Solo quería ver tu trasero moverse mientras te alejabas —me guiña un ojo.

Siento la rabia subir como una ola. Arrugo el papel y se lo lanzo a la cara.

—Vaya… —me reprende con la mirada—. ¿Era necesario reaccionar así?

—¿Y tú no podrías dejar de hacerte el payaso?

Kostas se masajea el lugar donde el bollo de papel le golpeó, de forma dramática, como si lo hubiera agredido con un ladrillo. Desarruga el papel, coge el móvil, escribe algo.

—Un momento —respiro hondo cuando suena mi teléfono—. ¿Hola? —atiendo.

—Hola —responde Kostas, mirándome frente a frente y también por el móvil—. Contratada.

—No. Soy yo quien ya no quiere —cuelgo y cruzo los brazos —. Si solo era eso, señor Lykaios, puede marcharse...

—Tengo una propuesta —cruza las piernas y me lanza una mirada descarada.

—No.

—Pero ni siquiera me has escuchado aún… —se humedece los labios y observa el lugar—. Es una buena propuesta, Jessica.

—¿Viniendo de ti? —me río—. Lo dudo mucho.

—Voy a poner a mis abogados tras esa tía tuya —junta las manos sobre la rodilla—. Mi hospital va a asumir todos los cuidados de tu abuela a partir de ahora. Y tú trabajas con nosotros.

—¿Y cuál es el precio que tengo que pagar por eso?

—Volver a verme —se encoge de hombros.

—¿Así de simple? —me burlo—. No soy idiota, señor Lykaios...

—No te pediré nada que no quieras hacer, Jessica.

Su mirada cambia. Parece la de un depredador estudiando a su presa antes de lanzarse sobre ella.

—Esto es muy sospechoso.

—Claro que lo es. Porque voy a hacer que quieras hacerlo —me guiña un ojo.

—Conozco muy bien tu tipo de hombre, y no voy a caer en ese jueguito —trago saliva—. No me vendo.

—No consigo sacarte de mi cabeza.

De todas las cosas que Kostas podría haber dicho, esa fue la única para la que no tenía una respuesta preparada.

Estaba lista incluso para coger una escoba y echarlo a la calle, pero me quedé sin reacción al escucharlo.

—¿Qué?

Se levanta con una formalidad imponente. Y yo intento sostenerle la mirada.

—Quiero volver a sentir eso, Jessica. Lo necesito.

—No creo que debamos…

—Pero fue bueno, ¿a que sí? —murmura.

Kostas me arrincona contra la pared y sujeta mi barbilla mientras me mira con fuego en los ojos.

—Déjame cuidarte... y tú cuidarás de mí —sus labios rozan mi piel.

Eso es juego sucio.

Ni siquiera puedo pensar con claridad con toda esa presión.

—No es tan fácil, Kostas…

—¿Por qué no?

—Ese día tenía mil cosas en la cabeza. Estaba desesperada, furiosa con mi ex, y… fui seducida por ti.

—Lo dices como si fuera algo malo.

—No voy a venderme otra vez. No soy un juguete y no voy a tener sexo por tener. Soy una mujer de familia y no me voy a entregar por dinero, poder ni ningún otro interés...

—Y eso es precisamente lo que me gusta de ti —Kostas esboza una sonrisa fina.

Desgraciado.

Sabe que tiene buena labia y parece consciente del efecto que tiene sobre mí. Y eso es lo que más me irrita.

—Acepto el desafío —acerca sus labios a los míos, me sujeta por la nuca y sus dedos se hunden en mi cabello—. ¿Aceptas?

—Necesito pensarlo —murmuro y lo aparto lentamente, hasta tener espacio para escabullirme bajo su brazo.

—Ok —se encoge de hombros, como quien sabe que ya ha ganado—. Cuando tengas una respuesta, llámame. Tienes mi número —señala mi móvil.

Kostas guarda mi currículum, aún arrugado como una bolita de papel, en el bolsillo de su pantalón, se pone las gafas de sol y se dirige hacia mi abuela.

—Nos veremos pronto, doña María —le besa el dorso de la mano—. Gracias por la invitación.

Mi abuela parece encantada y muy feliz con su visita. Las dos lo acompañamos hasta la puerta y, antes de marcharse en su Porsche negro, dice:

—Esperaré tu llamada, Jessica —ajusta las gafas de sol y se marcha.

—¿Por qué te gusta tanto ese hombre? —le reprocho a mi abuela, que sigue sonriendo y saludando con la mano.

Capítulo 5

Jessica Navarro

La propuesta indecente de Konstantino me hizo perder la noche entera sin dormir.

Lo más difícil fue admitir ante mí misma que me ilusionó reencontrarme con él y comprobar que se acordaba de mí. Más que eso, en realidad: quería continuar lo que habíamos empezado.

Y yo también.

Ya no se trataba de un capricho ni de una venganza contra mi ex. Desde nuestro encuentro, no he dejado de pensar en cómo sería volver a estar en manos de ese hombre.

Pero ¿a qué precio?

El día amaneció, dormí poquísimo y pasé la noche entera dando vueltas en la cama sin saber qué responderle a Kostas.

¿Volver a mi ciudad, ver cómo mi sueño se marchita, enfrentar a mi exnovio y a mi exmejor amiga, que ahora son "la pareja del pueblo"? ¿O quedarme aquí un poco más?

Estaba preparando el desayuno cuando mi tía Silvana entró como un huracán por la casa.

Revolvió todas las cosas del despacho, fue al cuarto de mi abuela y se quedó allí al menos media hora, hasta que decidió aparecer por la cocina para verme.

—¿Café, tía?

—No, gracias, no me quedaré mucho rato —mira alrededor como si hubiera alguna cámara oculta por aquí—. ¿Recibiste alguna visita ayer?

—¿Yo? —levanto una ceja.

Y me acuerdo de la conversación que tuve con Konstantino.

—No, ¿por qué?

—Nada... —suaviza la voz y me mira como si no me hubiera despreciado la última vez que estuvo aquí.

Se dirige a la mesa de madera rectangular, se sienta, coge la cafetera y se sirve una taza.

—Cuando terminaste tu curso técnico de enfermería, ¿te registraste? ¿O no era necesario?

—¿Estás preguntando si soy auxiliar de enfermería titulada? —me pongo las manos en la cintura—. Por supuesto que sí.

Su interés parece aumentar considerablemente.

—Entiendo... ¿crees que podrías firmar unos papeles por mí, con tu número de registro?

—¿Y qué papeles serían esos, tía?

—Nada, solo para recibir una devolución del IRPF —se aclara la garganta y vuelve a tomar café—. Si pudieras hacerlo antes de volver a Minas...

—¿Volver a Minas? —sonrío—. ¿Cómo es eso?

—¿Tu madre no te llamó? —se rasca la nuca—. Es que dentro de poco, un amigo mío, dueño de una inmobiliaria, va a venir a ver la casa para ponerla a la venta... y tu madre, mi hermano y yo hemos acordado que lo mejor es que vosotras dos volváis a Minas.

—Entiendo.

—¿Podrías firmar los papeles antes de irte?

—No sé, tía. Voy a pensarlo.

—Es que la cosa se está poniendo difícil, Jessy —me llama por el apodo, intentando darle un tono cariñoso a la conversación—. Toda esta polución, el ruido y los peligros de São Paulo no son buenos para mi madre.

—Estoy de acuerdo.

—Y la luz está carísima... ¿y el agua? ¡Un disparate! Mantener ese jardín de ahí delante ya no es viable.

—Pero todo eso se paga con la pensión de la abuela, ¿no?

—Pero podría estar usando ese dinero de mejor manera, ¿no crees?

¿Dejándoselo a mi tía, quizás?

Muevo la cabeza y la observo tomando café. Me hace gracia entender las entrelíneas de la conversación y fingir que estoy perdida, inocente y desinformada.
Mi tía cree que me engaña, pero ya entendí lo que quiere.

Y no voy a jugar ese juego.

—Déjame los papeles en el despacho, que los leo y los firmo.

—No hace falta que los leas, Jessy. Te llevo con la contable, firmas y así no te complicas.

Eso sí que no: firmar papeles sin leer. Eso está en la misma lista que prestar la tarjeta de crédito a familia o amigos.

—Lo pensaré, ¿vale, tía? Mientras tanto, creo que voy a empezar a hacer las maletas. Las mías y las de Lulu...

—Estupendo. ¿Quieres ayuda?

—No, me las apaño muy bien sola —le guiño un ojo y salgo de la cocina, antes de tener un ataque de rabia y soltarle todo lo que pienso en su cara.

Kostas Lykaios

Divido mi vida entre la rutina administrativa y las guardias, liderando el equipo de urgencias del hospital.

Soy un *workaholic* incorregible, y el único vicio que puede competir con mi trabajo… son las mujeres.

Y hay una mujer que no he podido sacar de mi cabeza en un mes entero, y simplemente necesito tenerla otra vez.

Lo cual es una gran ironía, ya que me prometí a mí mismo, en los últimos cinco años, que jamás volvería a acostarme con la misma mujer dos veces.

Escucho golpes en la puerta de mi dormitorio, que es una mezcla de sala de descanso y despacho personal.

—¡Ahora no, estoy ocupado! —miro el móvil, esperando una llamada de Jessica.

Han pasado 24 horas y no ha dado señales de vida.

—¡Hola, Kostas! —Irina Carrasco entreabre la puerta y asoma la cabeza por la rendija—. ¿Qué tan ocupado estás?

—Mucho.

Coloco una carpeta encima de los informes financieros del hospital y cambio la pestaña del navegador a la portada de "*Folha de S.Paulo"*, uno de los principales periódicos brasileños.

—Siempre encuentras un ratito para mí… —sonríe, entra y camina hacia mí.

—¿Qué has venido a hacer?

—Te echaba de menos… —Irina se mueve con sensualidad, cierra la pantalla de mi portátil y se sienta encima de la mesa.

Luce su vestido rojo y parpadea con sus ojos azules como si quisiera decirme algo.

—¿Tienes alguna mujer escondida en el baño? —bromea.

—No, hoy no.

—Entonces, ¿puedes dedicarme un rato? —me araña el brazo con las uñas.

Estuve a punto de casarme con Irina.

Era un excelente negocio: su familia posee una red de laboratorios por todo el país, y la mía, el hospital más grande y prestigioso de América Latina.

Por supuesto, la idea de una fusión estuvo sobre la mesa muchas veces, y cuando empezamos a salir, nuestras familias estaban encantadas.

Pero mi sueño era tener hijos. Estaba comprometido con mi tratamiento de fertilidad, e Irina no soportaba ni la respiración de un recién nacido.

No éramos una buena combinación.

Nos esforzamos, sobre todo porque el sexo era bueno, pero nuestra visión del mundo era completamente distinta.

—¿Qué necesitas? —pregunto.

—Un rato contigo… —acaricia mi traje, tira de mi corbata y empieza a enrollarla en su dedo—. Y creo que tú también...

—La verdad, tengo muchísimo trabajo, así que, por favor, sal —señalo la puerta con la mirada.

—¿No puedes dedicarme ni media hora? —dirige los ojos a mi entrepierna.

La propuesta es tentadora, pero...

—No. Después de nuestra relación, no he vuelto a acostarme más de una vez con la misma mujer. Y prefiero que siga así.

—Toda regla tiene su excepción, Kostas.

—Y la excepción no eres tú —respondo con el tono más tranquilo y neutral posible.

No quiero estropear la buena relación que tengo con Irina y su familia.

—Fue culpa mía, lo reconozco —contraigo los músculos del rostro—. Te llamé de madrugada hace unos días… estoy en abstinencia, así que…

—Podemos arreglar eso —me aprieta la mano.

—Lo resolveré, gracias.

—Creo que toda esta tensión te está matando. El trabajo, las responsabilidades, estar encerrado en esta sala, sin nadie que te distraiga… —se baja el tirante del vestido y me muestra el sujetador rojo.

—Tienes razón. Nunca he pasado tanto tiempo sin alimentar mi vicio, y creo que estoy perdiendo el juicio. Pero sé que...

Me interrumpe la vibración de mi móvil sobre la mesa.

Cuando veo una "J" en la pantalla, mi corazón se contrae con fuerza. Respiro aliviado y miro a Irina, indicándole con la mirada que nuestra conversación ha terminado.

—¿Hola? —atiendo.

—Señor Lykaios, he pensado en su propuesta —dice Jessica por teléfono. Respira con fuerza; parece ansiosa y preocupada.

—¿Todo bien por ahí?

—No… pero creo que las cosas van a mejorar. Por curiosidad, ¿le dijo usted algo a mi tía Silvana?

—Sí, puse a dos abogados detrás de ella para que me presenten los recibos, facturas y pruebas de cómo se ha gastado el dinero durante todo este tiempo.

—Ah, con que era eso —ríe bajito—. ¿No tienes curiosidad por mi respuesta?

La tengo. Pero no voy a demostrarlo.

Parte del encanto de la conquista es mantenerse en el misterio.

—Te escucho.

—Y-yo… —balbucea.

Me muerdo el labio inferior solo de imaginar lo nerviosa que está.

—Voy a entregarme a usted… por completo. Pero solo una vez.

Su respiración agitada capta toda mi atención y me deja hipnotizado.

—Es todo lo que necesito —respondo.

—Pero es que… —murmura algo que no alcanzo a entender —. Necesito tiempo, ¿sabes?

—¿Tu salud está en perfecto estado?

—¡Claro que sí! —su tono cambia por completo.

Y me río solo de imaginar su cara poniéndose roja de rabia.

—¿Qué está insinuando, señor?

—No lo sé. ¿Qué estás queriendo decir tú?

—Es que… es tan difícil de decir —Jessica refunfuña un poco más—. No puedo hacer eso sin sentirme conectada con la otra persona, ¿entiendes?

—No fue lo que pareció aquel día.

—Fue diferente.

—¿Qué fue diferente, entonces? —me rasco la barbilla.

—Toda la situación. Y nada de eso volverá a pasar, porque yo no me vendo.

—¿Tienes miedo de enamorarte? —voy directo al grano.

Jessica jadea al teléfono y se queda en silencio.

—Porque yo solo quiero alimentar mi vicio —dejo claro.

Puedo sentir por su respiración que la molesté. Así que añado:

—Estoy en abstinencia… de ti. Así que aliméntame y te garantizo que serás recompensada.

—¿Podemos conocernos un poco antes de hacerlo otra vez?

—No estoy buscando una relación. Solo quiero un polvo y adiós —explico—. Pero… creo que podemos intentarlo.

—Solo quiero sentirme segura… y cómoda.

—¿No te hice sentir cómoda aquella vez?

—Sí —responde con demora—. Me hiciste sentir cómoda.

—Te prometo que la próxima vez será mejor.

Joder, me estoy poniendo duro.

Hablar de sexo por teléfono no está en mi top 3 de placeres, pero la anticipación de imaginar lo que voy a hacer con Jessica me tiene completamente eléctrico.

—Confía en mí.

—¿Entonces tenemos un trato? —pregunta.

—Sí. Solo no te olvides de cumplir tu parte.

—No lo olvidaré, pero te pido un poquito de tiempo… y paciencia.

—Voy a enviarte unos documentos para firmar —cuelgo y voy al portátil a buscar los archivos que pedí a los abogados que redactaran.

—¿Quién es tu próxima víctima? —pregunta Irina.

Ya me había olvidado de que seguía en la sala.

—Parecías bastante animado… —me provoca.

—Asunto privado. Me alegro de verte, Irina, pero como te dije… estoy ocupado.

—También me ha alegrado verte, Kostas —salta de la mesa y pisa con fuerza con sus tacones.

Me masajea los hombros mientras me mira de cerca. Giro el rostro para evitar contacto visual.

—Voy a quedarme en el hospital un par de horas más, por si cambias de opinión...

—No lo haré —afirmo con firmeza.

Para mí, la mejor parte del juego de la seducción siempre ha sido la conquista.

Y ninguna mujer suele valer el esfuerzo de repetir, una vez que he satisfecho mi deseo.

Estar frente a Irina me recuerda perfectamente que ya cometí ese error una vez… y que no voy a repetirlo, pase lo que pase.

Capítulo 6

Jessica Navarro

Al día siguiente, mi tía me llamó todo el día preguntando a qué hora iría a firmar los papeles con su contable.

Fingí estar de acuerdo con el plan, y eso me dio tiempo para preparar una bolsa con dos mudas de ropa para mi abuela, algunas *tuppers* y unos cuadernillos de pasatiempos que le encantaban, y juntas fuimos al hospital Mater Dei.

La recepción fue completamente distinta a la que tuve la primera vez que estuve aquí.

—¿Doña María? ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo está usted? —el recepcionista la recibió con una enorme sonrisa en el rostro.

Y así, Lulu fue mimada no solo por el personal de recepción, sino también por los guardias de seguridad y algunos médicos que pasaban por allí.

No había visto a mi abuela tan feliz en mucho tiempo.

Aunque no dijera nada, era evidente que reconocía a aquellas personas y que se emocionaba al verlas.

—Estamos aquí para ver al doctor Konstantino Lykaios —explico.

—Claro, por aquí —el recepcionista ni siquiera se molesta en pedirme el DNI, ni el de mi abuela.

Nos dirigimos a la sala de urgencias del hospital.

El lugar parece bastante agitado: técnicos, enfermeros y médicos corren de un lado a otro respondiendo a sus buscapersonas, ayudan a los bomberos con la llegada de pacientes y los derivan a la zona reservada.

Enseguida reconocí a Konstantino liderando al equipo.

Sonreí con admiración al ver la forma firme y serena con la que manejaba el caos, siempre hablando con todos de forma amable.

—Mira quién ha llegado —se acercó a mí.

Está claro que verlo con traje me da una imagen del hombre elegante y sofisticado que es, pero con pijama hospitalario y bata

blanca transmite otra aura: la de un hombre responsable, serio y protector.

—Estaba muy ansiosa, no quise esperar hasta la próxima semana para empezar —le explico.

—Jamás pensé que tendríamos tanto en común —Kostas me estrecha la mano con calidez y tarda en soltarla—. ¿Y usted, doña María, reconoce este lugar?

Mi abuela parece hipnotizada.

Está muy curiosa, observa el movimiento con atención y parece lista para sumarse a la maratón del equipo médico.

—No la había visto así en mucho tiempo —digo.

—Pasó más años de su vida aquí que en esa casa, así que no me sorprende que lo reconozca —cruza los brazos—. ¿Estás lista para tu primer día de trabajo?

—Sí, muy ilusionada —casi doy un salto de emoción.

—Urgencias no es lugar para juegos, Jessica. Hay que pensar rápido, actuar aún más deprisa y no perder tiempo. Cada segundo vale oro cuando se trata de salvar una vida.

—¡Ahora estoy aún más ansiosa! —me froto las manos—. ¿Sabes? Esto es lo que siempre quise desde pequeña. Me encanta el ambiente hospitalario.

—Genial. ¿Y usted, doña María? Vamos a dar un paseo hasta el departamento de neurología. Allí van a cuidar de usted de maravilla.

Kostas toma la bolsa que llevaba al hombro y camina delante de nosotras, marcando el camino.

Nos lleva al otro lado del hospital, a una zona tranquila y apacible, con fisioterapia y otros ancianos que estaban jugando en semicírculo a un juego muy divertido.

—Adiós, Lulu, pórtate bien —le doy un beso en la frente.

Me parte el alma dejarla unas horas, pero sé que allí estará en buenas manos.

Acompaño a Konstantino hasta una sala pequeña, con estanterías hasta el techo.

Cierra la puerta, toma un pijama hospitalario y me lo entrega.

—Mientras te cambias, vamos hablando.

—¿Vas a quedarte ahí mirando? —abro los ojos con sorpresa.

—¿Te ha dado vergüenza, Jessica? —me provoca—. Puedo desnudarme también, así estamos en igualdad.

—¿Cómo puedes ser un hombre tan serio y lleno de virtudes en un momento y luego un completo sinvergüenza? —levanto una ceja.

—Todo en la vida es cuestión de equilibrio —se da la vuelta para que me cambie, al ver que no lo haré mientras me observa—. Sobre tu abuela...

—¿Qué pasa con ella?

—El Alzheimer no es una enfermedad que retroceda. Así que no puedo prometerte un milagro. De hecho, ni siquiera creo en esa tontería —se ríe con acidez—. Pero sí creo que estar en este entorno puede hacerle bien.

—¿Crees que no estaba cuidando bien de mi abuela?

—No, Jessica. Creo que, en realidad, diste todo de ti.

Siento cómo me arden las mejillas al oírle decir eso.

Y hasta se me olvida que tengo que quitarme la ropa. Me quedo con los pantalones detenidos a la altura de las rodillas, mientras admiro la postura firme de Kostas.

—Pero a veces, darlo todo no es suficiente —dice, se da la vuelta y me ve en sujetador y braguitas.

Mi primera reacción es cubrir mi cuerpo con las manos, y al hacerlo, pierdo el equilibrio y caigo hacia atrás.

Él se lanza hacia mí, me agarra por la cintura y me atrae con tanta fuerza y ferocidad que me quedo sin aliento al chocar contra su torso firme y musculoso.

Respiro hondo y siento sus manos acariciando mi espalda, apretando suavemente mi cintura.

—¿Quieres que te quite la ropa? Soy bueno en eso, ya te lo he demostrado una vez.

—No… ya lo hago yo —bajo la mirada y termino de quitarme los pantalones—. Si no te importa… —le indico que se dé la vuelta.

—¿Segura? Puedo prevenir más caídas —se ríe.

—Creo que ahora tengo todo bajo control.

—Menos mi corazón —dice, y me quedo muda—. ¿Qué perfume llevas?

—Mira… ni me puse perfume. Solo desodorante. Salí con tanta prisa que me olvidé hasta de eso.

—Tu olor me descoloca —se rasca la nuca y respira hondo.

Eso me intriga. Levanto los brazos para olerme a mí misma, pero no hay nada más que el aroma limpio de la piel recién bañada.

—Tu recuerdo me estaba volviendo loco… si creyera en milagros, diría que nuestro reencuentro fue uno.

—¿Por qué no crees en los milagros? —frunzo el ceño.

—Porque no existen.

—Pero cuando uno cree en Dios… creo que es natural creer también que cosas misteriosas e increíbles pueden ocurrir.

Entiendo su silencio como una forma de decirme que no cree en Dios.

—¿Por qué no crees? —muerdo mi labio inferior.

—Porque yo controlo mi propia vida, no un ser misterioso e invisible —cruza los brazos—. Por lo que veo… tú sí crees, ¿verdad?

—Mi familia es muy religiosa, y yo también —termino de vestirme—. Aunque no lo parezca, Kostas, soy una mujer de familia.

—¿Una que cae ante la primera tentación? —gira el rostro sutilmente para mirarme, y yo le lanzo mis vaqueros al hombro—.

Que ni dudó cuando me vio desnudo.

—Una mujer de familia que es humana, y que a veces se desvía del camino… la carne es débil —suspiro.

—¿Estás insinuando que yo soy el diablo tentándote? —se burla.

—No lo pondría con esas palabras —me río.

Termino de ponerme el pijama verde agua.

—Listo, ya puedes darte la vuelta.

Kostas se gira hacia mí, dobla mis vaqueros y hace lo mismo con mi blusa, me los entrega en las manos.

—¿De qué estábamos hablando? —pregunto.

El silencio entre nosotros me incomoda. Más aún cuando sus ojos azules están fijos en los míos durante tanto rato y no muestran ninguna expresión.

—Que no prometo milagros, porque no creo en ellos —repite —. Pero con un buen equipo cuidando de tu abuela, y manteniéndola en una rutina agitada, porque estaba acostumbrada a esa vida, creo que podemos frenar el avance del Alzheimer.

—¿Crees que volverá a hablar?

—¿Cómo así? Ella habló conmigo, me llamó Lykaios.

—Pero hace tiempo que no forma una frase completa… creo que está perdiendo esa capacidad por completo.

—O no quiere hablar contigo —se rasca la barbilla.

—¿Qué? —frunzo el ceño y hago una mueca—. Mi abuela siempre fue mi mejor amiga. Siempre hablamos de todo, y…

—Con una hija que desvió su dinero y se aprovechó de su estado, no me sorprende que haya perdido completamente la confianza en su familia —Kostas niega con la cabeza.

Me sorprende escuchar ese pensamiento.

Jamás lo había considerado, y oírlo en voz alta enciende una alarma en mi interior.

—Vamos a cuidar de doña María y a seguir su progreso. En cuanto a ti…

—¿A mí?

—Necesito que te hagas unos análisis de laboratorio para comprobar cómo está tu salud. Recuerda que estás en urgencias, así

que nada de vaguear.

—Creo que no me conoces todavía —me río—. ¿Yo? ¿Vaguear? Jamás.

—Así me gusta. Me gustaste desde la primera vez que te vi.

Kostas tiene esos momentos en los que es totalmente transparente con lo que piensa y siente.

Y, por supuesto, eso me deja nerviosa y sin saber qué decir.

Aunque, en el fondo, hay una parte de mí que lo aprecia… y que espera más, para poder conocerlo mejor.

—¿Alguna duda?

—Ninguna.

—Perfecto. Mi guardia es de 24 horas, así que termina mañana a las cinco de la tarde. Justo a tiempo para llevarte a cenar.

—¿Qué?

—No llegues tarde.

Capítulo 7

Kostas Lykaios

En la zona reservada al personal de urgencias, hay una pizarra blanca que ocupa toda una pared.

Allí se colocan las solicitudes de uso de quirófanos y anotaciones sobre el estado de los procedimientos.

Reviso cómo están las cosas y escucho un alboroto que viene desde la recepción.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—La lavadora explotó y el niño estaba dormido, inhaló mucho humo. Los padres llegaron con quemaduras de tercer grado —explica Jeon, cruza los brazos y observa la pizarra conmigo.

Voy hasta el ordenador que está junto a la pared y escribo para que la enfermera jefe venga a reunirse conmigo.

—Necesito que liberen la sala 3, acaba de llegar un hombre con un disparo en la cabeza, es un caso de vida o muerte —pide Jeon.

—Nada de sala 3, Hyun. Va a llegar un corazón en cualquier momento y ese trasplante también es una cuestión de vida o muerte —Marisa, la cardióloga, viene a defender su caso con uñas y dientes.

Me quedo en medio de esta pelea hasta que aparece Socorro, la enfermera jefe.

—Dime, jefe.

—Hay una nueva técnica de enfermería en el área, se llama Jessica Navarro. Sé amable con ella, ¿sí?

—Si soy amable y se lo toma con calma, la despiden en menos de una semana —replica Socorro.

—Lo sé, es una rutina agitada, caótica y llena de gritos. Pero no vamos a asustarla, ¿vale?

—¿Qué más quieres? ¿Que le dé una piruleta cada vez que haga algo bien? —La enfermera jefe se da la vuelta y se marcha con prisa—. ¡Sí, jefe! ¡Como diga, jefe! —responde, de mala gana.

—¡Por eso me caes bien! —le digo.

Marisa sigue enfurecida defendiendo su caso, pero Jeon ya perdió el entusiasmo por la discusión y me está mirando fijamente.

—¿Jessica Navarro? —pregunta.

—Sí.

—¿Esa Jessica Navarro?

—Pues sí, no tuve tiempo de informarte.

—¿Cómo que de masajista tántrica pasó a técnica en enfermería?

—Aquel día, la Jessica que apareció era la equivocada —digo lo obvio—. Quiero decir, era la correcta. La correcta para mí.

—¿Y es realmente ella?

—Sí.

—¿Y cómo la encontraste?

—Fui a visitar a doña María para ver cómo estaba, ya que nadie me contestaba desde hacía semanas… y descubrí que era su nieta —explico.

—¿Doña María? ¿La antigua enfermera jefe?

—Exacto. Raro, ¿verdad?

—Predestinado, diría yo.

—i¿Qué predestinado ni qué niño muerto!? Ya te dije que no hables de esas tonterías en el trabajo —cruzo los brazos—. ¿Qué pasa, Socorro?

Al ver a la enfermera jefe venir hacia mí, me preocupo de inmediato por Jessica. ¿Qué habrá hecho mal?

—La doctora Glenda dice que no puede bajar ahora, está cuidando a un niño de 4 años en la sala de trauma 5.

—Vale, ya voy yo. Creo que soy el único aquí que se le da bien tratar con niños —pongo los ojos en blanco.

—Ok, ya estamos tratando las quemaduras de tercer grado — ella se va por el lado opuesto.

Camino hacia donde está el niño, y cuando llego, veo a una niña rubia, de no más de seis años, tosiendo sin parar mientras recibe una nebulización.
Jessica está arrodillada a su lado, muy dulce y entregada haciendo el triaje: tomándole los signos vitales, examinando las lesiones y charlando animadamente con la niña.

Me detengo en seco y tiro de Jeon para que no las interrumpa.

—¿Es ella? —pregunta.

—Sí, ella.

Jessica lleva el cabello recogido en un moño bien apretado y viste el pijama hospitalario color verde agua, como todos los técnicos. Pero irradia una luz, una energía y una serenidad que hasta yo me quedo hipnotizado.

La niña, por supuesto, cae rendida ante sus encantos y ni parece notar que sus padres no están presentes.

—No lleva gorro ni mascarilla —se queja Jeon.

—Deja de ser pesado —le doy un golpe fuerte en el abdomen.

Lo veo encorvarse y soltar un gemido de dolor.

—Tío, esa ha dolido… —lloriquea.

—Menos mal que estás en un hospital —le doy otro golpe en la espalda, esta vez para que enderece la postura.

—¿Por qué te has puesto agresivo de repente?

—No hables mal de esa mujer o saldrás de aquí morado —lo miro fijamente a los ojos.

Sigo mi camino por la sala de urgencias para comprobar que todo esté en orden.

Jessica Navarro

Todos estaban tan preocupados por la pareja que llegó con quemaduras que se olvidaron de la niña pequeña y la dejaron abandonada dentro del coche de los bomberos.

—¿Cómo te llamas, princesa? —le sonrío para intentar tranquilizarla.

—Manuela —responde, con timidez.

—Hola, Manuela, yo me llamo Jessica, pero puedes decirme Jessy, ¿vale?

—Vale. ¿Adónde llevaron a mis papás?

—Los médicos van a cuidar de su piel, ¿de acuerdo? Y yo voy a cuidar de ti, ¿qué te parece?

—No sé…

—¿Puedes respirar bien?

Aunque estoy nerviosa y me tiemblan las manos, me acerco y examino a Manuela allí mismo. Apenas puede mantenerse en pie de tan débil que está.

—Ven conmigo, vamos a esperar a tus padres dentro mientras te pongo con la nebulización.

—¿Habrá inyecciones, Jessy?

—No lo sé, Manuela, pero si las hay, te lo diré antes, ¿de acuerdo?

Le extiendo la mano para que me acompañe. Al principio, Manuela tarda en dar el paso, pero finalmente decide confiar en mí.

La llevo a una de las salas para niños dentro del Centro de Trauma y, mientras ella hace la nebulización, realizo mi trabajo con la mayor responsabilidad posible.

—¿Puedo tocarte aquí para sentir tu corazón y escucharte respirar?

—Sí, puedes —responde.

—Genial. Nunca dejes que un adulto te toque sin tu permiso, ¿vale?

—Está bien, Jessy —ella sonríe.

Nos entendimos de inmediato.

Manuela se calma bastante cuando empiezo a hablarle sobre los temas que le gustan, y eso me da seguridad.

—¿Cuál es tu película favorita?

—Barbie Fairytopia —responde.

—¡Genial! Ahora respira bien hondo para mí, todo lo que puedas, déjame escuchar tus pulmones.

Manuela se esfuerza por hacer lo que le pido y espera nuevas instrucciones.

—Perfecto.

Hago una breve anotación en la hoja de control.

—Me encanta esa película. La veía mucho con mi abuelita. ¿Tú tienes abuela, Manuela?

—Tengo dos.

—¿Y las quieres?

—¡Las amo! —aplaude, entusiasmada.

Cada vez que ve pasar a los médicos apresurados por el pasillo, se pone tensa, pero se relaja de inmediato cuando vuelvo a llamarle la atención.

—Cuídalas mucho, ¿vale? Y mira muchas pelis con ellas para que se diviertan un montón.

—¡Voy a ir a la granja! —Manuela se emociona.

—¿En serio? ¡Me encantan las granjas!

Nos interrumpe una mujer de unos 50 años, de cabello blanco, piel morena y gafas tipo *cat-eye*. Su voz es ronca y grave.

—¿Jessica Navarro? —me llama con tono de regaño.

Mira la sala con una vista panorámica, intentando entender qué pasó aquí, y se acerca a Manuela.

—Sí, soy yo. ¿Y usted es...?

—Socorro. Enfermera jefe. Respondes directamente a mí.

—Un placer conocerla, Socorro —le estrecho la mano—. Disculpe, Manuela fue abandonada en el coche de los bomberos y yo quise…

—Regla número uno: no pidas disculpas. Solo haz bien tu trabajo —revisa el estado de Manuela, me pide la hoja de control para ver mis anotaciones y asiente con la cabeza—. Muy bien. Regla número dos: sé proactiva.

—Uff… —murmuro en voz baja para calmar a Manuela y a mi propio corazón, indicándole que todo está bien.

—Oxigenoterapia y suero para hidratar el cuerpo —dice Socorro, dirigiéndose a mí—. ¿Te duele algo? —pregunta a la niña como si fuera una adulta en miniatura.

—No —Manuela se encoge.

—Permanece atenta. Si aparece dolor, administraremos el medicamento por vía intravenosa.

—Vale.

—Ven conmigo, tengo que hablarte de la regla tres —Socorro me hace señas con la mano.

—¿Regla número tres? —abro los ojos.

—Sí, querida, aquí tenemos tres reglas.

—Ajá…

Me alejo de Manuela y sigo a Socorro hasta el armario con los suministros. Me muestra dónde están los sueros, me indica que debo recoger los medicamentos en la pequeña farmacia al final del pasillo y cómo aplicar la oxigenoterapia.

—Regla número tres: Nunca. Te. Acuestes. Con. Los. Médicos —dice marcando cada palabra y me mira con seriedad.

—Entendido —asiento.

—Con ninguno de ellos —recalca.

—Claro —trago saliva—. Yo no… no lo haría…

—Perfecto —aprueba—. Me gustas, novata. Buen trabajo, sigue así. Mandaré ayuda por si la pequeña da problemas.

—No los dará, no se preocupe.

—Los niños pueden ser terribles, Jessica. Y siempre ten a otro técnico cerca para que te asista y también para que sea tu testigo, en caso de que el paciente quiera denunciarte por algo.

—Sí… claro —trago saliva de nuevo.

Socorro sale igual que entró: como un huracán.

Y yo regreso junto a Manuela, me agacho a su lado.

—¿Tienes miedo a las agujas?

—No me gustan las inyecciones —pone cara de llanto.

—Voy a ponerte un suero en la vena, para hidratarte —le explico—. Solo será un pinchacito, soy buena, ¿vale? No va a doler, te lo prometo.

—¿Y si duele?

—Ni te darás cuenta. Y vamos a ver la peli de Barbie Fairytopia juntas, ¿qué te parece?

—Vale —Manuela asiente, aunque no parece muy convencida.

Justo después de decir eso, entran en la sala dos mujeres de mi edad.
La primera tiene la piel blanca, pelo negro, maquillaje oscuro y parece profundamente aburrida.

La segunda parece haber recibido una descarga eléctrica y no para de mirar cada rincón de la sala, como si en cualquier momento fuera a saltar un bicho.

—Hola, ¿Socorro os ha enviado? —pregunto.

—Sí.

—¿Nos ha mandado a una sala de niños? ¿Niños? ¿Es que no entiende que los niños están llenos de gérmenes? ¡Que transmiten un montón de enfermedades! —la segunda pisa el suelo como si anduviera por un campo minado—. ¿Qué se supone que vamos a hacer?

—Yo soy Priscila —dice la mujer con cara de aburrimiento y un estilo más rockero—. Y no le hagas caso, está obsesionada con los gérmenes y todavía no entiendo por qué estudió para técnica en cuidados auxiliares de enfermería.

—Porque al menos tengo la posibilidad de estar protegida —muestra con orgullo su equipo, como si fuera la portavoz oficial de la Agencia Española del Medicamento: gorro, mascarilla, gafas quirúrgicas y guantes.

Está completamente embalada. Apenas puedo ver sus ojos.

Parece que estuviéramos en medio de una epidemia y ella se estuviera protegiendo de un virus mortal.

—Por cierto, me llamo Nina. ¿Qué vamos a hacer? —deja claro que está aterrada.

—Tú, gótica depresiva —Socorro aparece en la puerta y señala a Priscila—. Administra la oxigenoterapia. Y tú, ratita de

laboratorio, observa todo y haz un informe.

—¿Entonces solo tengo que quedarme quieta? —pregunta Nina.

—Exacto. No toques nada. Creo que es lo mejor para todos nosotros —gruñe Socorro.

—Uf —Nina agradece juntando las manos en forma de oración.

—¿Vamos a cambiar la nebulización por el oxígeno? —la voz de Priscila siempre suena en el mismo tono tedioso y calmado, como si estuviera sedada.

—S-s-sí —Manuela parece nerviosa.

Ayudo a Priscila y espero hasta que la niña esté tranquila nuevamente para continuar.

—¿Va a doler? ¿Va a doler? —Manuela se pone nerviosa al ver que recojo el material para administrarle el suero.

—No, puedes relajarte. Te dije que tengo la mano muy suave.

—Lo peor que puede pasar es que mueras —Priscila parpadea lentamente.

Antes de que pueda gritar, la niña simplemente se desmaya.

—¡Priscila, por el amor de Dios! —exclamo desesperada y trato de acomodar a la niña.

—Necesitaba saberlo. Todos, eventualmente, vamos a morir —concluye, y mira a Nina—. Algunos antes que otros...

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Sabes algo que yo no sé? ¡Ha sido el picaporte! ¡Ha sido el picaporte que toqué hace un rato! —Nina dice, nerviosa.

—¡Gente, ayúdenme! ¡Tengo una niña desmayada y necesito ponerle el suero! —grito, aterrada.

—Entonces te ha tocado fácil, porque no pondrá ninguna resistencia —suspira Priscila—. Cuando despierte, ni siquiera habrá notado el pinchazo. De nada.

Estoy en shock con estas dos nuevas compañeras.

Y, al mismo tiempo, por más extraño que parezca… siento que hay algo en ellas que conecta conmigo.

Porque ahora me siento menos loca y rara desde que han llegado.

—¡No olvides esterilizar todo! —Nina entra en pánico.

—Ya viene esterilizado, chica. Vamos, antes de que esta bomba de relojería despierte —la anima Priscila.

—No, voy a esperar a que despierte y lo haré con su consentimiento —digo con firmeza.

—¿Prefieres el camino difícil? —Priscila cruza los brazos.

—Siempre elijo el camino correcto —dejo claro.

—Me cae mejor que tú, Nina —comenta Priscila—. Pero sigo odiándoos a las dos por igual.

Respiro hondo y contengo la risa.

Este turno será largo...

Capítulo 8

Jessica Navarro

Unos minutos después del desmayo repentino, Manuela se despierta y me busca con la mirada en la sala.

—Hola, ¿cómo te sientes?

—Mareada... —se masajea las sienes.

—Revisé tus signos vitales mientras estabas inconsciente y todo parece normal. ¿Puedo ponerte el suero en la vena?

—¿Me voy a morir? —Manuela abre los ojos como platos al mirar a Priscila.

—¡Claro que no! Pero tu cuerpo va a quedar súper hidratado y dentro de unos días vas a volver a correr sin cansarte.

—Eventualmente todos moriremos. El sol, por ejemplo, va a tragarse todos los planetas del sistema solar dentro de cinco mil

millones de años… —comenta Priscila con su tono mórbido y meticuloso.

—¿Ves? ¡Cinco mil millones de años! ¡Eso da tiempo para hacer muchas cosas! —le hago cosquillas a Manuela para distraerla.

Sé que es completamente fuera del protocolo y no quiero invadir el espacio de mi paciente, pero necesito distraerla y hacer que se sienta cómoda.
Primero, porque sus padres no están aquí. Segundo, porque mi nueva compañera parece empeñada en arruinar mi primer día.

—Vale. Pero… ¿me das la mano? —dice con carita de pena.

—Te doy la mano y además vemos Barbie contigo.

Con un poco de ánimo y narrando todo lo que estoy haciendo, consigo colocarle el suero en la vena a Manuela.

Vemos Barbie durante al menos veinte minutos, hasta que se queda dormida. La acomodo con cuidado para que esté cómoda y el suero no se le salga.

Salgo de la sala con mis compañeras para dejar que la niña descanse.

—¿Era necesario decir eso? —reclamo a Priscila—. La niña estaba tan tensa...

—Nena, lo que no mata, fortalece. Hoy saldrá de aquí más fuerte que nunca —responde con su típico desdén—. Pero debo decir que me admira tu capacidad de encontrar el lado positivo incluso en la muerte térmica del sistema solar.

—¿Ah, sí? —frunzo el ceño—. Pues ni lo pienso. Tengo muchas otras cosas en la cabeza...

—Como el Doctor Buenorro —interviene Nina justo cuando Kostas pasa empujando una camilla con un hombre completamente ensangrentado.

—¿Doctor... buenorro? —pregunto, fingiendo ignorancia.

—Konstantino Buenorro Lykaios —Nina pronuncia su nombre como si recitara poesía.

—Ay, Dios... ya empieza —Priscila se apoya en la pared con expresión de aburrimiento.

—Los médicos de este hospital son todos unos salidos —Nina baja la voz y mira a los lados—. Todos los miércoles me invita a salir el doctor Greg, pero me parece demasiado joven...

—Quién diría que trabajaría con una María Carcoma...

—¿María Carcoma? —le lanzo una mirada extrañada a Priscila.

—Ve una polla vieja y ya se quiere sentar encima.

—¿Vieja? Pero el Doctor Buenorro... digo, Kostas... —trago saliva al notar que estoy siendo demasiado familiar—. Konstantino, ¿es tan mayor?

—Cuarentón.

—Vaya... yo no le echaría más de treinta.

—Está en forma, hace deporte, lleva una vida sana, dicen que se acuesta al menos tres veces por día… pero con nadie del hospital —Priscila lanza una mirada reprobatoria a Nina.

—Eso es lo que me deprime —suspira Nina.

—¿Ah, tiene estándares? —me río.

—Es el dueño de todo esto, obviamente quiere evitar escándalos. Y sabe que está bueno, y que todas aquí quieren sentarse encima. Talla 46, ¿no, amiga?

—¿Qué tiene que ver el pie?

—Priscila tiene una teoría de que el tamaño del pene se calcula dividiendo el número del pie entre dos —explica Nina.

—23. Una medida perfecta para llenar el vacío existencial de un alma gótica —Priscila sonríe con cinismo—. Pero a mí me gustan los jovencitos. El doctor Jeon Hyun, por ejemplo. Si me llama al armario de los pijamas, hija, tiro las estanterías.

Las tres soltamos la risa. Pero enseguida nos tapamos la boca y adoptamos una postura seria cuando Socorro pasa delante de nosotras.

—¿A qué se debe tanta risa? —gruñe como una general del ejército.

—La paciente Manuela ya ha recibido todo el tratamiento. ¿Sus padres están bien? —pregunto.

—Sí, están fuera de peligro —me mira de arriba abajo—. Qué raro... siento que te conozco de algo...

—Soy la nueva —me río, nerviosa—. La que estaba con la niña en la sala de...

—Eso ya lo sé. Estoy intentando recordarte de antes, para ponerte un apodo. Se me da mejor con ellos —se rasca la barbilla—.

Por ahora, te llamaré Lulucita.

Cierro la boca que tenía entreabierta y siento un nudo en la garganta. Se me llenan los ojos de lágrimas. Antes de que pueda decir nada, tomada por la emoción, Socorro retoma el control del equipo:

—Gótica depresiva, ratita de laboratorio y Lulucita, os quiero a las tres listas. Ha habido un accidente en la Marginal Tietê y lo que viene es gordo —informa y se marcha rápidamente.

Nos miramos en silencio hasta que desaparece por el pasillo.

—Y tú, Lulucita, ¿algún médico te ha llamado la atención? —pregunta Priscila.

—No. Ni siquiera he tenido tiempo de mirar...

—Solo no me quites a Jeon. ¡Ese coreano es mío! —dice Priscila con los ojos encendidos.

—Tranquila.

—Ni al Doctor Buenorro. Algún día, él se fijará en mí... —suspira Nina.

—Pero a ver, reina, entre nosotras y tu misofobia… ¿cómo planeas acostarte con el Doctor Buenorro?

—Ay, no sé... —Nina se muerde el labio inferior.

—¿Va a usar gel hidroalcohólico como lubricante? ¿No se quitarán la ropa y se vestirán al vacío mientras frotan sus cuerpos? ¿Eres consciente de que la boca está llena de bacterias, verdad? ¿Y que los bebés son los gérmenes de la enfermedad llamada ser humano?

Nina parece absolutamente aterrada.

—Porque un hombre como ese, cariño… no te come con cubiertos. Te agarra con la mano, se pringa entero, te desarma como si fueras una naranja... ¿estás preparada para eso?

—No —responde Nina, sin titubear.

—Entonces alinea tus expectativas con tu apetito. Un hombre así puede dejarte traumatizada.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? —me rasco la nuca, intentando parecer indiferente.

—Se dice que solo se acuesta con profesionales. Una vez, yo misma vi a una mujer salir de su dormitorio toda roja, llena de chupetones y marcas de su mano en los muslos —muestra las dos

manos, grandes—. Para aguantar eso necesitas Diazepam, cinco gotitas de feromonas y sesiones regulares de fisioterapia.

—Vale, me rindo —dice Nina, levantando las manos—. Pero en mis sueños, él me haría el amor con fuerza… eso sí, bien cubierto con EPIs y una barrera anti-gérmenes.

—Como los médicos medievales tratando la peste, ¿no, amiga? —remata Priscila.

Es curioso ver cómo Nina se divierte con las provocaciones de Priscila y, al mismo tiempo, se queda reflexionando sobre sus propios deseos.

Y yo intento expulsar de mi mente todas las imágenes que acaban de describir, porque no quiero, ni por un segundo, que se note que estoy interesada en Kostas.

Peor aún: que ya me desnudé frente a él… y que mi primer orgasmo vino de él.

Aunque, en eso sí tiene razón: él es intenso. Cuando tocó mi piel, al principio sentí dulzura y suavidad, pero no pasó mucho tiempo hasta que se volvió tan intenso que mi cuerpo quedó con algunas marcas.

De hecho, la forma de su mano aún está dibujada en una de mis nalgas… y creo que no va a desaparecer, haga lo que haga.

—Han llegado —siento el buscapersonas vibrar en el bolsillo.

—Buena suerte para nosotras —suspira Priscila.

—¿Creéis que me darán guantes extra? —Nina revisa su equipo, buscando reforzarlo aún más.

—¿Para qué? —resopla Priscila, sin paciencia.

—Para ponérmelos encima de estos —Nina muestra las manos, que ya parecen envueltas en al menos media docena de capas.

Kostas Lykaios

A cada hora de mi turno, encontraba la manera de escaparme, ya fuera del quirófano o del área de hospitalización, solo para ver a Jessica.

Al principio, me mentí a mí mismo diciendo que era para vigilarla, asegurarme de que estaba haciendo bien su trabajo, pero a la tercera vez que la espié, asumí que era una forma de alimentar mi abstinencia.

Necesitaba verla.

Su presencia era como una ráfaga de vida y fuerza que me hacía volver al trabajo más motivado y enfocado.

Soy un hombre con varios defectos, pero ninguno de ellos incluye mentirme a mí mismo.

Jessica tiene un efecto extraño sobre mí, como una droga que se infiltró en mi sistema nervioso y ahora siento cierta dependencia por al menos acercarme, olerla, comprobar que todo va bien.

Hice todo eso sin que se diera cuenta, para que no se sintiera presionada o vigilada.

Se fue temprano por la mañana, con su abuela, y yo me quedé hasta el final de mi turno sintiéndome completamente aburrido, haciendo todo en piloto automático.

En cuanto terminé el trabajo, fui a mi dormitorio, me di una ducha fría para despertar el cuerpo y saqué una bebida energética

de la nevera para mantenerme despierto hasta el final de la noche.

Dr. Lykaios:

Voy a buscarte, llego en un máximo de 40 minutos.

Prepárate.

Ella no tarda en responder:

Jessy Navarro:

¿Tu turno no terminó justo ahora?

Debes de estar muy cansado.

¿No prefieres que nos veamos otro día?

Dr. Lykaios:

No estoy cansado para ti.

Quiero verte hoy. Te recojo en 40 minutos.

Ella envía un emoji sonriente y con eso, doy la conversación por terminada.

Me pongo una camisa blanca de manga larga, la remango hasta los antebrazos.

Elijo un pantalón gris oscuro de vestir, zapatos marrones de cuero, y cojo la cartera, las llaves del coche y el móvil.

Al salir del dormitorio, me topo con mi abuelo, que parecía estar esperándome en la puerta.

—Preferí no entrar. Nunca se sabe con qué se encuentra uno ahí dentro... —se ríe el viejo.

—Pappoús —lo saludo con calidez—. ¿Cómo está, señor?

—Bien. La familia Carrasco quiere organizar una cena esta noche. Y me alegra que ya estés listo... —el hombre se acomoda las gafas rectangulares.

—Sí. Tengo un compromiso ineludible y estoy saliendo ahora mismo.

—¿Más importante que cenar con los Carrasco? —arquea una ceja.

—Usted sabe que soy un hombre de palabra. Hice este compromiso y tengo que cumplirlo. Pero estoy seguro de que será una cena estupenda, así que disfrútela. —Le beso la frente.

—Entiendo. Una lástima... Les diré a los Carrasco que estabas ocupado —frunce los labios—. ¿Y has reflexionado sobre lo que hablamos, Kostas?

—Sí, lo he hecho.

—Perfecto. Tal vez sería bueno aprovechar la oportunidad de que Irina Carrasco está dispuesta a retomar la relación que...

—El que no está dispuesto soy yo.

—Piensa bien, nieto. Es una buena familia, amiga nuestra desde hace años... imagina cómo cambiaría la opinión del Consejo del Hospital si anunciaras de nuevo un compromiso con la heredera de los Carrasco —me toma del hombro, intentando persuadirme.

—El Consejo tendrá que aceptar que eso no está en mis planes —meto la mano en el bolsillo, saco las llaves del coche, las lanzo al aire y las atrapo al vuelo—. Tengo un compromiso, Pappoús. Que pase buena noche.

—Diviértete —dice, levantando la mano a modo de despedida.

Conduzco hasta la casa de doña María.

El plan es: llevarla al hospital para que tenga terapia y actividades con otros mayores, llevar a Jessica a cenar, luego dejarla en el trabajo y finalmente dormir, a menos que surja alguna urgencia.

Salgo del coche, toco el timbre y espero.

Me extraña la demora, sobre todo porque le avisé a qué hora llegaría, así que saco el móvil y la llamo.

—Hola —responde con la voz débil, y un leve sollozo.

—¿Estás enferma?

—No... solo estoy... —suspira—. Mira, Kostas, creo que es mejor cancelar esta noche. No me siento bien.

—¿Estás en casa?

—Sí.

—¿Qué pasó? —miro a mi alrededor en busca de alguna pista.

—Nada. No quiero hablar de eso...

—¿Estás llorando?

—Sí. Y no quiero que me veas así.

—Entiendo. Bueno, me quedaré en el coche mientras terminas de llorar. Cuando estés lista para salir, te llevo al trabajo.

Jessica respira profundamente, y esa tensión pone mi cuerpo en estado de alerta.

—Fue el idiota de mi ex. Me llenó el teléfono de mensajes y no para de llamarme.

—Qué imbécil —gruño.

—Sí. Es un cretino.

—Lo bueno de salir conmigo es que te voy a distraer y además comeremos algún postre con chocolate. Dicen que el chocolate cura casi todo... —empiezo a caminar por la acera mientras espero su respuesta.

Solo de imaginar que Jessica no va a salir conmigo por culpa de un idiota, me dan ganas de ir a partirle la cara, esté donde esté.

—Perdón por arruinarte la noche —murmura con culpa.

—Tranquila. Me quedaré aquí fuera al menos para llevarte al trabajo. Relájate —respondo.

Jessica cuelga y yo entro en el coche.

Ojalá tuviera sueño al menos para echar una cabezada, ya que no saldrá de aquí hasta dentro de unas tres horas...

Pero ni eso siento.

Estoy completamente tomado por la rabia y la frustración de ver mi noche irse al traste por culpa de un tipo al que ni conozco… y que probablemente está a cientos de kilómetros de aquí.

Capítulo 9

Jessica Navarro

Después de una ducha caliente en la que lloré todo lo que tenía guardado en el pecho, peiné mi cabello mojado hacia atrás, me puse una blusa azul marino sin mangas con botones y escote en "V", un pantalón suelto de cintura alta y zapatillas blancas.

Salí de casa pidiéndole a Dios que Kostas no estuviera esperándome fuera, pero su coche estaba estacionado justo frente a mi puerta.

—Hola. —Doy unos golpecitos en la ventanilla para que la baje.

—¿Has cambiado de idea? —mira su reloj de pulsera.

—No. Creo que será mejor que lo dejemos para otro día, no me encuentro bien. —Cruzo los brazos y miro el movimiento en la calle.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué quiere tu ex?

—Es una historia larga... —bajo la mirada.

—¿Y tienes con quién hablar? ¿Alguien que quiera escucharte?

—No. Porque me engañó con mi mejor amiga y después de eso, todas las demás se pusieron en mi contra.

Kostas abre la puerta del coche e indica que suba.

—Entonces, vamos a hablar —propone.

—Viniste a una primera cita, para conocernos mejor… ¿y yo voy a hablar de mi ex? —Niego con la cabeza.

—Vamos a hablar de lo que te está haciendo daño. Él es solo un detalle patético…

—No sé si quiero hablar. —Cruzo los brazos con fuerza sobre mi cuerpo.

—Entonces siéntate aquí y guarda silencio conmigo.

Su manera provocadora y encantadora me impide decir que no.

Subo al coche y me siento en el asiento del copiloto.

—Ponte de espaldas a mí —pide.

—¿Por qué?

—Deja de ser tan terca, Jessica. Ponte de espaldas a mí.

—Vale.

Uno las piernas, girándolas hacia la puerta, y me coloco como él pidió. Siento las manos grandes y calientes de Kostas tocando mi nuca.

Sus dedos pellizcan suavemente mi piel, y un escalofrío me recorre el cuerpo cuando encuentra los puntos de tensión en mi cuello y los masajea con delicadeza, como si deshiciera un nudo.

Siento cómo la amargura en mi garganta disminuye y por fin puedo respirar mejor.

Hasta el dolor de cabeza se me va.

—Dios mío, esto es mejor que el paracetamol... —gimo, de tanto placer que estoy sintiendo.

Por más enfadada y llena de rabia que esté con Eric, mi cuerpo se siente ligero, tranquilo, como si hubiera tenido un día entero de descanso.

—Sé hacer algo mucho mejor que esto, pero tendríamos que estar desnudos —susurra cerca de mi oído.

Casi le suelto una bofetada, pero termino riéndome.

—Tonto.

—¿Te sientes mejor?

—Sí. ¿Cómo sabes hacer eso? —Abro los ojos sorprendida.

—Creo que ya te demostré que, si se tocan los lugares adecuados, el cuerpo responde como debe. —Me guiña un ojo—. ¿O ya te has olvidado?

—No.

¿Y cómo podría?

La primera vez en mi vida que sentí mi cuerpo explotar de tanto placer, al punto de no poder controlar mis propios movimientos.

—Vamos a cenar —propongo—, pero si vamos a dejar a mi abuela en el hospital, tenemos que ser rápidos.

—¿Está todo listo?

—Sí.

—Vale. Te ayudo a coger el bolso y meterlo en el coche.

Antes de salir, Kostas me da una palmada en el trasero. Y justo después, me ayuda con todo lo necesario para que podamos marcharnos.



Aliviada por dejar a mi abuela en manos responsables, Kostas me lleva a un sitio llamado Terraza Mediterráneo, en la Zona Sur de São Paulo. Un restaurante en la azotea del edificio más alto de la zona, con una vista privilegiada de uno de los puntos emblemáticos de la ciudad: el Puente Estaiada Octavio Frias de Oliveira.

La visión del cielo azul oscuro de la noche paulista, con una miríada de luces a nuestros pies, añade un encanto especial, porque el lugar, por sí solo, ya es un espectáculo.

La luz tenue domina el ambiente y, entre las mesas, arreglos florales en grandes jarrones aportan color y perfume al espacio.

—Deberías haberme dicho que era un sitio elegante —me quejo—. Estoy completamente fuera de lugar, todo el mundo me está mirando...

—No te juzgo. Es difícil no mirar a una mujer que no necesita joyas ni el vestido del año para llamar la atención —Kostas me mira fijamente.

Me arde la cara de vergüenza y se me escapa una sonrisa.

—Quiero una copa de Cheval Blanc para empezar —Kostas toma la iniciativa y le pide al camarero—. Y la señorita querrá... un zumo de kiwi —dice con firmeza.

—La señorita querría mucho una caipiriña, pero tiene que trabajar dentro de poco. —Frunzo los labios—. Pero ese zumo de kiwi... se me ha hecho la boca agua, así que eso quiero.

El camarero nos deja solos y yo intento aparentar costumbre.

Nunca he estado en un sitio así. Parece una boda de gente rica, todos con sus mejores vestidos y trajes.

—¿Sigues tensa? Puedo repetirte el masaje.

—¿Por qué un hombre tan habilidoso necesita una masajista tántrica? —pongo cara de desconcierto.

—Jessica, hay cosas que solo funcionan de a dos: el tango, el sexo... y los secretos, por ejemplo.

Asiento de inmediato, aunque nunca he bailado tango.

—Me gusta dar placer —Kostas habla como un hombre de negocios—. Me gusta sentir el cuerpo rendirse por completo, hasta perder el sentido. Ya te dije que soy...

—¿Un mujeriego? —lo interrumpo riendo—. Sí, dijiste que estabas obsesionado con el sexo.

—Ah, entonces lo recuerdas. —Hace una pausa, toma la copa de vino, huele el aroma, da un sorbo pequeño y aprueba con un gesto de cabeza.

Yo hago lo mismo con el zumo de kiwi, pero no puedo resistirme: me bebo casi la mitad del vaso de una vez para refrescarme.

—No soy de esos hombres que disfrutan los rodeos o los juegos —Kostas hace girar el vino en la copa mientras me observa—. Cuando quiero algo, no descanso hasta conseguirlo.

—¿Y ahora mismo me quieres a mí? —me atrevo a preguntar.

El corazón me da un vuelco. Y por la breve pausa antes de responder, un escalofrío me recorre la espalda.

—Sí. Quiero sentir tu cuerpo de nuevo y tener esa sensación que me hizo sentir vivo. —Da otro sorbo al vino, sin dejar de mirarme—. Fue injusto quedarme con las ganas, Jessica. Ahora quiero más...

—¿Cuánto más?

—Lo quiero todo —dice entre dientes—. No me gusta tener mitades ni trozos, o lo tengo todo o no tengo nada. Y te quiero, solo para saciar esa zona de mi cerebro que no deja de pensar en ti.

Me quedo hipnotizada y muda. No sé qué decir ante esas palabras.

Solo sé que, aunque haya aire acondicionado y el zumo esté frío, siento un calor que me hace moverme incómoda en la silla y abanicarme con el menú.

—Y cuando sacies ese deseo... ¿se acabó?

—Siempre ha sido así. Y será así esta vez. Pero te aseguro que valdrá la pena.

—¿Para ti o para mí?

—Para los dos. ¿O ya olvidaste que te hice venir con esto?

Siento su mano tocando mi muslo, por debajo de la mesa. Avanza despacio, presionando con intensidad mientras desliza sus dedos hacia mí.

Estiro el cuello intentando respirar, pero mis pulmones no responden.
Solo consigo tomar aire cuando Kostas retira la mano y vuelve a sujetar la copa de vino, bebiendo con calma.

Siento el móvil vibrar en mi bolsillo y lo saco para ver quién es.
Un número desconocido me llama por WhatsApp, videollamada.

Ha sido así todo el día, y la única vez que respondí, solo para ver quién era, apareció la cara de Eric y colgué de inmediato.

—¿El ex? —pregunta Kostas.

—Sí.

—Contesta.

—No.

—¿Por qué no? —Se acaricia la barbilla, interesado.

—¿Eres bueno guardando secretos, Kostas?

—Intercambio un secreto por otro —propone.

Eso vuelve todo mucho más interesante, acepto de inmediato.

—Primero los caballeros —le indico.

Su expresión cambia poco a poco. Parece algo incómodo, pero respira hondo y me observa con atención.

—Estuve perdidamente enamorado de una mujer. Lo que tuvimos fue... arrollador. Ella quería hijos... pero yo no puedo dárselos, porque soy estéril —dice con pesar.

—Vaya... lo siento mucho...

—Se escapó con un primo mío y ahora viven felices en Grecia, fin. —Se bebe de golpe la copa entera y la deja sobre la mesa, dándome el turno.

—Vaya, Kostas... yo... no sé qué decir.

—Desde la adolescencia pasé por todos los tratamientos de fertilidad posibles y ninguno funcionó —comenta, y veo la tristeza en su mirada.

Es la primera vez que lo veo desconcertado y humano, porque su máscara de "amo del mundo" parece haberse caído por un instante.

—Aquí estoy, 25 años después. En el cargo soñado, viviendo la mejor vida posible, pero sin cumplir mi mayor deseo, que es ser padre. —Levanta la mano y le pide al camarero que le rellene la copa—. Te toca.

Me quedo paralizada, sin saber qué decir.

Quisiera abrazarlo hasta que volviera a sonreír y soltar alguna frase picante, porque verlo así me afecta profundamente.

—Yo... era virgen. —Respiro hondo y espero que el camarero se aleje para continuar.

—Eso nunca fue un secreto para mí —alza la copa hacia mí.

—Yo tengo... tenía novio... —corrijo de inmediato—. Salía con Eric desde el instituto. Y él siempre lo intentó, de todas las formas, pero yo no me sentía preparada...

—Suele pasar.

—Jugábamos, sí... pero nunca fue placentero para mí, él solo pensaba en su propio placer. Y cuando acababa... eso era todo. Ni

siquiera le importaba si yo lo había disfrutado.

—Qué basura de hombre —Kostas niega con la cabeza.

—Dijo que ya no aguantaba más esperar, pero yo simplemente no me sentía cómoda. Entonces... —miro al vacío un segundo cuando veo que Eric vuelve a llamar.

—No tienes que hablar si te hace sentir mal.

—Me pidió que le mandara fotos sensuales para poder... ya sabes, hacerse cosas mientras pensaba en mí... y fui una idiota.

—Lo que hiciste fue confiar en él. La culpa no es tuya.

Escuchar eso de su boca me deja completamente impactada.

Al ver que para Kostas este tema no es un escándalo, el peso en mi pecho se aligera.

Aun así, sigo tensa por lo que hice para intentar salvar la relación y ganar tiempo para prepararme.

—Vine a cuidar de mi abuela... volví por sorpresa a mi ciudad y los pillé, a él y a mi mejor amiga... en pleno acto.

—Uf.

—Y para vengarme, perdí la virginidad contigo —me arde la cara de vergüenza.

Hago un esfuerzo tremendo por mirarlo, pero no puedo.

—¿Venganza sabrosa? —provoca.

—Tuve mi primer orgasmo —murmuro.

—Duró 40 segundos. Nadie ha temblado encima de mí como tú lo hiciste. —Levanta la copa de vino en señal de brindis.

Me encanta cómo consigue convertir un tema tan serio y pesado en algo ligero y hasta cotidiano.

Es como si parte de la culpa que arrastro se disolviera.

—¿Te arrepientes? —pregunta, ahora con seriedad.

—Yo... —respiro hondo—. No, no me arrepiento.

—¿Pero...?

—Pero me enseñaron que debía perder la virginidad con el amor de mi vida.

—¿Y yo no lo soy? —sonríe de lado.

—¡Idiota! —resoplo y trato de no reírme—. Quiero decir... con mi marido. Eso es lo que siempre me enseñaron en casa y en la

iglesia.

—Te lo debo entonces. —Bebe despacio.

—Bueno... Eric ahora insiste en que vuelva a Minas... y está empezando a amenazarme, diciendo que si no hablo con él, va a filtrar las fotos.

—Dile que ya no te interesa —Kostas se encoge de hombros —. Que supere lo vuestro.

—Ya lo hice.

—Entonces dile que tienes a otro hombre, que él es cosa del pasado.

—No funcionó —ahora soy yo quien se encoge de hombros—. Quiere quedar como el buen tipo y cree que puede reconquistarme.

—¿Y hay alguna posibilidad de que lo consiga? —se acaricia la barbilla.

—Obviamente no —respondo seria.

Pongo el móvil en silencio cuando veo otra videollamada más. Ya perdí la cuenta de cuántos números bloqueé hoy, y aun así sigue insistiendo.

—Entonces ven aquí.

Kostas agarra con firmeza mi silla y la arrastra hacia él, haciendo un ruido que llama la atención de todo el restaurante.

—¿Qué haces? —pregunto, con los ojos abiertos de par en par, cuando toma mi móvil con la mano izquierda.

—Lo correcto —responde, y contesta la llamada.

Veo a Eric, con el ceño fruncido al otro lado. Entrecierra los ojos para intentar entender lo que está pasando.

No tengo ni tiempo de reaccionar cuando la mano derecha de Kostas agarra mi cuello y me atrae hacia él, hasta que mi cuerpo choca con el suyo.

Empiezo a hiperventilar en cuanto noto su rostro tan cerca del mío que puedo sentir su aliento cálido rozando mis labios.

—¿Qué mierda es esta, Jessica? —grita Eric al otro lado.

Su voz, al igual que todo el restaurante, desaparece a mi alrededor.
Solo puedo ver la mirada intensa y profunda de Kostas.

Todo a mi alrededor se vuelve borroso cuando él aprieta suavemente mi cuello de forma posesiva y ladea la cabeza hacia mí.

Su labio inferior roza el mío, sube como una caricia húmeda y, al instante, me devora por completo.

El beso no empieza lento ni suave.

Kostas llega con hambre, con pasión, como si todo el tiempo que esperó hasta nuestro reencuentro se liberara de golpe en mi boca.

Mis manos tiemblan mientras tocan su cuerpo musculoso y se posan en sus hombros. Un escalofrío me recorre entera y cada parte de mí se electrifica cuando ese calor intenso se apodera de todo mi cuerpo.

Guía el beso con dominio, entrelaza nuestras lenguas y explora mi boca con lentitud, haciéndome olvidar por completo todo lo que está ocurriendo alrededor.

El restaurante, Eric, el móvil… todo desaparece de mi mente. Es como si entrara en un mundo donde solo existimos los dos.

El intercambio de nuestras respiraciones calientes me recuerda lo que él le hizo a mi cuerpo.

Y una sensación de deseo desesperado y abstinencia se apodera de mí, haciéndome querer revivir todo eso… ahora.

Al separarnos, siento mi corazón fuera de control y apenas puedo respirar.

Mi visión borrosa busca información a mi alrededor y todo lo que encuentro es su mirada, igual de impactada que la mía.

—Deja de atormentar a mi mujer —le dice a Eric, con frialdad, mirando el móvil—. Y si esas fotos salen a la luz, no importa dónde estés, iré y te mataré.

Cuelga, deja el móvil sobre la mesa y comenta:

—Creo que ahora lo ha entendido.

Asiento en silencio, sin saber qué decir.

Es como si me hubiera atropellado un camión… y ni siquiera vi la matrícula.

Paso las manos por mi pelo aún húmedo, por el rostro sudado y por mis labios.

—¿Te limpiaste la boca que acabo de besar? —Kostas gruñe, frunciendo el ceño.

—Es que… creo que se me corrió el pintalabios —intento explicar.

No lo hice porque el beso fuera malo, sino porque fue tan intenso que pensé que estaba despeinada y con todo el maquillaje corrido.

—A la mierda el pintalabios —responde, y me agarra de la nuca.

Me atrae con más voracidad aún que antes y devora mis labios con tanta pasión que mi cuerpo se queda blando y adormecido hasta que me suelta.

—Si te limpias otra vez… te arranco la boca —me mira fijamente.

Capítulo 10

Jessica Navarro

Todo el miedo y la desesperanza que pesaban en mi pecho se redujeron drásticamente.

Me quedé callada y quieta, mirando mi vaso de zumo, mientras Kostas me observaba de una forma que hacía que el calor en mi cuello aumentara cada vez más.

—Límpiate —provoca.

—¿Qué? —Alzo las cejas y niego suavemente con la cabeza—. No. Perdón, Kostas, fue sin querer...

—Límpiate —insiste—. Quiero tener otra excusa para besarte, pero esta vez te voy a subir a mi regazo y los de seguridad nos van a echar de aquí, porque no pienso soltarte.

Lo dice con tanta seguridad que ni siquiera me atrevo a moverme bruscamente. Sé que tiene más que valor para hacerlo.

Mi corazón rebota en el pecho, desbocado.

Intento respirar, pero la tensión en el aire me deja completamente aturdida.

Yo de verdad amaba a Eric. Pensaba que con él sería mi primera vez, mi boda, mis hijos... pero todos esos años, por muy ingenua y entregada que fuera a mis sentimientos adolescentes, no se acercan en nada a ese beso.

—Límpiate —repite, moviendo los labios y haciendo un gesto con el dorso de la mano.

—Ya aprendí la lección —le digo con seriedad, aunque no puedo evitarlo.
Un segundo después, estoy riéndome como una tonta.

Su mirada intensa y exigente se suaviza, se vuelve juguetona. Kostas me guiña un ojo y cubre mi mano con la suya, entrelaza nuestros dedos y los aprieta con delicadeza.

Me sorprende cuando guía mi puño cerrado, entrelazado con el suyo, hasta su pecho, donde siento su corazón latiendo como si acabara de correr una maratón.

—Mira el efecto que tienes en mí.

Se me eriza la piel al oír eso.

¿Cómo puede ser tan directo y sincero?

—No estoy acostumbrada a hombres que expresan así lo que sienten o piensan... —Bajo la cabeza y siento su corazón vibrar con fuerza contra mi puño.

—Eso es porque no estás acostumbrada a hombres, sino a críos —desliza su mano suavemente por su propio cuerpo.

Hace que toque su abdomen firme, y cuando llega a la entrepierna, hace una pausa dramática.

Lo que siento ahí es aún más grande que su propia mano.

Rápidamente retiro mis brazos y lo miro con los ojos bien abiertos.

—¿Por qué la sorpresa? No parecías tan asustada cuando me besaste... —acaricia mi barbilla—. Cuando tocaste con tus labios... —su dedo sube por mi rostro y presiona mi boca—. Cuando me devoraste con tantas ganas...

—¿Cómo puedes ser tan abierto, casi romántico un segundo, y al siguiente un completo descarado? —lo reprendo.

—La mejor combinación de hombre.

—Lo dudo.

—Te fuiste tan rápido aquel día... ni me diste la oportunidad de dormir abrazados.

Solo imaginar a ese hombre enorme detrás de mí, envolviéndome con sus brazos musculosos mientras duermo, hace que mi cuerpo reaccione sin control.
No consigo disimularlo, aunque lo intente.

—¿Vives en ese dormitorio? —Cambio el rumbo de la conversación antes de terminar sentándome en su regazo, en plena cena, solo para sentir eso que mis piernas desean.

—Sí.

—¿En serio?

—Obviamente no —Kostas se ríe—. ¿Por qué? ¿Quieres conocer mi casa?

—Si llegamos a una segunda vez, espero que sea allí —me encojo de hombros.

—Ah, entonces ya piensas en una segunda vez, ¿eh? —Deja de tocar mi rostro y deja caer la mano.

Va directo a mi muslo, lo aprieta con tanta posesividad que la silla se arrastra un centímetro hacia él con el movimiento.

—¿Dónde vives? —insisto.

—En un ático, en la Avenida Paulista. Pero paso la mayor parte del tiempo en el hospital, sobre todo en los últimos meses.

—¿Qué ha pasado de tan interesante en los últimos meses? —Intento sonar natural, pero es difícil.

Mis labios se entreabren buscando aire. Intento mantener los ojos en los suyos, pero siempre me distraigo con su postura, especialmente con el bulto de su pantalón, que parece palpitar.

—Mi abuelo fundó ese hospital hace décadas —suspira—. Él y algunos benefactores de la comunidad griega que emigraron a Brasil decidieron que sería bueno tener un lugar seguro, de alto nivel y que representara la tradición de nuestra cultura médica.

—El Mater Dei —asiento, mostrando que entiendo.

—Exacto. El consejo, compuesto por siete familias, posee el 20% del hospital. Mi familia tiene el 80%.

Hacemos una pausa para pedir la cena. Kostas es muy atento y me recomienda algunos platos deliciosos.

Me gusta cómo toma la iniciativa, cómo decide o me ayuda a decidir. Tengo la mente tan revuelta que podría pasar otra hora mirando la carta sin elegir nada.

—Ahora estamos en proceso de salir a Bolsa en Brasil. Mi cuñado logró convencer a mi abuelo de abrir el capital del hospital para que otros puedan comprar acciones y ganar dinero con eso.

—Suena prometedor —me rasco la barbilla.

—Sí, si no fuera porque quiere precarizar los servicios, quitarle el control del hospital a mi familia y centrarse solo en las ganancias —se encoge de hombros.

—Ah, entonces sí tienes buen corazón, ¿eh? —lo provoco.

—No se trata de tener buen corazón, sino de devolverle a Brasil lo que nos ha dado: un hogar. Nuestros servicios son caros, sí, pero siempre hay inmigrantes que necesitan atención médica y la damos casi gratis.

Kostas es una caja de sorpresas.

¿Quién diría que, además de canalla y bien dotado, también sería altruista?

—Estoy intentando frenar los delirios de grandeza del marido de mi hermana —suspira—. Y también evitar un matrimonio forzado.

—Hablas del matrimonio como si fuera lo peor del mundo —bebo un sorbo de mi zumo.

—Es que no veo sentido en casarme si sé que no voy a poder tener hijos.

—¿Y qué problema hay con eso, Kostas? —trato de mostrar empatía—. Seguro hay mujeres que quieren casarse sin tener hijos.

—¿Y tú quieres? —pregunta con tono directo.

—Pues yo no —parpadeo—. Porque... mi sueño es ser madre. Pero otras mujeres...

—Después de 40 años de vida, solo me interesé por tres mujeres, Jessica. Una se fugó con mi primo, otra odia a los niños, y la última sueña con tener hijos.

Las mariposas en mi estómago revolotean con tanta fuerza que me dejan helada.

Lo miro fijamente mientras intento procesar sus palabras.

—Y jamás estaría con una mujer solo por placer, sabiendo que no puedo darle lo que más desea —dice mientras suelta mi muslo

justo cuando nos sirven los platos.

El mío es un risotto con camarones salteados y el de él es una ensalada griega con carré de cordero.

—¿Nunca pensaste en adoptar? —sugiero, cuando los camareros se alejan.

—Si voy a adoptar, será cuando tenga sesenta o setenta años, cuando ya no esté trabajando activamente en el hospital —explica—. Los hijos necesitan toda nuestra atención, tiempo y cariño. No quiero fallar en eso.

Asiento de inmediato.

—Sí, creo que planificar es esencial —comento.

Pruebo el risotto y la forma en que se deshace en mi boca me provoca una sensación de euforia y alegría que me recuerda a mi primer orgasmo.
Intento contener mi reacción, pero veo la mirada pícara de Kostas.

—¿Sabes qué me dio ganas de comer ahora? —pregunto de pronto.

—¿Qué?

—¡Mango con sal! —respondo, emocionada.

—¿Mango... con... sal...?

Su expresión es tan graciosa que parece estar perdiendo la cordura.

—Mango verde con sal. Delicia pura. —Paso la lengua por los labios—. Me encanta.

Kostas pone una cara como evaluándome de pies a cabeza, reprime la risa y trata de cambiar de tema mientras digiere lo que acabo de decir.

—¿Por qué hiciste técnico en enfermería? —pregunta.

—Porque me gusta cuidar de las personas —respondo.

—¿Y por qué no fuiste directo a medicina?

Me detengo un segundo a pensar y noto el abismo que existe entre Kostas y yo. Nuestras realidades son muy distintas.

—No es tan simple como decidir algo y hacerlo...

—¿Por qué no? —insiste.

—Para estudiar medicina tendría que haberme sustentado durante años. Solo pude hacer el técnico porque seguía ayudando en la cafetería de mis padres... y ellos nunca apoyaron mi decisión.

—¿No? —se sorprende—. Vaya, tu abuela fue alguien increíble en el Mater Dei...

—Ellos querían que estudiara administración para ayudar en el negocio familiar. O que no hiciera nada. Querían que me casara con Eric, heredero de unas haciendas, hijo de un político importante... sería una vida fácil.

Intento mantenerme concentrada en la conversación, pero no puedo dejar de comer.

—No pareces una mujer que quiere una vida fácil —reflexiona.

—Díselo a ellos —me río.

—Como iba diciendo, tu abuela fue tan importante en el Mater Dei que mi abuelo creó una beca de estudios en su nombre.

—¿Y cómo funciona eso? —Alzo una ceja.

—Los dos mejores empleados del año tienen derecho a una beca completa en cualquier carrera del área de la salud en alguna universidad privada asociada al hospital... o, si entran a una pública, reciben una ayuda de costo.

—Tu hospital tiene mucho dinero, ¿no? —Me rasco la nuca—. Qué genial.

—Como dije, es nuestra forma de devolverle algo a la comunidad brasileña. —Me guiña un ojo—. ¿Qué tal está tu risotto?

—¡Divino! ¿Quieres probar? —ofrezco.

—No, disfrútalo tú. —Frunce los labios—. ¿Te gustaría competir por la beca?

—¿Yo? —Abro los ojos—. ¿Crees que podría? Cuidar de mi abuela, trabajar y...

—El Mater Dei se encargará de doña María, tranquila —dice con seriedad—. Está en buenas manos, con un equipo multidisciplinario que la adora.

Eso me alivia enormemente.

Especialmente porque ya no tendré que estar rogando por pañales, medicinas o cualquier otra necesidad a mi tía.

—Tal vez. ¿Pero medicina? ¿No será demasiado para mí? —Lo miro con desesperación sincera.

—Yo te ayudo.

La forma en que lo dice, tan firme, como si todo fuera fácil, me intriga.

—¿Y cómo vas a tener tiempo para ser jefe del área quirúrgica, CEO interino y mi profesor particular? —Me río.

—Yo puedo con todo eso. —Kostas infla el pecho con confianza—. Tengo una buena motivación.

Y me lo demuestra con una mirada tan lasciva, tan profunda, que por un segundo imagino cómo barrería esta mesa con todos los platos y copas solo para tirarme encima y hacerme suya.

—¿Y cuál es esa motivación...? —pregunto, medio en broma, medio seria.

—No quiero abusar de tu buena voluntad, Kostas... —Bajo la mirada y respiro hondo—. Mi vida está hecha un desastre, sin rumbo, y recién ahora aparece una luz al final del túnel.

—Tranquila. Ya no estás tratando con un niño, Jessica. Ahora tienes un hombre que va a cuidar de ti.

—¿Cuidar de mí? —Me falta el aire cuando lo dice.

—Siempre y cuando tú cuides de mí. —Mira su celular justo cuando suena la alarma programada—. Treinta minutos para que

empiece tu turno. Yo diría que te lo saltes y conozcas mi ático.

—No —respondo firme.

—¿No? —Se ríe—. Soy tu jefe y estoy dispuesto a darte una justificación médica.

—¿Y cuál sería esa excusa?

—Lesión en la cadera, dificultad para caminar —inclina la cabeza, como perrito perdido.

—Ni hablar. Luché mucho para conseguir este empleo, no voy a faltar —digo seria, y empiezo a comer rápido.

—¿Ni con la aprobación de tu jefe?

—Cuando dije que era una mujer de principios, no estaba bromeando. —Termino mi comida, me limpio los labios y me pongo de pie.

Él también se levanta de inmediato, deja su plato a medio comer y me acompaña.

—¿Ni siquiera si hay un pequeño accidente en el coche y no puedes ponerte de pie durante horas? —insinúa.

Paga la cuenta y agradece el servicio.

—Ese accidente solo pasará si todo sale bien —le guiño un ojo.

—¿Estás insinuando que solo conseguiré lo que quiero si empiezo una relación contigo? —pregunta con tono burlón.

—Quién sabe —me encojo de hombros—. En realidad, no sé si estoy lista para una relación, no después del trauma. Mi cupo de decepciones con hombres está lleno por los próximos diez años.

Kostas me abre la puerta del coche.

Pero antes de que suba, me sujeta del brazo y me empuja suavemente contra el auto.

Se coloca frente a mí, su cuerpo bloquea cualquier salida, y sus manos tocan mi piel con delicadeza.

Suben lentamente hasta mis hombros y después masajean con ternura alrededor de mi nuca y cuello.

—Si ese imbécil te molesta, quiero saberlo —gruñe.

—Te aviso, lo prometo —mi voz apenas sale, porque se acerca a mi rostro.

—No quiero que me avises. Quiero su dirección.

No se aparta hasta que asiento con la cabeza.

Recién entonces me suelta y me muestra la puerta abierta.

—Mango con sal... —suspira, negando con la cabeza.

Me río solo de pensar que sigue dándole vueltas a eso.

—¿Es idea mía o eres un poquito celoso? —Subo al coche y me pongo el cinturón.

—Pura imaginación tuya —arranca el motor y me lleva al trabajo.

Capítulo 11

Jessica Navarro

En cuanto llego al trabajo, voy a ver cómo está mi abuela.

Parece animada y entretenida con las actividades que proponen los cuidadores. Me quedo unos minutos observando las interacciones y después corro a cambiarme de ropa.

Una sensación de soledad se apodera de mí y me pongo un poco sensible por no tener con quién hablar.

Nada más salir del coche de Kostas, cogí el móvil y casi llamé a Mónica, mi exmejor amiga, para desahogarme sobre todo lo que estaba pasando.

Cuando me di cuenta de lo que estaba a punto de hacer, me removió por dentro. Tragué las lágrimas y traté de ocupar la mente para alejar la idea de no tener a nadie con quien compartir mis dudas, miedos y emociones sobre todo lo que estaba viviendo.

Peor que perder a un novio, era perder a tu mejor amiga, esa con la que contabas absolutamente todo.

Me pongo el pijama hospitalario, ficho y enseguida me bombardean con un millón de tareas: tengo que ayudar con el baño de algunos pacientes ingresados y estar atenta a cualquier movimiento en el área de urgencias.

—¿Qué ambiente de funeral es este? —pregunta Nina, que lleva al menos seis guantes en cada mano, dos gafas protectoras y un pijama encima del otro.

—Habrá muerto alguien, tía. Todos los días muere alguien —Priscila se encoge de hombros y sigue vaciando las papeleras del baño de forma metódica.

Como si su alma ya hubiera abandonado su cuerpo.

—Jessica está tan callada... ¿ha pasado algo?

—No. —Aprieto los labios e intento forzar una sonrisa.

—Uhhh, también está en modo monosílabo. ¿Qué ha pasado? —Nina esquiva a Priscila justo cuando lanza un papel arrugado que acaba de sacar de la basura.

—Debe de ser la tristeza que llena el alma después de bañar a un hombre de cincuenta años que casi se muere por sobredosis y se cagó entero —dice Priscila, parpadeando lentamente—. Estoy profundamente destrozada.

—Sí, también eso —sacudo la cabeza, intentando borrar ese recuerdo—. Es solo que... no sé.

—Ah, no sé qué... no sé qué más... eso resume la vida —asiente Priscila.

¿Será que ya tengo suficiente confianza con ellas para contarles mi vida? No lo sé. Pero siento que, si no me desahogo, voy a explotar.

—Creo que no os he contado mucho de mi vida, ¿verdad? —Suspiro y sigo haciendo todo de manera mecánica—. Mis padres quieren que vuelva a Poços de Caldas.

—¿Después de haber conseguido trabajo en el Mater Dei? —Nina parece incrédula.

—Ni siquiera les conté esa novedad —termino de atar las bolsas con residuos hospitalarios—. Llevaba saliendo con un chico desde la adolescencia, cuando vine a cuidar de mi abuela aquí en São Paulo. Él me apoyó un montón, ¿sabéis?

—Buen tipo —Nina levanta los pulgares.

—Y entonces volví de sorpresa, un tiempo después, fui a su casa y lo encontré tirándose a mi mejor amiga —remato.

—¡Qué cabrón! —Nina pone cara de asco.

—La muerte nos llega a todos, pero espero que a él le llegue antes —Priscila esboza algo que parece una sonrisa y sigue trabajando como si no le importara mucho la conversación.

—O sea, no tengo una mejor amiga con quien compartir algunas cosas y siento que estoy a punto de tener un colapso. Sobre todo porque me apetece rajar de mi ex con alguien...

—¡Raja con nosotras! —me anima Nina.

—Sí. Se me da de lujo hablar mal de la gente. Bueno, no mal... decir verdades duras de tragar —se corrige al instante.

Después de un largo suspiro, me convence con un:

—O puedes guardarte todas tus angustias, frustraciones y dolores dentro de la garganta hasta que empieces a tener síntomas de ansiedad, depresión y agotamiento mental. Tú eliges —Priscila termina lo que está haciendo y me mira como si en realidad no me estuviera dando opciones.

—Qué horror —es lo único que consigo decir.

—Creo que ha elegido abrirnos su corazón —asiente, victoriosa.

—Sí. Creo que sí —me lavo las manos y las acompaño al lugar donde desechamos los residuos hospitalarios—. Mi ex, el idiota, me engañó con mi mejor amiga.

—Eso ya lo sabemos —Nina asiente.

—Y me vengué perdiendo la virginidad con un desconocido —cierro los ojos. En realidad, los aprieto con fuerza, avergonzada de lo que acabo de decir.

Espero una reacción dramática, pero cuando abro el ojo izquierdo, veo a Priscila mirándome con un aburrimiento profundo y a Nina observándome con expresión pensativa.

—Me estaba guardando. Para el matrimonio —aclaro.

—Genial. Tengo dos preguntas —dice Priscila.

— Hum.

— Primera pregunta: ¿estaba bueno?

— Buenísimo —asiento de inmediato.

Hay un bono extra aquí: me dio un montón de dinero, así que fue lo mejor de todos los mundos.

—Segunda pregunta: ¿cómo te sientes al saber que tu alma va a arder en el fuego del infier... —Empieza a reírse y luego se detiene, se pone extremadamente seria—. Vale, es broma. Segunda pregunta: ¿por qué esto te tiene tan tocada?

—Es que... ¡me estaba guardando! ¡Para el chico correcto!

—¿Tu ex te parecía el chico correcto todos estos años?

—Sí, pero...

—Entonces ¿por qué no lo hiciste con él? —Nina muestra su lado más punzante.

—No se dio. —Suspiro, como si me quitara un peso enorme de encima—. Con este chico fue... mágico. La forma en que me miraba... El contacto piel con piel...

—¿Lo hiciste sin condón? —Nina grita en pleno pasillo.

Llama la atención de algunos empleados que estaban pasando por allí.

—Muy bien, Nina, coge un megáfono y anúncialo a todo el hospital... —la reprende Priscila.

—Usé condón. Y él es... —me muerdo la lengua justo antes de soltar la palabra "infértil".

—¿Él es...?

—Extremadamente cuidadoso.

—Ah, entonces esta conversación va realmente sobre el miedo a ir al infierno y no sobre embarazos o ETS, ¿no? —Priscila expone su desaprobación—. Chica... vive tu vida.

—¿Te arrepientes? —Nina me agarra de la mano.

Su forma de hacerlo es tan dulce y atenta que casi me hace llorar.

—No.

—Entonces... ¿qué? —Priscila y ella preguntan a la vez.

—Estoy en crisis conmigo misma, ¿sabéis? Yo no soy así. Esto no debería haber pasado. Pero pasó, y fue tan bueno...

—¿Olía bien? —Nina dice con tono soñador.

—El hombre más perfumado que he conocido —respondo sin dudar.

—¿Tamaño del pie? —Priscila me señala con el dedo índice.

—Tía, era grande. No, grande no... enorme. Y ni siquiera me cupo la mitad, y aun así...

Abro mucho los ojos. Me arden las mejillas solo de recordarlo.

—¿Aun así...? —Las dos me miran, ansiosas por la continuación.

Quiero morirme por ser tan abierta con esto, pero necesito hablarlo.

—Me corrí a chorros. Muchísimo. Lo empapé entero.

—¿Y qué hizo él? —Nina está desesperada, empieza a rascarse solo de imaginarlo.

Se pasó la mano por los abdominales, recogió todo el líquido y se lo lamió.

Priscila parece a punto de aplaudir. Nina empieza a buscar a un médico libre, porque parece que le ha dado urticaria.

—¡Está... buenísimo! —me desahogo.

—¿Y en vez de estar lamentándote, no deberíamos estar bebiendo? —cuestiona Priscila.

—Sí —admito.

—¿Y por qué no estamos bebiendo?

—Porque estamos trabajando —recuerda Nina.

—No, lo que quiero decir es: ¿por qué no estás feliz? Olvídate del ex tóxico, manda a esa falsa amiga al infierno y sigue adelante. Disfruta de tu parque de atracciones mientras estés viva, porque según mis cálculos, reina...

—Me siento culpable —es lo único que consigo decir.

—Mira, te entiendo... —Nina me agarra del brazo—. A veces me pasa igual. Me entrego a un calentón desesperado con la intensidad de 50 Anittas y luego me arrepiento. Solo puedo tener sexo bajo la ducha mientras me enjabono...

Priscila la mira como si acabara de oír la cosa más absurda del mundo.

—¿Por qué me miras así? ¡Tú ya lo hiciste en un cementerio! —Nina la acusa, señalándola con el dedo.

—Vale, somos amigas, no vamos a juzgar los fetiches de nadie... —Priscila se muerde la lengua y mira a Nina como si fuera rarísima—. Pero el lugar más raro donde he follado fue dentro de una iglesia.

—¡Por el amor de Dios! —Nina se tapa los oídos.

—No me resisto a un cura —Priscila se encoge de hombros—. Pero ahora estoy centrada en la misión de conquistar a cierto doctor... —nos recuerda.

—Lo que quiere decir es: no te sientas culpable. ¿Fue bueno, no? Pues ahora eres adulta y tienes que cuidar de ti misma. De todas tus necesidades.

—Sí. Tienes razón.

—Deberíamos salir y hablar de nuestras vidas fuera del hospital. Aquí es todo tan... no sé... —Nina echa un vistazo alrededor.

—Sí, en cualquier momento aparece Socorro y nos suelta una bronca de las gordas... —advierte Priscila.

—Conozco un sitio increíble donde ponen pagode —Nina nos agarra por los hombros—. ¡Deberíamos ir!

—¿Pagode? Paso. Prefiero morir antes que ir a un sitio así —Priscila acelera el paso.

—Yo me apunto. Me gusta el pagode y necesito beber. Creo que solo así voy a sentirme más ligera.

—¡No contéis conmigo! —avisa Priscila.

—¡Es una noche de chicas! Tenemos que ir las tres —Nina intenta convencerla.

Me siento sutilmente mejor por haberme desahogado y poder contar con las chicas. Claro que no entré en detalles ni hablé sobre mi tía aprovechada intentando vender la casa de mi abuela, o del estado avanzado de Alzheimer al que mi abuela llegó por culpa del abandono familiar, pero poco a poco me iré abriendo más.

Por ahora, he sacado de dentro lo que más me estaba angustiando.

En realidad, quería detallar lo que me hace sentir Kostas y cómo consigue tocarme de una forma que nadie más logra. Estoy intentando luchar contra todo eso y olvidar lo que pasó, pero todo lo que mi cuerpo quiere... es a él.

Y estar cerca de él, como hoy, parece que me deja aún más vulnerable.

Kostas Lykaios

A la mañana siguiente, me despierto con la luz del día invadiendo la habitación.

Me froto el dorso de la mano en la cara y veo las cortinas abiertas.

—Alexa, cierra las cortinas —digo, y la inteligencia artificial obedece.

Cinco segundos después, las cortinas se abren.

—He dicho que... —murmuro.

—¡Es hora de despertar! —dice Jeon con tono animado.

Casi salto de la cama al oír su voz. Lo busco por la habitación y lo veo sentado en mi sillón de masajes, con ropa de gimnasio. En una mano, una taza estampada como una caja de "Orfidal" y en la otra, un libro: *Comer, Rezar y Amar*.

—¿No tienes casa o qué? —Tomo una almohada y se la lanzo.

—Quién te ha visto y quién te ve, Konstantino... —Chasquea la lengua, desaprobando—. Ah, me debes tantas explicaciones...

—¿Explicaciones de qué, Jeon? —Tomo la otra almohada y me la pongo en la cara.

—Le conté a mi madre sobre un médico que confunde a una nueva empleada con una escort, tienen una noche caliente y luego no se ven por un tiempo —narra emocionado—. Después se reencuentran por casualidad y empiezan a liarse.

—Creativo, tú... —me burlo.

—Ella preguntó qué dorama era ese... y le dije: ¡es la vida de mi compañero de trabajo! —Me lanza la almohada de vuelta—. ¡Despierta y cuéntame esa historia! —exige.

—No hay historia. No hay nada. Ya lo dije: nunca duermo dos veces con la misma mujer.

—Entiendo.

—No estoy interesado en esa mujer. Ya obtuve lo que quería de ella, ahora no significa nada para mí.

—Ajá.

—Así que déjame en paz y vuelve a tu casa...

Me interrumpe mi propia voz. Jeon levanta el móvil, sube el volumen al máximo y deja que un audio se reproduzca:

—Tío... quiero a esa mujer. La quiero tanto que no voy a escatimar esfuerzos para tenerla. Tiene unos ojos tan grandes y brillantes que cuando me reflejo en ellos... tío... me siento recargado, ¿sabes? Me siento... yo mismo, otra vez.

—¡Dame eso! —Salto de la cama y voy hacia él.

—¡No! —Jeon lanza el libro a un lado, guarda el móvil en el bolsillo y empieza a caminar como un loco por la habitación, porque las pantuflas de pato resbalan en el suelo.

—¡Borra esa mierda! ¡Bórrala ya! —le exijo.

—¿Esto? —Jeon da una palmada en su bolsillo—. Es mi jubilación. Esto es todo lo que tengo de esta fanfic y lo voy a guardar.

—Te voy a despedir —amenazo.

—No lo harás. Soy el mejor neurocirujano de ese hospital —responde.

Y tiene razón.

Qué cabrón.

—¿Cómo hiciste ese audio? La inteligencia artificial está muy avanzada...

—Sí, una IA llamada vodka, whisky y absenta —se ríe.

—Jeon, deja de hacer el payaso y borra eso —pongo los ojos en blanco.

Desde lejos, me muestra que el audio está en nuestra conversación.

Voy a la cama, cojo mi móvil y compruebo que, efectivamente, fui yo quien envió ese mensaje en plena madrugada. Reviso si envié algo más, pero, para mi alivio total, no.

—Venga, campeón. Solo sales una vez con cada mujer, ¿pero con esta vas a repetir? ¡Admítelo! —me enfrenta.

—¿Tu vida está tan desocupada? —Cruzo los brazos—. ¿No hay algún nuevo neurocirujano al que tengas que mentorear?

—No. Y ya me vi todos mis doramas. Mi madre me llama cada media hora para saber cómo sigue la historia —Jeon se acerca a mí —. Mi madre vive en Corea, tío. Al otro lado del mundo. Quiere saber cómo termina esto...

—Termina así: voy a tener otra noche con ella y luego seguiré con mi vida. Ya está. ¿Contento?

Jeon lleva la taza con el logo de "Orfidal" a la boca y bebe lentamente, haciendo un ruido molesto.

—Malo como guionista. Ya no se hacen doramas como los de antes.

—¡Porque no es un dorama! ¡Es la vida real! —Marcho hacia la suite, me lavo la cara y me cepillo los dientes.

Salgo esperando que se haya ido ya, pero sigue en el mismo sitio, taza en la boca, mirada de decepción.

—Voy a darle una estrella a este dorama y a rajar en Twitter.

—Hazlo —lo animo.

—¿Quieres? —Me ofrece la taza—. Te hace falta.

—No. —Salgo del cuarto en dirección a la cocina y veo a Katy, una de las empleadas de la casa—. Buenos días, Katy. Ya te lo dije y lo repito: ¡no dejes entrar a este loco! —refunfuño.

—Buenos días, doctor —la mujer sigue con sus tareas y asiente brevemente con la cabeza.

—Ella me dejará entrar porque sabe que traigo comida, alegría y un poco de espiritualidad a esta casa —Jeon mantiene la distancia, con una mirada crítica.

Preparo huevos revueltos, pongo pan integral en la tostadora y lo observo.

—¿Qué pasa?

—Reescribe el dorama. El final es malo, mi madre se va a deprimir.

—Así es la vida —doy el tema por zanjado y me siento a comer.

Mi compañero de trabajo y mejor amigo me mira como si fuera el villano de una peli barata.

—Tu fase de negación es fortísima cuando te enamoras —vuelve a beber, haciendo ruido solo para molestarme.

—Estoy enamorado. ¿Contento? Enamorado —golpeo la mesa con el puño cerrado—. No dejo de pensar en esa mujer desde el día que la vi. Intenté recrearla en mi mente un millón de veces hasta que la volví a encontrar y, cuando la vi, era mejor que en mis sueños y en mis recuerdos.

Jeon asiente y me anima a seguir.

—Es preciosa. Luchadora. Inteligente. ¿Y sabes qué es lo peor?

—No, dime.

—Es todo lo contrario a lo que soy. Seríamos un desastre juntos. Es religiosa, cree en milagros, quiere ser madre algún día y no cae en las tentaciones que le pongo delante.

—¡Uh! —Jeon se anima, empieza a aplaudir en silencio.

—Así que sí, estoy obsesionado con esa mujer y voy a seguir estándolo hasta conseguir lo que quiero. Y después, pasará lo que pasa con todas.

—¿Qué es...?

—Seguiré con mi vida, como si no hubiera pasado nada. ¿Contento?

Jeon saca el móvil del bolsillo, teclea tranquilamente el nombre de alguien. Escucho el tono de llamada y lo veo acercar el teléfono a la cara.

—¿Mamá? —Sonríe con los ojos—. Sí. El dorama vuelve a ponerse bueno.

Capítulo 12

Jessica Navarro

Nunca imaginé que cortar un mango verde pudiera cambiar el rumbo de mi noche.

Durante mi descanso, a mitad de la madrugada, fui a mi taquilla a coger un mango que había comprado más temprano y busqué sal en la cantina del personal.

Estaba tan eufórica y animada solo de imaginar el sabor del mango verde con sal, que corté la fruta de cualquier manera y acabé haciéndome un corte feo en la palma de la mano, entre el pulgar y el índice.

El dolor agudo y la sangre que empezó a brotar me hicieron soltar todo y correr a urgencias.

—¡Necesito atención médica, rápido, me acabo de cortar! —le digo al recepcionista.

Aunque sabe perfectamente que trabajo aquí y me ve todos los días, el hombre me ignora por completo.

—Tendrás que rellenar este formulario... —dice con un tono monótono y adormilado.

—¡Es urgente! —Le muestro la mano.

Mi angustia dura un minuto entero.

Por suerte, veo a Kostas pasar apresurado por allí, y en cuanto me ve, se detiene, da media vuelta y viene hacia mí con expresión de preocupación.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—Mango con sal —pongo los ojos en blanco.

Parece desconcertado y asiente con la cabeza, dejando claro que no ha entendido nada.

—Estaba cortando un mango y me hice daño.

—¿Duele mucho?

—Cada segundo más...

—Aguanta un poco, acaba de surgir una emergencia —avisa por el busca—. Parece que necesitas a un médico habilidoso. Por

suerte, has encontrado al mejor de este hospital.

—Qué engreído —hago una mueca.

Kostas me lleva a su consulta, cierra la puerta y se pone los guantes. Se acerca a mí como si fuera a empotrarme contra la pared.

Doy unos pasos hacia atrás, con cuidado de no tropezar. Me doy cuenta de que está intentando acorralarme hasta llevarme a su escritorio; lo sé porque siento el borde del mueble contra mi trasero.

—Buena chica —murmura.

Agarra mis muslos y me levanta, sentándome sobre la mesa y colocándose entre mis piernas.

—Vamos a ver esto... —dice, sujetando mi brazo con firmeza, aunque su gesto se siente amable.

—Creo que me herí la mano, no los pies —lo provoco.

Lo único que hace es mostrar una sonrisa descarada. Me mira desde arriba y me lanza un guiño mientras empieza a limpiar el corte.

—¡Ay! —Intento retirar la mano, pero no me deja.

—Va a escocer.

—Gracias por avisar —gruño.

Kostas empieza a trabajar con mucho cuidado, y eso lo hace aún más atractivo. Su agarre se suaviza a medida que demuestro que no voy a huir ni a interrumpir su trabajo.

No puedo negar que su cercanía física aumenta mi ansiedad.

Cada vez que me toca, un escalofrío recorre mi cuerpo.

—Estás helada. ¿Necesitas que te caliente?

—Si puedes bajar el aire acondicionado... —le indico.

—Ah, quieres que me acerque más —asiente con picardía.

Su aliento cálido contra mi rostro me deja desconcertada, y no puedo evitar pensar que siente los latidos de mi corazón en la palma de mi mano.

—¿Siempre has sido tan torpe o solo cuando estoy de guardia? —me lanza una mirada traviesa.

—¿O será por el mango? —sugiero—. Fui con demasiadas ganas...

—Sí, se pueden hacer muchas tonterías cuando se va con demasiadas ganas —coincide.

Termina de limpiar mi mano y prepara el material para dar algunos puntos.

—Pero creo que tienes un efecto raro sobre mí —confieso.

—¿Un efecto raro? —Levanta una ceja—. ¿Gravitacional?

—Gravitacional, magnético, pirotécnico...

Acabamos los dos riéndonos, y ya ni sé lo que estoy diciendo. Creo que empiezo a marearme después de perder sangre.

Kostas coge lidocaína y empieza a aplicarla en mi mano, mirándome fijamente a los ojos. Hay algo provocador y tentador en cada uno de sus movimientos, lo que me pone aún más nerviosa.

—Ahora un efecto anestésico... —me río.

—Y al final, ¿es un efecto bueno?

—Creo que sí —mi corazón se acelera.

Trago saliva, sintiendo un calor que sube desde el pecho hasta la cara.

—¿Crees? —provoca.

Lo observo trabajar mientras empieza a darme los puntos en la mano. Es tan meticuloso y cuidadoso que da gusto verlo en acción.

Puedo notar que está disfrutando cada segundo, solo que no sé si por estar cerca de mí o por el corte que tiene que curar.

—No quiero baja médica.

—¿No? —Alza las cejas—. ¿Crees que puedes trabajar así?

—Tal vez no hoy, pero no quiero quedarme en casa. Me gusta estar ocupada, ser útil, correr como una loca por estos pasillos...

—Voy a darte una baja de diez días, pero si quieres venir a trabajar, no hay problema —se ríe—. ¿Estás contagiándote de mi enfermedad?

—Sí, creo que me estoy volviendo adicta al trabajo.

—¿Sabes a qué estoy adicto yo?

—No, ¿a qué?

—A buscarte por los pasillos hasta encontrarte.

Mis mejillas arden y aparto la cara para ocultar una sonrisa.

—¿Cómo voy a trabajar diez días sin oler tu perfume por aquí, Jessica?

—Espero que encuentres fuerzas, guerrero —me burlo—. Al fin y al cabo, dicen que eres el mejor cirujano del edificio...

—Y el más caro.

—Menos mal que estás haciendo esto gratis... ¿verdad? —Abro mucho los ojos cuando él niega con un gesto—. Mira, todavía no tengo dinero para pagarte, Kostas... no puedo asumir más deudas...

Mi pecho late tan fuerte por el desespero que siento que voy a desmayarme.

—Listo —termina de vendar mi mano—. Ahora estás a salvo.

—¿A salvo? —frunzo el ceño.

Kostas se aleja un poco, indicando que debo bajarme de la mesa.

—Lejos de los peligros nocturnos: mango con sal y Kostas.

La forma en que me mira me hace sentir completamente expuesta. Es como si pudiera ver todas mis inseguridades, deseos y pensamientos.

Doy un salto desde la mesa y examino mi mano.

—¿Cómo puedo pagarte?

—No sé... tengo tanta hambre... —Cruza los brazos y apoya el cuerpo contra la pared.

—Por desgracia, ni tú ni yo podremos comer mango con sal —me lamento.

—Una pena. Estaba loco por pringarme entero —hace un puchero con los labios.

—Deja de mirarme así, doctor, que no voy a resistirme —suspiro.

—No quiero que te resistas —me guiña un ojo.

—¿Qué es lo que quieres? —mi voz sale temblorosa.

Los latidos de mi corazón son tan fuertes que me falta el aire.

—Matar el hambre —se encoge de hombros—. Pero debería estar en quirófano ahora mismo —mira su reloj.

—Ah, seguro que hay tiempo para un tentempié...

—¿Un tentempié? —Una sonrisa maliciosa se dibuja en sus labios—. Mira mi tamaño, Jessica.

—Hmm.

—Soy un hombre grande.

—Enorme —asiento.

—Necesito algo con más... sustancia.

—¿Sustancia? ¿Como qué?

Da un paso hacia mí e inmediatamente mi cuerpo se pone en alerta. Kostas acerca su rostro al mío y respira hondo.

—Como tú —murmura, con la voz baja y seductora.

Trago saliva, sintiendo el calor de su proximidad provocarme una ligera hiperventilación.

—Eso no sería profesional, Dr. Kostas —intento recordarle dónde estamos.

—Pero sería delicioso —sonríe, intentando tentarme.

Muerdo mi labio inferior, pensando en todas las miradas cruzadas y la tensión que ha crecido tanto que ya me tiemblan las piernas.

—¿No sería? —pregunta con un tono serio, esperando una respuesta.

—Lo sería —mi voz apenas se oye.

Se acerca lentamente, como quien no quiere la cosa. Me muerde el labio inferior, lo chupa despacio y no se aleja cuando lo suelta.

—Sí. Sabes que sería muy poco profesional por mi parte... y también muy delicioso.

—Sí.

—Entonces, ¿qué te parece si no somos profesionales durante diez minutos? —Mira su reloj de pulsera y vuelve a mirarme—. Prometo que no será solo tu mano lo que quede adormecido.

Mi cabeza empieza a decir que sí. Y cuando me doy cuenta, abro los ojos como platos y doy un paso atrás.

El busca de Kostas suena otra vez y él resopla en silencio, coge el aparato y cierra los ojos.

—Tengo que irme.

—Ah... —No sé si lo que hago es un gemido o un suspiro de alivio.

Él acaricia mi rostro y me lanza una sonrisa ladeada que me desarma por completo.

—No me mires así. El deber me llama. Tengo una cirugía muy importante que hacer. Prioridades, ya sabes.

—Lo sé, doctor —asiento.

—Y tú necesitas descansar para recuperarte, así que voy a dejarte tranquila.

—Sí. Prometo que haré justo eso: descansar.

—Prométeme que no vas a volver a cortar mango con sal. Yo puedo hacerlo por ti.

—Lo prometo —contengo la risa.

Con una última mirada significativa, se aleja y me deja claro que se va.

Kostas me deja sola con mis pensamientos acelerados y un deseo creciente que parece latir en cada rincón de mi cuerpo.

Casi me derrumbo al respirar.

Intento calmar mi corazón, empiezo a abanicarme y murmuro para mí misma:

—Salvada por la campana... no iba a poder decirle que no a ese hombre hoy...

Necesito ser fiel a mis creencias.

Sin embargo, el deseo y la curiosidad de sentir a Kostas de nuevo eran fuertes, y sabía que era cuestión de tiempo hasta rendirme a su encanto.

Salgo del despacho del jefe de cirugía y voy hacia Socorro, le muestro mi mano y la baja firmada por Kostas. Luego, me dirijo a la sala de descanso, aun sabiendo que no voy a poder dormir.

Lo que no sabía era que descansar sería lo último que encontraría allí.

Capítulo 13

Jessica Navarro

Suelto un suspiro de alivio al llegar a la sala de descanso y me siento agradecida de que las cosas no estén tan caóticas en urgencias. Me duelen las piernas y necesito al menos echarme una cabezadita unos minutos.

Estoy a punto de quitarme los zapatos cuando me sobresalto al oír la puerta cerrarse de golpe y sentir unos brazos fuertes rodeándome la cintura, abrazándome por detrás.

—¿Q-qué...? —intento preguntar, pero no termino la frase porque en cuestión de segundos me giran y me encuentro de frente con Kostas y su sonrisa descarada. No me sorprende del todo.

Solo ese hombre atrevido sería capaz de algo tan osado.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Recupero el aliento, odiándome por sentirme tan caliente entre sus brazos.

—Te lo dije, tengo hambre —responde con total naturalidad.

Un gemido sorprendido se escapa de mis labios cuando aprieta con fuerza mi culo con esas manos grandes que tiene.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —Intento no mostrarme afectada, dándole golpecitos en las manos para que me suelte.

Una actitud totalmente inútil.

Él parece decidido a mantener sus manos sobre mí, y aunque sé que debería estar resistiéndome, eso no es lo que hago. Mi falta de resistencia no pasa desapercibida para los ojos afilados de Kostas.

—Tiene todo que ver contigo —responde con plena seguridad, acercando su boca a la mía y rozando nuestros labios antes de continuar—: Después de todo, ¿a quién más me comería si no a ti?

La incredulidad ante esa declaración tan directa me paraliza. No sé si sentirme ofendida... o excitada.

Por desgracia —o por suerte— mi desconcierto le da tiempo de sobra a Kostas para besarme, quebrando cualquier barrera que aún pudiera haber entre nosotros.

Su boca es exigente, sabe exactamente lo que quiere, y la forma en que me besa domina mi lengua y me deja vergonzosamente sedienta de más.

No debería reaccionar tan entregada. Me siento débil por no tener control, pero es simplemente delicioso dejarme besar por Kostas. No puedo negar el placer de haber sido atrapada así, con tanta decisión.

Cuando me doy cuenta, ya estoy devolviéndole el beso con tanto fervor como él, porque, al parecer, mi cuerpo está más que dispuesto a ser su cena.

—No te preocupes, seré rápido —murmura contra mis labios mientras desliza las manos por mi cuerpo hasta apretar mis pechos. Luego agarra el borde de mi pantalón y, de un solo tirón, lo baja junto con mis bragas. —Te dejaré un ratito para que descanses después.

Todo sucede con tanta rapidez que no sé cómo reaccionar, completamente dominada por la actitud segura y demandante con la que Kostas me maneja.

Es delicioso, no puedo negarlo, y un gritito sorprendido escapa de mi boca cuando él me gira de cara a la pared, dejándome

apoyada contra ella mientras se posiciona detrás de mí.

Casi puedo anticipar lo que se sentirá tener su polla enorme dentro de mí de repente, y, confieso, me siento ansiosa por eso. Pero lo que recibo es otra sorpresa: sus manos firmes separan mis nalgas al mismo tiempo que se arrodilla detrás de mí, bajándome completamente el pantalón y dejándome expuesta de una forma que me hace arder de vergüenza.

—Y aquí está mi banquete —Kostas lo dice más para sí mismo que para mí, abriendo mis nalgas con las manos y masajeándolas con firmeza, haciéndome temblar ante la idea de estar siendo observada—. Llevo tanto tiempo soñando con hacer esto...

Antes de que pueda formular una respuesta, me sorprende metiendo la cara entre mis muslos para alcanzar mi coño, y todo mi cuerpo tiembla cuando su lengua empieza a saborearme con ansias.

Ya sabía que estaba mojada, pero con las caricias exactas que Kostas empieza a dejar sobre mi zona más sensible, alternando entre el clítoris y la entrada, mi excitación se potencia hasta dejarme tan débil que ni siquiera soy capaz de gemir.

Mis manos se apoyan firmes contra la pared y mis caderas se alzan para buscar más de lo que me está haciendo, moviéndome

desesperadamente para aliviar el deseo que me consume. Mi reacción parece gustarle, porque siento claramente su sonrisa traviesa contra mi piel antes de que succione mi clítoris con perfección.

Mi boca se abre sin emitir sonido, solo jadeos entrecortados, y mis piernas flaquean de puro placer.

No sé cómo Kostas sabe tan bien lo que me gusta, pero cada movimiento suyo me lleva más y más cerca del orgasmo, y mi cuerpo empieza a temblar.

Estoy a punto de dejarme llevar por esa ola deliciosa que solo él es capaz de provocar, cuando un lamento escapa de mis labios al sentir su lengua alejarse de mi clítoris. Juega un momento con mis labios mayores y menores antes de seguir descendiendo... y mis ojos se abren como platos al notar esa caricia húmeda, suave y cálida deslizándose por mi perineo, dirigiéndose directamente a un lugar que no esperaba.

—¡Kostas, qué estás... oh, Dios mío! —Mi tono es histérico y mis manos golpean la pared por puro instinto cuando sus manos aprietan con fuerza mi culo para dejarme bien expuesta, y acto

seguido, siento cómo su boca y su lengua hambrientas devoran mi ano.

Kostas sabe perfectamente lo que está haciéndome, y parece disfrutarlo, porque incluso logro percibir, de vez en cuando, su sonrisa mientras lo hace, lo que me vuelve completamente loca.

Su lengua juega con el borde antes de forzarse dentro de mí de una manera que me hace desear partirme en dos. Todo se vuelve aún más intenso cuando siento sus dedos penetrando mi coño, entrando en un ritmo de estimulación que alterna entre follarme y acariciar mi clítoris, sin dejar de lamerme el culo con absoluta entrega.

Es tan delicioso, tan adictivo, que desearía ser fuerte solo para aguantar más tiempo y que Kostas nunca dejara de hacer lo que está haciendo conmigo. Estoy completamente rendida, a merced de su poder para darme placer.

Pero soy demasiado sensible, y considerando que él realmente parecía comprometido con ser rápido, apenas puedo lamentarme cuando mi visión se nubla al ser alcanzada por el orgasmo. Me muevo por pura inercia contra su lengua y sus dedos

para prolongar esa sensación exquisita que se extiende por todo mi cuerpo.

—¿Lo ves? Te dije que sería rápido. —Lo oigo decir mientras se pone de pie y sube mi ropa, algo que yo misma no podría haber hecho ni en mil años. —Una pena no poder saborear con calma... creo que el hambre me puede volver en cualquier momento.

Quiero responderle, pero no puedo. Todo lo que consigo es intentar recuperar la respiración mientras intento pensar en cómo llegar a la cama más cercana y tumbarme, porque mis piernas no dejan de temblar.

Kostas parece leerme la mente, porque simplemente me toma del brazo y me conduce hasta la cama, claramente entretenido con la situación por la forma en que me mira.

—Bueno —mira la notificación que acaba de recibir y suspira profundamente antes de continuar—, el deber me llama. Gracias por la comida.

El muy cabrón me guiña un ojo antes de salir de la habitación como si no hubiera pasado absolutamente nada.

Me encantaría tener fuerzas para insultarlo, pero mi cuerpo y mi cabeza están en tal estado de caos que solo puedo quedarme

ahí, asimilando uno de los mejores orgasmos de toda mi vida.

Capítulo 14

Jessica Navarro

Al final de mi turno el día anterior, Socorro me llevó a hacer los exámenes de admisión, sobre todo por mi "accidente laboral".

Me recordó que, aunque Kostas me hubiera recomendado, eso no me eximía de seguir el protocolo de la empresa, y estuve de acuerdo.

Al día siguiente, fui temprano a entregar muestras de orina, junto con mi abuela. Aprovechamos para desayunar en el comedor del hospital y luego volvimos a casa.

Me sentía feliz al ver que, en pocos días, su energía y ánimo habían cambiado por completo.

—¿A dónde fuisteis tan temprano? —me aborda mi tía Silvana al cruzar el portón de casa.

—Fui a hacerme unos análisis y... —intento explicarme.

—¿Y vas a estar arrastrando a mi madre a todos lados? ¿No ves cómo está? —se queja.

—En realidad, tía, Lulu está con una energía estupenda. Creo que volver a tener días activos le está ayudando, no perjudicando.

Ella desaprueba lo que digo con un gesto seco de cabeza y me entrega dos bolsas llenas.

—Aquí están todos los medicamentos que toma, pañales y algunos víveres para la semana —mira alrededor—. ¿Cuándo piensas volver a Poços de Caldas?

—Pues... sobre eso... —intento contener la emoción— encontré un trabajo que paga muy bien y decidí quedarme.

—¿Y mi madre? ¿Va a quedarse tirada dentro de la casa? ¿Sabes el riesgo que corre una persona con Alzheimer al estar sola de ocho a diez horas? —reclama.

—Estoy llevando a Lulu conmigo —intento calmarla—. Es en el Hospital Mater Dei.

Puedo ver claramente cómo se le va el color del rostro.

—Lulu está en el área de neurología, recibiendo todos los cuidados necesarios y haciendo actividades. El hospital lo tiene todo:

fisioterapeutas, psicólogos, clínicos, nutricionistas... ¡su disposición ha mejorado muchísimo!

—¿Tu madre estuvo de acuerdo con eso? —pregunta, exaltada.

—No, tomé esa decisión sola.

—¿Y quién te dio autoridad? —pone las manos en la cintura y se acerca a mí—. ¿Quieres matar a mi madre? Está jubilada, vivió un infierno en ese hospital, ¿y ahora quieres volver a meterla ahí?

—De hecho, en pocos días está mucho mejor que encerrada en casa, porque allí puede interactuar, hacer juegos, siempre está ocupada... incluso ha dicho algunas palabras últimamente.

—¡Basta! —protesta tía Silvana, visiblemente molesta—. Voy a hablar con tu madre sobre esto. ¡Así no pueden seguir las cosas!

—¿Qué piensas hacer, tía?

—Si quieres trabajar en São Paulo, perfecto, pero mi madre va a pasar lo que le queda de vida en el interior, descansando. ¡Y ni se te ocurra pensar que, si ella se va a Poços de Caldas, tú te quedarás en esta casa! —advierte—. ¡Se acabó! ¡Nadie va a aprovecharse de mi madre!

Suelta las bolsas en el suelo y se marcha enfurecida.

Me resulta curioso que no haya vuelto a mencionar el tema de los "papeles que debía firmar".

Paso el resto del día ocupándome de las tareas de la casa.

Cuando suena mi móvil, el corazón se me sube a la garganta, porque pienso enseguida que es Eric intentando atormentarme. Pero la verdad es que ha desaparecido.

Y estaré eternamente agradecida a Kostas por eso; es un peso menos con el que lidiar.

Y hablando de él...

—Hola —me pongo los auriculares y empiezo a lavar los platos—. ¿Pasó algo con mis análisis?

—No, es otra urgencia.

—¿Cuál? —el corazón se me dispara.

—Quería oír tu voz por teléfono.

Eso me desarma por completo. Si estuviera aquí, como mínimo le tiraría la esponja llena de jabón a la cara.

—¿Es muy diferente a cuando me ves en persona? —me río.

—No mucho. Pero me deja margen para imaginar las muecas que haces mientras hablas conmigo.

—¡Yo no hago muecas! —protesto, torciendo la boca sin darme cuenta.

—Claro. Y ahora mismo seguro que estás haciendo un puchero.

Deshago el gesto de inmediato y frunzo el ceño.

—Ahora seguro que tienes la ceja derecha levantada, haces eso cuando estás frustrada o enfadada —comenta con voz ronca y baja.

—¿Me estás espiando? —Miro a mi alrededor.

—No, simplemente no puedo dejar de pensar en ti.

Siento una corriente helada recorrer mi estómago. Sigo lavando los platos de forma mecánica, mientras la profundidad de su voz, como si estuviera susurrándome al oído, resuena dentro de mí.

—¿Lo haces a menudo? —lo provoco.

—Lo suficiente para mantenerme concentrado en el trabajo. —Puedo oír el bullicio a su alrededor, parece estar caminando por el pasillo del área de urgencias—. No nos veremos hasta la semana

que viene, así que necesito encontrar maneras de alimentar mi adicción.

—Pensé que el sexo era tu adicción.

—Ahora eres tú. Un leve reemplazo, ya que la droga que necesito no está disponible en este momento.

El agua sigue corriendo del grifo y yo me quedo inmóvil, concentrada en su voz seductora.

—¿Quieres conocer mi casa este fin de semana?

—No, gracias, ya tengo muchos compromisos.

—¿Compromisos? —se ríe, con un tono entre molesto y divertido.

—Sí, voy a salir con mis nuevas amigas a un pagode.

—¿Pagode? —su tono decepcionado me hace sonreír.

—Sí. Necesito salir, respirar un poco, sacarme al idiota de mi ex de la cabeza... —Intento sonar relajada, aunque mi mente esté cargada de emociones.

—¿Él sigue molestándote? —su voz cambia, se vuelve mucho más seria.

—No. Creo que tú lo asustaste.

—Merezco un premio —me provoca.

Cierro los ojos y sonrío de lado, frustrada por lo descarado que es.

Un suspiro involuntario se escapa de mis labios.

—Creo que ya has tenido tu premio, Kostas...

—Quiero uno más grande —exige.

He construido muros altos a mi alrededor por el dolor de la traición, pero cada vez que hablo con Kostas, parece que mis defensas se agrietan.

Él desafía la lógica y revive sentimientos que no quería volver a sentir por nadie, porque todavía estoy herida.

—¿Puedo dejar a Lulu al cuidado del hospital cuando vaya al pagode? No tengo con quién dejarla y mi tía está buscando cualquier excusa para fastidiarme.

—Claro que puedes.

—Gracias.

—¿Y mi premio? —insiste.

—No vas a rendirte, ¿verdad? —le hablo con voz melosa.

—¿Rendirme contigo? —su voz es firme, decidida—. Pensé que me conocías, Jessica. Me estás decepcionando.

Sus palabras me remueven por dentro, desafían mis límites.

Termino de lavar los platos, pero toda mi atención sigue centrada en él.

—Acabo de salir de una relación que pensé que era para toda la vida. —Siento un nudo en la garganta y bajo la mirada—. No sé si estoy lista para ir mucho más allá...

—Piensa en esto como una nueva venganza —me provoca—. Para sacarlo de tu cabeza, intenta poner otra cosa en su lugar.

—Qué descarado —me río.

Eric dejó de ser un problema inmediato para convertirse solo en un recuerdo que aún duele.

Ahora mismo me preocupan otras cosas, como mi familia intentando conspirar para que vuelva a Poços de Caldas y la posibilidad de quedarme sin casa en las próximas semanas.

—Puedes usarme para olvidarlo. A mí me encantará.

La verdad es que a mí también.

Pero me parece una pésima idea entregarme así a mi jefe.

—Tengo que colgar, acaba de llegar un caso grave en urgencias.

—Vale, buen trabajo —hago un pequeño gesto con los dedos, como si pudiera verme.

Él cuelga, y yo me quedo mirando la pantalla del móvil con la sensación de que mi corazón está vibrando en las puntas de los dedos, dejándome caliente de ansiedad.

Capítulo 15

Jessica Navarro

El día que salí con mis amigas del trabajo, dejé a Lulu en el hospital y cogí un autobús hacia Vila Madalena.

Me encontré con Nina y Priscila frente a una tienda y caminamos por el barrio buscando el sitio al que Nina quería llevarnos.

Las calles están llenas de gente, los restaurantes, salas de conciertos y bares, todos abarrotados.

—Estás animadita, ¿eh, Jessica? —dice Priscila con desaprobación.

—Llevo un año cuidando de mi abuela sin parar. Es la primera vez que salgo a despejarme, ¡así que hoy voy a darlo todo! —aviso.

—¿Tu abuela es esa señora que siempre llega contigo? —pregunta Nina.

—Sí.

—¿Qué tiene?

—Alzhéimer.

—Vaya, qué duro, Jessica... lo siento —Nina me pone la mano en el hombro.

De las tres, yo parezco ser la más adecuada para la noche: una blusa blanca con volantes que termina justo antes del ombligo, shorts de cuero negro de tiro alto y tacones blancos.

Nina lleva una chaqueta puffer azul metalizada, vaqueros y zapatillas. Cada cinco minutos saca un botecito de gel hidroalcohólico del bolsillo y se lo echa en las manos.

Priscila lleva chaqueta de cuero negra, un vestido corto, botas militares que le suben más allá de la pantorrilla y un maquillaje negro en los ojos, pintalabios oscuro y el pelo lleno de extensiones rosas y verdes.

Me encanta que nuestros estilos sean completamente distintos. Y me gusta aún más ver que Priscila está haciendo un esfuerzo titánico por estar con nosotras esta noche, porque se nota en sus ojos que va a odiar cada segundo.

—Es aquí. Vila Lounge —Nina señala un edificio comercial con cristales espejados.

La planta baja tiene paredes de vidrio y desde fuera podemos ver la multitud reunida alrededor de un pequeño escenario cuadrado, donde un hombre y una mujer cantan varios éxitos de pagode.

—¿Vamos? —Nina empuja a Priscila.

—Que Dios nos ayude trayendo el apocalipsis lo antes posible —responde la otra, poniendo los ojos en blanco antes de entrar.

Subimos al piso de arriba y nos apoyamos en la barandilla.

Observo las banderas de varios países del mundo que decoran el lugar, junto a cuadros con figuras como Alcione, Péricles, Thiaguinho y Zeca Pagodinho.

—Hay una zona con mesas —Nina señala hacia la derecha—. Y aquí podemos escuchar la música y disfrutar —se arriesga a dar unos pasos.

La agarro de la mano y la sigo.

—¿Vamos a beber? Necesito emborracharme —Priscila señala el bar con la cabeza.

—Vamos, el alcohol siempre es bienvenido —Nina la sigue.

Y yo voy justo detrás.

El público canta la canción a pleno pulmón, tanto que retumba por todo el lugar ese "tiene pareja pero le gusta lo prohibido, y el culpable soy yo, el bandido soy yo".

Esperamos en la cola hasta que llega nuestro turno.

—Una Heineken, por favor —cojo la long neck que me entregan al instante, la abro y empiezo a beber.

En cuanto el líquido toca mi garganta, vuelve con fuerza.

—Perdona —le digo a la chica, a la que casi escupo en el pie.

Siento un leve mareo, una sensación de ardor en el cuello y me voy a la zona de las mesas con las chicas.

—Me ha dado una sensación extraña...

—¿Tienes el estómago vacío, tía?

—He cenado —me encojo de hombros y trato de beber de nuevo, pero el olor de la cerveza me resulta intensísimo—. No va a poder ser —se la paso a Priscila.

—¿Quieres la mía? Es un cóctel de fresa, leche condensada y vodka —ofrece Nina.

—Huuum, ¡qué rico! —cojo su bebida y doy un sorbo pequeño.

Baja por la garganta sin causar gran efecto, pero al llegar al estómago, la sensación de acidez y gastritis hace que mi cuerpo entero se retuerza.

—No, creo que necesito llenar el estómago primero, si no, no voy a aguantar.

—Entonces vamos a bailar —Nina me tira de la mano para que samba con ella—. ¡Ven, Priscila!

—Cuando pongan algo de Avril Lavigne o Slipknot, bailo.

Las chicas charlan distraídas sobre disfrutar de la noche y yo me dejo llevar por la música, que por alguna razón, me recuerda a Kostas.

Cojo el móvil deseando tener un mensaje o una llamada suya, pero no hay nada.

Muerdo el labio inferior, abro la cámara y grabo un vídeo sacando la lengua para enviárselo.

Unos segundos después, responde:

Dr. Kostas Lykaios:

¿Disfrutando mucho?

Jessy Navarro:

¡Sí! La música está genial, solo que no consigo beber.

Dr. Kostas Lykaios:

¿Ardor? ¿Algún síntoma específico?

¿Cómo va tu mano?

Pásate por mi consulta mañana, te atiendo.

Sonrío como una tonta e imagino su mirada de sinvergüenza. Eso hace que se me calienten las orejas y la nuca.

Muevo los hombros al ritmo de la música para acompañar a mis amigas.

Jessy Navarro:

Sí, la cerveza no pasó de la garganta. Y un cóctel me sentó fatal al estómago.

Jo... tenía tantas ganas de beber, de bailar hasta que se me cayeran los pies y disfrutar la noche...

Y mi mano se está recuperando, fue muy bien cuidada.

Dr. Kostas Lykaios:

Me alegra saberlo.

Hidrátate y baila mucho.

Si bebes, no conduzcas.

El simple hecho de que él no intente controlarme genera una sensación extraña en mi mente.

Eric siempre me acompañó a las fiestas del colegio y del pueblo cuando éramos jóvenes, pero cuando cumplí los 17, empezó

a prohibirme todo eso. Decía que eran cosas de gente inmadura y que tenía mejores cosas que hacer en casa.

La forma comprensiva de Kostas me parece algo surrealista, pero sé que es un hombre genial, y si estuviera aquí, disfrutaría muchísimo.

Jessy Navarro:

¿Te gusta el pagode?

Dr. Kostas Lykaios:

No lo sé. ¿Vas a estar tú allí, bailando?

Jessy Navarro:

Probablemente.

Me encantan todos los estilos de música.

Del góspel al funk, todo en la vida es cuestión de equilibrio.

Dr. Kostas Lykaios:

Si estás tú, creo que la noche pasa volando.

Jessy Navarro:

Quisiera que estuvieras aquí. Estoy en un sitio precioso, en Vila Madalena.

Pero si estuvieras, creo que no podría resistirme y acabaría besándote.

Y eso sería pésimo, porque mis amigas están aquí.

Y lo que tenemos es un secreto, ¿verdad?

Kostas ya no está en línea.

Es tarde, trabaja mucho... imagino que ahora estará intentando dormir, y yo aquí, atormentando al pobre hombre.

—¿Qué tiene ese móvil que no lo sueltas ni un segundo? —Nina me llama la atención.

—Nada...

—¿Es tu ex molestándote?

—No. En realidad, quien me está molestando es mi madre. Le conté que estoy trabajando en el Mater Dei y se volvió loca... —pongo cara de fastidio.

—Madre mía...

—Quiere, de cualquier forma, que vuelva a casa. ¡Pero yo no voy a volver!

—¿Y tu abuela? —Nina abre los ojos, sorprendida.

—Quieren que me la lleve y me quede allí, de niñera, ayudando en la cafetería. Justo ahora que mi vida por fin está despegando... y que hasta estoy conociendo a alguien interesante —se me escapa.

La música pasa a segundo o tercer plano. El chisme parece más importante que cualquier otra cosa.

—¿Ah, sí? ¿Conociendo a alguien interesante? —Priscila me lanza una mirada inquisitiva.

—¿De dónde es y cómo se conocieron? —Nina exige saber.

—Ah... fue antes de empezar en el hospital... nos conocimos por casualidad —trago saliva.

—¿Y es un tipo serio, responsable, tiene tu edad...?

—Veinte años mayor —frunzo los labios y espero la reacción.

—¿Veinte? —Nina parece a punto de desmayarse—. ¿No es muy mayor?

—No mayor, experimentado —corrige Priscila—. Un hombre que sabe lo que quiere, con actitud, sin tiempo para tonterías... sin mencionar que hay más posibilidades de que sea un "rico con yate".

—¡No es un rico con yate! —dejo claro.

Aunque Kostas sea heredero de un hospital millonario.

—¿Y cómo es? ¿Cómo se llama? ¿Tienes foto?

—Es secreto —cierro el tema.

—¿Cómo que secreto, Jessica? ¡Cuéntanos! —Nina se desespera.

—Hace bien. Lo que nadie sabe, nadie puede estropear —Priscila me señala con el dedo.

Y yo la señalo a ella, completamente de acuerdo.

Nuestra conversación termina junto con la música, y todo el mundo aplaude.

—¿Qué os apetece escuchar ahora? ¿Un Exaltasamba os anima? —pregunta el cantante.

—¡Toca una de Evanescence! —grita Priscila a pleno pulmón.

Y todos la miran, impactados.

—Está bien, ¡vamos a probar un *Bring Me to Life* con pandereta! —dice el cantante con tono animado.



Hacemos una pausa para comer, así que nos sentamos en la zona adecuada.

—No me lo puedo creer... ¡no voy a beber en mi día libre! —me quejo.

Aunque tengo el estómago lleno, ni una gota de alcohol me entra.

Nina y Priscila, en cambio, bebieron por ellas y por mí.

Cuando se levantan a bailar, están eufóricas. Priscila incluso canta a pleno pulmón: *"Me enamoré de la persona equivocada"*.

—Dios mío, ¡cuánto tío bueno! —Nina me agarra del brazo—. Me encanta venir a este sitio y quedarme babeando...

—¿Y por qué solo babear, tonta? ¡Lánzate!

—Ay... ¡me da vergüenza!

—Un besito no mata a nadie.

Nina es extremadamente tímida en estos temas. Apenas puede mirar a alguien a los ojos más de un segundo.

—¡Besa a alguien, Priscila! —le provoca.

—Si mi Jeon estuviera aquí, lo empotraba contra la pared como una lagartija y le bailaba samba encima —se da un golpe en el pecho.

—Lo dudo —Nina cruza los brazos.

—Haría locuras con ese hombre...

Desde que llegué, nadie me ha llamado la atención.

Claro, el local está lleno, muchos hombres guapos, de todas las edades, pero después de lo que viví con Kostas, siento que no tengo ganas de perder el tiempo con cualquiera.

Su olor me enciende, la forma en que me mira me desnuda, y cuando me besa, siento que el mundo podría acabarse en ese instante y todo habría valido la pena.

Y no quiero traicionar ese pensamiento cuando veo a un hombre alto, con corte degradado perfecto, estilo César impecable, subiendo por las escaleras, de espaldas a mí.

Lleva una camisa negra de manga larga arremangada, dejando ver las venas de sus antebrazos, cinturón en un pantalón gris de vestir que resalta sus muslos y pantorrillas musculosas, y unas zapatillas blancas.

—Dios mío, mira eso —se lo muestro a las chicas.

—Dios griego —aprueba Nina.

—Casi un coche de cuatro puertas —Priscila cruza los brazos —. ¿Tú aguantas, amiga?

Mi única respuesta es una risa disimulada mientras aparto la mirada.

—Es mi tipo de hombre —es todo lo que logro decir.

—¿Tu ex cabrón era así?

—Alto, sí. Pero con ese cuerpazo, no.

—¡Ve, tonta! ¡Píllalo antes de que alguien se le tire encima! —me anima Nina.

—Sí, mejor date prisa, porque mira a tu alrededor... —me señala el lugar—. Todo el mundo quiere a tu chico.

—¿Mi chico? —me burlo—. Solo me pareció guapo. Ya lo dije, estoy conociendo a alguien...

—¿Y por qué no trajiste al guapo? Todo el mundo sabe que un pagode bien pegadito es mejor —Nina me da un codazo.

—Lo que pasa es que no quiere mostrar a su viejo del yate... —replica Priscila.

Busco con la mirada al hombre que me llamó la atención y lo veo en la barra.

Nina y Priscila prácticamente me empujan hacia él con toda su fuerza.

—¡Ve! —me animan—. ¡Háblale!

—¡No! ¿Estáis locas? —susurro, aunque la música ahogue todo lo que diga.

—Está buenísimo, venga...

—¡Mira el pendiente en la oreja! —señala Nina.

El hombre está de perfil, y por el movimiento intenso en la barra no puedo ver su cara. Lucho contra mis ganas de acercarme, siento que de todas las cosas que podría hacer, esta es la más ridícula.

Entonces reconozco al amigo que está a su lado: pelo partido en el medio, gafas grandes, piel blanca y tersa, vestido igual pero en tonos pastel.

—¡Es el doctor Jeon! —me tiro encima de Priscila y se lo señalo.

Y cuál es mi sorpresa al darme cuenta de que el hombre junto a él... es Kostas.

Cuando él mira en nuestra dirección, cada una se lanza hacia un lado para esconderse.

—¡Dios mío, mi jefe está aquí! —Nina se tapa las orejas y empieza a arrastrarse de rodillas por el suelo.

Al darse cuenta de lo que está haciendo, se levanta y sale corriendo, desesperada.

—¿Qué hacen ellos aquí? —Priscila intenta esconderse detrás de mí.

—Ni idea. Ve tú a preguntar —e intento esconderme yo detrás de ella.

—¡Ve tú! ¡Dijiste que te parecía una delicia por detrás! —me empuja.

Nos quedamos las dos discutiendo en silencio, hasta que notamos que los dos hombres se han acercado y están justo delante de nosotras. Jeon con una botella de agua en la mano y Kostas bebiendo un líquido color ámbar en un vaso bajo.

—Jefe, hola —Priscila alisa su ropa y se pone a mi lado—. Doctor Jeon...

—Hola, Priscila... Jessica... —el médico sonríe y se le cierran los ojos al hacerlo—. ¿Dónde está la otra?

—Huyendo de alguna enfermedad invisible...

—La mayoría de ellas son invisibles al ojo humano —Jeon se ajusta las gafas y pone cara pensativa.

Puedo ver por la mirada de Priscila que está a punto de tener un orgasmo solo por ver esa expresión en él.

—Doctor Kostas —le hago un gesto formal.

—Jessica —alza la copa suavemente, como en un brindis—. ¿Disfrutando mucho?

—Ah... la música está genial —me acomodo el pelo y lo echo hacia atrás—. Voy con mi amiga a buscar a Nina. Ha sido un placer veros —agarro a Priscila del brazo y la arrastro conmigo—. ¡Chao!

Capítulo 16

Jessica Navarro

Kostas me agarra del brazo antes de que pueda dar más de dos pasos, y el mundo parece desaparecer a mi alrededor. Ya no distingo la música, la luz se atenúa y las personas se mueven en cámara lenta.

Sus ojos se clavan en los míos, una mezcla de diversión y curiosidad por mi reacción.

—Espera —me tira suavemente hacia él, lo suficiente como para sentir el calor de su cuerpo.

—¿Qué haces aquí? —Siento mi corazón desbocado en el pecho.

Y cuanto más me acerco, más nerviosa me pongo. Miro a mi alrededor y veo a Priscila completamente confundida, distraída por el doctor Jeon al mismo tiempo.

—Dijiste que querías que estuviera aquí —Kostas desliza su mano por mi brazo hasta alcanzar mi cuello.

El suave masaje que hace me deja electrificada y alerta; aparto su mano y miro a mi amiga, pero parece que ni recuerda que estoy aquí.

—¿Y entonces viniste? —Las palabras apenas salen. Siento el corazón en la garganta.

—Sí. El resto del mensaje decía que quizás no podrías resistirte a un beso... vine a comprobar si es verdad... —Kostas se inclina hacia mí.

El hecho de que sea tan transparente con sus acciones hace que el peso en mis hombros se alivie. Una risa se escapa de mis labios y termino acercándome a él. Su rostro crece frente a mis ojos hasta que sus labios están a un suspiro de los míos.

—Y necesito descubrir si me gusta el pagode o no —concluye y se aleja.

Muerdo el labio inferior al darme cuenta de que no va a besarme. ¡Maldito provocador!

¿Cómo puede alterarme tanto?

Kostas me ofrece su mano y, sin dudar, la tomo.

Me tira hacia la pista de baile.

—Pero mi amiga... —intento protestar, señalando el lugar por donde corrió Nina.

—Es mayor de edad. Sabe cuidarse.

—Nos van a ver juntos, Kostas —digo con firmeza—. ¿No eras tú el que quería "algo más discreto"? —le recuerdo.

—En este momento, me preocupa más saber si sé bailar pagode —me guiña un ojo.

Bailamos juntos, al principio con cierta timidez. Kostas parece más concentrado en entender cómo se mueven los pies y a qué ritmo debe bailar, y yo estoy hipnotizada viendo cómo este hombre tiene un swing que podría parar la pista entera y hacer que todos nos miren.

Cuando el ritmo nos atrapa, me agarra por la cintura y deja que nuestros cuerpos se muevan en perfecta armonía, como si lleváramos toda la vida haciendo esto.

La mirada de Kostas, fija en la mía, me deja claro que soy la única persona que importa ahora mismo.

—No sé si te gusta el pagode, pero bailas muy bien, doctor —le digo, aprobándolo.

—Ahora imagínate sin ropa.

La tensión entre nosotros crece. Sus dedos se deslizan por mi barbilla, la proximidad de nuestros cuerpos hace que mi piel hormiguee de anticipación.

—No puedes dejar de ser un descarado, ¿verdad?

—¿Contigo cerca? —Sonríe con ese aire de canalla que aviva aún más el fuego en mi interior—. No. Ni la penicilina es tan fuerte.

Sus palabras hacen que el calor se extienda por todo mi cuerpo. Me siento vulnerable, pero de una manera excitante, como si estuviéramos bailando al borde de algo prohibido y tentador.

—Siempre que estamos juntos, me quedo sin palabras, Kostas —mi voz sale en un susurro.

—Perfecto, porque yo me quedo sin aliento —responde cerca de mi piel, con voz baja y ronca.

Nuestros labios están tan próximos que puedo sentir su respiración mezclarse con la mía.

No puedo resistirme.

Una valentía repentina, que ni sabía que tenía, me empuja hacia él como si un imán me arrastrase. Y comienzo el beso.

Kostas toma el control de inmediato, me sujeta por la cintura con tal posesividad y el cuello con una ternura que hace que mi cuerpo se rinda.

Me besa como si quisiera consumirme, como fuego. Y yo me entrego a esa sensación, perdida en el torbellino de emociones que él es capaz de despertar en mí.

Mi cuerpo se funde con el suyo. Me siento tan pequeña, tan frágil y tan viva, que por un instante fugaz, recuerdo cómo era ser feliz antes de que mi vida se pusiera patas arriba.

El beso se intensifica, ahora nuestras lenguas bailan su propio ritmo, y eso, sumado al roce de sus manos grandes por mi cuerpo, alimenta la llama que arde entre nosotros.

—No te limpies la boca —dice con tono gruñón y autoritario cuando me alejo.

Ambos acabamos riéndonos. Me seco las manos sudadas en la ropa y respiro con dificultad, como si hubiese corrido una maratón.

—No lo haré —le guiño despacio.

Antes, el silencio entre Kostas y yo era bastante incómodo. Ahora, parece que nos comunicamos por telepatía.

—Cada beso mejora —tengo que admitir.

—Entonces sigamos haciéndolo... desnudos... hasta que sea perfecto —me agarra la mano y vuelve a tirar de mí.

Y yo voy hacia él, hipnotizada.

—Hablamos de eso después. Necesito ver cómo está mi amiga —señalo hacia atrás.

—¿Estás intentando escapar de mí? —Se rasca la nuca, divertido.

—Sí —admito—. Hace calor aquí, ¿no? —Me abanico con la mano y salgo corriendo, antes de que vuelva a atraparme.

Kostas Lykaios

Jessica se aleja para reunirse con sus amigas, y yo la observo mientras se pierde entre la multitud.

La intensidad de nuestro beso tiene un efecto duradero en mí, ha dejado un rastro de calor y deseo que tardan en disiparse, incluso cuando ella desaparece de mi campo visual.

Al girarme, doy un salto hacia atrás, porque Jeon me está mirando como un pervertido, con una expresión que mezcla diversión y curiosidad.

—Sabes, Kostas... la lengua es el látigo del alma.

—¿Qué haces ahí? —cruzo los brazos.

—Viendo mi dorama favorito. Parece que te lo estabas pasando bien, ¿eh? Especialmente después de decir que no pensabas involucrarte... —chasquea la lengua, desaprobando.

—Esta vez me mordí la lengua, lo reconozco —miro a mi alrededor.

—¿Qué es esto? ¿Tienes fiebre? —intenta ponerme la mano en la frente—. ¿Te has enfermado? ¿Has perdido la memoria? ¿Te has vuelto loco?

—¿Qué pasa?

—¿Tú? ¿Admitiendo que te equivocaste? —Jeon se echa a reír.

—Esa mujer me provoca cosas que no sé explicar. Nunca imaginé sentirme tan implicado, tan consumido por el deseo como me siento por ella.

—Para alguien que no ha repetido con la misma mujer desde tu intento de relación con Irina... debo decir que estoy sorprendido —niega con la cabeza—. ¿Será que estás dejando de ser un cabrón?

—No jodas, Jeon.

—¿Y tu amiguito de ahí abajo? ¿Necesita una pastillita azul?

—Con ella, no.

—¡Eso! —me pasa el brazo por el cuello—. ¡Un buen whisky para mi amigo y un batido de chocolate para mí! —le hace señas al camarero—. ¡Hoy invito yo!

Jeon se apoya en la barra y espera lo que ha pedido.

—¿Y ahora qué? ¿Qué piensas hacer con todo esto?

Suspiro, me rasco la nuca y busco a Jessica entre la multitud.

—No lo sé —respondo con la frase que más odio en esta vida.

Todo en este mundo tiene una explicación, y yo soy un obseso de encontrarle sentido a cada cosa.

—Todo en ella me atrae de una forma que no puedo describir. Tiene esa fuerza... esa energía... —aspiré todo el aire por la boca—. Quiero hacerla mi juguetito y al mismo tiempo protegerla de todo.

—Uy, te has enamorado... —provoca—. Pero tranquilo, colega. Tiene explicación y es muy sencilla: cerebro, dopamina, oxitocina, neuronas entusiasmadas por hacer nuevas conexiones y, quién sabe, un corazón que se está curando —me entrega el vaso de whisky.

—Hoy conduzco —rechazo.

—Entonces, bebe batido conmigo y arreglado —me da la cajita, y yo lo miro como si la broma fuera de muy mal gusto.

—¿Y ella? ¿Crees que siente algo por ti?

—No lo sé. Estamos en un terreno complicado, al fin y al cabo, soy su jefe —suspiro al sentir el peso de eso.

Es bastante poco ético y podría costarme caro.

—Un peligro, ¿eh? —me da un codazo—. Toda la adrenalina que pide una buena pasión, así que aprovéchala. No dejes que las

complicaciones os impidan explorar el deseo. Vi ese beso —mueve las cejas—. Creo que merece la pena arriesgarse.

—¿Vas a denunciarme al consejo del hospital?

—Lo haré —responde con firmeza, humedeciéndose los labios —. Si no me das ese ascenso cuando ya no seas mi jefe —me guiña un ojo.

—Capullo —gruño.

—Aprendí del mejor —me quita la copa de la mano y me da una bebida energética.

Me siento aliviado al oír a Jeon, y sus palabras me confirman que tengo que seguir mi instinto.

Tiene razón.

No puedo permitir que el miedo o la incertidumbre me impidan vivir cada momento con Jessica, aunque eso implique arriesgarme un poco.

—Voy a por ella —le aviso.

—Claro que sí —asiente.

Capítulo 17

Jessica Navarro

Me encuentro con mis amigas en el baño. Priscila está sujetando a Nina para que no se desplome en el suelo, y la otra apenas consigue mantenerse en pie.

—¿Qué ha pasado? —Intento ayudar a Priscila, paso el brazo de Nina por encima de mi cuello.

—Me he tomado cuatro tequilas —dice, contando con los dedos—. Cuatro tequilas para tener valor...

—¿Valor para qué? —Alzo una ceja.

—Uno: mi jefe está aquí. Dos: estoy borracha. Tres: me gusta. Cuatro: ¿de qué estábamos hablando? —Hace una mueca.

Contengo la respiración e intento llevarla cerca de la ventana para que tome un poco de aire. Priscila me ayuda, a regañadientes.

—¿Qué va a pensar de mí cuando me vea así? Voy a perder todas las oportunidades, y... —Nina sigue hablando.

Priscila me lanza una mirada inquisitiva. Probablemente ha visto lo que ha pasado, y ya no puedo seguir ocultándolo. Me siento mal por haberles mentido.

—Nina, Kostas y yo... —Respiro hondo antes de hablar, una punzada de vértigo me recorre—. Él es... ¿cómo lo explico...?

—Os vi besándoos —dispara Priscila.

—Sí. Estamos conociéndonos. Es el hombre del que os hablé... —explico.

Las dos se quedan bastante sorprendidas y me miran en silencio durante un largo rato. De pronto, Nina corre al váter más cercano y empieza a vomitar.

—Lo siento —me acerco a ella, le sujeto el pelo y le doy unas palmadas en la espalda.

—¡No lo sientas! —protesta Priscila—. Has hecho muy bien. Si un hombre así se fijara en mí, no pensaría en otra cosa. Vivo de sexo y agua.

—Querrás decir pan y agua —intento corregirla.

—Sexo —enfatiza—. Y agua. Sexo griego. Agua griega. Me sentiría internacional.

Contengo la risa para no herir los sentimientos de mi otra amiga.

—Lo entiendo... —dice Nina, con tristeza—. Nunca tuve oportunidad con él...

—Por si te consuela, empezamos a salir antes de conocerte. Así que no te he quitado nada a propósito —susurro.

—Tranquila... Priscila tenía razón, un hombre así me habría dejado traumatizada. Creo que necesito empezar con alguien más... relajado —se sincera Nina.

—Uno que se ponga un condón de pies a cabeza para no pillar gérmenes —bromea Priscila—. Eh —le sujeta el brazo a Nina—. ¿Tienes retraso?

—No —Nina abre los ojos, alarmada—. ¿Por qué?

—Es que estás vomitando... yo qué sé. ¿Y si estás embarazada?

—¡Por el amor de Dios! —Tomo el brazo de Priscila—. No digas eso, tengo un retraso.

—¿De cuánto?

—Unos dos meses.

—¿Y por qué no te has hecho un test de embarazo?

—Porque soy virgen —respondo por reflejo, y de inmediato mi cerebro me lanza un recuerdo nítido de lo que hice hace unas semanas—. O sea... ya no soy virgen, pero usamos protección. —Suspiro.

—Ya... Si no te baja la regla, haremos un test, ¿vale? —Priscila me ayuda a levantar a Nina y entre las dos la llevamos hasta el lavabo para que se limpie.

—Perdón por el numerito, amigas, os quiero mucho... ¡La noche de hoy ha sido tan perfecta! —lloriquea Nina.

—Uff, esta cuando bebe se pone sentimental... —Priscila lanza una mirada de fastidio—. Creo que voy a llevarte a casa.

—Ay, no. Me quedo sentadita, calladita —pone los dedos índice sobre los labios—. Comiendo...

—Si Jessy consiguió al doctor buenorro, yo voy a conseguir al Jeon —dice animada.

—Esa es la actitud —la animo.

—¿Y yo? —Nina se chupa el dedo.

—Tendrás que buscar otro...

Estamos saliendo del baño cuando Priscila me dice:

—Tranquila, no vamos a contarle a nadie lo de tú y Kostas...

—Gracias. No quiero llamar la atención sin necesidad —sonrío.

—Ni que te despidan. Porque si Socorro se entera... —comenta con gesto serio, dejando claro que el final de todo esto podría ser desastroso.

Al salir del baño, noto cómo la música llena el ambiente junto con las voces de todos los que están allí, cantando: "el amor me atrapó, intenté huir, no lo conseguí".

Me quedo cerca de Nina, asegurándome de que está bien, mientras Priscila se lanza a la pista de baile.

Al observar a todas esas personas tan animadas, mi mente me lleva a un momento en que todo se movía en cámara lenta, en los brazos de Kostas, sus manos rodeándome, su cuerpo envolviéndome, y su boca dejándome con ganas de más.

Todavía siento el sabor de su beso en mis labios y, solo de pensarlo, el calor sube por todo mi cuerpo.

De repente, un escalofrío recorre mi columna, y solo entonces me doy cuenta de que es por su olor. Me giro despacio y lo primero que veo es su torso bien definido y sudado, justo frente a mis ojos.

Levanto la vista y me encuentro con su mirada fija en la mía, con una intensidad que hace que mi corazón se acelere.

—Espero que no estés intentando huir de mí otra vez —dice con tono malicioso.

—Estaba cuidando de mi amiga —le señalo el estado en el que está Nina.

Intento mantener la voz firme, pero la verdad es que me falta el aliento. Cuando su perfume se mezcla con el sudor, es como si oliera aún mejor.

Nina levanta la cabeza y le saluda con la mano, mostrando una sonrisa débil.

—¿Necesita atención? —se agacha junto a ella—. El doctor Kostas a su servicio, ¿cómo puedo ayudarla?

Nina se desmaya, golpea la cabeza contra su propio brazo izquierdo y ya no responde.

—Si no despierta en dos minutos, la llevo al hospital —dice con firmeza, y se incorpora para colocarse a mi lado—. ¿Quieres bailar mientras tanto? —Se inclina hacia mí, y su aliento cálido en mi oído me pone la piel de gallina.

—Creo que quieres acabar con mi salud mental —intento sonar segura.

—¿Cómo?

—Provocándome —alzo una ceja.

—Es mi parte favorita del día —se encoge de hombros.

Se acerca un poco más, hasta que nuestros cuerpos casi se tocan.

La tensión entre nosotros es tan palpable que siento mi cuerpo congelarse y arder al mismo tiempo. El cosquilleo en el estómago y el calor que sube desde el vientre me están volviendo completamente loca.

—Y entonces, Jessica, ¿vas a seguir huyendo o vas a enfrentarte a mí? —me reta, con un brillo travieso en los ojos.

—Mira... me gustan los buenos desafíos —respondo, sintiendo una oleada de valentía recorrerme.

Estoy sorprendida, porque no he bebido ni una gota de alcohol, y normalmente es eso lo que me da valor.

Kostas parece satisfecho con mi respuesta, agarra la cintura de mi pantalón y me tira con fuerza hasta que mi cuerpo choca con el suyo. Es tan firme, tan cálido, tan vibrante, que me deja sin aire.

Y justo cuando miro a mi alrededor, él usa la otra mano para guiar mi barbilla hacia él.

—Vamos a llevar a tu amiga a ponerle suero al Mater Dei, y de ahí... nos vamos a mi casa —sugiere, con voz baja y seductora, en un tono que no parece admitir réplica.

Mi corazón se dispara ante la idea.

La posibilidad de quedarme a solas con él y disfrutar de algo más que un beso es demasiado tentadora.

—Yo... no lo sé... —titubeo.

—Vamos a bailar samba toda la noche —me coge de la mano y me hace girar sobre mí misma. Cuando me doy cuenta, ya estoy

bailando al ritmo de la música—. Comer algo rico... disfrutar de un jacuzzi caliente mientras miramos las estrellas...

—¿Tu ático es tan lujoso? —Hago una mueca.

—¿Por qué no lo descubres tú misma? —Muerde suavemente el lóbulo de mi oreja.

Un golpe bajo que me deja completamente indefensa.

Miro a Nina y parece que realmente necesita pasar por el hospital.

—Vale. Pero solo voy si Nina despierta y está bien, no pienso dejarla tirada...

—Tendrá la mejor atención, te lo prometo —asiente.

Me siento débil cuando lo miro a los ojos.

Su mirada parece atravesar mi alma y dejarme totalmente rendida.

—Vale —asiento—. Voy a llamar a Priscila y nos vamos. ¿Crees que el Uber aceptará a todos?

—Yo conduzco —saca las llaves del coche del bolsillo y me las enseña.



Nos reunimos todos, pagamos las cuentas y nos vamos en el coche de nuestro jefe.

Al llegar al hospital, llevamos a Nina a urgencias y pasa por el triaje en cuanto entra. Kostas, que parece amar su trabajo, escucha que hay un caso urgente en el área de trauma y corre para ver cómo está el equipo quirúrgico.

—¿Cómo no me di cuenta antes? —comenta Priscila cuando nos quedamos solas—. Hacéis una pareja perfecta...

—¿En serio? —Abro los ojos, sorprendida.

—¿Te crees que no lo vi? ¿Cómo te sujetaba la mano mientras conducía? ¿La forma en que te miraba? Parece un encanto.

—Es un sinvergüenza, eso es lo que es —murmuro.

—¿Y eso es malo, amiga?

Prefiero quedarme en silencio antes que admitir que, en realidad, es maravilloso.

—¿Crees que Nina se va a molestar? —suspiré.

—Para nada, solo era un calentón pasajero. ¿Quién no se siente atraída por el jefe? ¡Y más si el jefe es ese hombre! —Me señala con la cara al Dr. Kostas, que ahora corre por fuera con una camilla, con la bata encima de la ropa de fiesta.

—Tienes razón... pero espero que no se lo tome mal.

—No lo hará. Lo superará en nada, créeme.

Nos llevamos un susto cuando Kostas aparece en la puerta.

—Ha surgido una emergencia. Un hombre de 45 años ha sufrido un infarto agudo de miocardio. Voy a supervisar —dice con cierta prisa, pero hace una pausa para recalcar lo siguiente—. No te vayas sin mí. —Me mira con seriedad.

—Está bien. Nina aún no ha despertado...

—Vuelvo en breve —dice, y se marcha a toda velocidad.

Priscila frunce el ceño y aprieta los labios, claramente impresionada.

—Incluso en su día libre trabaja. ¿Cómo no enamorarse de un hombre así? —comenta.

—Es muy dedicado, trabajador, y trata a todos con tanta amabilidad... es el tipo de hombre que me gusta.

—Y tiene un brazo del tamaño de tu muslo, es más grande que una nevera, y calza un 46, amiga. ¡Un cuarenta y seis! —Se ríe —. Espera. Dijiste que ya no eras virgen, entonces... ¿vosotros...? —Me lanza una mirada sospechosa.

—¡Demasiada información! —Niego con la cabeza.

—Dime si mi teoría es cierta. ¿46 dividido entre 2 son 23 cm?

Me humedezco los labios y trato de hacer la cuenta mental. Como no soy buena con esa métrica, abro las palmas, junto los pulgares y calculo a ojo.

—De ese tamaño.

—¿Más grande que tus dos manos juntas? ¿Eso son unos 25 o 26 cm? —grita.

Nina se despierta, desorientada, y mira la vía del suero en su brazo.

—Treinta centímetros... quiero treinta centímetros... —dice en voz baja, medio ida.

—¡Tú no aguantas ni doce, niña! ¡Pareces atropellada! —gruñe Priscila.

—Treinta centímetros de bocadillo, quiero un bocadillo de treinta... —balbucea Nina, sin saber muy bien dónde está.

—¿Tú podrías, amiga? ¿Aguantar casi treinta? —Priscila me guiña un ojo.

No quiero dar detalles, pero si pienso en mi primera vez... no lo sé. Tiré la toalla.

—La buena noticia es que con él no tienes que preocuparte por embarazos. Todo el mundo sabe que el doctor buenorro es infértil... —Priscila sonríe—. Pero aun así, usa condón, ¿vale?

—Siempre —murmuro, y me acerco a Nina.

En menos de una hora, ya está despierta y empieza a decir cosas con sentido.

—Perfecto —Kostas entra por la puerta, la bata doblada sobre el hombro, y me hace una señal con la mano—. ¿Todo bien por aquí?

—Sí —contestamos las tres al unísono.

—¿Nos vamos?

—Vamos —asiento.

Me despido de Priscila y Nina con un abrazo, y voy hacia él, admirada por su energía. Ya son casi las cuatro de la mañana.

Caminamos en silencio hasta su coche. Estoy nerviosa, sin saber qué decir, pero en los breves momentos en que cruzamos miradas, Kostas consigue que me sienta cómoda con la idea de terminar la noche en su casa.

—Debe de ser precioso ver el amanecer desde tu ático, ¿no? Aún más desde un jacuzzi —digo, tamborileando los dedos sobre mi muslo.

—Va a ser precioso… y delicioso —promete Kostas.

Capítulo 18

Jessica Navarro

Sentada en el asiento del copiloto en el coche de Kostas, soy dolorosamente consciente de lo fuerte que late mi corazón. Tengo la loca impresión de que él es más que capaz de escuchar los latidos descompasados dentro de mi pecho.

Aun así, intento controlarme. Controlar mi respiración, mis pensamientos… porque sé que es una tontería sentirme tan ansiosa.

Él supo exactamente cómo hacerme sentir segura para llevarme a su casa, y eso es en lo que debo concentrarme, no en este nerviosismo absurdo que casi me hace abrir la puerta y salir corriendo del coche… aunque, para ser sincera, no es a la calle a donde quiero lanzarme.

Por más vergonzoso que sea admitirlo, sé perfectamente lo que vamos a hacer en su apartamento y, aunque no sea la primera

vez, se siente completamente diferente ahora que hemos conectado tanto.

Lo deseo. Y esa es una verdad demasiado grande para seguir ignorando. De hecho, si soy sincera, ya ni siquiera quiero ignorarla.

La verdad es que me siento bien a su lado. Sé muy bien cuánto placer es capaz de darme Kostas, y no tengo ningún motivo para seguir privándome de eso. Al menos esta noche, no.

—¿Estás bien? —escucho su voz arrastrada, sacándome del torrente de pensamientos.

Tiemblo ligeramente cuando siento su mano posar sobre mi muslo.

—Sí, solo estaba pensando —respondo algo dispersa, porque su pulgar empieza a hacer movimientos circulares en mi pierna… y eso parece muchísimo más interesante que cualquier conversación.

Sé que el aire acondicionado está encendido, pero el frío no parece suficiente para enfriar lo que arde dentro de mí.

—¿Y puedo saber en qué pensabas? —pregunta Kostas, curioso.

Reparte su atención entre mí y la carretera.

Un suspiro se escapa de mis labios cuando su mano sube un poco más por mi muslo, en respuesta a que, sin darme cuenta, abrí las piernas con mayor amplitud.

—No voy a poder explicarlo con palabras —murmuro apenas.

Siento ahora que mi corazón late mucho más rápido, en la misma medida en que sus caricias en la parte interna de mi muslo se vuelven más intensas. Y, por más primitivo o desesperado que suene, lo único que quiero es que me bese de una vez.

—Está bien —responde con una sonrisa descarada en la comisura de los labios.

Retira la mano justo cuando el coche entra en un garaje.

Ni siquiera me había dado cuenta de que habíamos llegado a su edificio.

—No necesitaremos palabras ahora.

Tal vez debería llevarle la contraria, hacerme un poco la difícil para no dejarle salirse con la suya con tanta presunción… pero lo único que hago es quedarme en silencio y dejar que me guíe fuera del coche rumbo al ascensor.

Siento de verdad que mis piernas van a fallar en cualquier momento, pero sigo andando… solo esperando la caída. Una caída que, sinceramente, no será peor ni más aterradora que la que estoy sufriendo por Kostas.

Dentro del ascensor estoy absolutamente segura de que no hay oxígeno, porque lo único que existe es el olor de este hombre cruelmente delicioso que me deja completamente entumecida.

Kostas está detrás de mí, y sus manos pesan sobre mis hombros, presionando con un masaje lento que me deja débil y completamente receptiva.

No quiero que se detenga. Ni siquiera que afloje la presión con la que aprieta los puntos exactos de esta zona tan tensa. En realidad, lo que quiero es que siga haciendo lo mismo por cada parte de mi cuerpo.

Estoy a punto de pedírselo en voz alta cuando la puerta del ascensor se abre y él me guía hasta su apartamento, que —lo juro— me gustaría poder mirar con más atención.

Pero, al parecer, mis ojos solo saben enfocarse en Kostas, como si nada más en el mundo importara. Y eso, por desgracia, escapa totalmente de mi control.

—Vamos a la jacuzzi a ver el amanecer —dice, y yo asiento, rezando por no tener que caminar mucho más.

Me siento completamente afectada por él… y ni siquiera hemos hecho nada todavía. Si esto no es una clara señal de locura, ya no sé lo que es.

Kostas me deja no muy lejos de la jacuzzi mientras prepara todo para que la usemos. Y lo único que soy capaz de hacer es observar lo hipnóticos que son sus movimientos… y pensar en cuánto deseo verlo sin ropa.

Como si me hubiera leído la mente, finalmente se aleja de la jacuzzi y comienza a desvestirse, mirándome directamente a los ojos.

—¿Puedo quitarte la ropa esta vez? —pregunta mientras camina hacia mí, dejando caer su camisa al suelo sin preocuparse por recogerla.

Me doy cuenta de que, con su pregunta, Kostas ya esperaba un no por respuesta. Porque, bueno, eso es lo que se espera de mí. Y no puedo culparlo por eso. Pero, sorprendiéndolo —y sorprendiéndome a mí misma— trago saliva mientras asiento con la

cabeza y reúno fuerzas de dentro de mí para darle una respuesta con palabras.

—Puedes —susurro, pero segura—. Puedes quitarme la ropa esta vez.

Le doy un pequeño énfasis al "esta vez", lo cual le arranca una sonrisa ladeada, aunque algo incrédula.

Contengo la respiración cuando siento sus manos tocando mi cuerpo, mientras empieza a despojarme lentamente de cada prenda. Está siendo mucho más paciente de lo que jamás pensé que sería capaz.

—¿Está siendo difícil para ti? —pregunto con verdadera curiosidad, cautiva por las expresiones que pasan por su rostro mientras lo dejo quitarme cada capa.

—Por un lado, sí… porque deseo tenerte otra vez, y ya no puedo seguir esperando —responde Kostas con honestidad.

Y eso me deja más erizada que la propia brisa que acaricia mi cuerpo ahora desnudo.

—Pero por otro lado, no tengo prisa. Quiero saciar mi hambre por ti como debe ser. Sin prisas. Saborearte como mereces.

Tras su respuesta, Kostas acerca su boca a mi cuello, besando mi piel con una lentitud que roza lo desesperante.

Admiro su autocontrol, porque yo estoy lejos de tener el mismo ritmo. Mi rostro se calienta cuando los gemidos empiezan a escapar de mis labios, justo en el momento en que su boca traza un camino decidido hacia mis pechos.

Quiero decir algo, cualquier cosa, pero no puedo. Todo mi cuerpo falla cuando Kostas atrapa uno de mis pezones con la boca, succionándolo y lamiéndolo con un entusiasmo que duele… y al mismo tiempo me da un placer que no sé cómo manejar.

Agarro su nuca y deslizo los dedos por su cabello mientras siento que mi corazón ha decidido latir directamente entre mis piernas.

Mi piel arde y empiezo a sudar del puro nerviosismo, a un paso de pensar que es demasiado la forma en que está torturando mi pezón con la boca.

Mis jadeos se vuelven altos, desacompasados, y estoy realmente cerca de decir que todo este estímulo es demasiado, cuando, sin ningún aviso, Kostas atrapa mi otro pezón, haciéndome gemir con fuerza.

—No hagas eso… me vuelves loco gimiendo así —lo escucho murmurar contra mi pecho, dejándome una succión deliciosa justo en la punta que me deja completamente perdida.

—No puedo evitarlo —susurro, apoyándome contra su cuerpo.

—Si estás dispuesta a afrontar las consecuencias de seguir provocándome… está bien. —Sonríe con descaro.

Acepto las condiciones sin dudar. Lo único que me viene a la cabeza es continuar.

Una de sus manos me mantiene de pie, estable, mientras la otra se apoya firme en mi cadera, impidiéndome escapar del contacto adictivo de su boca succionando y su lengua rozando mi pecho. No hay duda de que eso es lo que me tiene tan empapada ahora.

No tengo palabras. Saber lo intenso que será todo el placer que estoy a punto de sentir me deja sin habla, sin reacción.

Estoy completamente atrapada por el poder y la seguridad con que Kostas se mueve sobre mí, y eso, innegablemente, me hace bien.

Desde una rendición total, veo cómo Kostas baja su boca por mi vientre, reemplazando su mano por sus labios y lengua, dedicados a saborear mi piel de un modo devastador. Me desconcierta lo sensible que soy en tantas zonas del cuerpo.

Él sigue probándome. Ahora, de rodillas frente a mí, sus ojos me devoran mientras su boca hace exactamente lo mismo, dejándome completamente perdida en la imagen que se despliega ante mí.

Un escalofrío me recorre la espalda cuando su boca sigue bajando poco a poco. Sé perfectamente a dónde va.

Y aun sabiendo, no estoy preparada para lo que siento cuando Kostas atrapa mi clítoris con la boca. Tiemblo violentamente con el placer que me atraviesa en ese instante.

Es una mezcla de alivio y hambre. Llevaba deseando ese contacto desde que empezó a besarme el cuello. Pero ahora ya no basta. No quiero solo su boca ahí. Quiero más. Necesito que me atraviese con todo lo que ambos sabemos que puede darme.

—Eso... —escucho salir de mi boca sin haberlo planeado, mientras intento moverme al ritmo que él impone al lamer y

succionar mi clítoris. Fracaso, porque su mano me inmoviliza, dejándome completamente a su merced—. Por favor... ¡Más!

No puedo evitar pedirlo. El deseo me está consumiendo por dentro y, aunque su lengua esté en todos los lugares correctos, tengo la sensación angustiante de que no es suficiente. Necesito más. Necesito que me llene, que apague esta locura que arde dentro de mí.

El alivio más puro me atraviesa cuando siento sus dedos entrar en mí. No es tan satisfactorio como sé que será tener su polla dentro, pero es delicioso sentir algo alrededor de lo cual pueda apretarme, algo que me toca con tanta precisión que potencia todo lo que ya estaba sintiendo.

Sabe perfectamente cómo moverlos dentro de mí, y el ritmo de su lengua en mi clítoris se alinea con el de sus dedos, creando un calor abrasador que se expande rápidamente por mi vientre bajo, anunciando sin margen de duda que el orgasmo se acerca como un maremoto.

Por eso, la frustración me duele en carne viva cuando, de repente, Kostas lo detiene todo. Se pone de pie frente a mí con la misma confianza inquebrantable de siempre.

—Solo vas a correrte cuando mi polla esté dentro de ti.

Es una advertencia clara y directa, sin lugar a debate.

Kostas se posiciona como el dueño de mi placer. Y no puedo, ni quiero, contradecirlo, porque es verdad. Los dos sabemos que es capaz de hacer lo que quiera conmigo. Y sinceramente… no hay nada en mí ahora mismo que quiera oponerse a eso.

Sin decir nada más, me guía hacia la jacuzzi, me ayuda a entrar y luego termina de quitarse la ropa. Coloca el preservativo con habilidad antes de unirse a mí.

Trago saliva mientras lo veo sentarse, y luego me jala hacia su regazo. Es un alivio no tener que estar de pie, porque, para ser honesta, no sé cuánto más habría podido sostenerme.

Sin necesidad de palabras, su boca toma la mía en un beso que roza el desespero de ambas partes, arrancándome el aliento… sin que eso me importe en lo más mínimo.

Es delicioso sentir todo su poder en mi boca, dejar que su lengua explore a su antojo, así que simplemente me entrego aún más a Kostas, sintiéndome plena por estar entre sus brazos.

Soy plenamente consciente de su polla, completamente dura entre mis piernas, y siguiendo mi instinto, no pienso dos veces antes de frotarme contra él, moviéndome hacia delante y hacia atrás, al principio despacio, pero pronto aumentando el ritmo de mis movimientos, necesitando más y más de esa sensación cálida y placentera que es sentirlo contra mi coño.

Kostas sigue besándome, con más intensidad desde que empecé a moverme, sujetando mi culo con ambas manos para animarme a continuar, cada vez con más precisión, dejándome muy claro lo mucho que está disfrutando lo que hago.

Sin embargo, como sé que la paciencia no es su fuerte, no me sorprende cuando interrumpe el beso y sujeta su polla, frotando el glande contra mi clítoris y luego bajando hasta mi entrada unas cuantas veces antes de empezar a empujar para entrar en mí.

Mis manos se aferran a sus hombros con fuerza, anticipando lo que está por venir, y siento que el aire me abandona cuando, poco a poco, su polla empieza a invadirme, mezclando a la perfección el placer y el dolor que este acto es capaz de causar.

Lo miro con los ojos bien abiertos, completamente consumida por la sensación de ser llenada por él poco a poco, sin saber cómo

reaccionar.

Él también me mira, perdido en sus propias sensaciones, y el placer que se refleja en su rostro es tan evidente que me hace sentir como si fuera la mujer más deseada con la que ha estado.

Probablemente sea prepotente de mi parte pensarlo, porque sé que ha estado con muchas mujeres, y seguramente más hermosas que yo, pero es imposible que lo que se ve en sus ojos sea fingido. Nadie mira así a otra persona sin desearla de verdad.

Y sí, sé que no tengo mucha experiencia, pero esta sensación es muy real, tan devastadora que no puede ser ignorada.

Kostas sostiene mi cadera, impidiendo que me siente de golpe sobre su polla, ayudándome a establecer un ritmo para tenerlo dentro de mí poco a poco, lo cual es una excelente idea, considerando lo grande que es.

Aun así, el deseo es tan fuerte que todo en mí grita por rendirme por completo y sentirlo dentro, lleno y profundo, pero sé que si lo hago de golpe, no podré ni caminar en los próximos días.

—Con calma, Jessica —susurra con voz temblorosa, y me doy cuenta de que Kostas está usando todo su autocontrol para no hundirme de una vez por todas—. No quiero hacerte daño.

Aunque entiendo racionalmente lo que quiere decir, mi cuerpo no está de acuerdo. Necesito que este hombre me consuma por completo de una vez.

Por eso, niego con la cabeza con determinación mientras llevo mis manos a su rostro, lo acerco y lo beso mientras comienzo a moverme, ondulando mis caderas con lentitud pero firmeza, hasta que pierdo el aliento al darme cuenta de que ya está completamente dentro de mí.

La sensación es abrumadora. Siento cada rincón de mi interior completamente lleno por él, y eso es tan delicioso que me hace temblar ante la inminencia del orgasmo que deseo con todas mis fuerzas.

Kostas parece tan perdido como yo en medio del placer, y no hace falta que digamos nada para que empiece a mover sus caderas contra las mías, dándome embestidas que se sincronizan con los movimientos circulares que hago sobre él, sintiéndome deliciosamente colmada.

Intenta besarme, y yo intento responderle, pero ambos fracasamos porque los movimientos de nuestras caderas, uno contra el otro, son demasiado adictivos para concentrarnos en otra cosa. Es

imposible no prestarle atención a cada estocada. Juro que no entiendo cómo aún no me he corrido.

Tan fuera de control como yo, suelto un gritito cuando Kostas me levanta ligeramente para sacar su polla de dentro de mí, girándome en su regazo para que mi espalda quede contra su pecho, y vuelve a penetrarme justo después.

En esta posición tiene acceso directo a mi clítoris, que empieza a masajear al mismo ritmo que mueve sus caderas, dejándome completamente fuera de mí.

Me dejo caer sobre su cuerpo, llevo mis manos a su nuca, y mi mejilla se frota contra la suya mientras los gemidos se me escapan sin pudor, dejando claro lo bien que me está haciendo sentir.

Él sabe lo que está haciendo conmigo, sabe que lo hace bien. Su gemido satisfecho se mezcla con los míos, y yo intento devolverle lo que me da moviendo mis caderas como puedo, viendo el agua salpicar fuera de la jacuzzi… y sin importarme en lo más mínimo. Todo lo que quiero es que no pare, que no se detenga, sin pensar en ninguna consecuencia.

—No voy a aguantar mucho más —advierto en un susurro.

Soy plenamente consciente de lo cerca que estoy del límite. Mi cuerpo da señales claras de que el orgasmo se aproxima como una ola arrolladora.

—No quiero que aguantes —responde Kostas, continuando con esas embestidas profundas que hacen que mis piernas tiemblen y mi cuerpo arda, completamente fuera de control—. Te vas a correr como te mandé: con mi polla dentro de ti.

Esas palabras parecen empujarme aún más al borde. Todo lo que puedo hacer es asentir rápidamente, completamente rendida a la explosión que ya está formándose en mi interior.

Aunque estamos dentro del agua, no tengo dudas de que, como la vez anterior, voy a acabar chorreando, sobre todo por cómo está estimulando mi clítoris.

Su habilidad me impide pensar con claridad, y con los ojos bien abiertos, viendo el amanecer, todo a mi alrededor desaparece cuando el orgasmo finalmente me alcanza, dejándome completamente temblorosa en los brazos de Kostas.

Tiene que sujetarme con fuerza para que no me haga daño con la manera en que mi cuerpo reacciona ante semejante placer.

Entonces me vuelve a girar en su regazo para que quedemos frente a frente, me abraza y yo lo abrazo también, gimiendo contra su cuello, sin ser capaz de procesar todo lo que acaba de pasar.

Siento alivio cuando vuelve a meter su polla dentro de mí, aún dura, y aunque mi cuerpo sigue extremadamente sensible, es increíble la sensación de que siga follándome en busca de su propio placer. Me invade un sentimiento de pertenencia que se mezcla perfectamente con todas las otras emociones que se arremolinan dentro de mí tras el clímax.

Sé que Kostas se corre por cómo me aprieta contra sí, y lo único que puedo hacer es abrazarlo con todas mis fuerzas, sin querer despegarme de este hombre por nada del mundo.

No sé si me arrepentiré de todo lo que hicimos cuando despierte, pero hay algo que tengo absolutamente claro: jamás olvidaré lo increíble que fue este momento.

Capítulo 19

Kostas Lykaios

Me despierto con el perfume de Jessica envolviendo mis sentidos.

Estamos acostados en cucharita, desnudos, mi rostro acurrucado en su nuca. Rozo mis labios suavemente contra su piel, siento la suavidad de su cabello en mi cara y mis manos, que la abrazan con firmeza, comienzan a acariciarla con lentitud.

El calor de su cuerpo me hace sentir vivo, y el simple recuerdo de lo que vivimos anoche me arranca una sonrisa.

No me muevo, intento no despertarla para poder disfrutar de la tranquilidad del momento.

Siento una paz profunda y una dicha que nada en los últimos años me ha dado: ni el trabajo, ni gestionar los negocios de la familia, ni mi vida de libertino sin límites se comparan con esto.

Su respiración es suave y rítmica, señal de un sueño profundo y sereno.

Mis manos la sostienen con posesividad, acompañadas por una oleada de ternura y protección que me envuelven de inmediato.

Quisiera congelar el tiempo y vivir en esta cama para siempre, con ella entre mis brazos.

Oigo el sonido del timbre y, en ese instante, entiendo por qué me desperté. Me irrita solo pensar en levantarme, así que ignoro el ruido por unos segundos, cierro los ojos e intento volver al mejor sueño que he tenido en la vida.

Pero el timbre, estridente, suena durante casi treinta segundos.

Salgo de la cama con cuidado para no despertar a Jessica, me pongo un albornoz para cubrir mi desnudez, y me detengo un instante para observarla. Está desnuda, abrazada a la almohada, y parece una diosa renacentista.

—Ahora vuelvo —murmuro, me paso las manos por el cabello y me limpio los ojos con el dorso de la mano mientras camino hacia la puerta.

Al abrir, me encuentro con un grupo de casi treinta personas, eufóricas, que no se molestan en bajar la voz. Hablan todas a la vez y entran en la casa mientras me plantan dos besos en la cara.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto a mi familia mientras intento desarrugarme la cara.

Mis cuatro sobrinos se lanzan sobre mí, se agarran a mis piernas y empiezan a saltar, emocionados:

—¡Hemos venido a casarte, tío!

—¿Casarme? —Pongo cara de espanto.

—Ya va siendo hora, ¿no, Konstantino? —Mi madre, Ariadne, sujeta los lados de mi cabeza y me da un beso en la frente. —Kalimera[1].

—Kalimera, mamá[2]. —Bajo la cabeza.

—¿Cuándo llegasteis de Atenas?

—Ayer. No te llamamos porque tu abuelo nos dijo que era tu día libre, y todos sabemos lo workaholic que eres y que necesitas descansar —responde mi padre, Alexandros, con ese tono imponente y serio tan suyo.

Es un hombre muy respetado en Grecia, miembro del Parlamento, representante del pueblo como diputado.

—Kalimera, bampa[3] —lo saludo.

—Kalimera, protótoko mou[4]. —Me da unas palmadas en los hombros, acerca su frente a la mía y luego me besa en la coronilla. —Tenemos mucho de qué hablar.

Después de mis padres, me saludan mis tres hermanos, luego mis abuelos —excepto mi abuelo Konstantino, que no está aquí—, mis tíos, padrinos y algunas personas cercanas a la familia.

Entran y ocupan toda la casa como si estuvieran en la suya. Los mayores se dirigen directamente a la cocina para preparar algo de comer, los niños se quedan en el salón trasteando con los videojuegos, y los demás adultos se reúnen en la azotea para beber y charlar.

Me acerco a mis padres y hermanos, y observo el cielo de São Paulo cubierto de nubes.

—¿Esto es algún tipo de intervención? —Cruzo los brazos, manteniendo el buen humor.

—No lo veas así, Konstantino. Sabes que la familia se reúne para celebrar y pasar tiempo de calidad juntos —dice mi madre con suavidad, aunque noto que están ocultando algo.

—¿Y qué venís a celebrar? —Hago una pausa. —No me digas que papá está a punto de convertirse en Primer Ministro de la República Helénica.

—Algún día, sin duda. —Mi padre cruza las piernas y mantiene la cabeza en alto. —Hemos venido a celebrarte a ti.

—¿A mí? —Me rasco la nuca. —Vale que me estoy dejando la piel entre la cirugía y la gestión del hospital, pero no es para tanto, papá. Una simple llamada habría bastado.

—Tu abuelo no deja de hablar maravillas de ti —afirma mi madre, con orgullo.

Observo la expresión de mis hermanos. Chloe es la única que parece entusiasmada, mientras que Theodoros y Alexos miran al suelo, evitando cualquier contacto visual conmigo.

—Dice que casi nunca vuelves a casa, que incluso en tus días libres te quedas en el hospital para que todo funcione. —Mi padre asiente, aprobando.

—El hospital es una joya de la familia —respondo.

—Una joya que, por lo visto, solo tú y el marido de Chloe valoráis. —Mi abuela Daphne me aprieta el hombro.

—¿Dónde está el abuelo? —pregunto.

—En hemodiálisis —responde sin rodeos.

Mi confusión se nota en mi cara, porque nadie me había informado de eso.

—¿Cómo? —Frunzo el ceño.

—Hemodiálisis, cariño. Lo ha mantenido en secreto, tanto de ti como del resto de la familia. —Aprieta los labios. —Y ahora... cáncer de intestino.

Tengo que sostenerme en la silla donde está sentada mi madre, porque siento que el mundo empieza a girar. Un mareo y una sensación de vértigo me invaden, hasta el punto de que mis piernas flaquean y mi cuerpo se desploma.

De inmediato, mis hermanos y mi padre se abalanzan sobre mí, me agarran por los hombros y me ayudan a sentarme en la silla más cercana.

—¡Mamá! —gruñe mi padre.

—Kostas es su favorito, tenía que saberlo —la matriarca se defiende sin dudar.

—Estoy bien... solo acabo de despertarme... —intento explicarles a mis hermanos, pero aun así, cada uno se queda a un lado de la silla, como si temieran que hiciera una locura.

—Tu abuelo quiere dejar el tratamiento y morir —dice mi abuela, sin el menor tacto.

En nuestra familia siempre hemos tenido la costumbre de decir las cosas como son, sin rodeos.

—¡No puede hacer eso! —exclamo, con tono de orden, molesto.

—Puede. Lo hará. Es el dueño de todo y más cabezón que tú. —Mi abuela me reprende con un gesto negativo. —No en vano lleva tu mismo nombre.

—Entonces esta intervención debería hacerse en su casa, no en la mía —respondo con firmeza.

—Tu abuelo tiene pocas posibilidades, incluso con tratamiento. La hemodiálisis ya lo deja agotado... ¿una cirugía intestinal a su edad? —La forma en que lo dice me incomoda.

—En el hospital hay excelentes médicos.

—Lo que tu abuelo necesita es un aliciente. Y todos sabemos muy bien qué es lo que más desea en este mundo —intenta tomar las riendas mi madre.

—Ya no le importa el hospital, ni su propia salud. Solo quiere que su nieto favorito tenga un hijo —dice mi padre, y todos asienten en silencio.

—¿Y alguien ya le ha dicho que soy incapaz de tener hijos? —Humedezco los labios. —¿Se olvidó de que pasé veinticinco años sometido a un tratamiento ineficaz que solo me causó dolor, decepción y arruinó mi salud mental?

—Al menos inténtalo otra vez, cariño. Para motivarle a seguir luchando... —me pide mi madre.

—Duele que me recuerden que soy incapaz de tener algo tan simple como un hijo. Por eso ya me han traicionado, abandonado, despreciado. ¿Queréis que vuelva a pasar por eso?

—Por la familia —susurra mi abuela.

—¿Y qué tipo de mujer aceptaría algo así? ¿Quién se embarcaría en eso conmigo?

Todos se quedan en silencio cuando una mujer cruza la puerta.

Al principio, me siento avergonzado por haber traído a Jessica al ojo del huracán. No sé si está acostumbrada a una familia ruidosa donde todos opinan sobre la vida del otro. No era este el escenario que tenía en mente para nuestra mañana.

Pero no es Jessica quien entra, sino Irina, mi ex.

—Sé que odias las sorpresas, Kostas, por eso intenté avisarte ayer de lo que iba a pasar, pero las llamadas fueron directo al buzón... —dice Irina, acercándose a mí.

—¿De qué se trata esto?

—Todos saben que nuestras familias han sido amigas durante años —intenta explicar mi abuela. —Tenemos los mismos valores, objetivos y nivel social. Tú e Irina fuisteis pareja y ella está dispuesta a intentarlo, Kostas.

—Yo no estoy dispuesto a intentarlo —dejo claro.

Eso parece sorprender a todos.

—Lo que Irina y yo tuvimos fue bonito, pero quedó atrás. Tenemos valores y metas distintas... —aclaro.

—No es como si te estuviéramos pidiendo que la ames. —Mi abuela se ríe. —Solo queremos que tu abuelo crea que un milagro puede ocurrir, y así acepte tratarse.

Me masajeo las sienes con los dedos y suspiro profundamente.

Esto me suena tan absurdo que lo único que me sale es reír por nerviosismo.

—Te dije que no aceptaría, Kostas... —Irina sonríe, incómoda. —Pero parece la oportunidad perfecta para motivar a tu abuelo y preparar la unión de nuestras familias.

—Eso no va a pasar —dejo claro.

—¿Y por qué no va a pasar? —gruñe mi padre.

—Porque... —empiezo a hablar, pero mi voz se apaga.

Jessica entra en la habitación y capta la atención de todos. Lleva puesta ropa mía, aún parece agotada por la noche anterior y también algo asustada al ver a tantos desconocidos.

—¿Y esta quién es? —Mi abuela se lleva la mano al pecho. —No me digas que es una de tus chicas de compañía, ¡Konstantino!

—Es la mujer con la que estoy ahora mismo —aclaro.

—O sea, una de tus chicas de compañía. —Mi abuela pone los ojos en blanco y se dirige a Jessica sin mirarla directamente. —¿Piensas quedarte embarazada de mi nieto, querida? —pregunta con tono áspero.

Jessica se queda quieta, mirando a cada uno de nosotros. Niega con la cabeza rápidamente.

—No, yo no... yo solo quiero tener hijos dentro de diez años...

—Entonces será Irina —decide mi abuela. —Paga a tu puta y mándala a casa.

—Es nieta de María de Lourdes. Trátala con más respeto.

Esa información parece romper la rigidez de mi abuela, que de inmediato se vuelve hacia Jessica y la observa de pies a cabeza.

Y toda la familia hace lo mismo.

Capítulo 20

Kostas Lykaios

La situación se volvió caótica en cuestión de segundos.

Mi abuela, siempre tan directa y sin filtro alguno al hablar, no tenía ni idea de quién era realmente Jessica, y ahora, con la revelación de quién es su abuela, toda la dinámica cambia por completo.

Todos parecen sorprendidos, mantienen la mirada fija en Jessica, que se queda inmóvil, mirándome asustada.

—¿María de Lourdes? —La voz de mi abuela se suaviza—. ¿La que salvó mi vida y la de tu madre?

—Sí, ella misma. La antigua jefa de enfermería del hospital —informo.

Le hago una señal con la mano a Jessica para que se acerque.

Ella lo hace con timidez, casi contando los pasos.

Su mirada desesperada se transforma en una mezcla de agradecimiento y confusión, porque seguramente todavía no ha entendido lo que está pasando, igual que el resto de nosotros.

—Perdóname, querida. No tenía ni idea de que eras nieta de la mujer que me salvó la vida —le apoya una mano en el hombro y se nota incómoda, buscando un sitio donde sentarse.

—Está bien, señora Lykaios. Yo... solo me pilló por sorpresa.

—Es que, dado el historial de Konstantino, pensábamos que tú eras... bueno... mejor lo dejo ahí —se limpia las manos en el vestido azul real y busca apoyo en el resto de la familia con la mirada.

—¿Qué fue lo que tuvo usted? —pregunta Jessica con una dulzura que haría imposible no quererla.

—Complicaciones en el parto. Todas las tuvimos: yo, Ariadne, Chloe... —suspira—. Pero tu abuela fue una bendición en nuestras vidas.

—Es un ángel —Jessica se emociona al ver que todos tienen un profundo respeto por su abuela.

—Entonces... ¿es tu novia, Kostas? —mi abuela pregunta con la mirada, como si ya estuviera lista para aprobar la relación.

—Nos estamos conociendo —me acerco a Jessica y le tomo la mano, para que no se sienta sola entre tantas miradas—. Creo que la relación está evolucionando... pero aún no hasta el punto de presentarla oficialmente a la familia —digo riendo, para aliviar la tensión.

—Sí... no me esperaba esto —Jessica esconde el rostro contra mi pecho.

Y siento unas ganas tremendas de abrazarla, de reconfortarla, de protegerla de las locuras de mi familia para que no se rinda con lo que estamos construyendo.

Siento el peso de todas las miradas de los Lykaios sobre mí.

—Eso no quita el hecho de que tu abuelo quiera un nieto tuyo —dice mi padre, Alexandros, con el tono más cordial que puede, aunque aun así suena autoritario.

—Entiende, Konstantino... —mi abuela respira hondo, y sus ojos se llenan de lágrimas—. Los padres de tu abuelo murieron en un accidente terrible y él creció solo, sintiéndose abandonado... hasta que me conoció. No quiere lo mismo para ti.

—Como podéis ver, no estoy solo —aprieto la mano de Jessica.

—Pero tener un hijo... —mi padre interrumpe—. Te da un propósito.

—El hospital es mi propósito —respondo con firmeza.

Todos aquí se han beneficiado del dinero que el hospital nos ha dado, pero nadie quiso construir una carrera dentro de él.

—El hospital es tu trabajo. La familia es el propósito —corrige mi abuela—. Deberías aprovechar que has conocido a una buena chica, de familia, y...

—Jessica no quiere tener hijos —la defiendo antes de que la convenzan con sus locuras—. O sí quiere, pero no ahora. Es joven, quiere estudiar, construir una carrera...

—¿Qué quieres estudiar, Jessica? —mi madre la mira con admiración, como si ya la conociera de antes.

—Medicina, señora Lykaios.

—Llámame Ariadne.

—O suegra —provoca mi hermana, Chloe.

Jessica se pone roja y vuelve a esconder el rostro contra mi pecho por unos segundos.

—¿Puedes al menos decirle que lo vas a pensar, Konstantino? —me pide mi abuela.

—Hablaré con Jessica y les daremos una respuesta a todos.

—Perfecto. Para ser tan cabezota, es un buen comienzo —declara mi madre, satisfecha.

Jessica Navarro

La familia Lykaios parece sacada de una de esas revistas de gente rica; lucen las mejores prendas como si estuvieran asistiendo a una gala, y de repente todos empiezan a hablar en griego, lo que me hace sentir un poco aislada.

Al menos, su entusiasmo es contagioso: hablan alto, gesticulan mucho y parecen extremadamente cariñosos entre ellos.

Salgo del área abierta hacia la cocina y me encuentro con los miembros más mayores de la familia, que enseguida me ofrecen pan

artesanal, queso, higos y trozos de carne preparados en la parrilla.

—Me alegra mucho por fin conocerte —escucho una voz femenina a mis espaldas.

Me giro, dispuesta a saludar a la hermana de Kostas, pero me topo con una mujer pelirroja, más alta que yo, con unos ojos azules centelleantes. Me abraza enseguida y me observa de arriba abajo.

—¿Eres Chloe? —pregunto, confundida.

—Irina. La ex de Konstantino —explica—. Y estoy muy aliviada de que hayas aparecido para salvar el día, porque yo no estaba de acuerdo con nada de esto —ríe en voz baja.

—¿Ah, no? —Echo un vistazo por la ventana hacia la conversación animada en el jardín—. ¿Qué ha pasado?

—El abuelo de Konstantino está muy enfermo. Y todos saben que su gran sueño es que su nieto favorito tenga hijos, así que los Lykaios se reunieron para convencerlo...

—¿Y tú...? —Trago saliva y siento un nudo en el estómago solo de imaginar su respuesta.

—Yo era la opción obvia, y saben que haría cualquier cosa por Kostas, porque somos muy amigos —me sujeta por los hombros—.

Pero odio la idea de tener hijos. ¿Este cuerpo? No lo pienso arruinar por un bebé.

—Ah... entonces tú eres la ex con la que dijo que rompió porque tenían opiniones distintas sobre tener hijos... —Asiento con la cabeza.

—¿Te habló de mí? —Irina frunce el ceño, sin que aparezca ni una sola arruga—. Espero que haya sido en buenos términos. También me habló de ti.

—¿En serio? —Abro mucho los ojos.

—De cierto masaje... que estaba esperando una respuesta de una mujer que no lograba sacarse de la cabeza... —me guiña un ojo.

Su forma desenfadada y simpática rompe algo inconsciente en mí que habría despertado una sensación de competencia. Parece que Kostas y ella son parte del pasado, y ella lo ha superado.

—¿Dijo eso?

—No solo eso. Dijo que estaba deseando volver a verte. —Se acerca a mi oído y susurra—. Nunca duerme con la misma mujer dos veces.

—Lo sé...

—Yo fui la última —dice con orgullo, hinchando el pecho.

Ahora que observo a Irina con más atención, sin nerviosismo, me doy cuenta de que ya la he visto antes.

—¿Nos conocemos? Creo que...

—Fuiste tú quien hizo el examen de admisión recientemente, ¿verdad? —Se lleva la mano a la cintura.

—Sí, Socorro me llevó al Laboratorio Carrasco.

—Encantada, Irina Carrasco —me tiende la mano—. Yo estaba allí, te vi entrar, firmar los papeles... Observé de lejos tu examen porque estaba catalogando material para enviar al Hospital Mater Dei.

—Ah... entonces tú eres como la dueña.

—Heredera. Igual que Konstantino.

—Entiendo. Encantada, Irina —siento un ligero vértigo, así que pregunto—: ¿Mis resultados aún no han salido? ¿Ha habido algún problema?

—No debe de ser nada. Hemos estado saturados estas últimas semanas. Pero no te preocupes.

—Es que al final me pidieron análisis de sangre y no sabía que eso era necesario...

—¿Ah, sí? —Se rasca la nuca—. A veces lo piden, sí. Pero solo para comprobar tu estado de salud, tranquila. No se compartirá nada confidencial con el hospital, solo si estás bien, apta y libre de enfermedades antes de empezar...

—Soy técnica en cuidados auxiliares de enfermería —corrijo.

—Ah, técnica —asiente—. Interesante. ¿Y cómo conociste a Kostas?

—Bueno... es una historia curiosa. En realidad...

Antes de que pueda empezar una versión superficial de lo que pasó aquel día, los niños empiezan a gritar cuando el tío entra en la cocina. Lo abrazan, lo llenan de besos y no paran de preguntar:

—¿Cuándo vas a ser papá, tío Kostas?

—¡La abuela dijo que te va a conseguir una novia!

—¿Quién es la chica guapa que salió de tu cuarto, tío?

De repente todos me miran.

Ya no es como esa tensión inicial, como si hubiera cometido un crimen, pero aun así, tener la atención de todos los Lykaios es intimidante.

Por la forma en que se visten y se mantienen erguidos, con esa mirada de superioridad, parece que vienen de otro mundo.

—Vale, familia, hora de reunirse —dice Kostas, y después parece repetirlo en griego.

Se acerca a mí, me toma de la mano y me presenta ante todos.

—Ella es Jessica. Por favor, tratadla con cariño... Nos estamos yendo, y...

—¿Está embarazada? —pregunta la niña mayor.

—¿Sofia? ¿Qué te ha dicho mamá sobre ser indiscreta? —Chloe, la hermana de Kostas, se acerca a la niña y le toma la mano.

—No, no está embarazada —Kostas responde despacio, casi con tono didáctico—. Porque yo no puedo tener hijos. Vamos a olvidar esta conversación y a disfrutar del día, ¿vale? O desenchufo la consola.

Los niños corren de inmediato al salón.

—Voy a cambiarme. Portaos bien y haced que Jessica se sienta como en casa, o los echo a todos —dice Kostas mientras se dirige a su cuarto.

—Y María de Lourdes, querida, ¿dónde está? —La abuela de Kostas se me acerca y me habla con una calidez encantadora.

Eso parece ser la señal para que todos empiecen a tratarme bien.

—Ahora mismo está en el Mater Dei —respondo.

—¿Ha pasado algo grave? —Se lleva la mano al pecho.

—Tiene Alzheimer avanzado... así que necesita cuidados constantes... —explico.

—Oh, tenemos un equipo excelente para eso —dice mientras acaricia su collar de perlas—. Si necesitas algo, lo que sea, pídeselo a Konstantino. Él lo solucionará.

—Gracias, señora Lykaios.

—¿Por qué ha parado la música? —Da una palmada—. ¡Quiero música, comida, alegría! La comida se servirá pronto. ¿Te gusta la comida mediterránea, Jessica?

—Me gusta de todo, en realidad.

—¡Estupendo! ¿Has estado en Grecia?

—No... hasta hace poco nunca había salido de Minas...

—Todos los bebés Lykaios nacen en Grecia —me informa.

—Ah... ¿entonces Konstantino nació allí?

—Todos los Lykaios —deja claro—. Te llevaremos el próximo verano. ¡Te encantarán nuestras playas!

—Creo que sí... —muerdo el labio inferior para no decir que no voy a tener un bebé Lykaios tan pronto, por muy adorables que sean los bebés con ojos azules.

Me quedo en silencio un momento, observando la dinámica familiar. Parece que cada uno conoce su lugar y cómo comportarse.

Es una familia unida, muy diferente a la mía, donde nadie se soporta y están intentando quedarse con la casa de mi abuela, ahora que ya no puede defenderse.

—Voy a llamar al hospital para saber cómo está mi abuela, con vuestro permiso —les digo, y me dirijo al cuarto de Konstantino en busca de mi móvil.

Capítulo 21

Jessica Navarro

Por más que al principio me asustara, me encantó conocer a la familia Lykaios.

Todavía me siento un poco fuera de lugar entre ellos, pero la amabilidad con la que me trataron después de descubrir quién es mi abuela cambió completamente el ambiente.

Entro en la habitación de Kostas, cojo mi móvil y llamo al hospital para saber cómo está mi abuela. La respuesta es rápida: está bien, se despertó temprano, me buscó, tomó café y está haciendo ejercicio.

Cuelgo, sintiendo una mezcla de alivio y tristeza.

De repente, el ambiente se llena con el perfume de Kostas, que segundos después sale del baño, con una camisa blanca de vestir, las mangas arremangadas sobre sus brazos fuertes. El

pantalón azul marino le queda ceñido al cuerpo y unos mocasines negros completan su encanto.

—Tu olor siempre llega antes que tú —comento mientras paso los dedos por la pantalla del móvil.

—Así no te asustas —se acerca a mí con lentitud.

—¿Cómo puedes oler tan bien, por Dios? —Cierro los ojos—. Y parece que tu perfume se ha quedado pegado a mí.

—¿Cuál es la sorpresa? Dormimos juntos.

Siento sus manos envolviéndome. Konstantino me balancea suavemente de un lado a otro, como si estuviésemos bailando, acercando su cuello a mi nariz.

—¿Quieres mi olor tatuado en tu piel?

Muerdo los labios para no responder y alimentar su ego.

—Entonces duerme conmigo todas las noches —dice.

—Tentador.

—La propuesta sigue en pie... —me mira con seriedad durante unos segundos, siguiendo con los ojos cada movimiento de mi rostro cuando intento apartar la mirada—. ¿Cómo está tu abuela?

—Bien, gracias a Dios. Es la primera vez en un año que duermo lejos de ella...

Contengo la respiración cuando Kostas desliza el dorso de su mano por mi rostro, acaricia mi mejilla con suavidad y luego apoya su nariz en la mía, moviendo su cuerpo con lentitud mientras me mece en un ritmo íntimo. Nuestros labios se rozan, apenas, y siento su aliento fresco.

—También necesitas tus propios momentos, Jessica.

—Lo sé.

—Parte de cuidar a los demás es recordar cuidar de una misma.

—Sí...

—Y siento lo de mi familia. No fue mi intención ponerte en esa situación. Si hubiera sabido que venían...

—No me habrías invitado —me río.

—Ni habría abierto la puerta —dice con firmeza—. Porque tenerte cerca es la prioridad.

Siento que se me eriza la piel en los brazos y en el cuello al escucharlo. Suspiro al sentir su frente apoyada contra la mía, y luego

me besa con tanta ternura que casi me derrito.

—Está bien, Konstantino —lo llamo por su nombre completo, y veo en su rostro un gesto de sorpresa que me divierte—. Entiendo que a veces la familia es... ¿cómo decirlo? Complicada.

—¿Konstantino? —parpadea despacio.

—Es tu nombre, ¿no?

—Solo mis abuelos y mis padres me llaman así —pone cara de fastidio.

—Creo que es para recordarte que seas responsable. Konstantino suena a nombre de anciano, así que...

Él sonríe con mi provocación. Y esa sonrisa parece iluminarle todo el rostro, haciéndolo aún más atractivo.

—¿Me estás llamando viejo?

—Para nada. Tienes más energía, salud, y tu piel está mejor que la mía. Voy a robarte los productos de *skincare*.

Cuando reímos juntos, siento que la conexión entre nosotros se fortalece. Mi corazón late con un peso suave, lento, como si su ritmo se expandiera por todo mi cuerpo.

—¿Y lo nuestro, Jessica?

—¿Lo nuestro?

—¿Lo que pasó anoche significa algo para ti? —pregunta.

Trago saliva.

No sé si tengo el valor o la claridad que tiene Kostas para decir abiertamente lo que siento.

—¿O vas a culpar al alcohol?

Mi corazón se acelera, y todo mi cuerpo se pone en alerta cuando sus ojos se clavan en los míos.

—No bebí —digo con firmeza—. Y... fue increíble. Mucho mejor que aquella primera vez.

—Entonces, ¿podemos considerarnos novios?

—¿Novios?

—Pensé que eras una chica de familia y que solo volverías a hacer aquello con un pretendiente serio —me provoca.

—¿Y tú eres un pretendiente serio? —le devuelvo la provocación.

Y él casi me muerde el labio inferior, incluso gruñe un poco al intentar robarme un beso.

—Para ti, sí. Vamos a intentar que esto funcione.

—A menos que tu familia me obligue a quedarme embarazada. Eso no va a pasar.

—Eso no va a pasar, de ninguna manera —lo asegura con firmeza—. ¿Vamos a buscar a tu abuela?

—¿Para qué?

—Para el almuerzo familiar —pone énfasis en lo último.

Asiento de inmediato. Me alegra que piense también en mi bienestar; eso me hace sentir más tranquila.

—Con tu abuela aquí, todos se van a portar bien y te van a tratar como a una reina. Aunque...

—¿Aunque qué...? —pregunto, al notar que deja la frase en el aire.

—Que el simple hecho de encontrar a una mujer en mi casa ya es algo sorprendente. La última vez fue con Irina, y tuvimos una relación muy larga.

—Irina —asiento, recordando.

—¿Estás celosa?

—¿Yo? No. Parece una gran persona.

—¿Pero...? —desliza el pulgar por encima de mis labios mientras me provoca, acercándose tanto que casi me besa... y luego se aleja.

—¿Pero por qué la trajeron?

—Porque el sueño de todos era que tuviéramos un hijo juntos. ¿Qué sería mejor que un heredero de las dos empresas...?

—Sí... ¿qué sería mejor? —suspiro.

—Tú —Kostas sella nuestros labios con un beso largo y me abraza tan fuerte que no me permito que ningún tipo de celos o inseguridad me invada.

Después de ese momento, fuimos al Mater Dei a recoger a mi abuela y volvimos al ático de Konstantino, donde nos esperaba una comida con parrilla y platos mediterráneos.

Fue un momento sublime, tan especial que incluso mi abuela se emocionó, aunque no dijera ni una palabra. El reencuentro con la

madre y la abuela de Konstantino fue una especie de catarsis que pareció traerle mejoras en las semanas siguientes.

Fueron momentos sublimes.

Y los habría disfrutado aún más... si hubiera sabido que aquello era el principio del fin.

Capítulo 22

Jessica Navarro

Tres semanas Después

En las semanas que siguieron a la reunión con la familia Lykaios, mi vida entró en un ritmo frenético entre el trabajo, cuidar de mi abuela y pasar tiempo de calidad con Kostas.

En el hospital, siempre encontrábamos un momento para estar juntos, ya fuera en el armario de pijamas o en su dormitorio.

Cenábamos juntos prácticamente todas las noches, ya fuera en el comedor del Mater Dei o en su casa, y con eso fuimos ganando más intimidad, volviéndose más serio lo nuestro.

Gracias a Dios, Eric no volvió a molestarme, pero por desgracia mi madre seguía consternada con la idea de que me quedara en São Paulo y no regresara a casa.

—¿Qué cara larga es esa? ¿Estás haciendo cosplay de Priscila gótica, amiga? —pregunta Nina al alcanzarme en el pasillo.

—Ah, nada… solo que mi madre no acepta que no voy a volver...

—Qué pena...

—Quiere a toda costa que regrese a Poços de Caldas para quedarme cuidando la cafetería de la familia. ¿Será que no entiende que estoy construyendo algo aquí?

—¿Ya le contaste a tu madre que incluso conociste a la familia de tu novio? —Priscila aparece en sentido contrario por el pasillo y se une a nosotras.

—"Novio" es una palabra muy fuerte —suspiro.

—¿Qué más necesitas? Conociste a toda la familia Lykaios y por lo visto te aprobaron... —reflexiona Nina.

—Quizás un pedido formal —me encojo de hombros—. Pero Kostas y yo estamos muy bien. Nunca imaginé que me involucraría con alguien que no fuera Eric y, madre mía, siento que estoy redescubriendo la vida.

—¿Es tan bueno así? —Nina pone cara de perrito abandonado.

—Bueno es poco. Mira esa piel —Priscila se ríe—. Hasta el cuerpo decidió desarrollarse más para satisfacer al semental... las caderas se están ensanchando, los pechos más grandes...

—Sí, he subido un poco de peso estas últimas semanas, pero estoy bastante a gusto con mi cuerpo —sonrío.

—¿Qué? ¡Cuerpazo! Estás perfecta, amiga. Al fin pareces haber salido del cautiverio y de la depresión —Priscila se ríe—. Por cierto, hay concierto de Pitty dentro de un mes. ¿Vamos?

—¡Por supuesto! ¡Me encanta Pitty! —Le agarro del brazo.

—Ay, a mí no me va mucho... —Nina hace un puchero.

—Pues vas a venir, aunque sea amarrada. ¡Yo tuve que ir a ese maldito pagode y además cargar contigo después de que te tomaste cuatro tequilas! —Priscila cruza los brazos.

Las dos empiezan a discutir cuando, de repente, el ambiente se vuelve tenso en urgencias.

Los turnos suelen ser intensos, y trabajar en esa área del hospital requiere toda mi atención, así que sé que algo grave ha

pasado cuando todos los médicos, enfermeros y técnicos comienzan a moverse con un alboroto repentino.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

—Ni idea. ¿Será que llegó algún famoso accidentado? —Priscila se adelanta.

Mi instinto profesional me impulsa a seguir el movimiento, lista para ayudar en lo que sea necesario, así que me meto entre la gente y estiro el cuello para oír a Socorro dando instrucciones:

—Paciente anciana, en estado crítico, acaba de llegar a urgencias —me mira de reojo y abre los ojos con sorpresa—. Acaba de ser reanimada, necesito un anestesista, un cirujano de trauma, un oncólogo y un hepatólogo. —Da las órdenes y hace una señal para que la mayoría de nosotros nos dispersemos.

Algunos curiosos aún se quedan, como yo, pero con la mirada severa de la jefa de urgencias, muchos se van.

—¿Necesita ayuda, jefa? —me dirijo a Socorro cuando pasa a mi lado.

—No, Lulucita. ¿Ya hiciste las curas de los pacientes que llegaron hace media hora?

—Sí, todo en orden.

La sigo con paso rápido... hasta que veo a quién están llevando en la camilla, inconsciente.

No. No puede ser ella.

No mi abuela.

Siento un sabor amargo en la garganta y una presión tan fuerte en la cabeza que solo no caigo al suelo porque Socorro me sostiene contra la pared y grita órdenes que no alcanzo a entender, pero veo a Priscila y Nina sujetándome, una en cada brazo.

Mi mundo empieza a girar, y por un momento, una oleada de vértigo me arrastra y pierdo la fuerza en las piernas.

Todo a mi alrededor se mueve en cámara lenta. Cuando me doy cuenta, estoy aferrada a la camilla, gritando el nombre de mi abuela, mientras cuatro técnicos intentan apartarme.

—Necesito que la controlen y ¡alguien que llame al doctor Lykaios, con urgencia! —grita Socorro.

Me siento impotente, paralizada, sin aliento.

Mi abuela parecía tan bien... estaba mejorando cada día, ¿cómo podía estar ahora inconsciente en una camilla?

Siento una mezcla de miedo, desesperación y rabia.

—Jessica, tienes que alejarte —escucho a Priscila gritarme al oído, abrazada a mi cuerpo.

Me llevan a una de las salas de observación, me colocan suero y me hablan, aunque mi cerebro no logra interpretar ninguna de sus palabras.

Lo único que puedo pensar es que necesito a Kostas aquí, a mi lado, para darme fuerza y apoyo.

Sobre todo, para salvar a mi abuela, porque sé que si hay alguien en este hospital que puede hacerlo, es él.

—Todo va a salir bien —repite Nina mientras me aprieta la mano—. Todo va a salir bien.



Me despierto desesperada, como si hubiera tenido una pesadilla.

Mi vista borrosa primero reconoce el lugar donde estoy: varias camas separadas por cortinas, donde se medica a pacientes, y, al parecer, yo soy una de ellas.

Nina y Priscila no están aquí. En su lugar, sentado a los pies de la cama, está Kostas, que parece estar en una llamada importante, pero la interrumpe en cuanto me ve despertar.

—Hola. ¿Estás bien? ¿Puedes oírme? —Se levanta y se pone a mi lado.

Le agarro del brazo e intento decirlo todo a la vez, pero no me sale la voz del puro desespero.

—Tranquila. Necesitas relajarte y respirar. Te desmayaste hace dos horas. ¿Estás comiendo bien?

Enciende una luz intensa frente a mis ojos para examinar mis pupilas y luego, con cuidado, se pone el estetoscopio para escuchar mi corazón.

—Te agitaste tanto que salí corriendo de la sala del consejo para venir a verte. Luego fui a ver a tu abuela.

—¿Cómo está? —mi voz sale débil.

Kostas aprieta los labios y respira hondo, lo que ya me parece una muy mala señal.

—Tenemos que hablar.

—¿Murió? Kostas, ¡no me digas que murió! —me aferro a su brazo.

—No, Socorro logró reanimarla —acaricia mi brazo, intentando calmarme.

—¿Qué pasó, Kostas?

—El informe que recibimos es que tuvo una convulsión y se desmayó. Por suerte, un médico la vio y realizó los primeros auxilios mientras preparaban todo para traerla a urgencias.

—Ajá...

—Al llegar, la llevaron a quirófano e hicieron una evaluación rápida. No parecía un infarto ni un ictus...

Respiro aliviada con esa información, pero me tenso al ver que él no termina de decirme qué está pasando.

—Se hicieron algunos análisis, y me culpo por no haberlos pedido antes... —suspira, pasándose una mano por el rostro—. Al parecer, el hígado de tu abuela está completamente dañado.

—¿Qué?

—Puede ser hepatitis o cáncer hepático. ¿Tiene diabetes?

—No —la palabra apenas me sale.

Siento un nudo tan fuerte en la garganta que parece que tuviera algo atascado.

—Se le hizo un hemograma completo, también una ecografía —explica—. Me tomé la libertad de coger su maleta y enviar todos sus medicamentos al Laboratorio Carrasco... —se masajea las cejas con los dedos.

—¿Qué pasa? —abro los ojos, preocupada.

—¿Qué medicamentos toma tu abuela, Jessica? —Kostas pregunta con un tono suave, mostrándome que puedo confiar en él, lo que me tranquiliza un poco.

—Vitaminas, algunos neurotransmisores, creo que riva... rivas... —fuerzo la memoria para recordar.

—Rivastigmina —asiente Kostas—. ¿Qué más?

—¿Galantamina? —pregunto, y él asiente—. El antidepresivo no recuerdo el nombre.

—¿Sabes realmente qué eran esos medicamentos? —Kostas alza una ceja.

—¿Qué...? —le muestro que no tengo ni idea de a qué se refiere.

—Irina acaba de llamarme. Agilizó el proceso y revisó cada fórmula. Encontramos: melatonina, paracetamol, nimesulida, isoniazida, amiodarona y doxepina.

Algunos de esos medicamentos sé lo que hacen, pero otros no. Intento incorporarme en la cama, y Kostas me ayuda, me acomoda con una almohada tras la espalda y entonces le pregunto:

—¿Qué hacen esos medicamentos?

—Están dopando a tu abuela. Hay incluso un antibiótico cuyo uso para tratar el Alzheimer nadie ha sabido explicarme. Pero la combinación de todos ellos causa algo peor.

—¿Qué?

—Un ataque fulminante al hígado, por sobrecarga.

Me tapo la boca para que no se me escape un grito.

—Si se trata de cáncer o de una degeneración hepática, tengo una sala reservada para ella. Solo necesito tu firma, y yo mismo haré

la cirugía.

—¿Dónde firmo? —le muestro que estoy dispuesta.

—Acabo de recibir la llamada del laboratorio, así que aún estoy procesando todo —suspira profundamente y me toma de la mano.

Me mira con tanta seriedad que me pone aún más nerviosa.

—¿Eras tú quien compraba los medicamentos, Jessy?

—No —sacudo la cabeza inmediatamente.

—¿Quién los compraba?

—¡Mi tía! La que quiere vender la casa de Lulu a toda costa.

—¿Puedes probarlo?

—Tengo mensajes de WhatsApp de ella diciendo que iba a traer los medicamentos, cosas así.

La expresión de alivio en el rostro de Kostas ilumina su cara. Me aprieta la mano con suavidad y luego besa el dorso.

—Quiero el nombre del médico que diagnosticó a tu abuela con Alzheimer y recetó esos medicamentos.

—Por supuesto. Si no lo tengo yo, mi madre seguro que sí...

Antes de que podamos seguir hablando, Socorro abre la cortina, entra en el espacio reservado y mira al doctor Lykaios con cierto alivio.

—Tengo buenas noticias.

Una sensación de paz instantánea me recorre al escuchar eso.

—Negativo para neoplasia[5]. Hígado sobrecargado, hepatitis medicamentosa.

—¿Eso puede haber influido en que esté más lenta, sin poder razonar ni hablar? —pregunta Kostas, aunque parece que ya conoce la respuesta.

—Es una posibilidad, doctor.

—¿Necesita cirugía? —se levanta, como si ya estuviera listo para actuar.

—Por ahora, no. Suspendimos los medicamentos, hicimos un lavado gástrico y estamos esperando algunos resultados más para entender mejor la gravedad del cuadro.

—Si ha estado tomando esos medicamentos durante un año, el daño hepático podría ser muy serio. A su edad, quizás necesite un trasplante.

—Así es, doctor. Acompáñeme, por favor, para que discutamos el caso. —Socorro va hacia la salida, pero se detiene de golpe y se gira hacia mí—. ¿Cómo estás, Lulucita?

—Bien... mucho mejor —fuerzo una sonrisa.

—No quiero que llegues al límite ni a la extenuación, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Sé que eres aplicada, dedicada, proactiva. Pero no voy a permitir que una embarazada se desmaye en medio del turno.

Socorro abraza la carpeta contra el pecho y sale.

Inmediatamente miro a Kostas, que parece tan sorprendido como yo al oír esa información.

—¿Embaraz...? —empieza a decir.

Pero, de repente, mi visión se nubla, los colores desaparecen y el ruido del hospital se va apagando… hasta que me desmayo una vez más.

Capítulo 23

Kostas Lykaios

En cuanto Jessica se desmaya, corro hacia ella, compruebo sus signos vitales y solo me tranquilizo al confirmar que está bien.

Socorro me observa con una expresión atónita, intenta encontrar palabras para romper la tensión, pero se queda muda, mirándome fijamente.

—¿Cómo lo descubrieron? —me humedezco los labios.

—Hemograma completo —responde.

—¿Cuántos meses?

La mujer suelta un bufido como única respuesta y se encoge de hombros.

—Solo un especialista podría decirlo, doctor Lykaios. Entienda, mi intención fue averiguar el motivo de esa reacción...

—Lo sé.

—Conoce mi forma de trabajar, sabe que mi prioridad es el bienestar del personal —Socorro tamborilea con las uñas sobre la carpeta—. ¿Algo más?

—Sí. Una prueba de farmacia, por favor.

El impacto en su rostro es evidente: no sabe de mi relación con Jessica, y quise mantenerlo todo en discreción para protegerla.

—No puede exponerla en su entorno de trabajo, señor.

—No quiero humillar a nadie, solo asegurarme —trago saliva.

Socorro cruza los brazos, en señal de negación.

—No quiero que se sienta coaccionada, ¿me entiende, doctor Lykaios?

—Podría ser el padre —es la única explicación que doy, y parece suficiente para ella—. También quiero que me programen unos análisis. Necesito revisar mi fertilidad.

El disgusto es evidente en su rostro. Se sonroja, no dice nada más y se marcha.

Minutos después, Jessica despierta y yo no sé qué decir.

Todo lo que siento, además de miedo y dudas, es un vacío confuso que me deja sin suelo.

—Hola... tuve una pesadilla horrible... —Jessica se frota los ojos con el dorso de las manos.

—¿Puedes sentarte? —La ayudo cuando asiente—. ¿Desde cuándo lo sabes?

—¿Saber qué, Kostas?

—Lo del embarazo. ¿Desde cuándo lo sabes? ¿De cuántos meses estás? —No escondo la extrañeza en el tono de mi voz.

Durante veinticinco años, la infertilidad fue un hecho innegociable en mi vida. Una realidad con la que aprendí a convivir, una cicatriz que moldeó quién soy.

Y todo esto desafiaba cada una de las verdades que conocía.

—No estoy embarazada. ¡No puedo estarlo! —Jessica me agarra del brazo y me acerca a ella—. Usamos preservativo todas las veces.

—Y está ese pequeño detalle...

—¿Qué detalle?

—Que soy estéril. Así que...

—Kostas, yo... —empieza a decir, con la voz temblorosa.

—¿Entiendes que esto no es posible? —la interrumpo, con una voz más dura de lo que pretendía—. Tal vez ha sido un error de Socorro, y...

Y justo entonces, aparece Socorro. Lanza una prueba de embarazo contra mi espalda y me mira como si acabara de romper su regla más sagrada. Incredulidad total.

—Solo no entrego mi carta de renuncia porque hoy esto es un caos —dice, y se va.

Cojo la prueba de embarazo y se la entrego a Jessica.

—Haz la prueba. Solo para confirmar que todo ha sido un malentendido.

—Kostas, eso es imposible...

—Hazla —insisto—. Por favor.

Acompaño a Jessica hasta el baño de la sala de observación, la ayudo con el soporte del suero y la dejo allí dentro para que haga la prueba.

Mientras tanto, llamo a Jeon para informarle del estado de María de Lourdes y le pido que venga al hospital lo antes posible.

Minutos después, Jessica sale pálida y sin expresión del baño.

Camina a mi lado en silencio hasta su cama, cierro las cortinas y, sin rodeos, me muestra los dos trazos del test.

Positivo.

No sabía qué pensar. La idea de que Jessica me engañara parecía tan absurda como la idea de que yo pudiera ser padre.

Pero entonces, ¿cómo explicar esta situación?

—Esto no es posible —repite Jessica una y otra vez.

—¿Con quién más te has relacionado? —Meto las manos frías y sudadas en los bolsillos del uniforme, buscando calor.

—¿Qué? —Tiene dificultades incluso para pronunciar esa palabra.

—¿Con qué otros hombres...? —No consigo terminar la frase.

Su bofetada suena fuerte, seca. Duele más en mi orgullo que en mi rostro.

—¡Ni se te ocurra! —me apunta con el dedo.

—Solo intento entender...

—¡Estás hiriendo mis sentimientos, Konstantino! —me grita con rabia.

—No lo tomes como algo personal, por favor, Jessica. Solo estoy intentando... —intento explicarme, pero ella me interrumpe.

—¿Que no lo tome como algo personal? ¡Perdí mi virginidad contigo! ¿Cómo te atreves a preguntarme eso?

—¿Hubo alguien más en algún momento?

Se ríe, nerviosa. Sus ojos se llenan de lágrimas.

—No tienes derecho, Kostas. Mi abuela está inconsciente sobre una camilla... —y puedo ver cómo reúne todas sus fuerzas para decirlo.

—Tienes razón. Estoy siendo idiota —asiento con la cabeza y me arrodillo junto a ella—. Es solo que… este tema es muy delicado para mí, Jessy. Es mi sueño. Es todo lo que siempre quise, pero hace tiempo que lo di por perdido.

Ni siquiera puede mirarme de lo molesta que está.

—Me sentiría el hombre más afortunado del mundo siendo el padre de tu bebé, pero...

—Pero eres estéril. Y eres como Tomás.

—¿Tomás?

—El discípulo de Jesús que solo creyó cuando vio. Lo entiendo, Konstantino, necesitas una prueba —respira hondo—. Entonces, ¿qué prueba puedo darte?

—Haré una batería de pruebas para comprobar mi estado —intento cogerle la mano, pero Jessica la aparta—. Y una prueba de paternidad.

—Perfecto. Espero que todo eso te convenza —gira el rostro —. Solo... vete, por favor. No puedo seguir hablando ahora. Y si hay novedades sobre mi abuela, que me lo diga otra persona.

Toma la prueba de embarazo de la cama y la observa como si fuera una prueba irrefutable.

Pero eso solo confirma que está embarazada, no que yo sea el padre.

Y por más que sea el mayor deseo de mi corazón, las probabilidades son casi nulas.

—Me duele que pienses que te engañaría —dice en voz baja, con rabia contenida, antes de que me vaya.

—No teníamos nada serio hasta hace poco —me defiendo.

—Tú has sido mi único hombre, Konstantino —Jessica lo afirma con firmeza.

No hay nada más que discutir. Si seguimos, nos haremos daño.

Solo queda esperar por las pruebas que aclaren todo.

Y entonces sabremos si sus palabras coinciden con la verdad.

Capítulo 24

Kostas Lykaios

La madrugada avanzaba y yo seguía en el hospital, atónito por el estado de María de Lourdes. Me dediqué a estudiar los resultados de los exámenes para ocupar la mente y buscar una solución.

También estaba evitando enfrentar la noticia del embarazo de Jessica. Iba a intentar ignorarlo el mayor tiempo posible, al menos hasta tener respuestas concretas.

Me obligué a concentrarme en los informes médicos de María de Lourdes, me aferré al presente, pero era imposible no ser atormentado por las palabras de Jessica y la imagen de aquella prueba de embarazo positiva.

Me sentía dividido, porque todo mi conocimiento médico estaba en conflicto con lo que sentía mi corazón.

Quería, más que nada en el mundo, ser padre de ese bebé.

Pero veinticinco años de pruebas, tratamientos, decepciones e incluso engaños me habían blindado por dentro.

—Perdona la demora, estaba dando una conferencia en la PUC —Jeon se quita la chaqueta de ante y se pone la bata—. ¿Qué novedades tienes? No me habrías llamado si no fuera urgente.

—Tengo dos.

—Perfecto, dispara —Jeon se da una palmada en el pecho.

Le entrego todos los papeles con el estado de salud de la abuela de Jessica. Jeon se ajusta las gafas y hojea rápidamente los documentos.

—Vale, hay que ponerla urgentemente en lista de espera para un trasplante de hígado —suspira.

—Ya la puse.

—Claro que sí —me lanza una sonrisa de admiración—. La buena noticia es que no es cáncer, pero su hígado está hecho polvo. ¿Qué provocó esto?

—Un cóctel de melatonina, paracetamol, nimesulida, isoniazida, amiodarona y doxepina.

—Casi nada, ¿eh? ¿Antibiótico, inductor del sueño, analgésico, fármaco para el Parkinson...? —Jeon me mira con preocupación.

—¿Quieres saber lo que pienso? —Cruzo las piernas.

—Tus diagnósticos suelen tener un 99 % de acierto —asiente.

—La diagnosticaron con Alzheimer, la medicaron, no funcionó. Decidieron doparla y añadieron medicación para el Parkinson. Y entonces los síntomas desaparecieron.

—Y destruyeron su hígado.

—Quizá por eso dejó de hablar y apenas recuerda cosas. La hepatitis medicamentosa deteriora la función cognitiva —vuelvo a revisar los papeles por enésima vez.

—Lavado gástrico, suspensión total de los fármacos hasta que llegue el nuevo hígado y buscar un tratamiento para el Parkinson que no le dañe... ¿Cannabis? —sugiere Jeon.

—Ya lo anoté —le paso el portátil para que vea que llegué a las mismas conclusiones.

—Perfecto. No entiendo por qué me necesitas si ya tienes todas las respuestas —bosteza y se estira—. Ha sido un día largo. Me voy a casa a ver un dorama y...

Lo empujo de vuelta a la silla para que se siente.

Mi mejor amigo me mira con cierta preocupación.

—¿Hay más? —abre los ojos.

—Lo peor viene ahora.

—Y seguro que ya sabes qué hacer también —se recuesta en la silla, estirándose.

—Jessica está embarazada —digo sin rodeos.

—¿Qué? —se lanza hacia delante de golpe, casi cayéndose.

—Embarazada. Has oído bien.

Jeon se queda paralizado, como me quedé yo horas antes. Primero niega con la cabeza, incapaz de procesarlo.

—Mierda —es lo único que dice después.

—Día movido, ¿eh? —Voy hasta el minibar de mi dormitorio, saco una bebida energética y bebo casi toda.

—Tienes que llamar al departamento de fertilidad del hospital.

—¿A estas horas?

—Eres el dueño de este sitio, te atenderán a cualquier hora —Jeon se pone a andar en círculos por la sala y al final me pone una

mano en el hombro—. Puede que tu diagnóstico haya cambiado, Kostas.

—¿Y si no ha cambiado?

—Nunca te he visto sentir algo tan fuerte por una mujer como por ella... —apoya la otra mano en mi hombro—. Todo ha sido tan rápido e intenso que pensé que habías vuelto a la adolescencia.

—Yo también.

—¿Ella se hizo la prueba de embarazo?

—Sí. La acompañé.

—Mierda —Jeon se pasa las manos por la cara y maldice varias cosas en coreano—. Entonces solo quedan dos pasos...

—Verificar mi diagnóstico y hacer una prueba de paternidad.

—Exacto —asiente—. ¿Tiene ya doce semanas?

—No lo sé, tío. Y en todas las veces que lo hicimos… usamos preservativo.

—Todas las probabilidades en contra, ¿eh? Parece que el destino quiere gastarte una broma.

—No creo en el destino, Jeon —gruño—. Somos hombres adultos, médicos, hemos pasado más de media vida en la universidad o el hospital. ¿Y ahora esperas que crea en... astrología?

—Yo sí creo —Jeon cruza los brazos—. Cuando hay una predicción buena, me la creo. Cuando es mala, dejo de creer.

—La ciencia tiene un nombre para eso —me burlo.

—La ciencia tiene un nombre para todo, y aun así, la vida sigue sorprendiéndonos —saca el móvil, marca un número y me lo entrega—. Toma.

—¿Qué es esto?

—Llama.

Resoplo en silencio y tardo unos minutos en pulsar el botón de llamada. No pasa mucho hasta que contestan.

—Clínica de Fertilidad del Hospital Mater Dei, habla Karina, ¿en qué puedo ayudarle?

—Karina, buenas noches. Habla Kostas Lykaios.

—Buenas noches, doctor. ¿Cómo puedo asistirle?

—¿Hay algún médico de guardia esta noche?

—Siempre, doctor. Ya sabe que trabajamos las 24 horas.

—Necesito programar unos exámenes. Quisiera hacerlos de inmediato.

—Estamos a su disposición, doctor. Pero los resultados deben enviarse al laboratorio y estarán listos en tres días.

—No hay problema. Cuanto antes los hagamos, mejor...

—Estamos aquí para lo que necesite, ¿algo más en lo que pueda ayudarle?

—No, Karina, gracias —cuelgo y le devuelvo el móvil a Jeon—. ¿Contento?

—Solo estaré contento cuando tengamos una respuesta —me lanza una mirada comprensiva—. Siento mucho que estés pasando por esto...

—No más que yo.

Jeon sabe que en mi primer matrimonio, mi esposa quedó embarazada de mi primo e intentó engañarme.

Más allá del dolor de descubrir mi condición, tuve que lidiar con la idea de que la persona que más amaba intentó aprovecharse de mí.

Eso me persiguió durante años y nunca me permitió confiar por completo en alguien. Hasta ahora.

Jessica consiguió en poco tiempo lo que Irina y yo nunca logramos en cinco años de idas y venidas.

—No estás solo —Jeon me sujeta el brazo—. Ya no eres joven ni ingenuo. Nadie va a aprovecharse de ti. Y estaré a tu lado, ¿vale?

—¿Hablas como mi médico o como empleado de mi hospital? —le lanzo una mirada fría.

—Como tu mejor amigo —me da unas palmadas en la espalda —. Vamos, María de Lourdes solo puede esperar en la lista de trasplante.

Aunque estaba asustado, con el corazón herido y temiendo otro resultado negativo, no dejaba de pensar en Jessica.

Me dolía haberla herido con mis dudas y palabras duras. Iba a arreglar eso, pero primero necesitaba pensar en mí y tener respuestas concretas.

Necesitaba saber si lo imposible se había vuelto posible.

Si, contra todo pronóstico, yo podía ser padre.

Jessica Navarro

En aquel cubículo, rodeada de cortinas, me sentí tan asustada y sola que el único pensamiento que me vino a la mente fue el deseo de que mi madre viniera a buscarme.

La impotencia no me permitía ponerme en pie, y la sensación de que mi mundo se estaba derrumbando otra vez me hizo llorar en silencio, con la almohada sobre la cara, para no llamar la atención de nadie.

Jessy Navarro:

Mamá, si estás despierta, ¿puedes llamarme, por favor?

Intento distraerme viendo memes por internet y algunos vídeos en Instagram, pero la verdad es que no puedo concentrarme en nada.

Descubrir que estoy embarazada en este momento de mi vida, justo cuando necesito cuidar de mi abuela, es desesperante.

Y la situación empeora solo por el hecho de que Kostas no va a confiar en mí a menos que tenga una prueba irrefutable.

Sé que es suyo, porque fue con él que perdí mi virginidad y ningún otro hombre me ha tocado.

Pero... ¿cómo hacer que lo crea?

Doy un pequeño salto cuando el móvil empieza a vibrar. En la pantalla aparece una llamada de mi madre.

Contesto de inmediato e intento forzar la voz para que no suene quebrada.

—Hola...

—¿Hola? Son las dos de la madrugada, Jessica. ¿Qué ha pasado? —Puedo oírla revolviendo toda la cocina, de lo nerviosa que está.

—Nada...

—¿Nada? Ah, no. Ahora hablas...

—Perdón, mamá. No quería despertarte —sollozo.

—¿Y qué madre duerme tranquila cuando su hija no está en casa? —suspira—. No duermo bien desde hace meses, esperando

una llamada como esta. Por Dios, Jessica, habla ya antes de que me dé algo.

—Bueno, es que... —trago saliva.

"Estoy embarazada" no consigue salir de mi boca, de ninguna manera.

Busco otra forma de decirlo, pero tampoco la encuentro.

Y la respiración impaciente de mi madre es una alerta: si no hablo pronto, va a coger el primer avión y venir con una chancla en la mano.

—Lulu se puso muy mal. Por suerte estaba en el hospital... —cierro los ojos.

—Ay, Dios mío... —escucho cómo arrastra una silla.

—¿Qué estás haciendo?

—Lavando los platos sentada, porque ahora me ha entrado la ansiedad y tengo que prevenir un posible desmayo.

—Está fuera de peligro, pero probablemente necesitará un trasplante de hígado.

—¿Hígado? —se nota que no lo entiende del todo.

—Sí, mamá, hubo otras complicaciones. Necesito que confíes en mí y que lo que te voy a contar no salga de aquí, ¿vale?

—Jessica, ¡habla ya, por favor!

—Los medicamentos que la tía Silvana me estaba dando no eran los que la abuela debía tomar. El médico aquí lo puede explicar mejor.

—¡Voy a matar a Silvana! —mi madre explota.

—El médico dijo que incluso había un antibiótico entre ellos. En fin, todo eso sobrecargó el hígado de la abuela, nadie se dio cuenta, y hoy se puso muy mal.

—Voy para ahí mañana mismo —decide.

Es todo lo que quiero, porque necesito su abrazo para consolarme. Pero también me da miedo su reacción.

Aún no se nota en mi cuerpo que estoy embarazada, pero las madres tienen el don de descubrirlo todo, no importa cuánto intentemos ocultarlo.

—Está en la lista de trasplante de hígado ahora. Yo autoricé todo. ¿Hice mal?

—No, hiciste bien. Pero tu tía se va a enterar cuando llegue. —Escucho cómo caen vasos y platos en el fregadero—. ¿Algo más? Parece que te estás guardando algo.

—No, mamá, solo eso.

—¿Segura, Jessica? —resopla.

—Segura. Puedes venir. Pero ya quiero avisarte que...

—¿Qué pasa, hija?

—No voy a volver a casa, mamá. Lo siento.

Un breve silencio se extiende entre nosotras, y me parece que dura horas.

—Está bien, Jessica —respira profundamente—. Hablé con el pastor Ángel estos días y me dio unos consejos.

—¿Qué consejos? —abro mucho los ojos.

—Que a veces, para que los hijos crezcan, tienen que alejarse de las alas de los padres. Y cuanto más los presionamos, más ganas tienen de huir. Así que está bien. Ahora tienes la casa de la abuela, un trabajo, estás cuidando de todo... Tu padre y yo vamos a confiar en ti.

—Gracias —murmuro, conteniendo las lágrimas.

Me siento fatal por saber que todo se está desmoronando.

—Voy a volver al trabajo, ¿vale?

—Vale, hija. Que Dios te bendiga y te proteja.

—Amén —cuelgo.

Un sabor amargo se queda en mi boca. Odio mentir u ocultarle cosas a mi madre. Pero al menos sé que tengo su apoyo para enfrentar a mi tía.

Cuando el suero está por terminarse, Socorro, la jefa de enfermería, aparece y finaliza el proceso sin mirarme a los ojos.

—Estoy lista para volver al trabajo —digo.

Me trata con indiferencia y ni siquiera responde.

Me levanto, más lenta de lo habitual, y me dirijo a la recepción para ver qué necesitan de mí en este momento.

Me parezco mucho a mi madre en eso... Si me quedo quieta, me vuelvo loca.

Capítulo 25

Jessica Navarro

Cuando mi madre llegó a São Paulo y la vi al día siguiente, no pude hacer otra cosa más que abrazarla y llorar desconsoladamente.

—¿Qué pasa, hija? ¿Qué ha ocurrido? —insistía en saber.

Pero no conseguía formular una frase entera, así que solo le dije que estaba así por culpa de mi abuela, y no preguntó más.

Llamó a mi tía Silvana, que había desaparecido del mapa, y fuimos temprano al Mater Dei para comprobar el estado de mi abuela, que estaba ingresada en una habitación privada en una zona del hospital reservada solo para celebridades.

Me siento en la cama, al lado de mi abuela, le agarro la mano arrugada mientras mi madre discute con los médicos el plan de tratamiento.

Me pierdo en mis pensamientos sobre todo lo que ha pasado últimamente, y mi mente se va muy lejos.

—Jessica, ¿segura que estás bien? —mi madre me toca el hombro—. Te noto muy distraída.

—Sí, mamá. Solo estoy preocupada por Lulu. ¿Crees que podrá soportar una cirugía a esta edad?

—Eso es lo que quiero saber —cruza los brazos—. Dijeron que iban a llamar al jefe de cirugía para hablar conmigo.

Ni siquiera presto atención a lo que dice.

En el fondo, mi preocupación va mucho más allá del estado de salud de mi abuela.

El embarazo inesperado domina todos mis pensamientos. ¿Cómo se lo voy a contar a mi madre? ¿Cómo voy a trabajar estando embarazada? ¿Cómo voy a sobrevivir en São Paulo con una anciana y un bebé a mi cargo?

Algo en mi corazón me dice que no debo temer por Lulu. Siento que anoche ocurrió un milagro y, por más terrible que fuera ese momento, sirvió para descubrir que la estaban envenenando.

Estoy tan sumida en mis pensamientos que apenas noto cuando Kostas entra en la habitación.

Se acerca, con una expresión seria y profesional, pero sus ojos flaquean al encontrarse con los míos. Veo en ellos, además de una preocupación genuina, lo herido que está por toda esta situación.

—¿Han recibido actualizaciones de los médicos? —pregunta, con las manos cruzadas a la espalda.

—Sí, está estable, por ahora —responde mi madre, mientras observa a Kostas con una mirada entre curiosa y desconfiada.

Kostas me mira con tanta intensidad que me olvido de todo lo que hay a nuestro alrededor.

—¿Y tú? ¿Cómo te sientes? —me pregunta.

Paso la mano por la cintura y luego la dejo descansar sobre mi vientre, gestos inconscientes que ni siquiera noto al principio.

Antes de que pueda contestar, mi madre interrumpe:

—Perdone, ¿quién es usted?

—Konstantino Lykaios, señora Navarro —le tiende la mano—. Soy el director del Centro Quirúrgico y estoy supervisando

personalmente el caso de María de Lourdes. Trabajó conmigo durante muchos años.

Mi madre parece satisfecha con la respuesta, aunque sigue mirándolo con cierto recelo.

—¿Es usted la hermana mayor de Jessica?

Y eso la desmonta por completo. Su semblante severo desaparece al instante.

Se pone roja como un tomate y se aparta un poco, tocándose el pelo.

—Soy su madre.

—Por supuesto que sí. Son idénticas —dice, con esa sonrisa de pícaro que solo él sabe hacer—. Bueno, hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos, y le aseguro que está recibiendo el mejor tratamiento posible.

—Doctor Lykaios, no tenemos cómo pagar esto...

—Lo cubrirá el hospital —asegura—. Ella es un tesoro para esta institución. No permitiríamos que fuera tratada en otro lugar. ¿Sabía que tiene un seguro médico con nosotros?

—No —mi madre me mira, sorprendida—. La verdad es que no.

—La tía Silvana ocultó eso a todos. Eso y otras cosas más... —respiro hondo.

—No me hables de tu tía... ¡la tengo atravesada! —se da un golpe en la frente—. Hablando de ella, vamos a ver si ahora contesta... —saca el móvil del bolsillo y sale de la habitación.

Kostas se acerca, lo cual me pone aún más nerviosa.

—Me he hecho un nuevo análisis para comprobar mi fertilidad, los resultados estarán listos esta noche —comenta, como si hablara de algo trivial—. ¿De cuánto tiempo estás?

—No lo sé, Kostas.

—¿Hace 12 semanas que nos conocimos? —alza una ceja.

—Casi eso... —miro por detrás de él, temiendo que mi madre entre y escuche todo—. ¿Podemos hablar de esto en otro momento?

—Vale —mira hacia atrás—. Pide cita con una ginecóloga y obstetra.

—No puedo pensar en nada más que no sea mi abuela ahora mismo —intento ser amable, pero mis palabras suenan secas.

—Yo cuidaré de ella. Está en la lista de espera para el trasplante, con prioridad. En un máximo de 7 días, se hará la cirugía...

—¿Crees que podrá soportarla? —contengo el llanto solo de pensar en perderla.

—Es más arriesgado no hacer la cirugía. Y te prometo que haré lo mejor que pueda —me pone una mano en el hombro.

—Lo sé —acaricio su mano por encima.

Siento una descarga eléctrica recorrer mi cuerpo solo con su toque.

Es extraño cómo, a pesar de toda la confusión y el dolor, su presencia sigue dándome una especie de consuelo. Como si, pese a todo, existiera un vínculo mayor, poderoso e invisible que nos une.

Lo miro a los ojos, buscando respuestas a todas las preguntas que me rondan la mente.

Siento ese magnetismo que hay entre nosotros, un tirón sutil que me atrae cada vez más. Mi mente apenas puede procesar tantas emociones —incertidumbre, miedo, y una pequeña esperanza de

que descubra la verdad y vuelva a ser el hombre del que me enamoré y al que me entregué.

Sin embargo, la realidad en la que estamos me obliga a dar un paso atrás.

Deslizo la mano suavemente para apartarla de la suya y me alejo un poco, creando una distancia física que refleja lo que siento por dentro.

—Pediré la cita —digo, intentando que mi voz suene firme—. Gracias por lo que estás haciendo por mi abuela.

Kostas asiente. Estamos tan conectados que entiende mi necesidad de espacio. Se aleja, con un gesto afirmativo, y sale de la habitación.

Sola, con mis pensamientos, siento una mezcla de ansiedad y miedo.

Vuelvo a tomar la mano de Lulu, cierro los ojos y rezo, para que Dios interceda por mí, cuide de mi abuela... y revele la verdad.



Más tarde, bajo a la sala de vestuarios y me pongo el pijama hospitalario. Cuando estoy saliendo del lugar, choco con una mujer pelirroja que reconozco al instante como la ex de Kostas.

Frunzo los labios en una sonrisa discreta para saludarla y sigo mi camino. Ella, sin embargo, parece seguirme; oigo el taconeo de sus zapatos detrás de mí.

—¿Jessica? —me llama.

—Hola, señora Carrasco. ¿Todo bien?

—¿Has estado llorando? —me sujeta del brazo—. ¿Ha pasado algo?

—Muchas cosas... —suspiro y me paso los dedos por las esquinas de los ojos para borrar cualquier rastro de lágrimas.

—Ven aquí, no quiero verte así —me lleva de vuelta a la sala de vestuarios, me hace sentar en una silla y saca un neceser del bolso.

Saca varios productos de belleza de ahí: agua micelar, algodón, primer, base, pintalabios y una paleta de sombras.

Empieza a limpiarme el rostro mientras habla:

—Nunca muestres que estás tan vulnerable —actúa con suavidad, y su tono es de preocupación sincera—. Tienes que parecer fuerte, siempre.

—Pero es tan difícil... —trago saliva, conteniendo el llanto.

—Lo sé, querida. A veces parece que la vida nos exige más de lo que podemos dar... pero no dejes que los demás te vean así —empieza a aplicar el primer en mi piel—. ¿Qué ha pasado?

Le cuento sobre el estado de salud de mi abuela.

Irina me conmueve al contarme su propia historia:

—Perdí a mi padre hace diez años. La leucemia pudo con él, y eso me destrozó. Mis hermanos son unos vagos que solo saben gastar dinero; yo tuve que asumir el control de la empresa, mantener a la familia... mi madre aún no se ha recuperado.

—Lo siento mucho.

—Lo que quiero decir es que... a veces, cuando pareces fuerte, das fuerza a los que te rodean, ¿entiendes?

—Sí. Lo sé bien. Mi abuela era esa persona.

—Entonces no quiero verte por ahí como si hubieras perdido el mundo. Levanta la cabeza, ponte un pintalabios bonito y sigue

con confianza —saca un espejito de mano y me muestra el resultado.

Mis ojeras han desaparecido, mi mirada se ve más viva, incluso me siento mejor al ver mi reflejo.

—¿Qué te parece?

—Está perfecto. Gracias, Irina.

—Nada que agradecer. Ya te lo dije, estoy aquí para ayudarte —acaricia mi hombro—. Quiero ver a Kostas bien y feliz. Y ese día que se reunió toda su familia, quedó claro que tú eres esa persona.

—¿Yo?

—Sí. La persona capaz de sacarlo de ese infierno de trabajo sin descanso y hacerlo volver a casa.

—En realidad, no sé si soy esa persona, Irina...

—Déjate de tonterías, Jessica —me reprende con la mirada—. Sois la pareja perfecta y voy a hacer que eso funcione, ¡aunque tenga que obligaros! —se ríe—. Todavía tengo pesadillas con su familia queriendo que me quedara embarazada... ¡prefiero la muerte! —pone los ojos en blanco.

Muerdo el labio inferior y me pregunto si debería decirle la verdad.

Siento que Irina, más que nadie, puede entenderme.

—¿Y si me quedo embarazada y él no me cree? —trago saliva.

—Si hacéis el tratamiento juntos, no tendrá motivo para dudar —sonríe, intentando darme ánimo.

—¿Y si ocurre antes del tratamiento?

—Bueno... ya sabes que Kostas es del tipo de hombre que solo cree cuando lo ve, ¿no? Así que una prueba de embarazo ya sería un buen comienzo.

—¿Y si no basta?

Mi mirada, llena de desesperación, deja claro que hay algo más, y parece que Irina lo capta al instante.

—¿Por qué desconfiaría, Jessica? Eres nueva en la ciudad, ¿no? Vienes de Minas, no conoces a nadie, solo estás con él...

—Exacto. Perdí la virginidad con él —confieso—. Ni siquiera con mi ex, con quien estuve desde la adolescencia, llegué más allá de unos besos o caricias...

—Kostas es un hombre maduro y experimentado, algo terco, sí, pero tiene un buen corazón —me toma de las manos—. Tener un hijo es el mayor sueño de su vida, Jessica. Si puedes cumplir ese deseo, él te va a adorar, te va a tratar como una reina.

No es lo que está pasando.

Y eso me desorienta, porque siento que no lo conozco tanto como pensaba.

—Tengo que irme, tengo una reunión con el consejo del hospital. Llevamos años intentando una fusión... —se masajea la frente—, pero parece que estoy perdiendo esta batalla.

—Todo saldrá bien, eres increíble —miro la hora en el móvil—. Y yo también tengo que volver al trabajo, antes de que me despidan.

—No te van a despedir, Kostas no lo permitirá —ríe—. Y no quiero volver a verte llorando, ¿me oyes?

—Lo prometo.

—Buen trabajo, Jessica. Si necesitas algo, solo tienes que llamarme —me entrega una tarjeta.

—Gracias, Irina. Y mucha suerte.

Capítulo 26

Kostas Lykaios

Recibí el sobre sellado con los resultados de mis pruebas de manos de mi médico al final de la noche y decidí no abrirlo hasta encontrarme con Jessica.

Tuve que enfrentar dos cirugías de alto riesgo aquella madrugada, y fue la primera vez en mi vida que necesité apartarme, dejar que otro médico terminara por mí, porque no lograba concentrarme.

Al salir del quirófano, encontré a Jessica apurada por el pasillo.

Mi corazón pesó en el pecho, los latidos se volvieron intensos.

—Termina lo que estés haciendo y ven a mi despacho —le indico.

—Sí, doctor —se sobresalta al oír mi voz.

Desaparece por el pasillo, y yo me dirijo a la oficina que tengo en urgencias. Empiezo a caminar de un lado a otro, consumido por la ansiedad, y solo me detengo cuando escucho los golpes en la puerta.

—Adelante.

Jessica se quita la cofia y la guarda en el bolsillo del pijama hospitalario. Le señalo que se siente, y lo hace sin cuestionar.

—¿Es sobre mi abuela? ¿Cuándo recibirá el trasplante?

—Conseguimos colocarla como prioridad, pero hay dos personas por delante —informo—. Serás la primera en saberlo cuando llegue el momento de la cirugía.

—Vale —suspira aliviada—. ¿Está estable?

—Sí, lo está.

Tomo el sobre de la mesa y se lo entrego.

—¿Qué es esto, Kostas? —me mira con desconfianza.

—Mi análisis.

Meto las manos en los bolsillos para que no note que me tiemblan, reflejo del caos interno en el que me encuentro.

Cuando ella duda en abrir el sobre lacrado, cierro los ojos y ni siquiera sé qué pedirle a Dios, si es que existe. Tengo miedo del resultado, sea cual sea.

Sus ojos permanecen fijos en los míos, cargados de expectativa y temor. No es difícil leer sus emociones; se siente vulnerable y expuesta.

—Está lleno de términos médicos... necesitaré ayuda para entenderlo —murmura.

Me siento frente a ella, observando cómo revisa el informe.

El silencio es ensordecedor, solo el crujido del papel rompe la quietud de la sala.

Jessica baja la cabeza antes de decirme nada. Respira tan profundamente que parece suplicar por su vida. Me extiende el informe con una mano temblorosa.

Ojalá pudiera quedarme en la duda para siempre.

Ojalá pudiera volver atrás unos segundos, antes de leer el resultado y confirmar que mis sospechas eran ciertas.

—Sigo siendo infértil, Jessica —las palabras salen ahogadas por el dolor y la incredulidad.

Veo cómo el desespero se forma en su rostro y quisiera abrazarla. Pero el dolor en mi pecho se mezcla con la rabia y la traición, y me quedo paralizado, viendo cómo mi peor trauma vuelve a tomar el control.

Mi sueño de ser padre se desvanece una vez más.

Y de todas las mujeres que conocí en la vida, Jessica sería la indicada, la mujer perfecta para construir ese lazo.

—Eso... eso no puede ser... —Jessica niega con la cabeza—. ¿Eso significa que...?

El peso de la insinuación queda flotando en el aire, asfixiante.

—Que no soy el padre —digo, forzándome a ponerlo en voz alta.

Parece que el lazo entre nosotros se ha roto por completo.

Un silencio absoluto se instala entre nosotros.

Jessica mira sus manos temblorosas, intenta procesarlo todo, y veo cómo se le llenan los ojos de lágrimas.

Inmediatamente siento los míos arder, y me paso el dorso de la mano por el rostro para borrar cualquier rastro.

—Kostas, yo era virgen cuando te conocí. Tú has sido el único hombre —intenta explicarse, pero las palabras pierden fuerza a medida que las pronuncia.

—¿Estás diciendo que la ciencia está equivocada? —le señalo los papeles.

—Estoy diciendo que puede haber otra explicación.

—Confié en ti, creí en nosotros. Pero ahora, Jessica... creo que esto se ha acabado.

Sentir esa desilusión recorrer mis venas es como ser consumido desde dentro. Desesperación, rabia, falta de aire... y el terror de estar, otra vez, ante una farsante.

—Quiero una prueba de paternidad —exige.

—¿Y qué harás cuando confirme que no soy el padre? —cruzo los brazos.

—Eso es imposible, Kostas. ¡No puede ser de otro hombre! —se altera.

—Modera el tono al dirigirte a mí —le digo con seriedad—. ¿Quieres una prueba? La tendrás. Pero cuando el resultado sea

negativo, no quiero que me vuelvas a hablar, Jessica. Esto se acabó. Esto fue un error.

—¡No tiene sentido! —golpea la mesa—. ¿No ves lo absurdo que es? ¡No hay otra respuesta, Kostas!

—Incluso usamos preservativo... —me paso las manos por el pelo—. Todas las probabilidades están en contra de tu teoría.

—¡Y aun así puede pasar! —se levanta, enfadada—. ¡Una mujer puede quedarse embarazada incluso usando protección!

—Sí, pero...

—¿Y nunca en la historia ha habido un hombre infértil que haya dejado embarazada a una mujer?

Eso me deja sin palabras.

Toda regla tiene su excepción, pero esto roza lo ridículo.

—¿Dónde nos perdimos, Jessica? —pregunto, con la voz rota —. ¿Dónde?

—¿Qué quieres decir?

—¿Ni siquiera esperaste a que fuéramos algo serio y ya estabas intentando aprovecharte de mí?

Tomo los papeles de la mesa y los arrugo en el bolsillo. Ella intenta acercarse, pero levanto la mano, exigiendo distancia.

—Necesito tiempo para procesar todo esto —la emoción me asfixia, mi voz se quiebra.

—¿Kostas? ¿Vas a dejarme aquí hablando sola? —me sigue cuando salgo por la puerta.

No respondo.

Dejo a Jessica atrás y me dirijo a mi dormitorio.

Solo me permito sentir todo el dolor, la rabia y la desilusión cuando estoy solo. Se mezclan dentro de mí y me consumen.

Me apoyo en la pared, cierro los ojos e intento controlar la respiración.

En silencio, siento las lágrimas calientes correr por mi rostro, algo que no me pasaba desde hacía años.

Pensar que Jessica está embarazada de otro hombre es como una puñalada en el corazón. Y la idea de perderla, de no ser el padre de su hijo, es insoportable.

Pero también lo es la idea de haber sido engañado y traicionado, sobre todo por alguien que me hizo bajar la guardia y

atreverme a amar otra vez.

Capítulo 27

Jessica Navarro

Mi madre pasó toda la noche junto a mi abuela.

Cuando terminé mi turno, fui a la habitación para ver cómo estaban y me sentí feliz al ver que ambas descansaban, una sujetando la mano de la otra.

Cierro las cortinas antes de que la luz del sol bañe la habitación, me siento en el sillón del otro lado del cuarto y me pierdo en mis propios pensamientos, intentando digerir todo lo que está ocurriendo, hasta que mi madre se despierta.

—¡Buenos días! —bosteza y se estira, comprobando el estado de mi abuela.

—Buenos días, mamá —sonrío—. ¿Has dormido bien?

—¡De maravilla! Jessica, no te lo vas a creer...

—¿Qué pasa?

—Ayer... dijo mi nombre —me mira con asombro, como si fuera algo imposible—. ¡Se acordó de mí!

—¿En serio, mamá? —salto del sillón y me acerco.

—Sí. Aún necesita los aparatos y está muy débil, pero solo con que se haya acordado de mí... —sus ojos brillan.

—Lo sé, mamá. Lo sé —le aprieto la mano.

—¿Vamos a casa? Pareces cansada, necesitas descansar —se levanta, decidida—. Volveré más tarde, mamá. Las enfermeras la cuidarán.

Mi abuela sigue durmiendo. Reviso sus signos vitales en la máquina, y gracias a Dios, está estable.

—Vamos —cojo mi mochila, me pongo la bata al hombro y salimos juntas del hospital.

Durante toda la noche sufrí en silencio.

Seguí trabajando como si nada hubiera pasado, pero la verdad es que me sentía débil.

Y por más dolorosa que fuera la situación, decidí que era mejor contárselo todo a mi madre.

¿Me juzgaría? Por supuesto.

¿Me desheredaría? Probablemente.

Pero por encima de todo, necesitaba apoyo. Y solo ella podría entenderme.

Cogimos el transporte y llegamos a casa una hora después. Durante el trayecto estuve nerviosa por contarle, pero aguanté hasta llegar.

—Voy a preparar el almuerzo y algo para llevar al hospital. Puedes dormir tranquila, yo me encargo de la casa —dice, ya mostrando su energía habitual.

Empieza a ordenar la sala, coloca cada cosa en su lugar, y solo se detiene al notar que no fui al baño.

—¿Ha pasado algo?

—Sí, mamá —trago saliva.

—Entonces dime, hija, no me dejes en ascuas —lleva la mano al pecho.

Mi voz sale temblorosa, y eso despierta toda su preocupación.

—Es algo importante. Pero quiero que me escuches sin juzgarme, porque estoy agotada, mamá...

—Habla, hija —se sienta, abraza un cojín y me mira con aprensión.

No sé cómo empezar esta conversación.

Es difícil en muchos niveles, y no estoy preparada, pero lo necesito.

Cuando intento ensayar una frase, me bloqueo. Así que respiro hondo, me siento en el otro sofá y lo suelto de golpe:

—Estoy embarazada.

Ella se queda paralizada.

Su expresión cambia rápidamente de sorpresa a una mezcla de preocupación e incredulidad.

—¿Embarazada? —parpadea rápido y aprieta el cojín contra su pecho—. ¿Cómo es eso, Jessica?

—Pasó —me encojo de hombros—. Y mira que tomé precauciones...

—¿Antes del matrimonio, hija? —frunce el ceño.

Me sorprende que eso sea lo primero que le preocupa.

—¿Quién es el padre? ¿Es Eric, verdad? Tu padre y yo vamos a hablar con su familia... —respira hondo.

—No —trago saliva—. Es Kostas.

—¿Kostas? —alza una ceja—. ¿Quién es ese?

—El médico que está tratando a la abuela.

Veo en su rostro cómo se multiplican las dudas. Está tan desconcertada que no se mueve durante un minuto entero mientras me observa.

—¿Mamá?

—Estoy en shock —responde.

La conozco lo suficiente como para leer lo que piensa: "te lo advertí, tenías que guardarte para el hombre adecuado, sabía que esto pasaría, no te volveré a dejar salir de casa…"

Al final, suelta el cojín y se levanta, se sienta a mi lado.

Sigue mirándome como si su cerebro no pudiera procesar esa información a la velocidad que mi corazón necesita un consuelo.

—Ay, hija mía... —me abraza con fuerza, apoya mi cabeza en su hombro y me envuelve con sus brazos.

Puedo sentir su corazón latiendo fuerte contra el mío.

—No quiero perderte —es lo único que logra decir mientras besa mi frente.

—¿Perderme?

—Es tan difícil verte crecer, Jessica... Quisiera que siguieras siendo mi niña, para protegerte, cuidarte... —su voz se quiebra—. Y ahora... mi bebé está embarazada...

Contengo el llanto y le devuelvo el abrazo con lo que me queda de fuerza.
Nos quedamos en silencio unos minutos.

—Tu padre se va a poner como una fiera.

—Lo sé.

—Y serás el tema de conversación en el pueblo durante meses...

—Ni me lo recuerdes —cierro los ojos.

—Pero estaré a tu lado, pase lo que pase.

Toda la paz perdida, mi mundo desmoronado y esa sensación de impotencia se disuelven por un momento con ese calor que me reconforta.

Oír eso de mi madre —ella, que siempre espero que reaccione con severidad— ilumina mi día.

—Y tu padre exigirá que te cases con ese médico... —murmura.

—Kostas cree que no es el padre —le digo.

—¿Cómo? —me mira extrañada.

—Es estéril, mamá. Se hizo la prueba y me demostró que no puede tener hijos.

—Cambiará de opinión cuando se haga una prueba de paternidad —asiente—. Vamos a encargarnos de eso.

La angustia vuelve a pesar en mi corazón.

—No quiero volver a Poços de Caldas —confieso.

—¿Y quién va a cuidarte estando embarazada en São Paulo, Jessica? Y encima con una anciana recién operada...

—Encontraré una manera.

—No seas terca, hija. Vuelve conmigo a casa, por favor —me aprieta la mano—. No quiero que sufras aquí sola...

Ese siempre ha sido mi mayor miedo: estar sola.

Y cuando ese pensamiento cruza mi mente, el terror de la impotencia hace que me tiemblen las piernas.

—No voy a estar sola, tengo a la abuela y a usted —le aprieto la mano—. ¿Puedo contar con su apoyo?

No tarda ni un segundo en responder.

—Siempre —es lo que dice.

Kostas Lykaios

Tuve un pésimo día de sueño y lo único que parecía capaz de repararlo era el trabajo.

Salí temprano de casa y me dirigí al edificio administrativo del Mater Dei. Me actualicé sobre el proceso legal que el hospital había iniciado contra la tía de Jessica, revisé la lista de espera para el

trasplante de hígado y me alegré al saber que el primero en la lista ya había recibido luz verde para la cirugía.

Por casualidad, me encontré con mi abuelo en el camino hacia la sala de reuniones, y aproveché para ver cómo estaba.

—Mira quién ha decidido aparecer, el señor Lykaios —le provoco.

Cuando se gira hacia mí, contengo la respiración.

Parece que ha envejecido varios años desde la última vez que lo vi. Eso despierta en mí una urgencia por profundizar en su caso.

—Kostas —me saluda con voz débil, y me hace señas para que lo acompañe.

Vamos a la sala presidencial, donde solo parece descansar cuando se sienta en su sillón y cierra los ojos.

—¿Dónde ha estado estas últimas semanas, abuelito?

—En diálisis. —Se ríe, como si fuera una broma. —Y me han dicho que ya no es un secreto...

—No, ya no lo es —gruño.

—Y también visitando viejos amigos, para despedirme...

—No diga tonterías —lo reprendo—. ¿Cuándo piensa operarse del cáncer de colon? —Saco el móvil y consulto la agenda—. Tengo espacio libre en diez días...

—No voy a hacerlo. —Su voz, aunque baja, me corta como un cuchillo.

Dejo el móvil sobre la mesa, me desabrocho el botón del traje y me siento frente a él.

—¿Cómo que "no va"?

—No voy —responde, como un niño caprichoso.

—Esta familia lo necesita, abuelo —le digo con el corazón en la mano.

—Esta familia necesita sangre nueva. —Sonríe como un crío travieso—. Yo ya hice todo lo que tenía que hacer...

—Y ahora debería disfrutarlo, mientras yo administro la empresa.

—Nunca fui un hombre de descansar —me mira como si lo hubiera ofendido.

Respiro hondo para mantener la calma y no caer en sus provocaciones.

—¿Cuándo lo descubrió?

—¿El cáncer o el fallo renal? —replica.

—Ambos —gruño.

—El fallo renal hace dos años. El cáncer... recientemente.

—Sus revisiones están bastante atrasadas, ¿eh? —provoco—. Quiero un chequeo completo. Voy a llamar a Lucía Rossato, la mejor especialista en...

—Tonterías —agita la mano, como si todo eso no importara.

—¿Tonterías? —repito su tono.

—Tú tienes derecho a no tratar tu infertilidad, ¿y yo no tengo derecho a morir en paz? —me lanza otra provocación, como si fuera un niño malcriado.

—Me hice una nueva prueba hace poco —saco el papel doblado, algo arrugado, y se lo entrego—. No puedo tener hijos.

—Tonterías —dice, y arruga el papel sin ni siquiera mirarlo, lanzándolo a un rincón.

La forma en la que parece que estoy discutiendo con mi reflejo me irrita.

—Somos médicos, Kostas. No vamos por ahí diciendo "ay, ay, me duele la cabeza". Tomamos la medicina. Es muy simple: problema, solución.

—Ah...

—Tu infertilidad se cura con tratamiento.

—Llevo 25 años tratándome y no ha cambiado.

—Pues hazlo otros 25 —ordena.

Parece fácil decirlo, pero no lo es. Involucra expectativas, esperanza, fe... cosas que me desgarraron y perdí hace tiempo.

—Una cirugía resolvería su problema —junto las manos sobre mi regazo—. Si una cirugía resolviera el mío, ya la habría hecho.

—¡Tonterías! —me acusa de nuevo—. Lo que necesito es un milagro, pero tú no sueles creer en ellos, ¿verdad, Kostas? —ríe—. No serías capaz de reconocer uno, ni aunque lo tuvieras delante.

Es la primera vez que estamos de acuerdo en toda esta conversación.

—Socorro ha entregado su carta de dimisión.

Me paralizo. Contengo la respiración y lo miro en silencio, con dolor de cabeza solo de imaginar lo que puede haber dicho.

—Casi le rogué que se quedara, pero Mauricio consiguió convencerla.

Cuando menciona al marido de mi hermana, revuelvo los ojos.

—Estás perdiendo el control de tu equipo, Kostas. Primero llevas a una escort a mi despacho... luego haces alguna barbaridad que incluso la jefa de enfermería quiere marcharse...

—Todo fue un malentendido...

—¿Y cómo piensas dirigir un hospital con un nombre que defender si no pareces comprometido con nada?

—Estoy comprometido con la medicina —lo dejo claro.

—¿Y puedes salir en las portadas de los periódicos abrazado a la medicina? —me provoca—. ¿Es ella la que te hace sonreír por las mañanas después de una mala noche, Kostas?

Hago un leve gesto negativo con la cabeza.

—La mitad de la familia vive en Grecia. Cuando yo me vaya... tu abuela volverá allí. ¿Vas a quedarte solo, aquí, dirigiendo el

hospital, lejos de todo y todos?

—No debería.

—Exacto —me señala con el dedo—. Si yo hubiera sido un hombre solo, Kostas, jamás habría construido este hospital... me habría gastado el dinero en mujeres, fiestas y copas.

Tose un poco y me mira con desaprobación.

—Cuando me casé con tu abuela, sentí que su vida estaba en mis manos. Y si no iba a ser el hombre que ella necesitaba, habría sido mejor dejarla en casa de sus padres... y cuando nació tu madre, entendí que la vida no se trataba solo de mí.

—¿De qué se trataba la vida, pappoús?

—Esa pregunta solo se responde el día en que tomas a tu hijo en brazos. Tan pequeño, tan frágil, tan inocente... y lo miras. Cualquier palabra para describir eso es una estupidez.

—Qué abstracto.

—No es abstracto, Kostas. No para quien es padre —tose con fuerza—. Y si no te enderezas, Mauricio será el presidente del hospital.

Después de la semana de mierda que he tenido, eso es la última palada de tierra sobre mi tumba.

—Porque él representa el propósito de este lugar. Sabe de qué se trata.

—Lo sabe tanto que quiere recortar servicios para aumentar beneficios —le suelto—. Mientras yo he pasado los últimos años ahí abajo, trabajando. Me lo merezco.

—Te lo mereces. Pero no estás listo —dicta sentencia—. ¿Algo más, Kostas?

Me levanto, entendiendo que es la señal para que me marche.

—Odio parecerme tanto a usted.

—Sí, somos dos cabezotas —sonríe, reconociéndolo—. Y así como nadie consigue ganarte, querido nieto... tú no vas a ganarme a mí. —Hace un gesto con la mano mientras salgo de la sala.

Capítulo 28

Jessica Navarro

El día amaneció cargado de nubes grises, como era habitual en São Paulo.

Antes de reunirme con mi madre en la habitación donde mi abuela estaba ingresada y volver a casa, mi supervisora directa, Socorro, me interceptó en el pasillo.

—A partir de hoy tu turno ha cambiado. —Me entrega una ficha con los nuevos horarios.

—¿Trabajaré por la mañana? —Abro los ojos, sorprendida.

—Da gracias a Dios de que sigues trabajando en este hospital. —Me lanza una mirada fría y se da la vuelta.

—¿Y mis amigas? —La pregunta se escapa más como un pensamiento en voz alta que como una duda real.

Socorro me observa de arriba abajo y niega con la cabeza.

—Si quieres saber la verdad, Socorro, él y yo ya estábamos saliendo antes de que empezara a trabajar aquí, así que no rompí tus normas —intento justificarme.

—Empezaste a trabajar aquí y seguiste con lo mismo, incluso después de mi advertencia. Así que sí, rompiste mis normas. —Hace un gesto con la mano que indica que la conversación ha terminado.

Doblo el papel con los nuevos turnos, entro en la habitación y veo a mi madre ya de pie, preparándose para marcharnos.

—He pedido una cita con la ginecóloga —me informa en cuanto entro.

—¿Cómo dices?

—Es el primer paso para resolver esta situación: confirmar el embarazo y hacer una prueba de paternidad.

—No quiero hacer nada aquí, mamá. —La miro con seriedad.

—Perfecto, porque he pedido hora en una clínica privada, no muy lejos de aquí. —Me toma de la mano y salimos juntas.

Antes de ir a la clínica, paramos en el restaurante del hospital para desayunar.

Para llegar, cruzamos la calle y caminamos tres manzanas.

Mientras estoy sentada en la sala de espera, las emociones dentro de mí empiezan a hervir.

Pienso en Kostas, en los momentos increíbles que vivimos, y luego en sus palabras duras y su mirada cargada de decepción. El recuerdo de su rostro contraído por el dolor me golpea como un puñetazo en el estómago.

—¿Jessica Navarro? —La recepcionista me saca de mis pensamientos—. Acompáñeme, por favor.

Mi madre me toma del brazo y me lanza una mirada llena de confianza.

Entramos en una sala amplia, equipada con todo lo necesario para realizar exámenes. Allí nos recibe una mujer bajita, mayor, con una sonrisa cálida y comprensiva.

—¡Buenos días! Me llamo Sandra y seré tu ginecóloga. —Me estrecha la mano.

—Me llamo Jessica…

—¿Primera vez como mamá?

—Sí.

Le cuento a la doctora Sandra toda mi situación, sin entrar en demasiados detalles. Ella me escucha con atención, sin juzgarme, lo que me da algo de consuelo.

Primero me hace un examen general, luego me guía hasta la camilla para una exploración más detallada y una ecografía.

—Aproximadamente 13 semanas, estás embarazada de gemelos. —Me muestra las diminutas figuras en la pantalla—. A estas alturas ya deberían estar más desarrollados —comenta con preocupación—. ¿Hay antecedentes de problemas en el embarazo en tu familia?

—No —responde mi madre enseguida.

—Este embarazo debe ser vigilado muy de cerca.

Me sonríe con ánimo, me entrega las primeras imágenes de mis bebés y empieza a escribir una receta de vitaminas.

Una ola de emociones me invade, una mezcla de alegría y miedo.

Mi mente no sabe qué pensar sobre esas pequeñas figuras que estoy viendo, pero mi corazón late con una fuerza que jamás había sentido.

—En cuanto a la prueba de paternidad… —comienza—. Podemos hacerla cuando quieras. Es un procedimiento sencillo, de hecho. Solo necesitaremos la colaboración del padre.

—No sé si él va a querer… —Hago un puchero.

—Déjanos su contacto y nosotros lo llamamos. Estamos acostumbrados a estas situaciones.

—Vale. —Escribo el nombre y el número de Kostas y se lo entrego a la doctora—. ¿Algo más?

—Por ahora, no. Cuídate mucho. Y nada de estrés en el trabajo, ¿de acuerdo?

—Eso va a ser difícil. —Río y me despido de ella.

Salgo del consultorio con la cabeza a mil.

Mi madre, notando mi agitación, me pone la mano en el hombro.

—Vamos a resolverlo, hija. Una cosa a la vez.

Llamo a Kostas para avisarle de la prueba, pero no me responde. Le mando algunos mensajes para convencerlo de hacerse el test de paternidad.

Y eso me provoca un nudo en el estómago.

Al llegar a casa, me siento en el sofá y sujeto la imagen de la ecografía como si fuera un talismán.

Unos minutos después, recibo la respuesta de Kostas:

Dr. Lykaios:

Te espero en el Laboratorio Carrasco para hacer la prueba de ADN.

Terminemos con esto de una vez.

Kostas Lykaios

En el silencio de mi despacho, mientras observo la lluvia fina golpeando contra la ventana, los pensamientos turbulentos se apoderan de mi mente.

Y ahora, con el mensaje de Jessica sobre la prueba de paternidad, todo se vuelve aún más caótico.

Siento una mezcla de esperanza y miedo.

La esperanza de que, contra todo pronóstico, esta vez sea la excepción a la regla y yo pueda ser el padre. El miedo de volver a ser víctima de una ilusión, de otra decepción más que, lo sé, me haría aún más cínico, amargado y cerrado al mundo.

—¿Vas a despedirla? —Jeon, que estaba revisando el historial clínico de María de Lourdes, me observa con atención.

—No. —Cruzo los brazos.

—¿Aunque no seas el padre? —Se quita las gafas y se masajea la frente.

—Necesita el trabajo y lo hace bien. —Intento mostrar que esto no me afecta.

—Qué maduro. ¿Noticias del hígado para María de Lourdes?

—Todavía estamos esperando a que el primero en la lista reciba el órgano. Han dicho que la operación podría ser hoy o mañana.

—Estuve estudiando su caso y, de hecho, por la cantidad de medicamentos y el efecto que tuvieron en su organismo, sí podía presentar pérdida de memoria y dificultades cognitivas...

—¿Eso significa que no tiene Alzheimer? —Golpeo la mesa con el bolígrafo.

—Es probable que la hayan confundido con Parkinson y la hayan atiborrado de medicación. —Se estira, con las manos detrás de la cabeza—. Pero esto aquí… esto es envenenamiento. Más aún porque no seguían la receta del médico.

—Y no eran medicamentos manipulados, así que no hay una farmacia detrás de todo esto. —Cruzo los brazos—. La mujer consiguió una receta con los demás medicamentos, los cambió de frasco y se los dio a su propia madre.

—¿No crees que pudo haber sido Jessica? —pregunta Jeon.

—No. Ella me envió las capturas de la conversación con la tía, era ella quien suministraba los fármacos.

—¿Y cómo está esa "querida"?

—Jodida. Los abogados del hospital están moviendo una demanda. Va a tener que vender la casa, el coche, y si hace falta hasta la ropa del cuerpo para resarcir el perjuicio al hospital y a su madre.

—Que Dios me libre… lo que la gente es capaz de hacer por dinero… —Jeon se levanta y me señala el reloj con el dedo índice—. ¿No tenías una prueba esta tarde?

—Sí.

Me levanto y empiezo a caminar de un lado a otro del despacho. A cada paso, recuerdo los momentos que viví con Jessica, la intensidad con la que nos involucramos, la forma en que despertó algo en mí que creía muerto desde hacía mucho tiempo.

Pero ahora, ante la posibilidad de ser padre, todo parece un sueño lejano, casi irreal.

—¿Estás seguro de que quieres venir conmigo? —Le miro mientras se pone su abrigo y toma el paraguas, al ver que estoy saliendo.

—¿Qué sería de ti sin mi presencia para darte apoyo moral? —me provoca.

Al salir del despacho, los pasillos del hospital parecen más silenciosos de lo habitual. Cada paso resuena como un eco de mi propia incertidumbre.

Pienso en mi familia, en el legado que llevo, en la responsabilidad que siempre ha pesado sobre mis hombros.

¿Estoy preparado para enfrentar la verdad, sea cual sea?

Al llegar al laboratorio, la enfermera me recibe con una sonrisa profesional.

—Por aquí, señor Lykaios, por favor. —Me indica el camino.

Entramos en una sala privada donde se realizará el procedimiento. Me siento en la silla y observo el kit de extracción sobre la mesa.

Parece un simple análisis de sangre, pero lleva consigo el peso de toda mi vida, mis esperanzas y mis miedos.

Solo lo hice una vez y el resultado fue una puñalada en el corazón que me hizo ver que la gente es capaz de todo por dinero.

En ese momento, recuerdo cada consulta, cada tratamiento, cada promesa de una solución que nunca llegó.

Cada resultado negativo era como un golpe, un recordatorio cruel de una carencia que no podía superar.

Y eso me transformó.

El joven Konstantino optimista, que creía en la fe y en que la medicina podía curar cualquier mal, se convirtió en un hombre marcado por la desilusión y se volvió metódico.

La infertilidad no era solo una condición, era mi sombra constante, siguiéndome en cada relación, en cada mirada esperanzada de mi familia esperando un heredero, en cada momento en que veía a un padre con su hijo.

Eso me hizo levantar muros, no solo alrededor de mi corazón, sino en torno a toda mi vida.

Decidí entonces usar y descartar a las mujeres, tal como ellas lo hicieron conmigo al descubrir mi debilidad.

Y algo me decía que con Jessica sería distinto…

—No hagas un drama, es solo una aguja, una picadura mínima… —murmura Jeon.

—Cállate, imbécil.

—Tiene miedo a la sangre, no puede verla sin desmayarse —le miente a la enfermera, que suelta una risa—. Es broma, él es el mejor cirujano de esta ciudad.

Mientras Jeon distrae a la enfermera, pienso en Jessica.

Recuerdo su mirada, la sinceridad y la inocencia que siempre vi en ella.

¿Por qué me mentiría?

¿Y si toda nuestra conexión no fue más que una farsa, un juego para ganar tiempo mientras yo bajaba la guardia y ella ejecutaba su plan?

La duda me carcome por dentro, pero una parte de mí, la parte ingenua, se aferra a la posibilidad, aunque sea remota, de que esté diciendo la verdad.

—¿Listo, doctor? —pregunta la enfermera con buen humor.

Asiento y ella extrae la muestra.

Es un proceso rápido, pero que parece durar una eternidad.

Veo cómo la sangre fluye de mis venas y le pido en silencio al destino que la respuesta sea positiva.

No sé cómo voy a afrontar la situación si es negativa, porque esta vez será el veredicto final, no una respuesta neutral como un test de embarazo o mi análisis de infertilidad.

—El resultado estará listo en unos días. Le informaremos por teléfono y por correo electrónico —dice la enfermera y me da el alta.

—¿Quieres que te levante las piernas? —Jeon finge agacharse mientras sigo sentado—. Parece que se te ha bajado la presión...

—No... mi mente solo está... lejos... —Parpadeo lentamente.

Tardo en levantarme, pero cuando lo hago, salgo del lugar con rapidez. La sensación de estar en el limbo me hace sentir impotente y eso me destroza.

—¿Dónde estaba tu mente? —Jeon corre para alcanzarme.

—Siempre está con ella, Jeon. —Miro la lluvia fina y abro el paraguas—. Desde que la conocí, no puedo pensar en otra cosa que no sea ella —me quejo.

Capítulo 29

Kostas Lykaios

Una semana después de la toma de ADN, recibí la llamada telefónica que más había estado esperando.

—Señor Konstantino Lykaios, su prueba está lista. Por favor, venga a recogerla —dice la secretaria en una breve llamada.

Apenas podía respirar mientras esperaba que terminara la reunión del consejo del hospital. Cada segundo se arrastraba, amplificando la angustia que me consumía por dentro.

Me alejé de las cirugías y me centré en la parte administrativa del Mater Dei. Me prometí a mí mismo que solo operaría a María de Lourdes cuando llegara el hígado y que, después de eso, no volvería a entrar en un quirófano.

Me sentía seco por dentro, apenas podía sostener un bisturí con firmeza y mi mente ya no se concentraba como antes.

Estaba viviendo mi peor pesadilla mientras contaba los segundos para obtener el resultado de la prueba, que quería creer que sería una bofetada que me haría ver que estaba equivocado.

Salí de la sala de reuniones una eternidad después y fui lo más rápido posible hasta la clínica, que está a tres manzanas del hospital.

En cuanto llegué y tomé la carpeta sellada, mi corazón latía con tanta fuerza que podía sentirlo retumbar en mis oídos.

No esperé ni un segundo más, rompí el sello, saqué los papeles con las manos temblorosas y vi las palabras saltar ante mí como un golpe brutal.

Negativo.

No era el padre.

Era definitivo y no había a dónde ir ni a qué recurrir.

La verdad, fría e implacable, me golpeó con la fuerza de un tsunami, arrasando con todo en mí. La sensación de tener un corazón seco, duro y frío se intensificó y, por más doloroso que fuera, no logré derramar una sola lágrima.

—Gracias —digo secamente y me despido.

El mundo a mi alrededor parecía girar y las paredes del laboratorio se cerraban como si fueran a tragarme.

Di pasos torpes, me apoyé en las paredes y busqué un lugar donde sentarme, mientras mi visión se nublaba y la presión, disparada, me desconectaba del mundo.

—¿Necesita ayuda, señor? —escucho una voz distante—. ¡Por favor, llamen a un médico!

Hacía mucho que no me sentía tan humillado, engañado y traicionado.

Toda la confianza que deposité en Jessica, incluso el último hilo de esperanza, se derrumbó ante la verdad y la realidad ineludible.

No pude pensar en nada más.

Y tampoco acepté ayuda.

—Soy médico, sé cuidarme. —Aparto a la enfermera que venía a socorrerme y la empujo lejos.

Me levanto, todavía con náuseas y la vista borrosa, y me voy al hospital. A cada paso siento cómo un impulso ciego de odio, rencor y desprecio se apodera de mí.

Al entrar en el área quirúrgica, veo a Jessica en el pasillo, lista para irse a casa.

—¡Jessica! —la llamo, con una voz más dura de lo que pretendía.

Ella se acomoda el bolso en el hombro y me observa, sus ojos llenos de esperanza y miedo.

—¿Recibiste la llamada de que el resultado ya salió? Estoy yendo allí ahora mismo...

Lanzo la carpeta en su dirección y las hojas vuelan por el lugar. Tiene que recoger algunas del suelo y me mira, confundida.

—Ahí tienes la prueba final. No soy el padre —interrumpo cualquier cosa que ella pensara decir—. La prueba dio negativa.

Veo cómo el shock y el dolor se extienden por su rostro, pero ya no me importan sus sentimientos.

Me engañó hasta el último segundo.

—Kostas... —intenta acercarse—. Te lo juro. ¡Lo juro por mi madre, por mi vida, por Dios! —Intenta tocarme, pero me aparto—. El resultado está equivocado.

—¿Entonces ahora toda la ciencia está en tu contra? —me burlo—. ¿Y qué pasó, Jessica? ¿Un milagro? ¿Magia? —me río con sarcasmo, incapaz de contener el veneno en mi voz—. Mierda, he sido tan estúpido... —Me paso la mano por la cara—. Lo sabía.

—¿Sabías qué?

—Que no eres más que una cualquiera como todas las demás: mentirosa, manipuladora y aprovechada.

—¿Cómo me acabas de llamar? —Su voz tiembla, pero se llena de furia.

Deja caer el bolso al suelo y viene hacia mí, dispuesta a enfrentarse.

—¿Cuál es tu maldito problema, Konstantino? —me llama por mi nombre—. ¡Me entregué a ti! ¡Confié, pensé que eras el hombre de mi vida y ahora me llamas mentirosa?

—¡Es lo que eres!

—¡Nunca te mentí ni intenté aprovecharme! Ni siquiera te quería al principio. —Mete los análisis en la carpeta y me los lanza—. ¡Fuiste tú quien intentó conquistarme desde el primer momento!

—¡Y tú te aprovechaste!

Contengo las ganas de romper esos papeles delante de ella, pero los guardo, para tener una prueba en caso de que intente algo.

—¡Siempre fui sincera! —Se pasa las manos por el cabello.

—¿Sincera? —Me río—. Me utilizaste, Jessica. Descubriste mi historia, usaste mi vulnerabilidad, mi esperanza de ser padre. ¿Para qué? ¿Es dinero lo que quieres?

—Quédate con tu dinero.

—Entonces, ¿qué quieres de mí, Jessica? —Elevo el tono de voz—. ¿Por qué no dijiste desde el principio que todo esto era una broma de mal gusto? ¿Por qué seguiste alimentando esta mentira?

—Porque es la verdad. —Llora—. Créeme, Kostas, no lo estoy haciendo con mala intención. ¡No quiero hacerte daño!

Su llanto no me conmueve.

No siento ninguna compasión por su dolor, porque el mío ahora mismo me está desgarrando el pecho.

—¿Hacer daño? —ironizo—. ¡Lo destruiste todo, Jessica! Todo en lo que creía, todo lo que esperaba. ¡Me siento tan vacío ahora que ni siquiera trabajar me llena!

—Kostas... —Me mira, con los ojos llenos de lágrimas y las manos temblorosas—. Te estoy diciendo la verdad. Por favor, créeme.

—¿Y la próxima qué? ¿Vas a pedirme que crea en Papá Noel? ¿En políticos honestos? ¿En estafadoras con principios?

Jessica respira hondo y niega con la cabeza.

—Estaba empezando a quererte... —dice.

Y eso solo alimenta aún más mi rabia.

—¿Empezando a quererme o a querer la idea de ser rica, vivir una vida de lujos y aprovecharte de mi dinero con un embarazo falso? ¡Tú no sabes lo que es el amor, solo eres una cría que no tiene ni idea de lo que quiere!

Ella da un paso atrás, como si mis palabras fueran golpes físicos y hubieran cruzado un límite.

—Nunca confiaste en mí —susurra, con la voz quebrada—. Tal vez nunca llegues a confiar en nadie.

—¿Confiar? —me burlo—. ¿Quieres que confíe en ti más que en un documento? —Agito la carpeta delante de ella.

Ella me observa en silencio por un momento, analizando cada uno de mis gestos.

Ya no me importa quién está mirando o escuchando, porque este es el punto final entre nosotros y no pienso salir de aquí con nada atascado en la garganta.

—No quieres escucharme, solo quieres tener razón. —Se limpia las manos sudadas en los vaqueros.

—Exacto. Es lo único que me queda y lo único que importa. Nada aquí es más importante que tener la verdad y estar en lo cierto. —Le señalo los documentos que tengo en las manos—. Y si intentas alguna tontería, te arruino en los tribunales.

—No hará falta. —Jessica aprieta los labios—. Esos bebés son solo míos, desde ahora.

—Busca al verdadero padre y haz que se haga cargo de ese problema.

Jessica ahora me mira como yo la miro a ella.

Con dolor, con resentimiento, con la sensación de que somos peores que dos desconocidos.

—Fue Mauricio, ¿verdad? Él te mandó a hacer todo este jueguecito conmigo para arruinar mi reputación en el momento más importante de mi vida y quedarse con mi puesto, ¿no? —gruño.

Jessica niega con la cabeza, brevemente.

—Espero que algún día ese corazón tuyo encuentre la cura para todo ese dolor que llevas dentro. —Traga saliva—. Pero estás tan perdido en tu paranoia y en tu propia amargura que eres incapaz de ver a los demás más allá de tus proyecciones.

—Lárgate de mi vista —ordeno.

Ella asiente de inmediato y se aleja, dejándome en el pasillo vacío.

Todo lo que ha dicho resuena en mi mente, pero el dolor y la rabia son tan abrumadores que no consigo procesar nada más allá de la traición que siento.

Me quedo allí, inmóvil, mientras la realidad me envuelve.

Lo peor de todo es darme cuenta, en lo más profundo de mi corazón, de que a pesar de todo, una parte de mí desea con todas sus fuerzas creerle y aferrarse a la idea de que todo lo que viví y

sentí con Jessica fue real y que podríamos haber formado una familia.

Pero la prueba estaba en mis manos.

Blanco sobre negro.

No era el padre.

Capítulo 30

Jessica Navarro

Al salir del hospital, voy directamente a la clínica, recojo el resultado de los análisis y ni siquiera me molesto en abrirlo.

Vuelvo a casa en autobús y, durante el trayecto, pienso en las acusaciones que Kostas y yo nos lanzamos. La decepción y la desilusión son tan fuertes que parece que los días felices que compartimos ocurrieron hace muchos años.

Nada de esto parece tener sentido.

¿Cómo es posible que él no sea el padre, si nunca estuve con nadie más? Peor aún es intentar explicar esa verdad cuando todos los hechos parecen estar en mi contra.

El embarazo, que ya me tenía tensa por no haber sido planeado, ahora era una carga que tendría que llevar sola.

Me seco las lágrimas de los ojos e intento poner una cara neutra cuando veo que entra una videollamada de Priscila.

—Hola. —Saludo con la mano y busco los auriculares dentro del bolso—. Listo, puedes hablar.

Mientras tanto, Nina también se une a la llamada. Parece que ya está en el hospital.

—Amiga, queremos saber qué ha pasado... desapareciste —Priscila frunce el ceño.

—Tuve algunos problemas... cambié de turno... estoy tan cansada. —Me observo las ojeras en la pantalla.

—¿Pero pasó algo? —Nina muestra su preocupación—. Tu desaparición fue tan abrupta que pensé que te habían secuestrado.

—No, nada grave —miento.

Poca cosa ha pasado, solo que estoy embarazada de gemelos y no hay un padre.

—Las madrugadas sin ti son un aburrimiento —se queja Priscila.

Eso es como una caricia en el pecho. Por primera vez en mucho tiempo, sonrío de forma espontánea.

—Sí. Éramos un trío perfecto, ¿por qué tuvieron que separarnos? —Nina pone cara de disgusto—. Amiga, intenta volver al

turno de noche...

—No fui yo quien lo eligió, chicas, fue Socorro la que me impuso esto.

—¿Pero qué hiciste? —Nina abre los ojos como platos.

—¿No está claro? Rompió una de las reglas, duh. —Priscila pone los ojos en blanco—. Imagina hacer justo lo contrario de lo que Socorro pidió, y encima liarse con el dueño del hospital...

—Él debería protegerte, eso es lo que debería hacer —Nina hace una mueca.

—Por lo visto, ya ni le importo. —Me encojo de hombros—. Nosotros... ya no estamos juntos.

Decirlo duele mucho.

Verbalizarlo parece darle contornos de realidad a la situación en mi mente.

—Pero amiga, ¿no te había presentado a la familia hace unas semanas? —Nina parece conmocionada.

—Sí... pues eso.

—¿Qué pasó?

—Desencuentros... como siempre. —Suspiro—. ¿Quedamos el fin de semana?

—Si no estoy muerta, sí —dice Priscila en tono lúgubre—. No porque me vaya a pasar algo malo, es solo el cansancio...

—Ah...

—¿Y el concierto de Pitty? ¿No vamos a ir? —Nina cruza los brazos—. Deberíamos ir, para quitar este ambiente de funeral.

—No sé si me apetece.

Nos quedamos en silencio un buen rato. Al parecer, las dos se están arreglando para ir a trabajar, mientras yo estoy a mitad de camino, volviendo a casa.

No quiero hablar del embarazo por teléfono. Tiene que ser en persona.

—No os olvidéis de mí, por favor —les pido—. Me siento tan sola...

Trago el llanto, pero no lo consigo. Antes de sollozar fuerte y perder el control, cuelgo la llamada y me derrumbo, sentada en el autobús, mientras todos me miran como si estuviera loca.

Apago el móvil para no contestar ninguna llamada por accidente y me quedo mirando las calles que van quedando atrás, igual que Kostas me dejó a mí.



Al llegar a casa, las dudas siguen presentes y los pensamientos continúan siendo una tormenta en mi cabeza.

¿Cómo voy a cuidar de dos bebés y de mi abuela?

Si vuelvo a Poços de Caldas, ¿cómo voy a enfrentarme a todos los chismes y el desprecio de la gente del pueblo?

Ojalá nunca hubiera venido a São Paulo.

Si hubiera sabido que esto era lo que me esperaba aquí, me habría quedado allí, encerrada en casa, viendo mi vida monótona pasar sin ningún cambio importante.

—¿Qué cara es esa, hija mía? —Mi madre me recibe en la puerta—. Estaba preocupada, tardaste mucho.

—Fui a recoger los análisis. —Le muestro la carpeta.

—¿Y qué dicen? ¿Ni siquiera los miraste? Están sellados...

—No es el padre —digo con las pocas fuerzas que me quedan.

Entro en casa y me dejo caer en el sofá.

—Entonces vamos a pedir que Eric se haga una prueba de paternidad también... y... —intenta consolarme con soluciones, pero nada de eso tiene sentido.

—Mamá, ya te lo dije, perdí la virginidad aquí. Con un solo hombre y con nadie más.

—Pero, Jessica, ¿cómo no puede ser el padre entonces?

—No lo sé. Si sabes la respuesta, por favor, dímela tú. —Aprieto la almohada contra mi rostro.

Ni siquiera puedo gritar, no tengo fuerzas.

Todo lo que quería cuando llegué aquí era una vida nueva, pero ahora me siento más perdida que nunca.

Me levanto, furiosa, voy al baño a ducharme y observo las estrías que han aparecido alrededor de mi vientre, que ya empieza a sobresalir.

Lloro bajo la ducha, odiando cada pequeño detalle de mi vida. Y cuando salgo, mi madre consigue ponerme aún más nerviosa.

—¿Qué piensas hacer?

—Nada.

—¿Nada? —Su voz refleja incredulidad—. ¿Cómo que "nada"?

—Nada —repito.

—Jessica... —Se queda atónita mientras me ve cambiarme de ropa—. ¿Te ha despedido?

—No, y no voy a dejar ese trabajo.

—¿Vas a quedarte allí para ser humillada?

—Trabajo bien, todo el mundo me aprecia y al menos mantengo la cabeza ocupada.

Enciendo el telediario de la tarde, porque si voy a competir con la desgracia de mi vida, necesito ver algo sensacionalista, absurdo, que haga parecer que São Paulo vive en una película postapocalíptica.

—Tu móvil está sonando —murmuro.

—Número desconocido, no pienso contestar. —Mi madre cruza los brazos—. Hija, no puedo quedarme aquí a cuidar de ti...

—Mamá. —Le tomo la mano—. No quiero que te quedes. Vuelve a Minas. Papá y la cafetería te necesitan.

—¿Y tú? —Veo la duda en sus ojos.

—Soy adulta y voy a cuidarme sola.

—¿Vas a cuidarte, cuidar de tu abuela y de dos recién nacidos?

—No puedo pensar en eso ahora.

—¿Y en qué puedes pensar ahora? —Mi madre está inmóvil, a mi lado, mirándome fijamente.

—En cómo voy a demostrar que Kostas es el padre de estos bebés.

—Pero hija... sabes que todo está en tu contra, ¿no?

—Sí, él lo dijo y lo repitió muy bien. La ciencia, la verdad, la lógica, Dios, ¡todos están en mi contra! —resoplo—. Pero voy a ser paciente y esperar el día en que mis hijos nazcan y él vea el error que cometió.

Mi madre me observa, y puedo ver en su mirada que ni siquiera ella cree que Konstantino sea el padre de mis hijos, a pesar de estar a mi lado.

Y no la culpo.

—Él tiene el dinero, el poder y su propio trabajo en sus manos, hija mía —intenta explicarme—. El sistema fue hecho para proteger a hombres como él.

—No me importa.

Cuando menciona el dinero, recuerdo de inmediato las palabras que escuché, siendo acusada de interesada.

El dolor de esa acusación me hace cuestionarlo todo.

¿Será que siempre tuvo esa imagen de mí? ¿Será que nuestra relación se basó en eso desde el principio?

Mientras yo me abría y le entregaba no solo mi corazón, sino también mi cuerpo, ¿para él todo era eso, un juego de poder y dinero?

—Voy a preparar algo de comer. —Mi madre me da unas palmaditas en el muslo y se levanta.

Permanezco sentada en el sofá, viendo varias escenas absurdas en el telediario: tráfico caótico, un helicóptero de la policía sobrevolando la ciudad, parece que están persiguiendo a una criminal que envenenó a una anciana y se escondió en una favela...

En fin, el cuadro renacentista que es São Paulo a las seis de la tarde.

Pero mis pensamientos siguen volviendo a Kostas.

Recuerdo la primera vez que nos vimos, y fue como si ese momento trascendiera el tiempo y el espacio. Su mirada, la forma en que me tocó, sus palabras cargadas de picardía...

Y luego, nuestro reencuentro, parecía tan interesado, me demostró que le gustaba... para que al final todo acabara así.

Mi corazón está hecho trizas, no solo por el final abrupto de lo que yo creía que era una relación que estábamos construyendo, sino por la sensación de que estaba predestinada a ser descartada por él, tarde o temprano.

No sé si volveré a confiar en alguien algún día.

Miro la carpeta con los resultados de los análisis, tirada en el sofá.

La rabia y la desesperación se apoderan de mí.

¿Cómo voy a demostrar toda la verdad cuando todas las pruebas están en mi contra?

—Jessica, tienes que comer. —Mi madre me trae café, pan de queso y algo de embutido.

—No tengo hambre —respondo automáticamente.

—Hija mía, recuerda lo que dijo la doctora: estos bebés necesitan desarrollarse, no tienen el tamaño adecuado. Acuérdate: ahora tienes que cuidarte como si fueras tres.

Tomo un pan de queso y lo como a la fuerza. No por mí, no tengo hambre en absoluto, pero siento que alguien tiene que cuidar de estos bebés y si el padre no lo hará, ese alguien tengo que ser yo.

—¿Qué es eso? —Cojo el mando y subo el volumen de la tele.

Veo a una mujer harapienta saltar por la ventana de una casa sin revocar, su pantalón se engancha y queda atrapado.

La policía, al capturarla, le da tal cantidad de bofetadas que la mujer queda inconsciente. El programa corta la escena de inmediato y el presentador mira a la cámara, estupefacto:

—La policía siente la indignación del pueblo. ¡Una sinvergüenza como esta, que envenenó a su propia madre, que sigue en estado grave en el Hospital Mater Dei, escapando así!

—Mamá... —llamo su atención.

—¿Hm? —Está mirando su móvil, viendo las notificaciones.

—¡Vamos a intentar llamar a la familia de esta delincuente para ver qué tienen que decir! —dice el periodista, coge el móvil, marca un número y se lo acerca al rostro.

—¡Pero qué demonios! ¡Ese número desconocido llamando todo el rato! —Mi madre se queja y rechaza la llamada.

—Seguro que están tan consternados como nosotros, al fin y al cabo, tienen a una anciana ingresada en el hospital... —comenta el panelista.

—Sí, pero sería bueno tener su versión —el periodista se muestra decepcionado—. ¡Tenemos imágenes otra vez! ¡Vamos a ver a la policía llevándose a esta señora al furgón!

—¡MAMÁ! —La zarandeo en el sofá para que mire la televisión.

Y cuando fija la vista en la tía Silvana, despeinada, con la ropa rasgada, la cara roja de tantas bofetadas, da un salto del sofá y yo también.

—¡Dios mío bendito, ¿qué ha pasado?! —Empieza a caminar en círculos—. Jessica, ¿y ahora qué?

—¡Y ahora que metan a esa desgraciada en la cárcel! —Apoyo al periodista—. Que la encierren en una celda oscura y pierdan la llave en el Tietê.

—Jessica, es tu tía...

—Pues que la tiren directamente al Tietê. —Cruzo los brazos.

Lo bueno de esta situación es que por fin tengo una pausa de mi propia desgracia y me siento un poco vengada por todo lo que pasó.

Todo en mi vida parece oscuro e incierto, pero al menos, no soy la tía Silvana.

—¡Tengo que llamar a tu tío! —Mi madre empieza a marcar en su móvil.

Veo en la tele cómo mi tía es metida a empujones en el coche de policía y allí está él, mi tío, ya esposado.

—No creo que te vaya a contestar, mamá. —Señalo la pantalla.

Mi madre se queda boquiabierta y yo la tomo del brazo para que se siente, antes de que se desmaye.

—¿Pero sabes cuál es la buena noticia?

—¿Cuál es la buena noticia? —pregunta, desesperada, con la cara pálida.

—Que el chisme en Poços de Caldas, definitivamente, no voy a ser yo.

Capítulo 31

Jessica Navarro

La sensación de victoria, al ver a mi tía ser responsabilizada por sus actos, duró muy poco.

Al día siguiente, en cuanto llegué al hospital, fui recibida por una enfermera llamada Marlene.

—Te han trasladado al área de ortopedia del Mater Dei —informa—. Está en las plantas 7 y 8, así que ya no tienes permiso para cambiarte aquí abajo.

—¿Y qué debo hacer?

—Todo lo que yo diga —responde con sequedad—. Llevarás a los pacientes en silla de ruedas, los acompañarás al baño o los limpiarás en la cama y administrarás la medicación. ¿Crees que puedes con eso?

Intento fingir una sonrisa de victoria, pero ni siquiera logro engañarme a mí misma.

Ninguna de esas tareas me daría algún sentido de realización, pero era un trabajo, así que lo haría.

Desde el primer momento en mi nuevo turno, noté cambios sutiles pero significativos: los trabajadores del área de ortopedia eran completamente distintos a los del servicio de urgencias y cirugía. No eran alegres, no me recibieron con sonrisas cálidas, todos parecían cerrados y distantes.

No había trabajo en equipo, todas las tareas rutinarias eran solitarias.

Y así fueron mis días en el hospital a partir de entonces: momentos en los que estuve completamente sola, pasillos vacíos, a veces yo era la única técnica de enfermería moviéndose de un lado a otro para resolver los problemas de los pacientes, mientras mis compañeros se quedaban de brazos cruzados en la cafetería de la planta.

Era como si estuviera en una isla, rodeada por un mar de colegas que me veían, pero no querían acercarse.

La única parte buena era que podía usar el móvil en cualquier momento.

—Hola —contesto una llamada de mi madre mientras entro en la sala de cambios.

—¿Dónde estás? —pregunta.

—Estoy en el hospital, mamá, en la octava planta.

—Tu abuela va a entrar ahora mismo en quirófano. ¿No te avisaron? —Su voz muestra preocupación.

—No. —Abro los ojos, alarmada—. ¡Estoy bajando!

—¡Date prisa!

Guardo el teléfono en el bolsillo y corro hacia el ascensor. Bajo hasta la primera planta, donde se realizan la mayoría de las cirugías, y nadie sabe decirme dónde está mi abuela.

Entonces tengo que ir hasta el panel de organización en la planta baja, interpretar los códigos y corro hasta el quirófano 4, donde veo a mi madre en la puerta.

—Has tardado mucho, ya han entrado. —Me indica que mire por la ventana de la puerta.

—Jo, mamá, ¿no podías haberlos retenido un poco?

—No, el doctor dijo que no podía esperar. —Me agarra del brazo—. Pero todo saldrá bien, dijeron que él es el mejor cirujano del hospital.

—Ya. —Aprieto los labios al ver a Kostas concentrado, liderando al equipo dentro mientras se preparan para comenzar el procedimiento—. ¿Me llamas cuando salga?

—Sí, claro. ¿Y el trabajo?

—Estoy intentando sobrellevarlo. —Le doy un beso en la mejilla—. ¡Chao, mamá!

Vuelvo al área de ortopedia y, en cuanto se abren las puertas del ascensor, veo a Marlene mirándome como si mi cabeza estuviera a punto de rodar.

—¿De paseo, señorita Navarro? —Se mete las manos en los bolsillos.

—Mi abuela entró en quirófano ahí abajo... —intento explicar.

—Y el paciente de la habitación 709 tocó el timbre seis veces, nadie vino, se levantó para ir al baño y terminó de romperse la

pierna —dice con satisfacción, como si estuviera esperando algo así para poder despedirme.

—¿Y los otros técnicos?

La mujer me mira como si fuera Dios y no pudiera ser cuestionada.

—Tarjeta amarilla, Jessica. A la próxima, estás fuera —advierte.



Me confiscaron el móvil, como si estuviera en el colegio. Y tuve que completar el turno viendo a mis compañeros mandando mensajes o haciendo llamadas, con los brazos cruzados, divirtiéndose mientras yo hacía todo el trabajo.

Aquello era estresante y humillante, pero si Kostas pensaba que yo iba a renunciar, estaba muy equivocado.

Iba a demostrar por qué merecía estar aquí, independientemente de él.

En cuanto terminó mi turno, pasé toda la información a Marlene, recogí mis cosas y vi decenas de llamadas perdidas en el móvil.

Sentí que el corazón se me detenía en el pecho y llamé a mi madre, aterrada por las primeras palabras que pudiera decirme.

—¿Dónde estás? —pregunta, enfadada—. ¡Te he llamado todo el día!

—Me confiscaron el móvil. —Entro en el ascensor—. ¿Qué ha pasado?

—La operación fue un éxito. Estamos en la tercera planta, habitación 311, puedes venir.

Pulso el botón para bajar. El ascensor se detiene en la sexta planta, y para mi total sorpresa, entra Kostas.

El aire parece congelarse con su presencia, su postura rígida y la mirada fija en el panel de botones. Parece sorprendido al verme, pero rápidamente disimula, adoptando una expresión neutra.

Mi corazón late con fuerza y las ganas de enfrentarlo son casi irresistibles. Sin embargo, me contengo, porque lo único que importa ahora es el estado de Lulu.

El silencio en el ascensor es ensordecedor, lo único que llena el ambiente es el sonido mecánico de los pisos pasando.

Me atrevo a mirarlo, pero él mantiene la vista clavada en los números que cambian sobre la puerta.

Parece que se ha formado un abismo infranqueable entre nosotros.

Cuando el ascensor por fin se detiene en la tercera planta y la puerta se abre, él me indica con la mano que salga primero.

Caminamos por el pasillo en silencio, mis piernas pesan como plomo y tengo la sensación de que nunca llegaré a la habitación 311. Todo parece una eternidad a su lado.

—¡Ah, ya llegaste! —Mi madre me abraza en cuanto cruzo la puerta abierta—. ¡Ven! ¡Ven!

Mi abuela ya no parece frágil, como antes. Está sentada en la cama, viendo la televisión. Cuando gira el rostro para mirarme, veo cómo sus pupilas brillan.

—¿Jessica? —me llama.

Mi corazón se detiene al escuchar su voz.

Siento un mareo terrible y mis piernas ceden. Cierro los ojos por un instante y el peso de la gravedad me lleva al suelo, no tan rápido como los brazos de Kostas, que me atrapan. Siento sus músculos tensarse contra mi cuerpo.

Me recuesta en la butaca junto a la cama de mi abuela, ajusta el reposapiés para que mis piernas queden en alto y poco a poco mi presión vuelve a la normalidad.

—Lulu, ¿estás bien? —pregunto en cuanto recupero la conciencia.

—Estoy bien —responde brevemente, con la voz un poco débil.

—Como pueden ver, la cirugía fue un éxito. —Kostas toma la carpeta a los pies de la cama y anota algunas cosas.

—¿Ha vuelto a hablar? —pregunto.

Pero él me ignora.

—Recomiendo que se quede aquí uno o dos días más, solo para hacer seguimiento —le explica a mi madre—. Luego podrá

volver a casa. Por favor, sigan la medicación con rigor, presten atención a la higiene de los alimentos y de las manos para evitar infecciones...

Empieza a enumerar una serie de cuidados y mi madre lo observa como si estuviera grabando cada palabra.

—Nada de alcohol, tabaco ni alimentos con mucha grasa. Mañana, entre las 9 y las 11 h, vendrá una nutricionista para elaborar un plan alimenticio adecuado para doña María de Lourdes. —Sigue escribiendo en la carpeta—. Podrá comenzar con ejercicios leves en quince días. Si hay fiebre, ictericia o dolor abdominal, tráiganla de inmediato. ¿Alguna duda?

Mi madre lo mira como si aún intentara memorizar lo del alcohol y el tabaco. Mi abuela sonríe con gratitud.

—Gracias, Kostas —le dice.

—¿Ella...? —Mi madre se atraganta con las palabras—. ¿Ha vuelto a hablar? ¿Entonces no tiene Alzheimer?

—La hepatitis medicamentosa y el mal estado del hígado estaban afectando sus funciones cognitivas —asiente Kostas—. Nuestro equipo de neurología aún no tiene un diagnóstico definitivo, pero por lo que parece, podría ser Parkinson.

Mi abuela asiente de inmediato, con firmeza.

—Es Parkinson —confirma.

—Voy a estudiar su caso y pensar en algunas alternativas, ya que su estado es delicado y no queremos otra hepatitis medicamentosa... ¿qué le parece el cannabidiol? —propone.

—¿Y eso qué es? —pregunta mi madre.

—Una de las sustancias derivadas del *Cannabis Sativa*.

—¿Eso no es marihuana? —Mi madre se escandaliza.

—Es una sustancia derivada.

—¿Tabaco no, pero usted quiere meter a mi madre en drogas peores? —Cruza los brazos.

—No seas burra, Valeria —la reprende Lulu—. Luego hablamos de eso, Kostas... gracias.

—Siempre a su disposición, doña María. —Sonríe.

Y esa sonrisa me destroza por dentro.

Todo mi cuerpo reacciona como si fuera la primera vez que lo veía y él tomara posesión de mí. Reconozco en ese gesto al hombre

del que me enamoré y me siento confundida sobre lo que aún siento por él.

—Gracias, doctor Lykaios, por todo lo que hizo por mi madre. Yo me encargo a partir de ahora —dice mi madre.

—Solo hice mi trabajo. —Con un leve gesto de cabeza, se despide.

Antes de salir, me lanza una mirada. Una mirada cargada de tantas cosas no dichas que no me deja dudas de que, a pesar de todo, seguimos profundamente conectados.

Me levanto, con cuidado de no caer, y lo sigo.

—¡Kostas! —lo llamo.

Él se gira lentamente, con una mirada compleja que no logro descifrar. Niega levemente con la cabeza y continúa su camino a paso firme hasta desaparecer por el pasillo.

Capítulo 32

Kostas Lykaios

Después de la cirugía de María de Lourdes, que fue un éxito, y el encuentro con Jessica, no voy directamente a mi despacho.

En su lugar, busco refugio en la sala de neonatología del hospital, un sitio al que suelo acudir cuando siento que las paredes se me vienen encima.

A través del cristal que da a la amplia sala llena de cunas, observo a decenas de bebés durmiendo plácidamente, mientras mi corazón permanece inquieto.

Aquí, lejos de las miradas y de las expectativas de los demás, me permito dejar caer la máscara de confianza y control. De repente, las últimas semanas resuenan en mi cabeza como cuervos que me atormentan y me recuerdan lo que quiero y lo que necesito hacer.

“Eres infértil”, escucho la voz de mi médico cuando tenía solo dieciséis años. “Pero con el tratamiento adecuado, estoy seguro de que un milagro puede ocurrir”, aseguró, mirando a mi abuelo, que desde que yo era pequeño me decía que solo sería un hombre completo el día que tuviera a mi hijo en brazos.

Por eso estudié medicina.

Estaba buscando un milagro para mí, pero nunca llegó.

Cargué con ese peso durante tanto tiempo que acabó por herirme, por destruirme, hasta que se volvió parte de mí, hasta que fui yo mismo esa herida, inseparable, crónica.

Aun así, alimenté un hilo de esperanza, una chispa, un milagro guardado en las palabras de mi médico. Pero todo eso murió en el momento en que tomé en mis manos el resultado de la prueba de paternidad.

“No soy el padre”, escucho mi propia voz resonar mientras veo el reflejo del rostro de Jessica en el cristal.

Pensar que Jessica está embarazada de otro hombre me aprieta el pecho. Imaginar un futuro sin ella, sin la posibilidad de formar una familia, me hace cuestionar qué demonios estoy haciendo en este hospital.

No hay milagros, al menos no para mí.

Y este dolor profundo, esta herida abierta que no cicatriza, arde en mi pecho como si ya nada más importara en esta vida.

Nunca seré capaz de superar este sentimiento.

Dicen que soy el mejor cirujano de este lugar, que dirijo el área quirúrgica y administro este hospital para mantener el legado de mi abuelo.

Y nada de eso me ha hecho sentir completo como cuando tuve a Jessica en mis brazos.

"No me vas a superar".

Las palabras de mi abuelo parecían un desafío, pero ahora sé que ya no puedo seguir luchando.

Ojalá existiera una forma de reconciliar al hombre que soy con el hombre que quiero ser, pero no veo el camino.

Veo cómo uno de los bebés se despierta y empieza a llorar.

Eso pone en alerta a los demás, que se inquietan hasta que también comienzan a llorar, lo que obliga al equipo de enfermería a hacer un esfuerzo conjunto para restaurar la calma en la sala.

Me limpio las comisuras de los ojos y me doy la vuelta, cuando de repente me encuentro con Irina observándome en silencio, apoyada contra la pared.

—¿Qué haces aquí?

—Te conozco lo suficiente como para saber que cuando estás abrumado, vienes aquí. —Esboza una pequeña sonrisa—. ¿Estás bien, Kostas?

—No, pero lo estaré. —Me encojo de hombros.

—Me han dicho que hoy volviste al quirófano, después de semanas sin operar...

—Sí, me necesitaban. —Suspiro—. ¿Me estabas buscando?

—Sí. Quería verte.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Solo quería saber cómo estabas... —Se acerca a mí mientras guarda el móvil en el bolso—. ¿El resultado de la prueba fue lo que esperabas?

Niego con la cabeza.

—Yo apostaba por vosotros. —Irina baja los hombros—. De verdad quería que fuera real, Kostas...

—Está bien.

—Habría sido más fácil así, porque de ese modo tu abuelo dejaría de ser tan testarudo y empezaría a tratarse, ¿sabes? —Me toma del brazo mientras caminamos lentamente por el pasillo—. Pero parece que la vida siempre elige las decisiones más difíciles por nosotros...

—Ya.

—¿Te acuerdas de aquel día en tu casa?

—Mmm.

—Defendí a Jessica ante tu abuela y tu familia, para que la vieran como la mejor opción para ti...

No recuerdo exactamente ese momento porque mi mente está saturada.

—Lo hice porque ella era mi mejor opción, y también la tuya. —Me río—. Solo así tu familia dejaría de insistir en que nos casáramos y en que tuviera hijos, algo que los dos sabemos que no va a pasar.

—Pues sí.

—Y tenía muchas ganas de venir aquí y defender la idea de que asumieras a sus bebés, aunque no fueran tuyos, solo para poner a tu abuelo en su sitio.

El hecho de que esa idea salga de ella me sorprende.

—Pero cuando Jessica me contó que estaba embarazada de su ex de Minas Gerais, y que huyó del pueblo porque ese hombre era un desgraciado... no sé, no creo que necesites más líos en tu vida, Kostas. —Me aprieta el brazo.

—Espera, ¿qué? —Me detengo en seco y la miro con seriedad —. ¿De qué estás hablando, Irina?

—¿Jessica no te lo contó?

—¿Contarme qué?

—Ay, mierda, no debería haber dicho nada. —Se cubre la boca con la mano libre—. Olvídalo, Kostas...

—No. Dímelo —exijo.

—¿No venía de un pueblo de Minas Gerais?

—Poços de Caldas. —Mis labios tiemblan solo con decir ese nombre.

—Eso. Dijo que prácticamente había huido para no ser el chisme del pueblo... también dijo que el padre era un imbécil...

Me quedo sin reacción, mirándola en silencio mientras mil voces se arremolinan en mi cabeza, repasando cada acontecimiento, intentando recordar cada momento vivido con Jessica.

—Tú eras la mejor opción para que mantuviera ese secreto... y ella era tu mejor opción para intentar cambiar la obstinación de tu abuelo. —Pone los ojos en blanco—. ¿Y ahora qué?

Me odio por decir esto, pero no estoy en un estado normal ahora mismo.

Estoy tan furioso que tengo ganas de volver a la habitación de María de Lourdes y echarle unas cuantas verdades en la cara a Jessica, pero ¿sabes qué? Ahora mismo tengo problemas más grandes.

—Deberíamos casarnos —propongo.

Irina me mira con suspicacia.

—¿En serio?

—Sí. Estoy harto de jugar limpio y esforzarme. Si eso es lo que quiere mi familia, vamos a dárselo.

—Mira, Kostas, podría pensarlo por nuestra larga amistad, pero... —Frunce los labios y respira hondo—. No voy a quedarme embarazada. De verdad. Creo que eso quedó claro desde antes, ¿no?

—No tienes que quedarte embarazada. Solo tienes que hacer que mi abuelo lo crea.

Irina me lanza una mirada traviesa.

—¿Dónde estaba escondido este hombre? —se ríe—. ¿Dónde está el Kostas correcto que siempre hace todo de forma honesta?

—Ha muerto. —La miro con seriedad—. Llevó 25 años haciendo todo bien para merecer algo, y lo único que recibió fueron mentiras, decepciones y acabar en segundo plano. A partir de ahora, voy a jugar a mi manera.

—¿Y cuando tu abuelo lo descubra?

—Para entonces ya habrá terminado el tratamiento y estará curado.

—Sabes que se va a enfadar mucho, ¿no? Puede desheredarte —me advierte Irina.

—Ya pensaremos en una solución para entonces. ¿Adopción, quizá?

—Necesito pensarlo. —Irina apoya la cabeza en mi brazo—. Tenemos tiempo, ¿no?

—Nueve meses. Podemos irnos a vivir fuera, evitar que la familia te vea hasta que organicemos todo esto...

—Me gusta este Kostas. —Irina sonríe e intenta besarme.

Pero yo aparto el rostro.

Esto será lo que tiene que ser: una mentira. Y no voy a ilusionarla ni un solo instante. Ella necesita saber que nunca la voy a amar, porque a partir de ahora, la única persona a la que amo... soy yo mismo.

Y todos los demás serán solo marionetas en mis manos.

Capítulo 33

Jessica Navarro

5 meses Después.

Han pasado cinco meses desde aquella tormenta emocional, y aquí estoy, sola, afrontando mi embarazo.

La barriga ya está bastante grande y cada parte de mi cuerpo duele, especialmente los pies por tener que estar de pie todo el día.

Pocas cosas han cambiado en el hospital durante este tiempo. Mi aislamiento sigue firme como una roca, mi jefa Marlene me trata como una mula de carga mientras los demás empleados no hacen absolutamente nada.

Y debido al avance del embarazo, he desarrollado cierta sensibilidad a los olores que me provoca muchas náuseas, así que vivo con la mascarilla puesta para evitar marearme.

El peso de las miradas y los juicios no me molesta en absoluto. Mi sueldo sigue ingresando puntualmente en la cuenta, y lo demás es pura envidia. Marlene está deseando despedirme, pero en el fondo sabe que sin mí, el área de ortopedia se vendría abajo.

—¿Ya has vomitado hoy? —pregunta Lulu con su tono ácido de siempre.

La miro con burla mientras preparo mi mochila de trabajo.

—Aún no, abuela.

—Pues vomita antes de que vayamos a la panadería a comer algo rico. —Me sigue por toda la casa.

La recuperación de Lulu fue de diez. Volvió a ser activa, habladora y también a olvidar un montón de cosas.

—¿Dónde está mi tarjeta? —Revuelve cada rincón de la casa buscándola.

Al principio fue atendida por el doctor Kostas, que pronto dejó de supervisarla y cedió su lugar a Jeon. Hace mucho que no lo veo. Dicen que vive viajando, ocupado, cerrando contratos y ampliando las alianzas del hospital.

También me he enterado de que está a punto de casarse, y no voy a mentir: fue como recibir un puñetazo en el estómago. Más aún cuando vi que era con Irina, quien incluso intentó ser mi amiga al principio, pero luego desapareció.

—He encontrado la tarjeta. ¿Vamos?

—Vamos. —Le doy el brazo y vamos juntas a la panadería a desayunar.

Ver a Lulu activa, despierta y como era antes me dio el aliento que necesitaba para sentirme fuerte.

Ella ha sido mi apoyo y mi sostén todo este tiempo. Y creo que si no estuviera aquí, ya me habría derrumbado, porque mi madre se ha vuelto insoportable, tratándome como si tuviera una enfermedad terminal.

—¡Buenos días, doña María! —Todos la saludan en la panadería.

—¡Buenos días! —responde alegre—. Pandilla de falsos de mierda... —murmura en voz baja al entrar.

—¿Y qué tal el temblor hoy, abuela? ¿Te tomaste la medicación?

—¡Se me olvidó! —Se da una palmada en la frente—. Estoy volviendo a olvidar cosas... un café bien cargado y un pan con mantequilla bien tostadito, ¡rápido, que tengo prisa! —suelta, mandona.

El panadero le sonríe, parece aliviado al ver que su vecina "ha vuelto a la normalidad".

—¿Y sus hijos, doña María? ¿Alguna novedad? —pregunta alguien.

—No. Y si hay, ¡quédatela para ti! —gruñe, golpeando el suelo con su bastón—. ¡Ojalá esos dos se pudran en la cárcel!

La única persona con la que es amable, soy yo.

—Pareces como si hubieras corrido una maratón, Jessy. —Frunce el ceño.

—Están cada vez más pesados. —Me masajeo la barriga.

—Gracias a Dios. Me preocupé cuando tu ginecóloga dijo que no estaban creciendo como deberían... —reflexiona.

—¿Y la casa, doña María, la va a vender? —alguien la provoca.

A la gente del barrio le encanta hacerla enfadar, porque mi abuela, a diferencia de esas abuelitas dulces y tiernas, es una señora malhablada y que no se calla ante nada ni nadie.

—¡No voy a vender mi casa ni de coña! —Golpea la mesa con el bastón, furiosa—. ¡Vender mi casa! ¡Ja! —Resopla por la nariz y lanza miradas asesinas a todo el mundo.

La gente le responde con palabras de cariño y saludos con la mano.

—Te adoran...

—Claro, he cuidado de todos los de aquí. Ese de ahí —señala al hombre en la barra— bebe como un coche viejo. Aquel otro, siempre tenía diarrea, su madre me llamaba para que lo limpiara. Creo que asistí casi todos los partos de este barrio... —dice, enfadada.

Pero es un enfado simpático, lleno de carisma, con los ojos brillantes y una sonrisa traviesa que le da ese aire de "vieja cascarrabias con encanto", como la conocen las más beatas del barrio.

—¿Cuándo te dan la baja por maternidad? —me pregunta.

—No lo sé. ¿Ya toca?

—36 semanas, Jessica. Más allá de eso, solo si das a luz en medio de un turno... —Bebe de su taza—. Gracias. ¿Y mi pan? ¿Se fue de viaje o qué? —Mira al camarero.

—Ahora mismo vuelvo, doña María.

—Vuelve y tráeme mi pan con mantequilla, chaval. —Golpea el suelo con el bastón—. Voy a ir al Mater Dei a hablar con la gerencia. En mis tiempos no era así...

—Abuela...

—¡Nada de "abuela"! Voy a tener una charla muy seria con la administración.

Desayunamos y después tomamos el autobús hacia mi trabajo.

Cuando llegamos, mi abuela es tratada como una celebridad. Todos la adoran. Muy distinto a mí, que soy tratada con total indiferencia.

—¿Cuándo vuelve tu madre? —pregunta.

—Va a quedarse unos días más ayudando a mi padre con la cafetería y luego vendrá a estar conmigo hasta el parto —le explico.

—¿Y el parásito de tu padre ya sabe que estás embarazada?

—No. Aún no.

—Mejor así. Cuanto menos sepan los hombres, menos estorban. —Me da dos besos en la mejilla—. Que tengas buen turno, Jessy.

—Gracias, Lulu.

—Y si alguien te toca las narices en el trabajo, ¡mándalos a la mi...!

—¡Abuela! —la interrumpo antes de que diga una burrada.

—A estudiar algo mejor, y que no sea en el área de la salud. —Agita la mano—. ¡Ay, déjame! —Se va decidida hacia el edificio administrativo.

Me da miedo lo que planea hacer, pero prefiero no llevarle la contraria.

Kostas Lykaios

Después de pasar unos días en Grecia conversando en persona con algunos socios del hospital para mostrarles las reformas que pretendo hacer, regreso a São Paulo con ganas de trabajar.

Voy directo al Mater Dei, me ducho en mi antiguo dormitorio y me dirijo a la oficina presidencial del hospital, donde paso más de la mitad del día.

—Señor Lykaios, María de Lourdes Navarro le espera en recepción —me avisa mi secretario por teléfono.

—¿Quién? —Frunzo el ceño—. ¿María de Lourdes? ¿Viene acompañada?

—No, señor.

—Vale, déjela entrar en tres minutos.

Firmo algunos documentos que me han sido enviados y separo varios avisos de Recursos Humanos para leer más tarde.

Me gusta estar al tanto de todo lo que ocurre en el hospital, así que cada pequeña acción pasa por mí.

—Kostas, querido. —María de Lourdes me saluda con la mano al entrar.

Parece más joven y animada que la última vez que la vi.

—¿Problemas de memoria? —pregunto.

—Estoy vieja, caramba, por supuesto que tengo problemas de memoria. —Agita la mano en el aire como si espantara una mosca—. ¿También vas a preguntar por la incontinencia urinaria?

—Soy su médico, debería saberlo todo. —Golpeo suavemente un papel con el bolígrafo—. Ha desaparecido...

—¿He desaparecido? —responde con sarcasmo.

Me levanto y espero a que se acerque, entonces la saludo como es debido y la ayudo a sentarse.

—Pensé que debía estar en reposo.

—Te conozco, doña María. Tu idea de reposo es salir a correr por el parque y ver si las vecinas necesitan ayuda. —Le guiño un ojo.

—Usted también desapareció. Intenté contactar con usted varias veces en los últimos meses...

—¿De verdad? —Me muestro sorprendido—. ¿Ha pasado algo grave? ¿Se ha caído? Su piel no está amarilla. ¿El hígado está rechazando el trasplante?

—Se me acabó la marihuana —dice con total seriedad.

La miro, perplejo, durante unos segundos.

—Me he convertido en la proveedora del barrio y el negocio no va muy bien...

En cuanto termina de decir eso, ambos rompemos a reír. Yo con entusiasmo; ella, con esa mirada sombría que siempre me deja en duda sobre si habla en serio o no.

—¿Puedes creer que eso es lo que piensa mi hija? —Niega con la cabeza—. Ha empezado a llamarme "la abuela narcotraficante".

—Qué ingeniosa.

—¿Ingeniosa? —Golpea el suelo con su bastón—. Es porque no eras el padre de tu hija cuando un buen día decidió huir de casa para vivir un amor y un embarazo en Poços de Caldas... —expresa su descontento con eso.

—Creo que nunca sabré cómo es eso. Y tampoco tengo idea de cómo reaccionaría.

—Ya... ¿y tu abuelo?

—Como nuevo. Jubilado. Tuve que obligarle a ir a Grecia, el viejo quería seguir metiéndose en todo.

—Claro que sí. ¡Lykaios adictos al trabajo, quién lo diría! —se burla.

Lo que más me gusta de María de Lourdes es su autenticidad.

A diferencia de todas las personas en este hospital, ella es la única que realmente me planta cara y se salta mis órdenes sin pensarlo.

Quizás por eso le tengo tanto aprecio, además, claro, de haber salvado a mi madre y a mi abuela.

—Echaba de menos ese carácter tuyo tan afilado.

—Ahora soy un cuchillo sin filo, querido, ya no corto nada. —Acaricia su bastón—. Tu abuelo me invitó a ir a Grecia...

—Por su aniversario de bodas, ¿no? —Sonrío.

—Dile que no viajo en avión. Ya estoy bastante loca con los pies en la tierra, imagínate volando por ahí...

—Se va a ofender. —Sonrío con amabilidad.

—¿Y qué?

—¿Puedo ayudarte en algo más, aparte de ser tu camello? —bromeo.

—Sí. Me gustaría saber cómo van los preparativos de la boda.

Mi humor cambia de inmediato. Estaba disfrutando de este reencuentro y de poder hablar de cosas sin importancia, pero ahora me lanza un tema serio.

—¡La boda del año! —Levanta las cejas.

—¿Eso dicen?

—¿La amas? —Va directo al grano.

—¿Hombres como yo se casan por amor? —le devuelvo.

—Negocios... —reflexiona—. Solo negocios...

—Sí. Es lo que tienen que ser. —Me ajusto la corbata—. ¿Ha venido a hablar de mi abuelo, de drogas o de mi boda, doña María? —La miro con esa seriedad e intimidad que hemos construido a lo largo de los años.

Ella sabe que puede decirme cualquier cosa, y yo sé que puedo responderle en el mismo tono.

—Mi nieta está teniendo un embarazo complicado.

Jessica.

Quisiera decir que la olvidé y que no pienso en ella, pero todo lo que hago en mi vida es imaginarla, intentar volver a ese maldito momento en el que fui feliz.

Nada ha conseguido que la olvide.

Y me odio por eso.

—¿Complicado?

—Hemorragias, una anemia que, gracias a Dios, se trató con tiempo, los bebés no se desarrollaron bien en los primeros meses... —Suspira.

—Una pena.

—Igual que pasó con tu abuela y tu madre... —Me lanza su mirada más afilada—. Gracias a Dios cuidé de las dos, y ahora tengo una tercera. Muy bien eso de salvar a los Lykaios generación tras generación...

—¿Cómo... cómo lo sabe? ¿Ella te lo contó?

—No, pero escucho a mi nieta llorar todas las madrugadas. Habla mientras duerme, por la noche, llamándote por tu nombre... Y por mi experiencia ayudando a los Lykaios a venir al mundo...

—La prueba dio negativo. —Aprieto la mandíbula y tenso el rostro.

—Ah, las pruebas... —asiente—. ¿Dónde se hizo esa prueba, por cierto?

—Laboratorio Carrasco. Pronto vamos a adquirir la empresa, mi boda con Irina facilitará una buena fusión.

—¡A la mierda las fusiones de empresa! —Golpea la mesa con su bastón—. Conozco muy bien a los Carrasco. Este hospital ya fue demandado cuatro veces por errores en pruebas hechas por esos desgraciados...

—¿Qué está sugiriendo, doña María?

—Quiero una nueva prueba en un laboratorio de confianza —exige—. Y sin que Irina ni su familia lo sepan.

—¿Cree que alguien conspiró para alejarme de Jessica? —Me río—. Todos la adoraban, incluso Irina.

—No sé lo que creo. Pero estoy segura de que el embarazo de Jessica se parece mucho al de tu madre y tu abuela. Así que quiero nuevas pruebas. ¿Te vas a morir por eso?

—No. No me voy a morir. —Me encojo de hombros.

Esta vez estoy vacunado contra cualquier expectativa o ilusión.

Sé que el resultado será negativo.

—Pero no voy a deshacer mi compromiso con Irina, es lo que me ha traído hasta aquí. Ahora soy el CEO del Mater Dei.

—Me da igual, no te he preguntado nada —dice con su característico humor—. Solo digo que mi nieta no es mentirosa. Yo no estoy loca. Y tú eres mucho más que un señorito trajeado que ha renunciado a su sueño para que el abuelito le ponga una estrellita en la frente.

—Como siempre, afiladísima. —Sonrío—. Gracias a Dios te has recuperado y has recuperado la memoria... no sé cómo podríamos vivir sin tu humor.

—¡Mi memoria es una mierda! —se queja—. Hoy se me olvidó tomar la medicación. ¡Y tomo medicación para acordarme de las cosas!

—Lo sé.

—Ah, y hay otra cosa que se me olvidaba...

—¿Qué cosa?

Mete la mano en el bolso y empieza a buscar algo con tanto entusiasmo, con tal determinación, que me despierta la curiosidad.

Saca la mano cerrada y levanta el dedo corazón mientras se ríe. Y yo me río con ella.

—Dile a Recursos Humanos que le den la baja por maternidad a mi nieta o me lío a bastonazos con alguien. —Golpea el suelo con el bastón.

—Me pondré en contacto de inmediato con la administración. —Asiento—. ¿Algo más, doña María?

—Despide a Marlene. Es una mierda. Y lo sabes.

Capítulo 34

Jessica Navarro

Tuve dos grandes sorpresas al final del día: la primera fue que Recursos Humanos me concedió la baja por maternidad, solo tenía que volver el fin de semana para firmar unos documentos.

Y la segunda fue que mi madre llegó desde Minas, con la maleta llena de café, galletas y queso.

—¡Si tú no vas a Poços de Caldas, Poços de Caldas viene a ti! —dice mi madre, sorprendida y feliz.

Cuando observa el tamaño de mi barriga, veo cómo se le llenan los ojos de lágrimas. Se queda inmóvil, parece más impactada por cómo ha cambiado mi cuerpo que por la mejoría de Lulu.

—No te pongas así, que si no voy a llorar también. Estoy muy sensible con cualquier cosa...

—Sensible, estresada, nerviosa, ansiosa, sangrando y con toda clase de achaques —suelta mi abuela con su mal humor habitual, que hace que todo resulte gracioso.

—¿Todavía no le han dado la baja por maternidad? ¿Aun siendo embarazo de riesgo? —Mi madre se muestra preocupada.

—Me la concedieron hoy.

—¡Ah, gloria a Dios! —Levanta las manos al cielo—. Entonces todo va bien...

—Aún no, porque se me olvidó fumar mi marihuana, con permiso —bromea mi abuela, la empuja con el bastón y se va a buscar su medicación.

Intento ayudar a mi madre a sacar los paquetes de café, galletas y queso de las maletas, pero no consigo agacharme. Siento que mi cuerpo está oxidado y se va trabando poco a poco.

—Lo único que quiero ahora es descansar y prepararme para la llegada de los bebés.

—Es lo que debes hacer. —Cuando termina de colocar todo sobre la mesa, se gira hacia mí—. ¿No has tenido antojos durante el embarazo?

—Sí. Muchos.

—Es que me sorprende que no te hayas lanzado todavía a devorar nada... —Me lanza una mirada de reojo mientras guarda las bolsas unas dentro de otras.

—No tengo hambre...

—Pues vas a comer igual. He traído un pedacito de Minas para ti —dice con tono de regañina, aunque no puede ocultar la sonrisa—. Para que no te olvides de tus raíces.

—Sería imposible olvidarlas. —Cojo una de las galletas de almidón y le doy un mordisco.

El sabor de la infancia llena mi boca y se me abre el apetito.

—Tu padre casi viene conmigo, tuve que convencerlo de quedarse para ocuparse del negocio... aún no sabe nada.

Me sorprende saber que mi secreto ha estado tan bien guardado.

—¿Ni un rumor en el pueblo?

—Nada. Solo se habla de tus tíos, esos sinvergüenzas. La gente quiere lincharlos.

—¿Y podemos culparlos? —Me encojo de hombros, sirvo café en una taza y corto un trozo de queso para comer.

—¿Y el embarazo? Tu abuela dice que está siendo difícil...

—Sí. Muy cansado, con dolores y mucho miedo. Me hago análisis cada dos semanas para comprobar que todo va bien...

—Hablando de eso... —Entra mi abuela en la habitación—. Me recomendaron un laboratorio buenísimo para hacer pruebas, te llevaré mañana.

—¿Mañana? —Alzo una ceja—. Pero si me hice análisis la semana pasada, abuela.

—Pero no estaría mal tener una segunda opinión médica. —Se toma las pastillas y da un gran trago de café—. La prueba ya está reservada y pagada, solo tienes que presentarte.

Me envía la dirección por mensaje.

—Tenemos que prepararnos para el parto, los bebés pueden venir en cualquier momento —advierte como si supiera algo que ninguna de nosotras sabe.

—Abuela, este fin de semana cumplo ocho meses. La fecha prevista para el parto es dentro de un mes... —Sonrío.

—Yo que tú no contaría con eso. Los bebés de esta familia nacen a los siete u ocho meses.

Mi madre pone cara de escepticismo.

—Todos nacimos con nueve meses, mamá —le recuerda.

—No estoy hablando de nuestra familia.

Kostas Lykaios

—¿Repetir las pruebas? —Jeon me mira con un hilo de esperanza.

—Es lo que he dicho.

—¿Y de dónde ha salido esa idea? Llevo meses intentando convencerte de que sigas el tratamiento de fertilidad como es debido, y te has negado incluso a hacerte los análisis de rutina...

—María de Lourdes —digo el nombre de la abuela de Jessica y él lo entiende de inmediato.

—Ah, ¿ha estado aquí? ¿Por qué no me avisaste?

—Ya conoces su humor. Y créeme, va a peor.

—¿Pero se ha recuperado? ¿Hubo rechazo hepático?

—Como nueva. —Hago un gesto para que no se preocupe—. Aún tiene problemas de memoria, pero nada alarmante como antes.

—Menos mal. —Jeon me entrega un dossier—. Aquí tienes todas las mejoras que necesitamos para el área quirúrgica.

—¿35 millones? —gruño al ver la cifra—. ¿Quieres reformar todo el edificio?

—Mantener la calidad del mejor hospital de América Latina no es barato, ¿sabes? Necesitamos máquinas nuevas, sobre todo en neurología y ortopedia... —explica.

Empiezo a tachar varias de las peticiones con un bolígrafo rojo, indicando que serán rechazadas.

—Cuando eras el director del área quirúrgica, querías renovar todo, y tu abuelo lo impedía. ¿Ahora te has convertido en tu abuelo? —Jeon me lanza una pulla.

Le dirijo una mirada de advertencia y sigo tachando hasta que queda solo lo esencial.

—El área quirúrgica tiene nueve millones de presupuesto. —Me levanto y le devuelvo el dossier—. Y si lloras, lo bajo a cinco —advierto.

Jeon asiente en silencio y me acompaña hasta la salida.

—¿Tu abuelo está bien? —pregunta.

—Estupendo, viviendo entre playa y agua de coco. Y esperando nietos que nunca llegarán...

—¿No estaba embarazada Irina? —Me mira con curiosidad.

Creo que ha llegado el momento de decirle la verdad.

—No, ella no quiere. Y yo no puedo. Pensé que ese tema ya estaba superado, Jeon.

—¿Entonces me has mentido todo este tiempo? —Abre los ojos como platos—. Yo... yo creía que estaba embarazada.

—Todos lo creen. Ese es el plan. Si esa información se filtrara, no habría podido convertirme en CEO, ¿verdad?

Jeon baja la mirada y, cuando vuelve a alzarla, parece decepcionado.

—Todo por el cargo, lo entiendo. —Asiente y me ofrece la mano—. No se lo contaré a nadie. Gracias por tu tiempo, presidente Lykaios.

—No hace falta que me llames así, Jeon...

Él asiente y se va con paso rápido.

¿Qué esperaba? No podía decirle la verdad a él ni a nadie, porque eso pondría en peligro mi posición aquí.

Los caprichos de mi abuelo son tan absurdos que no dudó en poner su vida en juego si yo no cumplía lo que él exigía.

Si Irina no hubiese falsificado los análisis que demostraban su embarazo, yo seguiría luchando por hacerme con el control de la presidencia del Mater Dei.

Después de toda esa tensión, vuelvo a casa.

De camino, mientras conduzco en medio del caos del tráfico, los recuerdos de Jessica afloran más intensos que nunca: su sonrisa, la forma en que se le iluminaban los ojos y hacían que mi día se sintiera más ligero, la pasión magnética entre nosotros.

Han pasado cinco meses y no consigo sacarla de mi cabeza.

Lo cual me sorprende, teniendo en cuenta que de la mayoría de las mujeres con las que me he acostado ni siquiera recuerdo el nombre. Y al 99 % no las volví a ver al día siguiente, y viví perfectamente con ello.

Mi móvil suena, interrumpiendo mis pensamientos.

Veo que es Irina y silencio la llamada. Sigo conduciendo.

Intento volver a lo que estaba pensando, pero es como intentar regresar a un sueño: siento que lo he perdido.

—Mierda... —murmuro al ver que mi prometida insiste en llamarme—. Hola, Irina.

—Kostas, has desaparecido. No me respondes desde hace días...

—Estoy ocupado.

—Estamos organizando una boda, ¿recuerdas? —sonríe.

Es como si la vida me recordara lo poco compatibles que somos: su sueño es una boda de ensueño y salir en revistas; el mío, tener hijos, algo que ella ni siquiera puede imaginar.

—Tenemos que decidir la lista de invitados, los detalles de la ceremonia, si será en la catedral o en un espacio exclusivo...

—¿Has encontrado a la madre subrogada? —Ignoro todo lo que ha dicho y voy directo al grano.

—Kostas... eso lleva tiempo. Aún estoy entrevistando candidatas...

—Teóricamente estás embarazada de tres meses, Irina. Pronto empezarán a hacer preguntas —le reprocho.

—Tranquilo, diré que he perdido al bebé. Sabes que no es difícil, pido al laboratorio que prepare todo el diagnóstico y se lo damos —dice con una sonrisa suave—. Y garantizo que lo intentaremos de nuevo... en tu familia, ¿no son siempre embarazos de riesgo?

—Sí.

—Pues eso. Tu abuela y tu madre se compadecerán. Ahora, las flores. ¿Las prefieres blancas, amarillas o azules? A mí me encantan las azules, tienen un encanto especial...

—Estoy conduciendo. Te llamo en cuanto llegue a casa —respondo con frialdad.

—Kostas, ¿cuándo tendrás tiempo para nosotros...?

Cuelgo.

Con un sabor amargo en la boca.

El matrimonio con Irina era un movimiento estratégico, una jugada para mantener el legado familiar y el hospital bajo mi control.

Ahora todo me parece vacío y sin sentido.

Peor aún: siento que me han engañado.

Las palabras de María de Lourdes resuenan en mi cabeza y no puedo dejar de pensar que, si me hiciera una nueva prueba, sin informar a mis médicos y lejos del laboratorio de la familia de Irina, tal vez obtendría la respuesta que necesito.

Y si Jessica tiene razón, si de verdad soy el padre de esos bebés, haré todo lo que esté en mi mano para enmendar mis errores y reconstruir nuestra historia inacabada.

Capítulo 35

Jessica Navarro

Solo entiendo lo que realmente está pasando cuando relleno el formulario en BioVida, uno de los laboratorios más prestigiosos y caros de São Paulo.

—No puedo creer que me hayas hecho esto —me quejo a mi abuela.

Ella mantiene la mirada indiferente, sin inmutarse ante mi enfado.

—Ya me lo agradecerás, créeme.

—No tengo ninguna duda de quién es el padre de mis hijos, abuela —la miro a los ojos, dejando claro cuánto me afecta esto.

—Lo sé. La prueba no es para ti, es para mí.

—¿Para usted?

—Sí, para podérselo restregar en la cara. —Me agarra del brazo y me acompaña a los análisis.

La idea de repetir las pruebas me parece innecesaria, pero la determinación de Lulu es implacable.

—Si piensas que quiero reclamar alguna herencia, pensión o...

—Jessy, tú cuidaste de mí en el momento más difícil de mi vida. —Aprieta con fuerza mi mano—. Ahora relájate y déjame cuidarte yo a ti.

Por más que me irrite que haya tomado esta decisión sin consultarme, me siento aliviada e incluso protegida.

Lulu no me suelta la mano ni un segundo.

El procedimiento es rápido, la atención es humanizada y veo en los ojos de esas personas que son íntegras.

—No me lo voy a encontrar aquí, ¿verdad? —Miro a mi alrededor al salir.

—No. Le pedí que llegara después de que tú te fueras. —Da unos golpecitos sobre mi mano—. ¡La verdad saldrá a la luz!

—¿Cuándo estarán los resultados? —pregunto a la recepcionista.

—En una semana como máximo, pero tranquila, le llamaremos en cuanto tengamos novedades —responde.

—Gracias.

Pasaron los días y, por más que me sintiera aliviada de estar de baja del Hospital Mater Dei, mi vida se convirtió en un infierno.

Sentía dolores que me paralizaban, una sensación horrible como si mi cuerpo estuviera rechazando algo, y los sangrados se volvieron más intensos.

Si no tuviera a mi madre y a mi abuela en casa, lo peor habría ocurrido sin duda.

Me llevaron de urgencia el miércoles de madrugada al Hospital Mater Dei y me ingresaron.

Pasé prácticamente un día inconsciente del dolor y la sensación de ardor.

—¡Ha despertado! —grita mi madre desesperada al verme abrir los ojos.

Observo la habitación de lujo en la que estoy, con aparatos modernos y dos técnicas a mi disposición: Priscila y Nina. Sonrío al verlas; mi corazón se calma al saber que estoy rodeada de gente conocida.

—¿Cómo te sientes? —pregunta Priscila.

—Fatal. —Fuerzo una sonrisa—. ¿Y los bebés?

Las cuatro mujeres se miran entre sí, y eso es una muy mala señal.

Siento cómo mi cuerpo se congela con un escalofrío que sube desde el coxis hasta la nuca.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado?

—Cariño, tenemos dos noticias —comienza Lulu—. Una es sobre la prueba de paternidad, y la otra sobre los bebés.

—¡No quiero saber nada sobre la prueba de paternidad! —me quejo—. ¡Quiero saber de mis hijos!

—Es mejor que te tranquilices —pide mi madre.

—Uno de los fetos tiene anemia falciforme —dice Lulu con pesar—. La mejor solución sería una cesárea, pero nacerán prematuros. Aun así, hay riesgo de que uno de los bebés no sobreviva.

Mi corazón se detiene al oír eso.

—Soy fuerte. Puedo aguantar un mes más. Ya he aguantado tanto... —digo, desesperada.

—Hija mía, si no hacemos la cesárea pronto, quien puede morir eres tú —mi madre me aprieta la mano.

Kostas Lykaios

—¿Preparado? —Jeon se frota las manos y evita mirarme.

Yo, sin mucha emoción, rasgo uno de los sobres lacrados, leo el resultado y se lo muestro.

—Infértil. Sigues siendo infértil —analiza—. Joder...

—Me he hecho pruebas fuera del país decenas de veces, Jeon. El resultado no cambia.

Mi amigo, que parece cargar con cierto remordimiento por lo que no le conté, mantiene una expresión neutra y distante.

—Dámelo. —Extiende la mano—. Déjame abrirlo.

—¿Crees que cambiará algo quién abra la prueba? —me burlo.

—Tu energía densa y cargada está arruinando todo. —Hace un puchero—. Mi madre me llama todos los días para saber cómo termina el Dorama y todo es pura tristeza. ¿Cuál es tu papel en el mundo, deprimir a mi madre?

Le entrego el maldito sobre. Y mi amigo lo abre como si fuera un regalo de Navidad, lo rasga sin cuidado y sostiene el análisis con las manos temblorosas.

—Es eso. Se acabó. —Sonrío de lado—. Menos mal que no tenía esperanzas...

—¿Sabes por qué quise ser médico? —Jeon me mira de lado.

—Sí. Porque los médicos son caros y querías poder cuidar de tu familia sin que se arruinaran... —Suspiro.

—Sí, eso también. —Asiente—. Pero es porque... hay algo muy bonito en la inocencia de los niños, ¿sabes?

—¿Y qué tienen que ver los niños con la medicina, Jeon? —Extiendo la mano para ver yo mismo el resultado negativo.

—Cuando recibo diagnósticos terminales y me dicen que el paciente va a morir... hay un niño dentro de mí que cree en lo imposible. —Sus ojos brillan—. Y cuando abro la cabeza del paciente

y veo su cerebro, sabiendo que debo ser delicado como una pluma y preciso como un león, me repito que todo es posible, incluso los casos más imposibles.

Sus palabras calientan mi corazón.

Trago saliva y aguanto el aire para no mostrar más emoción que eso, pero es difícil. Le agarro del brazo y lo miro con la más profunda verdad en el pecho.

—Nunca quise ocultarte nada.

—Te has perdido, Kostas... —Jeon respira hondo—. Alejarte de los quirófanos te ha cambiado...

—Sí, tienes razón. He sido un pésimo amigo, y estoy siendo un pésimo administrador...

—No para contabilidad, te adoran. —Jeon esboza una sonrisa.

—¡A la mierda contabilidad! —Río imitando a doña María—. Quiero ser bueno para los que hacen que las cosas cambien.

—¿Por qué nos estamos poniendo emotivos? —Empieza a llorar y me entrega el análisis—. Ni siquiera has visto el resultado...

—Ya, es para no romper el clima ni dejarlo en plan cutre, porque... —Leo rápidamente todos los porcentajes y el resultado

final.

Es como estar en un campo de fútbol todos los días, chutar a portería una y otra vez y fallar siempre. O intentar entrar a la universidad y quedarse siempre en la lista de espera, sin una señal positiva.

—Soy el padre. —Las palabras salen de mi boca, pero no logro entender lo que significan.

—¿Lo entiendes ahora? Lo que tu abuelo quería decir con...

Lo callo con un abrazo. Y también es la forma más segura de asegurarme que, si por casualidad me da un infarto por la emoción, no me deje caer al suelo.

—Soy el padre —repito—. Soy el padre, Jeon, ¡soy el padre!

—Mi madre va a sonreír otra vez. —Llora en mi hombro.

Siento una felicidad tan plena e inquebrantable que parece que todos los problemas del mundo han desaparecido. Es algo surrealista.

El éxtasis en mi cuerpo es como un orgasmo prolongado, una sensación de paz, plenitud, una alegría tan extrema que no consigo comprender la euforia que ocurre dentro de mí.

—No sé ni qué hacer ahora... —murmuro.

—Dispara a Irina en la cabeza —sugiere.

Lo miro con los ojos como platos.

—Perdón, eso fue muy de serie turca, volvamos al Dorama. —Sonríe con aire angelical—. Ah, vuelve con Jessica y sed felices...

—Me va a odiar el resto de su vida, eso seguro —intento bromear.

—Pues sé un hombre de verdad, pide perdón y demuestra que mereces ser perdonado. —Me sujeta por el hombro.

—Debería llevarte al consejo del hospital —comento.

—No, acabaría profundamente deprimido. Lo que me da alegría es salvar vidas y hacer feliz a mi madre. —Saca el móvil—. ¡Déjame hacerle una foto a ese análisis!

Le entrego los papeles y cojo mi teléfono.

Hay un mensaje.

Doña María:

Cuando veas esto, llámame inmediatamente.

Jessica ha tenido complicaciones, como era de esperar, y está ingresada en la primera planta, habitación 1101.

Capítulo 36

Jessica Navarro

El sonido de la puerta abriéndose me hace alzar la vista.

El corazón se me dispara al ver a Kostas entrando. Es la primera vez que nos vemos desde aquel día en que lo llamé en el pasillo y me trató con desprecio.

Parece distinto. Si antes no aparentaba la edad que tiene, ahora se le nota mucho más mayor, con profundas ojeras bajo los ojos y más canas en el cabello.

Hay una tensión en su rostro que no logro descifrar, pero me da igual.

—¿Qué haces aquí? —Mi voz suena más débil de lo que me gustaría.

Él duda en la entrada, como si acabara de aterrizar en la realidad y viera mi estado moribundo sobre la cama.

—¿Qué te ha pasado? —Se acerca hasta quedarse a mi lado.

Lo ignoro por completo y digo en voz alta:

—Que lo saquen de aquí, no quiero verlo.

Kostas rodea la cama hasta llegar a los pies, coge la carpeta y lee todo lo que está escrito allí. Cuando termina, parece haber envejecido aún más.

Veo cómo le tiemblan las manos.

No sé si se desploma o si lo ha hecho a propósito, pero se arrodilla ante mí. Sus ojos se encuentran con los míos, y puedo ver claramente una mezcla de dolor y arrepentimiento.

—Jessica, yo... —Se traga las palabras, luchando visiblemente por ordenar sus pensamientos—. Lo siento. Por todo. Me equivoqué, me equivoqué tanto que me cegué, y...

Siento una mezcla de rabia e incredulidad.

—No tienes derecho a aparecer aquí así como así.

—Por favor, dejemos eso a un lado un momento —suplica—. Dime qué está pasando. ¿Puedo hacer algo por ti? ¿Por nuestros bebés?

“Nuestros bebés”.

Se me eriza la piel al oírlo, y al mismo tiempo una rabia me sube desde el vientre, tan intensa que me provoca un mareo y la vista se me nubla.

—¿Nuestros bebés? —Dejo que todo el rencor se note en mi voz.

—Me engañaron.

—¿Y las cosas que me dijiste? ¿También te obligaron a decirlas? —lo provoco.

Asiente enseguida.

—Tienes razón. Fui un imbécil, un cretino, un desgraciado. Fueron tantos años intentándolo, Jessica... no podía creerlo.

—¿Sabes quién sí creyó siempre? —Alzo una ceja—. Yo.

Pienso en nuestra conexión, en lo real que parecía, en los sueños que estábamos construyendo juntos y en las promesas que se rompieron.

—Yo siempre supe que tú eras el padre, Kostas, porque no soy una mentirosa.

—Sí. Lo siento.

Miro fijamente a Kostas, aún arrodillado ante mí.

Lo que siento es tan intenso y pesado que no puedo compadecerme.

—¿"Lo siento"? —Mi voz mezcla ironía con amargura—. ¿Sabes, Kostas? "Lo siento" no es una palabra mágica. No borra meses de sufrimiento, de soledad, de abandono y traición.

—No te traicioné —aclara—. Jessica, yo...

Parece afectado, pero mantengo una postura firme.

—Sé que cometí un error, pero ahora estoy aquí. Para cuidarte a ti y a los bebés. —Intenta tomar mi mano, pero la aparto.

—¿Aquí? —Suelto una risa sin humor—. Creo que llegas un poco tarde, ¿no te parece?

Asiente.

—Es la primera vez que te veo después de cinco meses y ¿crees que tu disculpa significa algo para mí?

—No lo sabía, créeme, Jessica —dice, desesperado.

—¿No lo sabías? ¿O no quisiste saberlo? —le espeto—. Eres adulto, Kostas, los adultos toman decisiones. Y tú decidiste no creerme, decidiste no estar a mi lado.

Baja la cabeza, claramente luchando contra sus propias emociones.

—Tienes razón. Elegí hacerte daño porque yo también estaba herido. Reviví toda la pesadilla y descargué mi dolor sobre ti, la única persona que no lo merecía.

Sé que ha sido sincero todo el tiempo, pero han sido esas palabras las que me han hecho flaquear.

Al ver que comprendió lo que hizo, me siento un poco vengada.

Sin embargo, no lo perdonaría, ni aun así.

—¿Y yo? —Contengo las lágrimas—. ¿Crees que fue fácil para mí? He llevado a estos bebés sola, he pasado por humillaciones en este hospital, he enfrentado desprecios, incertidumbre, miedos...

—Voy a arreglar todo. Te prometo que no volverás a pasar por nada de eso. —Me mira fijamente, suplicando comprensión.

—¿Sabes qué era lo que más quería, Kostas? —Mi voz tiembla, pero no pierdo la firmeza.

—¿Qué?

—Quería que hubieras estado allí cuando más te necesité. Quería que hubieras creído en mí desde el principio. Podría haber soportado a una jefa déspota, compañeros egoístas, días oscuros, dolores, hinchazón, la sensación de que mi cuerpo ya no me pertenece... pero si hubieras estado allí, conmigo... —No puedo evitar llorar.

Veo que mi madre intenta intervenir, pero mi abuela la sujeta con firmeza.

Kostas se pone de pie, con la mirada clavada en mí.

—No puedo cambiar el pasado y me arrepiento amargamente de que fuera así para ti. Pero te prometo que voy a reparar todo y te aseguro que, de ahora en adelante, no volverás a pasar por eso —dice con seriedad—. Estaré ahí por ti, contigo, para ti. Aunque me lleve años recuperar tu confianza.

Se hace un silencio entre los dos.

Lo miro y veo el rastro del hombre al que amé, el mismo que me rompió.

—Kostas, no puedes simplemente aparecer y esperar que todo vuelva a ser como antes —digo con firmeza—. Ahora tengo problemas más importantes que resolver.

—Y aquí estoy, Jessica. Para ayudarte con esos problemas. Haré todo lo que esté en mis manos —y más allá— para demostrarte que merezco tu perdón.

Una ola de emociones me invade.

Y no sé qué decir en este momento.

—Lo siento —vuelve a decir.

—No quiero tus disculpas, Kostas.

—¿Entonces qué quieres de mí?

—¿Ahora mismo? Nada.

Kostas Lykaios

Salgo de la habitación de Jessica con el corazón encogido, una sensación de desolación se apodera de mí.

Con cada paso que doy, me siento más lejos de ella. Y eso me aprieta el pecho, una mezcla de culpa, arrepentimiento e impotencia.

Me detengo a unos pasos de la puerta, con la mente agitada por un torbellino de pensamientos sobre Jessica y su estado, sobre todo lo que dijo y la dura realidad de que no puedo simplemente esperar que me perdone.

"¿Ahora mismo? Nada". Sus palabras me golpearon como un puñetazo y no dejan de resonar en mi cabeza.

No quiere que esté cerca. Y no puedo culparla.

—Ah, aquí estás tú —doña María se lleva una mano al pecho y con la otra se apoya firmemente en su bastón.

Ella y la madre de Jessica vienen hacia mí.

—Perdonen, no quería causar todo eso.

La expresión de la antigua jefa de enfermería es dura, como de costumbre.

—Vaya drama del carajo, una charla triste como si alguien fuera a morirse... ¡gracias a Dios que ya terminó! —Levanta las manos al cielo.

—¡Mamá! —la otra la reprende.

—Ella no te va a perdonar tan pronto. Yo no lo haría. Ninguna mujer con dos neuronas lo haría —doña María aprieta el bastón con ambas manos—. Pero tenemos una situación muy seria aquí, Kostas: si no se hace una cesárea pronto, ella puede morir.

—¿Y a qué están esperando? Ya deberían haberla llevado al quirófano —cruzo los brazos.

—Tú y Jessy... —sacude el bastón en el aire, como si quisiera darnos un bastonazo a los dos—. Sois dos almas tercas y rencorosas. ¡Que Dios me ampare!

—¿Qué pasa?

—Ella no quiere la cesárea, porque uno de los bebés podría morir —dice la madre, con pesar.

Es una situación realmente complicada.

En su lugar, también estaría dividido sobre qué hacer.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Tú eres el padre —los ojos de doña María chispean—. Tienes que decirle que la cesárea es la mejor opción.

La madre de Jessica asiente tímidamente, su rostro muestra toda la preocupación que siente.

—No quiso escucharnos a ninguna —lamenta.

—Convéncela —doña María me lanza una mirada aguda—. No solo eres el padre de los bebés, eres el médico más respetado de este lugar y ella lo sabe.

Me siento extremadamente confundido.

—¿Y crees que me va a escuchar? ¿Después de todo lo que acaba de decirme?

—No lo sé, pero eres el padre de esos bebés y tienes que actuar como tal —dice con firmeza.

Estoy de acuerdo con ella.

Acabo de salir de la habitación, no querría volver tan pronto, porque Jessica necesita tiempo para digerirlo todo, pero no veo otra opción.

—Vale, voy a convencerla.

—Si no lo logras, el bastón va a hablar —me advierte.

Camino de regreso a la habitación de Jessica, preparándome para lo que podría ser la conversación más difícil de mi vida.

En cuanto entro, ella me mira con una mezcla de sorpresa y desconfianza. Y respiro hondo, tratando de reunir todo mi valor.

—¿Qué quieres ahora? —gruñe.

—Jessica, sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero por favor, escúchame —digo en un tono suave, pero dejando claro que es importante que me preste atención.

—Vale.

—Sé que estás preocupada por los bebés, por el riesgo que corre uno de ellos, pero tú también estás en riesgo —respiro hondo —. La cesárea es la mejor opción. Y cuanto antes se haga, antes podrán recuperarse.

Veo que baja un poco la guardia.

Desvía la mirada, llena de lágrimas.

—¿Qué pasa? Puedes confiar en mí, dime lo que sientes.

—Yo... tengo miedo, Kostas.

—¿Miedo?

—Miedo de perder a mis bebés —niega con la cabeza.

—Lo sé —me agacho poco a poco hasta quedar de rodillas—. Yo también tengo miedo —siento una punzada en el pecho—. Pero uno de ellos va a sobrevivir. Y hay una posibilidad de que el otro también lo haga.

—No quiero posibilidades... quiero certezas. Quiero que mis bebés estén bien.

—Estarán bien si tienen una madre viva y sana que los cuide.

—Nunca me voy a perdonar... —cierra los ojos, claramente incapaz de tomar una decisión.

—Voy a paralizar este hospital por ti —le doy mi palabra—. Voy a poner a todos los cirujanos en alerta, disponibles, harán lo posible e imposible por nuestros bebés. Si hay una posibilidad, Jessica, hay un camino.

—¿Ahora crees en los milagros? —me provoca.

Y sonrío, una sonrisa que baja amarga por mi garganta.

—He decidido que, a partir de ahora, solo creo en ti. Y sé que vas a tomar la decisión correcta —le tomo la mano por encima.

Me sorprende que no la retire.

—Nunca voy a culparte por nada de lo que pase. Tu vida tiene que ser la prioridad y, por más que duela imaginar que el milagro que se me concedió puede ser arrebatado, no puedo aceptar perderte a ti.

Ella guarda silencio un momento, pensativa.

—Necesito pensarlo —dice con la voz temblorosa.

—Está bien. Tómate el tiempo que necesites.

Salgo de la habitación de Jessica con una mezcla compleja de emociones.

Siento cierto alivio por haber conseguido hablar con ella, pero una profunda ansiedad por lo que decidirá.

Camino lentamente por el pasillo, mis pensamientos oscilan entre el miedo a perder a Jessica o a uno de nuestros hijos. Pero quiero aferrarme a la idea de que los tres estarán bien.

—¿Y bien? —doña María me mira con expectativa.

—Pude hablar con ella. Jessica va a pensarlo.

—Es un avance. A nosotras ni siquiera nos quiso escuchar —reflexiona la exjefa de enfermería—. Tranquilo, chico, hiciste lo mejor que pudiste...

La madre de Jessica se acerca, los ojos llenos de lágrimas.

—Por favor, no dejes que mi hija muera —suplicó.

—Prometo que voy a supervisarlo todo y que intervendré si es necesario —siento una responsabilidad aplastante sobre mis hombros—. Haré todo lo posible para asegurarme de que esté a salvo. Ella y nuestros bebés.

Doña María esboza una leve sonrisa.

—¿De verdad te gusta mi nieta, Kostas?

—¿Tu nieta?

—No, ¡Obama! Cara de burro.

—Amo a tu nieta. Creo que no lo supe hasta ahora.

Ella asiente y suspira, como si estuviera viendo una telenovela.

—Pues. No. Cometas. Otra. Tontería. Así. Nunca. Más. —A cada palabra da un golpe con el bastón en un lugar diferente—.

¿Cómo. Puedes. Ser. Tan. Inteligente. Y. Tan. Estúpido. A. La. Vez?

—¿Mamá? —la otra intenta intervenir.

Doña María se detiene de golpe y queda con la mirada perdida en el pasillo, observa a cada uno de nosotros, clava el bastón en el suelo y empieza a andar de un lado a otro, como si estuviera desorientada.

—¿A dónde iba yo ahora? —dice con voz frágil.

Puedo ver en su mirada que está actuando.

—Perdona, mi madre no anda muy bien de la cabeza...

—Necesito marihuana —doña María empieza a revolver los bolsillos.

—Sus medicamentos a base de cannabis, mamá —la hija la corrige.

—No, necesito fumarme uno de verdad o voy a tener un colapso mental.

Capítulo 37

Jessica Navarro

Odio estar tumbada en esta cama de hospital.

Por más que la habitación sea amplia y lujosa, sigo sintiéndola impersonal, fría, y no quiero pasar ni un segundo más aquí.

Reflexiono sobre todo lo que dijo Kostas y debo admitirlo: es una decisión difícil. No puedo imaginar a mis hijos sin mí, así como sé que sin ellos me sentiría incompleta.

El nudo en mi pecho duele como una puñalada al enfrentar esta situación insoportable de digerir.

Priscila y Nina me observan con sonrisas forzadas, intentando disimular la preocupación evidente en sus miradas.

—¿Cómo te sientes? —Priscila se acerca.

—Perdida —admito.

Nina arrastra una silla y se sienta a mi lado, tomando mi mano entre las suyas.

—¿Kostas ya sabe que es el padre?

—Sí. Repetimos las pruebas de ADN y el resultado salió hoy —explico—. Y ahora viene aquí queriendo arreglar las cosas, como si fuera fácil...

Priscila suspira y se apoya en la pared.

—Creo que en este momento los dos tenéis que dejar a un lado vuestras diferencias y pensar en lo que es mejor para ti y para los bebés —dice con expresión seria.

—Sí —siento vértigo solo de imaginar la situación—. Pero ¿cómo tomar esta decisión? ¿Cómo puedo elegir entre mi vida y la de uno de mis hijos?

Nina aprieta mi mano con fuerza.

—No es una elección entre una vida u otra, Jessy —me mira fijamente a los ojos—. Se trata de dar una oportunidad de vida a todos vosotros. Kostas fue un imbécil, pero es médico. El mejor de este sitio. Y tiene razón.

—¿Y si algo sale mal?

—Si sigues con el embarazo, seguirás perdiendo sangre, perdiendo fuerzas, y te vas a sacrificar —me interrumpe Nina, con una dureza necesaria en su voz—. Kostas tiene razón, los bebés te necesitan viva.

Mis ojos se llenan de lágrimas al encarar la realidad.

—Tengo miedo.

—Lo sé, amiga, lo sé —Priscila me abraza—. Pero después de todo lo que has pasado, estoy segura de que tienes fuerza para enfrentar esto también. Y estaremos contigo, pase lo que pase.

—Nosotras, tu madre, tu abuela, Kostas... —Nina intenta tranquilizarme.

Respiro hondo, dejando que sus palabras me calmen.

Odio a Kostas en este momento, pero tiene razón.

—Yo... creo que voy a hacerme la cesárea —mi voz tiembla al decirlo.

Mis dos amigas suspiran y se miran con una sonrisa.

—Voy a avisar a los médicos.

—Todo saldrá bien. Vamos a cuidarte, ¡aunque tengamos que renunciar a nuestros trabajos!

—Estamos contigo, amiga —Nina insiste.

Cierro los ojos.

Las palabras de Kostas me dieron consuelo, pero no me permití sentirlo porque mi pecho está lleno de dolor.

Pero tener a mis amigas a mi lado, junto con mi familia, hace que el miedo y la incertidumbre se aparten para dejar espacio a la esperanza.

Quizás hoy sea el día de los milagros.

Kostas Lykaios

Llamo a la puerta del despacho del jefe de cirugía del Mater Dei y entro sin esperar respuesta.

Veo a Jeon inclinado sobre su portátil viendo algo. Se pone las gafas de inmediato y parpadea con fuerza al verme.

—Hola, no te esperaba por aquí. ¿Jessica está bien? ¿Hablaste con ella?

—Necesito un quirófano ahora —respiro hondo, intentando mantener la compostura.

—Kostas... —Jeon empieza a mover cosas en su portátil—. Están todos ocupados. Los médicos casi se pegan la semana pasada. Tenemos todo programado y lleno por al menos nueve días.

—Es una emergencia —respondo con dureza, porque no tengo tiempo para sutilezas—. Cancela alguna cirugía y pon a Jessica como la siguiente.

Jeon me mira como si le estuviera pidiendo que robara un banco o secuestrara a alguien.

—Pero... jefe... —Abre los ojos como platos.

—Si nos demandan, yo me hago cargo.

—Dios mío —toma su móvil y llama a alguien—. El próximo quirófano que quede libre debe ser esterilizado de inmediato. Reprograma la cirugía para dentro de dos horas.

Al otro lado, alguien protesta que es imposible, pero Jeon se mantiene firme.

—Órdenes de arriba —cuelga—. ¿Es tan grave el caso de Jessica?

—Sí.

—Vale. ¿Qué vamos a hacer?

—Llama a Glenda, la mejor cirujana obstetra que tenemos —le señalo el teléfono.

—Glenda está de vacaciones...

—No me importa. Tráela de vuelta. Yo pago lo que sea necesario.

—Pero puede tardar horas en llegar... —Jeon busca el número de la doctora en su móvil, pero parece desorientado—. Aquí está. Hola, doctora Glenda. ¿Dónde está? ¿En Marruecos? —Abre los ojos con sorpresa—. Ah, nada, adiós.

—Mierda. ¿Qué cirujanos obstetras están de guardia hoy?

—Paloma, Emily, Carlo...

—No importa. Llama a tu mejor cirujano, cuatro enfermeras, un anestesista, dos neonatólogos, en fin, haz que lo preparen todo —le ordeno mientras él escribe y envía mensajes desde el portátil.

—El mejor cirujano no está disponible —comenta.

—No importa. Tráelo al hospital, ahora mismo.

—Está en el hospital, pero no quiere entrar al quirófano.

—¿Y por qué demonios no va a entrar? Tráelo aquí, hablaré con él personalmente —gruño.

—Entonces convéncete tú mismo de entrar —Jeon me mira con seriedad.

—Jeon...

—Vamos, Kostas, eres cirujano de trauma. El mejor cirujano general del Mater Dei. Has salvado a gente con pulmones perforados, piernas atrapadas en chatarra de camión...

—Esta vez es distinto —lo interrumpo—. Es más difícil.

—¿Por qué es más difícil?

—Porque si fallo, lo pierdo todo.

Jeon termina de enviar los mensajes, se levanta y me mira con firmeza.

—Entonces, amigo, más vale que no falles.

Lo acompaño por el pasillo cuando empieza a correr.

—¿Estás loco?

—Salvaste a tu abuelo dos veces, tienes más de mil cirugías exitosas... —hace una pausa dramática—. El Consejo Federal de Medicina no te impide operar. Solo necesitamos que haya otros médicos en la sala para emitir opiniones neutrales.

—Nunca he hecho una cesárea, joder —lo detengo con fuerza por el hombro.

—Pero has salvado muchas vidas. Es tu especialidad —Jeon sonríe—. Están esterilizando la sala 4.

—Jeon...

—¡Yo seré tu asistente! —grita y desaparece por el pasillo.

No sé cómo me siento. Apreensivo, claro. Y por primera vez, nervioso.

Nunca me había sentido así, ni siquiera cuando era estudiante. Siempre supe lo que hacía y esa confianza me acompañó durante todos estos años, pero ahora siento que ni siquiera sé por dónde empezar.

—¿Qué pasa ahora? —me quejo al sentir el móvil vibrar en el bolsillo—. Ni lo sueñes, Irina —lo vuelvo a guardar.

Me quito la chaqueta y voy a toda prisa al vestuario para ponerme el pijama quirúrgico. Mientras me cambio, el móvil no deja de vibrar.

—Tengo un minuto, dime.

—¿Dónde estás? Estoy en la sala de presidencia y dicen que aún no has vuelto... —comenta Irina.

—Estoy a punto de entrar en cirugía, Irina. ¿Es una emergencia?

—Sí, si consideras que nuestro matrimonio lo es.

—No nos vamos a casar —respondo entre jadeos mientras termino de vestirme.

—¿Qué?

—No habrá boda, Irina. Jessica necesita operarse ahora o perderá a los bebés, así que no me vengas con tus tonterías —cuelgo.

Salgo del vestuario y me topo de frente con Kenzo Itu, cirujano cardíaco, que parece furioso.

—¡Kostas! —viene hacia mí como una furia—. Mi paciente lleva semanas esperando un corazón nuevo y por fin ha llegado. ¡No

puedo aplazar la cirugía!

—Pues lo harás —me aparto de él y sigo caminando.

—¡Podría no sobrevivir! —advierte.

—Lo siento —respondo sin detenerme.

Capítulo 38

Kostas Lykaios

Entro en el quirófano con una mezcla de determinación y un miedo que no sé cómo nombrar. Este es el momento en que todo lo que más valoro está en juego.

El futuro de Jessica y de nuestros hijos está en mis manos.

Y eso me pone infinitamente más tenso que cuando operé a mi abuelo.

Me acerco a Jessica, que ya ha recibido la anestesia raquídea. Su respiración aún es agitada; la monitorizo a través de los equipos que me rodean.

El corazón se me encoge al verla así, tan vulnerable.

—Te prometo que todo saldrá bien —le digo.

—No puedes prometer eso, por el código... —murmura Jeon.

Le doy una patada que lo aparta, obligándolo a apoyarse lejos de mí.

—Confía en mí. Haré todo lo posible. Hay una obstetra aquí para asistirme, cuatro cirujanos neonatales que se encargarán de los bebés en cuanto nazcan.

—¿No podré ver a mis hijos? —los ojos de Jessica se llenan de lágrimas.

No puedo negarle eso. No debería, pero...

—Podrás. Claro que sí. Pero tendrá que ser rápido, ¿vale?

—Está bien. Solo quiero verlos... saber que están bien... —su voz es débil.

—Después de la cesárea, no podrás hablar. Ni hacer esfuerzo. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Te quiero —le aprieto la mano—. Todo va a salir bien.

Jessica parece sorprendida al oírlo.

Y me aparto, dejándole tiempo para procesarlo a su ritmo.

—Todo listo, Dr. Lykaios —Emily, una cirujana obstetra, me guía durante la operación—. Estoy algo somnolienta por el medicamento que tomé al final de mi turno, pero voy a acompañarle y orientarle.

—Perfecto —respondo automáticamente.

Mi atención está completamente puesta en Jessica y en el procedimiento que está a punto de comenzar.

—Vamos a empezar, Jessica —Jeon la avisa mientras monitorea sus signos vitales.

Inicio la cesárea. A pesar de mis años de experiencia en cirugía general y de haber enfrentado todo tipo de situaciones, mis manos tiemblan.

—Un poco más abajo, eso es —me indica Emily.

La sala se sumerge en un silencio absoluto, salvo por el sonido de los monitores y el zumbido de algunas luces sobre nosotros.

Tengo que ser delicado y preciso.

No puedo cometer errores. No puedo fallar.

La voz de Emily se desvanece cuando saco al primer bebé.

Tarda en llorar y eso me preocupa. La doctora lo toma con delicadeza y hace algo que provoca un llanto fuerte que llena la sala, lo que me alivia profundamente.

Rápidamente, pero con precisión, busco al segundo bebé.

El silencio en la sala se vuelve casi tangible, como si todos contuvieran la respiración al no oír el llanto. Me desespero. Saco a la niña, pero no detecto señales.

—Vale, vamos a reanimarla —los cirujanos neonatales entran en acción.

—¿Qué está pasando? —escucho la voz de Jessica.

—Yo cierro —Emily me sujeta del hombro.

—No, déjamelo a mí. Tú para el sangrado, yo cierro —Jeon toma posición.

—No puedes hablar —le digo con seriedad a Jessica—. Está bien. La niña nació débil, necesita cuidados urgentes y, lamentablemente, no podrás cogerla —le explico.

Jessica llora, pero enseguida se muestra alerta cuando le entrego al niño en brazos.

—Has sido fuerte. Has luchado con valentía y demostrado mucho coraje. Estoy orgulloso de ti —beso su frente—. Es precioso.

—¡Todo bajo control! —me avisa Emily.

—¿Por qué no llora, Kostas? —Jessica no hace caso a mi advertencia de quedarse en silencio—. ¿Está bien? ¿Mi niña está bien?

—Jessica, confía en mí —le pido.

Y en cuanto pronuncio las palabras, la sala se llena con el llanto de la otra bebé, que hace que su hermano también empiece a llorar.

Un sonido que transmite alivio y que puedo ver en los ojos de Jessica, que se llenan de una plenitud total.

—Puede estar con la madre unos segundos, pero debemos llevarla a la incubadora —me alerta Jeon.

—Está bien.

La niña es más pequeña que su hermano, parece extremadamente frágil y apenas puede moverse. Cuando la tengo en mis manos, siento que todo mi mundo cabe ahí, y experimento una sensación desconocida en todos mis años de vida.

Es como si nada más importara que su bienestar.

—Aquí tienes —la pongo en los brazos de Jessica—. Con cuidado. Así. Sosténle la cabeza.

Observo las miradas entre los médicos y entiendo la comunicación silenciosa.

—Tenemos que llevarla, Jessica.

—¿A dónde se la llevan? —su voz es débil y se desmaya.

Tomo a los dos bebés de sus brazos y los entrego a los médicos neonatales. Corro hacia Jeon.

—¿Qué pasa?

—Sangrado. ¡No consigo detenerlo! —se queja Emily.

—¡Dos bolsas de sangre, rápido! —le indico a Jeon.

Empujo a todos para apartarlos de Jessica y tomo el control de la situación. Detengo el sangrado mientras reviso los puntos hechos por los dos y rehago el trabajo.

"Si existes, no me la quites", gruño en mis pensamientos, como si pudiera amenazar a Dios con mi humor hostil. "Ella es todo

lo que tengo, todo lo que necesito, todo lo que soñé y pedí. Mátame a mí, pero no te la lleves, por favor. Nuestros hijos la necesitan".

Cuando el equipo neonatal se marcha con los bebés, mi atención está dividida entre seguirlos y quedarme con Jessica.

Pero mi prioridad es ella. Ahora y siempre.

—Ve con ellos —le indico a Jeon—. Vigila a los bebés.

—Cuenta con ello —se va.

El sangrado comienza a disminuir y los signos vitales de Jessica se estabilizan cuando empieza la transfusión.

Eso genera un alivio general y me da algo de paz para terminar todo el procedimiento correctamente.

—Estabilizada —dice Emily, somnolienta, agotada y aliviada.

Miro a Jessica, aún inconsciente, pero con la respiración tranquila.

Siento una mezcla de gratitud y amor por su fuerza y valentía.

—Gracias —agradezco a todo el equipo.

Apoyo los codos sobre la mesa de operaciones, cierro los ojos y solo pienso en una cosa.

“Gracias”.

—Debe descansar, doctor —dice una de las enfermeras.

—Sí. Llévenla a la habitación. Su abuela puede darles instrucciones, tiene experiencia en este caso —suspiro—. En unos minutos estaré allí. No permitan que se mueva ni que hable.

—Sí, señor —se alejan, llevando a Jessica.

Salgo del quirófano, me quito todo el equipo quirúrgico y me lavo las manos. La adrenalina va bajando poco a poco y noto que me he mordido por dentro la boca. La cabeza me estalla de dolor.

Camino a paso rápido hasta la UCI neonatal, donde veo a los bebés.

Están seguros en las incubadoras, pequeños y frágiles, pero vivos.

Es extraño. Y hermoso.

He estado cara a cara con la muerte todas las veces que entré en un quirófano. Salvé casi todas las vidas, pero nunca había formado parte del proceso de dar vida a alguien.

Es algo tan raro. Tan único. Tan valioso.

Y mientras admiro a mis pequeños, tengo la certeza de que no podría haber sido con nadie más que con Jessica.

—Vete a descansar. Lo necesitas —Jeon me pone una mano en el hombro.

—¿La niña es la que tiene anemia falciforme? —pregunto.

—Según el cribado neonatal, sí.

—Tengo que llamar a pediatría —me rasco la nuca—. Asegúrate de que estén a salvo.

—Tienes mi palabra —Jeon asiente—. Ve a estar con Jessica.

—Vale. Gracias —le doy una palmada en el hombro.

Me quedo unos segundos más observando mientras las enfermeras cuidan de ellos, y salgo de la UCI neonatal con la sensación de haber cumplido con mi deber.

Regreso a la habitación de Jessica, donde está siendo atendida por su abuela y el personal del Mater Dei.

Me siento en el sillón junto a ella. Sé que tenemos mucho de qué hablar, heridas por sanar, puentes que reconstruir, pero en este momento solo quiero que sepa que voy a estar aquí, a su lado, para asegurarme de que esté bien.

Le tomo la mano, que está algo fría, y siento una oleada de calor conectarnos. En unos minutos, el rostro pálido de Jessica empieza a recuperar color y sus cejas se fruncen, como si estuviera en una pesadilla.

Entonces, vuelve a dormirse.

—Has salvado a nuestra familia —susurro, acariciando su mano—. Y voy a pasar el resto de mi vida dándote las gracias por ello.

Capítulo 39

Jessica Navarro

Cuando despierto, ya es de noche.

Mi mente está desorientada y, poco a poco, recuerdo cada cosa que ocurrió hace unas horas: el dolor, la difícil decisión de hacer la cesárea, los rostros preocupados a mi alrededor.

Mi primera reacción es de pánico, una necesidad urgente de saber dónde están mis hijos.

Miro a mi alrededor y veo a Kostas sentado a mi lado, sujetando mi mano. Está concentrado en el móvil, escribiendo sin parar una serie de mensajes.

—Kostas... —lo llamo con debilidad y suelto su mano.

—¡Jessica! —deja el móvil de inmediato y me presta atención —. No hagas esfuerzos.

—¿Dónde están mis bebés? —es lo único que quiero saber.

—Están en la UCI neonatal. Estables. Pero necesitan estar bajo supervisión y cuidados —explica.

—Quiero verlos.

—¿Cómo te sientes? —me observa con preocupación.

—Estoy bien. La boca seca, una sensación horrible de dolor de cabeza, pero bien. ¿Qué me pasó?

—Perdiste más sangre de la esperada, pero con descanso, todo se solucionará —va hasta una esquina de la habitación, toma una silla de ruedas y la coloca junto a la cama—. No hagas ningún esfuerzo.

Kostas me carga en brazos y me sienta en la silla, acomoda el apoyo para los pies para que pueda apoyarlos.

—¿Mi abuela... mi madre?

—Fueron a cenar. Volverán en cualquier momento.

Mi corazón late rápido por la ansiedad.

Quiero ver a mis hijos, abrazarlos, pero siento mi cuerpo exhausto, incapaz de moverse como yo quisiera.

—Si sientes dolor, avísame.

—Vale.

Él empuja la silla y me lleva hacia donde están nuestros hijos.

Durante el trayecto, noto una sensación de vacío donde antes sentía el movimiento de los bebés, y eso me inquieta. Me duelen los pechos como si necesitara amamantarlos con urgencia, y siento que el corazón se me va a salir si no los toco.

Subimos al cuarto piso, en pediatría, y nos dirigimos a la UCI neonatal. Observo una sala enorme con diez incubadoras, solo tres bebés dentro.

Reconozco al mío de inmediato, con solo verlo.

—Con cuidado —murmura Kostas cuando me deja frente a él.

Mi corazón se llena de amor al ver a mi hijo. Toco su pie y siento su piel tibia, suave y algo arrugada entre mis dedos.

Es una sensación distinta a todo lo que he experimentado antes.

Amo a mi abuela como si fuera mi alma gemela, adoro a mi madre, pero lo que siento al mirar a mi hijo va más allá de cualquier cosa que jamás soñé sentir por alguien.

—Es tan bonito —observo al niño.

—¿Ya pensaste en un nombre?

—Quería David Luca —respondo.

—Entre los griegos es costumbre que el hijo varón lleve el nombre del abuelo —comenta Kostas.

—Problema de los griegos. Yo los llevé dentro sola, tuve un embarazo sola y elegí los nombres sola. Si los griegos querían poner nombres, que hubieran participado en el proceso —lanzo con dureza.

Kostas guarda silencio, respira profundamente.

—¿Dónde está mi niña? —miro a mi alrededor.

Kostas parece sorprendido al darse cuenta de que no la veo allí.

—Está recibiendo cuidados especiales, necesita ahora un equipo multidisciplinar. Pero pronto te la traerán para que la veas —informa.

—Quiero verla. Ahora, Kostas —exijo.

—Jessica...

—¿Cómo sé que mi hija está viva? ¿Cómo sé que la están cuidando bien? —comienzo a alterarme.

Él me hace una señal para que me calme y no altere a los bebés, y me retira del lugar.

—Está viva y estable, la están cuidando...

—No creo en tus palabras. ¡Quiero verla!

—De acuerdo —asiente—. Te llevaré con ella.

El tiempo que paso con mi hijo es breve, pero suficiente para darme fuerzas y esperanza. Al salir de la UCI, siento un dolor agudo en el pecho, pero sé que él estará mejor allí, porque necesita cuidados que yo no puedo darle ahora.

—Aquí no tenemos un centro perinatal como tal, pero he montado una especie de "cuartel general" para cuidar de nuestra hija —informa.

Cuando dice "nuestra hija" siento un vacío en el estómago, una mezcla de frío y anestesia emocional.

Aún no puedo creer que le haya caído la ficha.

—¿Qué significa eso?

Al final del pasillo de la planta de pediatría, hay dos salas aisladas: en una está la incubadora de mi bebé, rodeada de máquinas enormes que controlan sus signos vitales y se ocupan de cosas que ni siquiera alcanzo a imaginar.

En la otra habitación hay pañales, ropita, un armario con medicamentos, suero, todo tipo de cosas necesarias para una emergencia.

Veo en la puerta una tabla fijada con veinte nombres. Son los únicos que pueden circular por aquí. En la lista figuran: psicóloga, enfermeras, pediatras y un médico de urgencias.

—Hola —saludo con poca fuerza a las cuatro personas que están atendiendo a mi hija en este momento.

—¿Quieres verla? —me invita la pediatra con una sonrisa.

Kostas empuja la silla y me acerca a mi niña.

—No puedes tocarla todavía, ¿vale? —dice la médica—. Aún no tiene anticuerpos...

—¿Cómo voy a darle el pecho?

—Qué bueno que lo preguntas —Kostas se aclara la garganta, demostrando que ya lo había pensado todo—. Hay un extractor de

leche en la habitación de al lado.

—¿No podré darle el pecho directamente?

—No al principio —me explica la médica—. Pero puedo enseñarte cómo darle el biberón...

—Quiero hacerlo yo —lo miro con autoridad y protección.

—Por supuesto. Eres la madre, tú mandas aquí.

—Me alegra que lo sepas —le lanzo una mirada fría.

—Nuestro papel es solo asegurar el bienestar y la seguridad de todos —añade Kostas—. Buen trabajo, equipo. Fue en tiempo récord.

—Gracias, señor presidente.

—Voy a sacarme leche ahora —digo, indicando a Kostas que me lleve a la sala contigua.

Nos quedamos solos en la habitación, y él me ayuda con la bomba para extraer leche, me muestra cómo hacerlo, pero cuando se acerca demasiado, lo aparto.

—¿Por qué fuiste tú quien hizo mi cesárea? —pregunto cuando la leche empieza a salir.

Siento un dolor extraño al principio, pero me acostumbro enseguida.

—Porque tú y nuestros hijos sois lo más importante para mí ahora, Jessica —se agacha para quedar a la altura de mis ojos—. No podía permitir que os pasara nada.

—¿No había alguien más cualificado?

—Todos estaban en quirófano, en casa o durmiendo, como era el caso de Emily —responde con calma—. No quería hacerme el héroe. Solo deseaba asegurarme de que todos saldríais con vida.

—¿No lo hiciste para intentar ganarte mi perdón?

—Jessica, tenía miedo. Y no recuerdo la última vez que sentí eso —me mira a los ojos—. Me temblaban las manos, apenas podía sujetar un bisturí. Si te perdía a ti o a alguno de ellos, lo perdía todo.

—Y aun así te arriesgaste...

—Sí. Para no perderte. Y para no perder a nuestros hijos.

Respiro hondo y lo miro con frialdad.

—Todavía no te he perdonado, Kostas.

—Jessica, acabas de pasar por una cesárea —me toma la mano con suavidad—. Necesitas recuperarte, cuidarte, cuidar de nuestros bebés... el perdón lleva tiempo. Y te daré todo el tiempo del mundo para que te adaptes a esta nueva realidad.

—¿Qué realidad sería esa?

—Que yo estaré a tu lado, pase lo que pase. Hasta merecer tu perdón —hace un gesto breve y sonríe de lado.

Evito mirarlo para no dejarme llevar.

—David Luca puede amamantarse directamente. No hace falta que saques leche para él, ¿vale?

—Vale.

Se hace un silencio incómodo entre nosotros.

Me pongo nerviosa al estar en el mismo espacio que él, a solas, como cuando nos conocimos.

No es algo negativo, solo es una sensación extraña que parece conectarnos, un lazo invisible que me hace ignorar todo lo que hay a nuestro alrededor y solo querer mirarlo a él.

Y cuando lo hago, me siento increíblemente segura.

—¿Cuándo saldrá él de la incubadora?

—En unos días, con suerte —Kostas sonríe.

—¿Existe alguna posibilidad de traer la incubadora a mi habitación? Quiero estar cerca de él, Kostas.

Lo piensa unos segundos y asiente.

—Lo haremos. Instalaremos todo lo necesario en tu habitación, hay espacio de sobra allí.

—¿Y mi niña? ¿Alguna previsión?

—No, no la hay —suspira—. Necesito ser franco contigo.

Asiento.

—Cuanto antes encontremos un donante de médula ósea, mejor —respira hondo—. Sobrevivirá sin trasplante, eso esperamos. Pero en cuanto supere esta etapa prematura y empiece a desarrollarse, hacia los seis o siete meses... ese sería el momento ideal para el trasplante. Para que crezca sin limitaciones.

—¿Y su incubadora no puede ir a mi habitación? —le muestro mis ojos llenos de lágrimas, buscando ablandar su corazón.

—No. Lamentablemente no. Está segura aquí, en el área pediátrica, rodeada de especialistas. Los mejores médicos del país.

—También puede estar segura junto a su madre...

—Jessica... —Kostas me aprieta la mano—. Necesitas descansar, mantenerte alejada del estrés, cuidar de nuestro otro hijo. Tranquila. Ella va a estar bien.

—Tengo miedo.

—Lo sé, yo también. No quiero perder a nuestra pequeña.

—¿Prometes que harás todo lo posible, Kostas?

—Lo prometo —responde sin pensarlo ni un segundo—. Y...

—¿Qué? —mi corazón se acelera.

—¿Has pensado en un nombre para ella?

—Sí, claro —pongo los ojos en blanco—. He tenido muchos meses con ellos para decidirlo...

—¿Cómo se llamará?

—Antonella.

Él se detiene un instante para admirarlo y sonríe.

—Has elegido nombres preciosos.

—Gracias —me limpio el pecho y empiezo a pasar la leche extraída al biberón preparado para mi bebé.

—¿Quieres saber qué nombres siempre quise para mis hijos? —pregunta.

—No. No quiero.

Le indico con la cabeza que me empuje de vuelta al "cuartel" para poder alimentar a mi hija.

Capítulo 40

Kostas Lykaios

Fue un día movido y exigente, más incluso que los turnos de veinticuatro horas a los que estaba acostumbrado.

Regreso a la sala presidencial del Mater Dei, después de dejar a Jessica al cuidado de su madre y su abuela. Reviso el móvil, decenas de mensajes, llamadas perdidas, y confirmo que mi familia viene desde Grecia para recibir la noticia personalmente.

Solo dije que era algo urgente y que necesitaba a todos aquí.

Al abrir la puerta, me golpea de inmediato la presencia de Irina.

Está de pie, con una expresión de impaciencia en el rostro.

—Kostas, tenemos que hablar —sus ojos chispean.

Apuro el paso hacia el escritorio, recojo los documentos sobre él, mi portátil, y los guardo en la carpeta ejecutiva.

—No es el mejor momento —mi voz sale cansada.

—¿No es el mejor momento? —avanza hacia mí, sin ocultar su desprecio—. Llevamos días sin hablar como es debido, ahora cancelas nuestra boda por mensaje y ¿crees que eso es aceptable?

—¿Y por qué no lo sería? —le devuelvo el desprecio.

Eso la enfurece aún más.

—¿Qué ha pasado, Kostas?

—Jessica dio a luz —intento resumir—. Fue un caos, tuve que hacer yo mismo la cesárea porque los obstetras... —empiezo a hablar en automático, porque el agotamiento me venció.

—Ah, ¿entonces todo esto es por esa mujer? —se lleva la mano a la cintura y se ríe.

—No le veo la gracia.

—Kostas, ¿cuándo vas a aprender?

—¿Aprender qué?

—Que ella está intentando aprovecharse de tu sueño para engañarte —provoca—. Que está jugando con tu debilidad y está ganando —su voz sube de volumen e intensidad.

—Sí. Ella ganó.

—¿Y nosotros, Kostas?

—Nosotros, Irina, siempre fuimos incompatibles —respondo con frialdad, buscando acortar la conversación—. Lo único que tenemos en común es que somos adictos al trabajo.

Ella asiente de inmediato.

—Las familias deben construirse sobre valores sólidos —comenta.

—Pero mi obsesión con el trabajo es para mantener el legado de mi familia en pie. La tuya es por poder, dinero y fama. Nada de eso me interesa.

—No estamos hablando de trabajo, Kostas. Estamos hablando de nosotros.

—¿Nosotros? —sonrío de lado—. "Nosotros" es solo trabajo, Irina. Una farsa...

—¡Una farsa que te ayudó a llegar al poder! —me acusa.

—¿Y que aumentó el valor de tu empresa, no es así? —replico.

—¿Qué pensará tu abuelo cuando descubra que fue engañado? —intenta asustarme con esa amenaza.

—Bueno, lo sabré mañana, cuando él y toda la familia lleguen de Grecia —le hago un gesto de despedida.

—Kostas, ¿a dónde crees que vas?

—A casa.

—¡Kostas, no me dejes hablando sola!

—¿Qué más quieres decir, Irina? —la miro con seriedad.

Mi tiempo es demasiado valioso como para perderlo con cosas pequeñas.

—Teníamos un plan, un futuro...

Siento un poco de lástima por ella, así que intento suavizar mis palabras.

Hasta hace unos meses, antes de Jessica, habría dicho que lo que tuve con la heredera de la familia Carrasco fue una buena relación, hasta que descubrí que no quería tener hijos.

Ahora veo que no fue algo "correcto". Fue frío y sin alma.

Creo que Jessica llenó mi vida de tanta emoción que dejó el listón tan alto que cualquier cosa anterior parece haber sido solo una distracción.

—El plan era un arreglo conveniente para ambos, una sociedad de negocios —explico.

—¡Pero yo te amo, Kostas!

—Lo sé —digo suavemente—. Y nunca te mentí sobre mis sentimientos, Irina. Creo que llegué a quererte, pero amarte... —niego con la cabeza— creo que no sabía lo que era el amor de verdad hasta tener a mis hijos en mis manos.

—¿Tus hijos? —se burla—. ¿Entonces realmente te lo crees?

—Sí. Mis hijos.

—Si quieres vivir esa ilusión, Kostas, y dejar de ser el hombre sensato del que me enamoré, bien. Quédate con tus hijos. Pero mantén este matrimonio.

—Sería bastante difícil, Irina.

—¿Por qué? ¿Aceptar a los hijos de una mujer con otro te parece normal, pero casarte conmigo, que te ayudé a llegar a la presidencia de esta empresa, te parece absurdo?

Mi única reacción es reír.

No quería ser grosero y no estoy con ánimo de librar una guerra, pero si Irina quiere alargar la conversación, lo haré bien.

Abro la carpeta ejecutiva y saco dos documentos. Uno algo arrugado y otro nuevo.

—¿Qué es esto? —pregunta cuando se los entrego.

—Son los exámenes de paternidad que hice —explico—. Este es del laboratorio de tu empresa —señalo el papel arrugado—, y este es el de hoy, de otro laboratorio.

Se queda pálida. Mira los dos documentos sin respirar, inmóvil. Espero a que analice todo lo que necesita y se los arranco de las manos.

—Alguien mintió, en efecto, Irina —coincido con ella—. Y cuando mis abogados se pongan en contacto para esclarecer esto —sacudo el papel ante sus ojos—, no vamos a parar hasta que tu laboratorio esté en la ruina.

—¡Kostas... eso es una acusación grave!

—Sí. Y será grave cuando tu empresa valga menos que un paquete de caramelos, y la compre solo para destruirla y acabar con

el legado de tu familia —me acerco mientras hablo.

Y ella da un paso atrás.

—Mis abogados van a acabar con la carrera de quien haya analizado esta prueba, producido estos resultados y firmado —señalo los nombres en el documento—. Espero que les pagues lo suficiente como para seguir mintiendo ante un juez, porque si no...

—Esa empresa fue todo lo que me dejó mi padre, Kostas —sus labios tiemblan.

—No. También te dejó dos mansiones, coches, algo de dinero —hago un gesto—. Y voy a alargar este proceso durante décadas, hasta que todo se convierta en cenizas y tu familia termine en la calle, tu apellido se convierta en chiste, y cuando alguien te mencione sea solo para advertir que nunca hay que meterse con un Lykaios.

No quería asustar a Irina.

No esta noche.

Pero como ella lo pidió, voy a hacer que entienda con quién se ha metido.

—El hospital va a iniciar miles de demandas por todos los exámenes que ha hecho tu laboratorio. Habrá tantos frentes, tantos casos, tantas audiencias, que será mejor que declares la quiebra y me entregues el laboratorio. Gratis. —Sonrío—. Y cuando abras otra empresa, la destruiré. Y si la pones a nombre de algún socio, también lo destruiré.

—¿Qué quieres?

—Quiero que desaparezcas de mi vista. Que dejes en paz a mi mujer, a mis hijos y a mi familia.

—¿Ella significa tanto para ti?

—¿Jessica? —alzo una ceja—. Ella lo significa todo. Y ahora sé que la amo, porque lo que siento por ella es lo mismo que siento por mis hijos.

Irina parece en shock ante mi confesión.

—Pensé que podía hacer que me amaras —suspira.

—No había nada que pudieras hacer para cambiar lo que siento por ti, Irina —sonrío.

—¿Y qué sientes por mí, Kostas?

Ella sacude la cabeza, limpia las lágrimas que escapan por la comisura de sus ojos.

—Siento que creaste un monstruo en mí —susurro mientras mi rostro se acerca al suyo—. Así que buena suerte sobreviviendo a él.

Guardo los documentos en la carpeta y dejo la sala presidencial.

Jessica Navarro

Intenté descansar, pero no pude dejar de pensar en cómo estaban mis hijos.

Me revolví en la cama durante minutos, mientras miraba el móvil, hasta que unos golpecitos suaves en la puerta llamaron mi atención.

¿Quién podría ser a estas horas?

Kostas ya se había ido del hospital y mi abuela y mi madre roncaban fuerte en un rincón de la habitación.

—¿Jessica, puedo pasar? —Irina asoma la cabeza por la puerta entreabierta.

—¿Irina? —Entorno los ojos para asegurarme de a quién estoy viendo—. ¿Qué haces aquí?

Entra mostrando una expresión de preocupación y se acerca a mí con cautela.

—Cuando Kostas me dijo que estabas aquí, vine lo más rápido que pude —su voz es suave, amigable—. ¡Hace tanto que no hablamos!

—Sí, ha pasado tiempo.

—He estado tan ocupada con la empresa, los viajes con Kostas, los preparativos de la boda... —suspira y baja los hombros.

—Aún no me has dicho qué viniste a hacer aquí —mi voz se vuelve áspera al oírla mencionar la boda.

—Solo vine a ver si estabas bien... ¿cómo están los bebés?

—Estables.

—¿Hay algo que pueda hacer? ¿Necesitas algo?

—No, Irina, tengo todo lo que necesito —hago un gesto—. Y estaba intentando descansar, pero...

—Claro que estás intentando descansar, yo también estaría nerviosa y despierta toda la noche, preocupada por mis bebés.

—Sí.

—Aún más sabiendo que Kostas siempre consigue todo lo que quiere... —me mira con dulzura.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ya sabes, lo único que siempre quiso fue tener hijos y una familia. Era la condición para heredar este hospital, seguro que te lo dijo...

—Es cierto, me lo dijo —asiento, sintiendo cómo los latidos de mi corazón suben a la garganta.

—Y seguro recuerdas que te dije que yo jamás querría ser madre...

—Sí —respondo secamente.

La ansiedad empieza a revolverme el estómago.

—Bueno... solo quería saber si estás completamente segura de dejar la custodia de los bebés con él.

—¿Cómo dices? —la interrumpo.

—Oh, me estuvo escribiendo sin parar esta mañana —desbloquea su móvil y desliza el dedo, mostrando la conversación—. Sobre preparar y decorar la habitación de los niños en nuestra futura mansión. Yo le dije que estaba en contra, primero porque los hijos deben quedarse con la madre...

No tengo voz para responderle.

Siento que mi cuerpo se paraliza, como si estuviera atrapada en una especie de parálisis del sueño.

—Segundo, porque no tengo perfil de madrastra presente, así que quería saber tu opinión sincera sobre esto.

—No sé qué decir.

—Pero lo habíais acordado, ¿verdad?

—No.

La expresión de Irina cambia por completo. Parece aterrada y se cubre la boca.

—Lo siento, Jessica, yo no... no...

—¿Qué más te dijo?

—Solo eso. Pero si no lo acordaron, me preocupa, porque tus bebés necesitan atención y cuidados extremos ahora mismo. Y como Kostas es un hombre con muchos recursos, mucho poder e influencia en este momento, no creo que dude mucho en quedarse con lo que considera suyo.

—¿Estás insinuando que podría quitarme a mis hijos? —pregunto con rabia.

Irina pone la mano sobre la mía.

—Solo he venido a prepararte. Kostas es muy impredecible, especialmente ahora que tiene lo que siempre quiso. Y para él, los bebés son la garantía de su puesto y su poder.

Un escalofrío me recorre la espalda.

La idea de perder a mis hijos, de que me los quiten, me deja paralizada. Pero también despierta una rabia que me haría capaz de matarlo si fuera necesario.

—Voy a apoyarte en esto porque tenemos intereses en común... —se levanta y me observa con preocupación.

—¿Y cómo podrías apoyarme, Irina?

—Te hiciste una nueva prueba de paternidad, ¿verdad?

—Sí, me la hice.

—Bueno... Kostas no puede quitarte lo que no es suyo, ¿cierto?

Capítulo 41

Kostas Lykaios

Despierto casi veinticuatro horas después, un lujo raro para mí.

Ayer fue un día largo, lleno de emociones y decisiones difíciles. La ansiedad y el estrés pasaron factura, y mi cuerpo no resistió más. A pesar de estar acostumbrado a los turnos largos, el de ayer fue el más desafiante de mi vida.

Mi cuerpo pesa, cada músculo parece gritar por más descanso, pero mi mente está agitada.

Antes de que amanezca, me meto en la ducha con agua fría. Me quedo allí un buen rato y solo salgo cuando siento que por fin he despertado.

No puedo darme el lujo de perder más tiempo. Hoy es el gran día en el que presentaré a mi familia a mis hijos y le pediré a Jessica

que se case conmigo.

Sé que tal vez no acepte al principio, pero necesito mostrarle que quiero construir una vida entera a su lado.

Salgo de casa justo cuando el sol empieza a salir y quito el modo avión del móvil. Escucho la lluvia de notificaciones llegar mientras conduzco.

—Hola —digo en cuanto mi madre responde la llamada.

—¡Hijo, ¿dónde estabas?! ¡Estábamos preocupados!

—Creo que todo lo que no dormí en los últimos años, lo cobré esta última noche...

—Más bien el último día... —ríe—. ¡Estamos ansiosos por saber cuál es esa gran noticia que tienes para nosotros! Tu abuela y yo ya estamos listas...

—Perfecto. Encuéntrenme en el hospital, ya estoy en camino —les aviso.

—Vale, ¿pero podrías darnos alguna pista?

—No, mamá, es una sorpresa. ¡La mayor de todas! —exclamo emocionado.

—De acuerdo, hijo, llegaremos en media hora. ¡Te quiero!

—¡Yo también!

Pongo música animada y conduzco como si el tráfico matutino de São Paulo fuera la cosa más relajante y terapéutica del mundo.

Al llegar al hospital, estaciono en mi plaza y veo los dos coches de mi familia.

Los encuentro a todos en la sala presidencial: mis padres, mis abuelos, mis hermanos y sobrinos, todos eufóricos y llenos de expectativas.

—¡Buenos días, familia! —abrazo uno por uno—. ¿Listos para la gran noticia?

—Tiene que ser algo realmente importante —resopla mi abuelo—. Para hacernos cruzar el océano...

—Será lo más importante de los últimos veinticinco años, *pappóus*, lo prometo.

Los llevo al edificio donde están Jessica y los bebés. El trayecto hasta su habitación es lento, lleno de charlas, risas e historias de las vacaciones de mi abuelo.

—Konstantino, ven aquí al frente —le llamo—. Mamá, usted aquí... —hago todo un suspense antes de abrir la puerta de la habitación.

Y cuando lo hago, un vacío me golpea.

El lugar está ordenado, limpio, sin rastro de Jessica, su familia o los bebés. En este momento, al menos la incubadora de David Luca debería estar allí.

—¿La sorpresa es...? —mi abuela tuerce la boca— ¿Una habitación vacía?

Entro y voy directamente al timbre de llamada. Lo presiono y no lo suelto, esperando que alguien venga de inmediato.

—¡Con permiso! —dice una enfermera con nerviosismo al entrar entre la multitud—. Dr. Lykaios, hola.

—¿Dónde está la paciente? —frunzo el ceño.

—Señor, pidió el alta ayer mismo. Ella y los bebés ya se fueron —explica.

—¿Bebés? —mi abuelo me mira con sospecha.

—¿Alta? ¿Qué alta? ¿Con qué órdenes? —mi voz mezcla rabia y sorpresa—. ¡Acaba de hacerse una cesárea!

—Insistió en que estaba bien y prefería recuperarse en casa —la enfermera se encoge de hombros—. Mostró una autorización suya y todo...

—¿Mía?

Tomo el móvil y llamo a Jessica, sin éxito. Llamo a doña María, suena durante unos segundos, pero nadie responde.

—Sí. Dijo que una amiga vendría a ayudarla con los bebés y, por la tarde, cuatro médicos vinieron al hospital, cambiaron a los bebés de incubadoras y se fueron.

Cada palabra suya me hace sentir como si la sangre me abandonara el cuerpo.

—¿Y quién era esa amiga?

—Ah, su futura esposa, señor. Irina.

La sangre se me hiela. Una presión comienza a crecer en mi pecho y me estalla la cabeza de solo imaginar lo que pudo haber pasado.

¿Irina? ¿Qué quería con Jessica? Algo no encaja.

—Voy a buscarlas —anuncio y salgo de la habitación.

Mi madre y mi abuela me siguen, pero no consiguen seguir mi ritmo, porque mis pasos son largos y voy cegado por la desesperación.

—¿Qué está pasando, Kostas? ¿Cuál es la sorpresa?

—Ahora no importa. Tengo que encontrarla.

—¿Encontrar a quién?

No respondo. No puedo pensar con claridad.

Llego al estacionamiento, me lanzo al coche y acelero por las calles sin importarme el tráfico ni los semáforos.

Mi corazón late descompasado, imagino los peores escenarios posibles y solo me calmo al llegar a la casa de doña María.

El lugar está en silencio, nadie responde cuando toco el timbre, así que golpeo el portón y grito sus nombres.

—Hola —dice la vecina al salir—. No están, joven.

—¿Sabe a dónde fueron?

—María de Lourdes me pidió que cuidara las plantas por un buen tiempo... se fueron todas a Minas Gerais.

—¿Dónde exactamente? —abro los ojos.

—Poços de Caldas, creo, el pueblo de su hija.

Al principio no lo creo.

La vecina me deja entrar en la casa, dice que me reconoce de haber venido algunas veces, y paseamos por el lugar. Constato que, en efecto, todo parece abandonado.

Vuelvo al coche, con el llanto atascado en la garganta, una sensación de desesperación mezclada con rabia y culpa.

Tomo el móvil y, para mi sorpresa, veo un mensaje de Irina.

"Tenemos que hablar. Urgente." Eso es lo que dice.

Al instante, contesta como si hubiera estado esperando la llamada.

—¿Qué hiciste? —gruño.

—Pon el altavoz y ven conduciendo hacia el hospital.

Me río, nervioso, y golpeo el volante con fuerza.

—No juegues conmigo, Irina.

—Entonces ven, porque tu familia está ansiosa por felicitar al papá —se ríe.

—¿De qué se trata esto?

—Estoy embarazada, Kostas.

—¡Que se vayan al infierno tus mentiras! ¿Qué hiciste con Jessica? ¿Qué le dijiste?

—¿Importa? ¿De verdad importa? —responde con desprecio —. Lo único que importa está aquí.

—¡Irina, no tengo paciencia! —la advierto.

—Entonces te mandaré la carta que Jessica escribió de su puño y letra —dice con calma—. Confesó que los niños no eran tuyos, que pagó para adulterar esos exámenes.

No puedo respirar. Me arde la sangre y empiezo a sudar.

Me invade una sensación de claustrofobia y salgo del coche de inmediato.

—Decidió ir en busca del verdadero padre, Eric —hace una pausa—. Te lo advertí, Kostas... pero eres un soñador ingenuo.

—Quiero hablar con ella.

—Jessica nunca volverá a hablar contigo ni a verte —dice suavemente.

Y eso se siente peor que la muerte. Peor que no volver a entrar a un quirófano a salvar una vida.

Siento que estoy perdiendo la mía.

—Es una mentirosa y se escondió para no enfrentar las consecuencias, Kostas —suspira—. Ahora ven al Mater Dei y celebremos con tu familia mi embarazo...

—No estás embarazada.

—Sí lo estoy.

—No, no lo estás.

—¿De verdad crees que mi laboratorio no guardó y congeló tu esperma? —ríe—. ¿Y que no he pasado los últimos meses intentando inseminarme?

—¿Entonces no soy estéril?

—Eso es. Y mi laboratorio es tan bueno que fue capaz de decodificar tu material genético e inseminarlo en mí.

Cuelgo de inmediato.

Me quedo unos minutos paralizado, sin saber qué hacer, y tomo la decisión más arriesgada y estúpida posible.

Llamo a la puerta de la vecina.

—Hola, querido. ¿Qué ocurre? —me mira con sospecha.

—Llame a doña María. Ahora.

—¿Ahora? —abre los ojos—. ¿Y qué le digo?

—Que su casa se ha incendiado. ¡Llame! —hablo en tono amenazante, mostrando la urgencia, y la mujer toma el móvil y marca.

Le responden casi de inmediato.

—Hola. ¿María? Sí, querida, todo bien, gracias a Dios. —Respira hondo—. No. Quiero decir... tu casa se incendió. Bueno... ¿qué? Mira...

Le quito el móvil de la mano, sintiendo cómo me tiemblan las manos, los labios y la cabeza de tanta rabia.

—¿Dónde están mis hijos?

Silencio sepulcral al otro lado.

—Antes de que cuelgues... —tomo todo el aire que puedo—. Por las buenas relaciones que nuestras familias han tenido, por todo

lo que hemos construido... tú trajiste al mundo a mis hermanos, los sostuviste en brazos, ayudaste a mi abuela y a mi madre a no morir.

La oigo suspirar con fuerza.

—Por favor, ¿dónde están mis hijos?

—No puedo decirlo, Kostas. Lo siento.

—¿Por qué? Solo quiero saber eso. ¿Por qué?

—Porque dijiste que se los quitarías a Jessica. Y ella no está bien.

El mundo comienza a girar a mi alrededor.

Lo que dice es tan absurdo, tan grotesco, tan fuera de la realidad, que no puedo creer que realmente lo haya creído.

—Doña María, quiero a mis hijos y a mi mujer de vuelta. Quiero casarme con su nieta. Quiero formar una familia con ella. No voy a quitarle nada... —explico.

—Jessica dijo que la amenazaste y que prometiste quitarle la custodia de los bebés —responde con tono serio—. Esa niña no quería volver a Poços de Caldas, Kostas. ¿Crees que habría vuelto si fuera mentira?

—¡Es mentira!

—No vas a engañarme, Kostas...

—¡Fue Irina! —exclamo, desesperado, suplicando que me crea—. Sabe que ha perdido, doña María. Está intentando alejarme de Jessica y de mis hijos. Yo no quiero, no puedo, jamás podría quitárselos a su madre.

—¿Incluso si ella no quiere estar contigo?

Esa pregunta es como una puñalada en el pecho.

Porque lo único que quiero es estar con ella.

—Incluso si ella no quiere estar conmigo —respondo cada palabra con dificultad, porque me duelen, no solo en la garganta, sino en el alma.

—No es que no confíe en ti, Kostas. Es que siempre estaré del lado de Jessica.

—Lo entiendo. Y lo respeto. Y pienso que si dijeras lo contrario, doña María, firmarías tu diagnóstico de Alzheimer.

Ella ríe al otro lado con amargura.

—Idiota —murmura—. No lo sé, Kostas... no sé si puedo traicionar la confianza de mi nieta...

—Voy a llevar a mi familia —propongo—. ¿De verdad cree que voy a amenazarla con mi abuela, mi madre, mis sobrinos allí presentes?

—No. No lo creo.

—Jessica te va a perdonar. Tú eres lo más importante para ella en el mundo...

—Lo era —corrige—. Ahora lo son sus hijos.

—Y ellos también son lo más importante para mí.

Tras varios minutos de negociaciones y tratando de calmarla, consigo la dirección en Poços de Caldas y la información de que encontraré a Jessica en la Santa Casa de Misericordia de la ciudad.

Conduzco al hospital como un misil, sorprendido de que ningún coche de policía me esté siguiendo, y al llegar, me encuentro con mi familia e Irina en la sala de reuniones del hospital.

—¡Kostas! ¡Qué noticia tan increíble! —dice mi abuela.

—¡La mayor sorpresa de todas! —Mi abuelo tiene los ojos llorosos, agita la ecografía en sus manos.

—¡Mi niño, felicidades! —mi madre me abraza.

—Hagan las maletas —digo, jadeando, y los miro a todos.

—¿Qué ha pasado?

—Nos vamos ahora mismo a Minas Gerais.

Capítulo 42

Jessica Navarro

Pensé que nunca volvería a Poços de Caldas.

No extrañaba el clima seco y templado, ni las calles tranquilas de mi infancia, ni a la gente que te mira como si te conociera.

Había un consuelo en esa simplicidad, una sensación de pertenencia que había olvidado. Y en el momento en que bajé del avión, se me llenaron los ojos de lágrimas al sentir el calor de mi hogar.

Fue en esta ciudad tranquila donde dije mis primeras palabras, donde me caí en bicicleta, donde fui traicionada por un tipo arrogante y por mi mejor amiga. Y aunque estuviera herida, sentí que era mi lugar.

Mi refugio.

El lugar al que corrí cuando llegó la mayor tormenta de mi vida, una que hizo que Eric y caerme en bicicleta parecieran juegos de niños.

Qué ironía.

Prácticamente huí a São Paulo buscando una vida agitada, un propósito mayor, algo significativo, lejos de la calma del interior...

Y ahora, eso era exactamente lo que quería: paz, simplicidad y seguridad.

Sentada frente al área de UCI neonatal, observo a mis hijos en sus incubadoras.

Huí. Huí con mis bebés.

Lo que dijo Irina se quedó grabado en mi mente, me dejó perturbada, destrozada, ciega. La posibilidad de que Kostas pudiera quitármelos me hirió mucho más que el momento en que me rechazó.

David Luca y Antonella son todo lo que tengo.

Necesitan de mí, de mi protección.

Dios mío. ¿Cómo pude ser tan ingenua como para creer que realmente cambiaría por mí?

¿Por nosotros?

El dolor de la traición es insoportable.

Me siento traicionada, abandonada y, lo peor de todo, con miedo de perder lo único que ahora da sentido a mi vida: mis hijos.

Ellos son la razón por la cual debo ser fuerte, luchar, aunque eso signifique volver a Poços, trabajar en la cafetería de mis padres y abandonar mis sueños.

Rezo en silencio mientras las lágrimas corren por mi rostro. Pido fuerza, valor para seguir adelante, protección para mis hijos y para mí.

Y que nadie me los quite. Nadie. Ni siquiera Kostas.

Mis pensamientos se interrumpen cuando hay un alboroto en el hospital. Aun reconociendo la voz y con el cuerpo estremecido, intento fingir para mí misma que no estoy escuchando a Kostas... hasta verlo, frente a mí.

—¡Señor, no puede entrar así! ¡Acompáñenos hasta la salida! —los guardias lo rodean.

Fuera de su hospital, de su imperio, él no es nadie.

—Jessica —su voz está cargada de emoción y me pone la piel de gallina.

Es una mezcla de miedo, preocupación, urgencia.

—¿Qué haces aquí, Konstantino? —mi voz tiembla, pero intento mantenerme firme.

—Vine a buscarte a ti y a nuestros hijos.

Eso me paraliza. El corazón me late tan fuerte que, incluso desde la distancia, puedo sentir ese choque, esa sensación magnética de antes.

—Ellos no son tus hijos, Kostas. No eres el padre —trago el llanto—. Por favor, vete.

—Escúchame —intenta acercarse, pero los cuatro guardias lo detienen.

Y aun así, los arrastra hasta estar frente a mí.

—No tengo que escucharte, Konstantino. Fue un error. Un crimen, en realidad. Me equivoqué, quería tanto que confiaras en mí, que...

—¿Por qué me estás mintiendo? —exige saber.

—¡Señor, acompáñenos o llamaremos a la Policía Militar! —le advierten.

—Sé que me equivoqué, que te herí. Si pudiera volver atrás, jamás habría dicho todo aquello, Jessica. Dejé que mi orgullo me dominara y ahora... —suspira—. Nunca te quitaré a los bebés.

—Pueden soltarlo —pido, para evitar un escándalo mayor.

No quiero llamar la atención, todo lo que quiero es que mi paso por aquí sea tranquilo.

—¿Sabes lo difícil que ha sido vivir sin ti todo este tiempo? —veo sus ojos llenos de lágrimas—. ¿Sabes cuánto dolió vivir cada día, cada mes, sin verte? ¿Sin poder tocarte? ¿Sin sentir tu olor, tu piel, el sonido de tu corazón contra el mío?

Me siento antes de que mi cuerpo se derrumbe.

—Me odio por haberte hecho daño. Y si estuviera en tu lugar, tampoco confiaría en mí —admite—. Pero estoy luchando por ser un mejor hombre, por ti, por nuestros hijos...

—Ellos no son... —digo, con el llanto atascado en la garganta.

—Sí lo son —Konstantino asiente—. Lo sabes. Deja de mentirme, Jessica.

Asiento en silencio.

Kostas se acerca y se arrodilla. Me toma las manos y busca mi mirada.

—He conseguido todo lo que quería en los últimos meses, Jessica. Todo lo que siempre soñé, por lo que luché, lo que deseé. Pero sin mis hijos y sin ti, nada de eso tiene sentido —me aprieta los dedos—. No puedo quitártelos, porque quiero construir una vida a tu lado. Juntos. Y lo dije, lo repito: esperaré el tiempo que sea necesario.

—¿Y si nunca vuelvo a amarte, Konstantino?

—Te demostraré que merezco tu amor. No puedo prometer que todo volverá a ser como antes, pero te prometo que haré que te quedes, cada día. Haré que me elijas, que confíes en mí, que me ames como nadie más podría hacerlo.

No sé qué decir.

Mi mente está llena de pensamientos contradictorios y el miedo aún domina mi corazón.

—Irina... —intento explicar.

—Irina sabe que lo ha perdido todo, Jessica. Ahora quiere quitarme lo poco que me queda —explica—. Adulteró la primera prueba de paternidad. Y me dijo que habías vuelto aquí para estar con Eric, el padre de los bebés...

Me dan ganas de reír cuando dice eso.

Preferiría vivir en la calle antes que buscar a ese imbécil.

—Está jugando con nosotros. Sabe que si destruye la confianza que tenemos el uno en el otro, puede mantenernos separados. No dejes que eso ocurra...

—Tenía miedo, Kostas. No fui capaz de pensar con claridad...

—No te culpo por eso —me besa el dorso de las manos—. Fuiste usada y manipulada. Dejó que Irina te envenenara...

—No quiero volver a São Paulo —suspiro—. No hasta que mis bebés estén fuera de peligro. No me sentía bien en tu hospital...

—Está bien —asiente—. Entonces nos quedamos aquí, el tiempo que sea necesario, hasta que les den el alta.

—¿"Nos quedamos"? —alzo una ceja.

—No voy a ningún sitio sin ti. Mi lugar es donde estéis vosotros, no quiero estar en otro lugar.

Hay un brillo de sinceridad en los ojos de Kostas que me hace querer creerle, pero aún queda algo de miedo e incertidumbre dentro de mí.

—Si no puedes confiar en mí, confía en tu abuela y en la mía. En tu madre y en la mía. En nuestras familias unidas, apoyándonos —me masajea los dedos—. Hasta que vuelvas a sentirte segura conmigo.

—Kostas...

—No puedo vivir sin vosotros, Jessica. Sin ti y sin mis hijos.

—Los quieres para tener poder sobre el hospital —digo lo que siempre he llevado atragantado y que Irina alimentó.

—Los quiero para sentirme completo.

Sus palabras tienen un efecto extraño en mí.

Siento un vacío en el estómago como aquella primera vez que lo vi. Y empiezo a hiperventilar, con el corazón latiendo tan rápido que apenas puedo respirar.

—Cuando salieron de mí, sentí eso... que me faltaba algo.

—Es como me siento desde que te perdí —Kostas se pone en pie y me ayuda a levantarme para quedar frente a él—. Yo también

estoy incompleto sin ti, Jessica.

—Kostas...

—Es extraño decir esto, pero tú me haces querer creer.

—¿Creer en qué?

—En un milagro —entrelaza nuestros dedos—. En nuestro milagro.

No puedo más y rompo a llorar. Siento que el peso sobre mis hombros disminuye cuando lo hago.

Kostas me envuelve con sus brazos, me aprieta contra su pecho y apoya la barbilla sobre mi cabeza. Acaricia mi espalda con suavidad y llena mi rostro, mi nuca, mi cabello de besos.

—Esto es lo que tenemos. Un milagro. No lo desperdiciemos.

Asiento con la cabeza, porque es justo como me siento.

Después de todo lo que he vivido, estar viva es la prueba de que Dios existe. Y aunque no creía posible que Kostas y yo volviéramos a estar juntos, una parte de mí siempre lo deseó.

Kostas me abraza con tanta fuerza que parece querer fundir nuestros cuerpos. Su olor se mezcla con el mío, sus lágrimas se

confunden con las mías y, de alguna manera, siento que nuestros corazones laten al unísono y al mismo tiempo por separado.

—Dame una oportunidad —pide, con la voz rota por la emoción.

—¿Cómo voy a confiar después de todo, Kostas? —todavía sollozo.

—No lo sé —baja los hombros, dejando caer todo su peso—. Pero si confías en mí, te prometo pasar cada segundo del resto de mi vida demostrándote que tomaste la decisión correcta.

Se separa ligeramente, mirándome a los ojos.

Me limpia las lágrimas con la mano.

—Eres la madre de mis hijos, la mujer que amo —siento la emoción en cada una de sus palabras.

Jamás lo había escuchado decir que me ama, y eso me sorprende.

—Quiero volver a sentirme completo —acaricia mi nuca.

—Kostas... —las palabras no me salen, mi corazón lucha entre lo que deseo y el dolor del pasado.

—Solo una oportunidad para demostrarte que soy el hombre que nuestros hijos y tú merecéis —me lanza esa maldita sonrisa de canalla.

Y eso me rompe de una manera que no sé explicar.

—Una oportunidad —acepto por fin—. Pero si me decepcionas, Kostas, te juro que no volverás a verme nunca más.

—No llegaremos a ese extremo.

—¿Lo juras? —pregunto, entre incrédula y esperanzada.

—Lo juro por lo más importante de mi vida.

—¿Qué es?

—Nuestra familia.

Capítulo 43

Kostas Lykaios

Desde el momento en que Jessica dijo "una oportunidad", algo en mí cambió.

Con el miedo a perderlos y el profundo amor que sentía por ella y por nuestros hijos, asumí un nuevo propósito: ser el hombre que Jessica y nuestros hijos merecen.

Los primeros días en Poços de Caldas son una mezcla de aprendizaje y emoción.

Normalmente soy el tipo que controla todo y supervisa cada paso dentro de mi hospital. Aquí, soy simplemente el padre de David Luca y Antonella. Y eso me llena de una manera en que nada en la vida lo ha hecho antes.

Jessica y yo prácticamente nos turnamos para descansar y vigilar a nuestros bebés. Son pequeños, frágiles y dependen

completamente de nosotros.

Como la Santa Casa tiene normas estrictas, no puedo presentarles los bebés a toda mi familia de una sola vez. Poco a poco, los voy llevando para que los conozcan.

—Son míos —digo con orgullo a mi madre y a mi padre.

—Tan pequeñitos... —veo los ojos de mi madre brillar—. ¿Por qué nos los escondiste, hijo mío?

—No los escondí, mamá. Lamentablemente fui engañado y no creí en el embarazo de Jessica hasta que se hizo una nueva prueba de ADN.

—¿Cuál es la previsión del alta? —mi padre lanza una mirada analítica.

—Deben completar 40 semanas de desarrollo, así que en un mes estarán en casa.

—Tenemos que llevarlos a Grecia, para bautizarlos —mi padre me lanza una mirada de exigencia.

—Si su madre lo permite, lo haremos.

—¿Permitir? —se burla—. Si son Lykaios, deben ser bautizados en nuestra tierra, con nuestras tradiciones...

—Querido... —mi madre intenta calmar la situación.

Siempre he hecho todo lo posible por agradar a mi familia.

Y no será diferente ahora. Haré lo posible y lo imposible por mantenerlos satisfechos.

—Jessica y yo tomaremos esa decisión —recalco.

Es una sensación extraña. Jessica, David Luca y Antonella son mi familia ahora, y ellos tienen la prioridad en mis decisiones.

—La niña es bastante más pequeña... —mi madre intenta cambiar de tema.

—Sí, tal vez tenga que quedarse más tiempo en la UCI...

—¿Qué vamos a hacer, hijo? ¿No podemos llevarlos al Mater Dei? —mi madre me toma del hombro—. Allí recibirán todos los cuidados, atención, podrías destinarles una ala entera, para ellos y para la madre...

—Ya lo hice —trago saliva—. Pero ella no se sintió lo bastante segura.

—¿Cómo que no se sintió segura? ¿Acaso no sabe que el Mater Dei es uno de los mejores hospitales de América? —mi padre gruñe.

—Fue culpa mía —asumo—. En fin, me quedaré aquí hasta que les den el alta.

—No tengo tiempo para eso. Regresaré a Atenas —dice mi padre.

—Yo me quedo —mi madre se ofrece, para sorpresa de los dos—. Y estoy segura de que tu abuela también lo hará.

—¿Y qué piensas hacer... aquí? —mi padre mira el lugar como si se estuviera cayendo a pedazos.

—Todas las mujeres necesitan una red de apoyo —cruza los brazos—. Una que acaba de tener gemelos prematuros, la necesita más que ninguna.

—Pero ella tomó decisiones pésimas, ¿no? ¿Qué demonios tenía en la cabeza esa mujer cuando salió huyendo de São Paulo con los niños en ese estado? —mi padre me hace reflexionar sobre una peculiaridad de nuestra familia.

Todos estamos obsesionados con controlar todo, especialmente la vida de los demás.

—Tomó las decisiones que pudo, en un momento de miedo —respiro hondo—. Irina le dijo que yo le quitaría la custodia de los

bebés y me los llevaría lejos de ella.

—No puede ser. ¿Irina? —se recoge el pelo en una coleta.

—También falsificó mi prueba de paternidad.

—¿Hablas en serio, Kostas?

—Sí.

—Entonces esa chica necesita aprender una lección.

—Alexandros... —mi madre lo reprende.

—Nadie se mete con un Lykaios y queda impune.

—Y no quedará —afirmo—. Estoy aquí, pero los abogados del hospital y los míos ya están moviendo una pila de procesos contra Irina. Solo no lo he hecho público aún para proteger la salud mental de Jessica.

—Has hecho bien —mi madre aprueba—. Ahora, vamos a dejar que tu abuelo conozca a sus nietos. Espero que se conforme con apreciarlos desde lejos —me da un beso en la mejilla.

Mi padre me aprieta el hombro y se marcha.

Llevo a mi abuela Daphne y a mi abuelo Konstantino para presentarles a los bebés. Incluso con una pared de cristal entre

nosotros y mis hijos, veo la emoción desbordar en sus ojos.

—¡Ay, qué amores! —ella se aferra a mi brazo.

—Es igualito a Kostas —comenta mi abuelo, con la voz cargada de emoción.

—Es más guapo —sonrío—. Culpa de la madre.

Nos quedamos los tres admirando a los nuevos miembros de la familia, en silencio. Me sorprendo al mirar el rostro de mi abuelo y ver lágrimas. Nunca lo había visto llorar.

—¿Pappóus? —le tomo del brazo—. ¿Está todo bien?

—Puedo morir en paz.

—¡Por el amor de Dios, Konstantino! —lo reprende mi abuela.

—Ahora tiene dos motivos más para seguir viviendo —le beso la frente y lo abrazo.

—Kostas... —apenas puede hablar, con la voz quebrada por la emoción.

—Tenía razón, señor —admito—. Todo en mi vida cambió desde que ellos nacieron.

—Estamos muy felices y orgullosos de ti, querido —mi abuela me abraza—. ¿Lo ves? El tratamiento de fertilidad dio resultado...

—No hice ningún tratamiento —aclaro.

Y ambos se quedan boquiabiertos.

—Fue un milagro.

—¿Ahora lo llaman así? —mi abuela se encoge de hombros—. Las noches románticas se convirtieron en milagros, Konstantino —ríe mientras acaricia la cabeza de mi abuelo.

—Debería llamarse Alexandros —comenta él—. Y ella...

—Mis hijos ya tienen nombre, abuelo. David Luca y Antonella.

La expresión de ambos es para enmarcar.

Parece que el alma empezó a abandonar sus cuerpos, se ponen pálidos como fantasmas. Y aunque tienen la boca entreabierta, no dicen nada durante casi un minuto.

—Pero es nuestra tradición —insiste—. Tu primer hijo debería llevar el nombre de su abuelo...

—¿Para ser tan testarudo y rígido como mi padre? —me río—. No. David Luca es un nombre precioso.

—¿Pero es griego? —pone cara de disgusto.

—Creo que no —intento no reírme, pero es difícil.

La forma en que la vieja generación reacciona a que se rompan sus costumbres parece como si los estuvieran atacando físicamente.

—¿Y no se consideraron otros nombres? Perseo, Odiseo, Aquiles... —sugiere.

—David Luca es un nombre bonito.

—Estoy de acuerdo —mi abuela intenta cerrar el tema, aunque es evidente que en el fondo está de acuerdo con mi abuelo —. Mira qué mofletes tiene... necesito pellizcarlo.

—Se quedarán ingresados cuatro semanas más.

—¿Y después?

—Tengo que hablar con Jessica, ver qué quiere hacer.

—¿Cómo que qué quiere hacer? Tu lugar está en el Mater Dei.

—Mi lugar ahora está con ellos.

—¿Y vas a dejar tu vida en São Paulo para vivir aquí? —mi abuela mira a su alrededor—. Nada en contra de este lugar, pero

aquí no tenemos nada.

—Ahora sí —respondo—. Yo y dos hijos. Vosotros, dos bisnietos.

Tras mirarse entre ellos y discutir en silencio, mi abuelo dice:

—Vale, compraremos una casa aquí —respira hondo.

—¡Una hacienda! —mi abuela lo agarra del brazo—. Nunca tuvimos una hacienda... y creo que aquí sería apropiado —dice ilusionada.

—Una hacienda —mi abuelo asiente—. Una grande, que quepa toda la familia, como debe ser.

—Empezaré a buscar de inmediato.

—¿Y la boda, Kostas? —pregunta mi abuela.

—Jessica y yo aún no hemos hablado de eso...

—Claro, tu boda con Irina aún no ha sido cancelada —me lanza una mirada reprobatoria—. Aún no entiendo qué está pasando aquí...

—Comedia griega... —gruñe mi abuelo.

—¡Todo lo contrario! ¿Hijos fuera del matrimonio? ¡Tragedia griega! —mi abuela cruza los brazos.

—Me voy a casar con Jessica —aseguro—. Pero dejaremos que todo fluya a su ritmo. Acaba de dar a luz a gemelos e Irina le ha comido la cabeza.

—Alguien tiene que poner a esa mujer en su sitio —mi abuela me lanza una mirada desafiante.

—Prometo que nada de lo que ha hecho quedará impune.

—Perfecto —aprueba mi abuelo—. Nos quedaremos hasta que les den el alta —declara—. Mientras tanto, intentaremos convencer a la madre de volver a São Paulo. O a Grecia, si así lo desea.

—No queremos que nuestros nietos estén lejos de nosotros, Kostas. Ya sabes cómo es nuestra familia —mi abuela razona.

—Vale. Hablaré de todo eso con Jessica. Por ahora, quedaos en el hotel hasta que organice todo.

—Que no lleve el nombre del abuelo ya es una locura, pero ¿David Luca? —resopla mi abuelo al salir.

—Deja de gruñir, Konstantino, David Luca es un nombre precioso —se queja mi abuela.

—Ni tú te crees eso —responde él.

Ella le da un codazo que lo hace dar un salto hacia atrás.

Me río y trato de entender el choque que han recibido. No es nada tradicional.

Igual que mi relación con Jessica tampoco lo fue, pero cambió mi vida para mejor.

Y es así como creo que serán las cosas de ahora en adelante.

Capítulo 44

Kostas Lykaios

Después de pasar toda la madrugada observando a mis hijos, duermo un poco y, lo más temprano posible, salgo a las calles para comprar todo lo necesario para cuidar de David Luca y Antonella.

Cuando llego al hospital con decenas de bolsas, Jessica me mira como si estuviera exagerando.

Y tal vez tenga razón.

—Hola. ¿Cómo te sientes?

—No lo sé, creo que no muy bien —suspira—. ¿Será que tengo depresión posparto?

—¿Por qué piensas eso?

—Lo busqué en Google y...

—Ah, el doctor Google —digo de buen humor, sentándome frente a ella para escucharla.

—Siento una tristeza muy profunda, Kostas, eso no es normal... no he podido dormir en toda la noche, estoy agotada, no puedo comer, cualquier ruido en este hospital me pone en alerta —traga saliva.

Puedo ver que está luchando consigo misma para no decir lo último.

—A veces me vienen pensamientos intrusivos, ¿sabes? De hacerme daño...

Me levanto y me siento a su lado en la cama, tomo sus manos y la miro a los ojos.

Sí, todo lo que acaba de mencionar podría ser caracterizado como depresión posparto.

—¿Hacemos una evaluación con un especialista? —sugiero.

—Mejor no. Solo encuentra enfermedades quien las busca... —lleva una mano a la boca para morderse las uñas.

Y yo, con sutileza, le tomo la mano y la devuelvo a su regazo.

—También puede ser porque no estás trabajando... lejos de tus amigas... en un lugar que consideras hostil... aún con todo lo que Irina dijo...

Asiente y un leve alivio se refleja en sus ojos.

—¿Puedo proponerte algo?

—¿Mmm?

—Creo que necesitas más tiempo con los bebés.

—Pero son tan frágiles, Kostas. ¿Y si los lastimo? ¿Y si empeoro su estado?

—Yo estaré ahí para orientarte. Confía en mí.

Jessica me mira asustada, y eso me rompe el corazón.

—¿Sí? —le beso las manos—. Voy a hablar con el equipo de la UCI y vuelvo enseguida. ¿Puedo agendar una cita con un especialista para ver lo de la posible depresión posparto?

—Creo que sí.

—Perfecto. Voy a necesitar tus documentos.

Salgo de la habitación y voy a la sala de administración de la UCI.

Me presento, hablo brevemente sobre el estado de Jessica y pido permiso para cuidar de los bebés junto con mi compañera siempre que sea posible.

Desgraciadamente, Jessica no ha tenido mucho contacto con sus hijos y todo lo que ha pasado desde entonces debió haberla dejado muy traumatizada.

Inicialmente, la médica jefe de la UCI niega mi solicitud, pero le explico quién soy y le pido que al menos nos asigne un profesional para acompañarnos. Entonces, acepta.

—¿Qué vamos a hacer? —Jessica me mira con ansiedad cuando entro en la habitación.

—Vamos a... cambiar pañales —me río.

Organizo todo lo que necesitamos de las bolsas y la llevo a la UCI neonatal.

Cuidar de recién nacidos es una tarea muy desafiante, quizás más que una cirugía general. Y todo se vuelve aún más intenso al ver a Jessica en un estado de tristeza profunda.

—Primero vamos a lavarnos las manos —la invito a repetir todo conmigo—. Luego, al abrir la incubadora, lo vamos a girar de

lado, así, con cuidado. Mira lo livianito que es, no hace falta hacer fuerza...

Al notar que está ansiosa a mi lado, la coloco delante de mí. Le tomo las manos con suavidad y la guío en el proceso.

—Vamos a limpiar con algodón ligeramente humedecido hasta quitarlo todo, sea pipí o caca, ¿vale? —susurro.

—Vale.

—Mira qué calentito está David... —le hago sentir la temperatura tocando su barriguita.

—¿Por qué llora ahora, Kostas? —se tensa y retrocede.

La sostengo y apoyo mi barbilla en su hombro, continúo guiándola.

—Creo que es porque extrañaba a su mamá, nada más —la ayudo con la limpieza—. Cada llanto tiene un significado, ¿sabías? Puede ser hambre, frío, cólico...

—¿Y qué haremos cuando tenga cólico?

—Ah, un doctor del Mater Dei me enseñó una técnica genial. Básicamente, ponemos al bebé tumbado, le levantamos las piernecitas, doblamos las rodillas y empujamos hasta que...

—¿Hasta...?

—Hasta que se tire un pedito —me río—. Pero no haremos eso con David Luca ni con Antonella hasta que estén más desarrollados, ¿vale? Solo vamos a cambiar pañales, alimentarlos y pasar un ratito con ellos.

—Vale.

La tranquilidad en su voz es un respiro para mi mente.

Jessica va dejando de lado la tensión conforme repetimos todo esto, varias veces al día.

Aunque esté agotada y pasando por un torbellino de emociones, es naturalmente cariñosa, atenta y dulce.

Me recuerda por qué me enamoré de ella en el instante en que la vi.

De alguna manera, lo supe al mirarla a los ojos: ella sería la mujer que tanto había necesitado.

Nuestra recompensa tras una semana de cuidados constantes es poder sostener a los bebés en brazos.

—¿Podemos quitarles la ropa? —pregunto a la médica que nos observa.

—Sí —responde con tono sobrio, tras mirar alrededor.

—¿Cómo así? —Jessica alza una ceja.

—David Luca y Antonella necesitan sentir el cuerpo de su madre. Oír sus latidos, tocar su piel, sentir su calor —le explico—. Verás cómo se tranquilizan.

Creo que Jessica no esperaba sentirse tan feliz en ese momento.

Los bebés reconocen casi de inmediato de dónde vienen, porque cuando escuchan el corazón de su madre latir, suspiran de alivio, dejan la agitación y tratan de aferrarse a su piel como si fuera su refugio.

Y mi corazón se llena de paz al ver que la respuesta es mutua.

Cuando tengo mi momento con los dos, siento una conexión que va más allá de cualquier explicación.

Es como si al fin hubiera encontrado una parte de mí que ni siquiera sabía que me faltaba.

São Paulo, el trabajo, las locuras de mi familia… todo eso queda eclipsado por la calma de dos seres que aún no comprenden

el mundo.

—Me está encantando aprender todo esto contigo.

Es mágico oír eso de su boca.

Pensé que no lograría reconquistarla, que viviría bajo su frialdad durante mucho tiempo, pero he conocido a una nueva Jessica que me tiene perdidamente enamorado.

A veces, después de cambiar pañales y cuidar de nuestros hijos, nos sentábamos en el sofá de la recepción, exhaustos, ella con la cabeza sobre mi hombro y yo sintiéndome como un zombi de tanto sueño, pero con la sensación de que la vida tenía un propósito claro.

Claro que aún duda al dejarme acercar demasiado, todavía hay una barrera que ha levantado a su alrededor, pero no la culpo. En realidad, estoy dispuesto a derribarla. Solo necesito paciencia —algo que estoy aprendiendo ahora— y demostrarle que no la dejaré, sin importar lo que pase.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Tras observar a Jessica durante días, creo que sé de dónde viene la raíz de su conflicto.

Fue a una consulta con un especialista y, en efecto, fue diagnosticada con depresión posparto.

—Sí —dice con temor.

—¿Tu padre sabe que estás en la ciudad?

—No —desvía la mirada.

—¿No sabe nada de los bebés? ¿De nada?

Niega con la cabeza.

—Mi padre es un hombre muy tradicional, Kostas —suspira—. Me sorprende que aún no se haya enterado por algún chisme… o quizás sí lo sabe y simplemente no quiere verme.

—Vamos a verlo.

—Kostas, no es buena idea.

—Iré contigo —le tomo la mano—. Confía en mí.

—¿Cómo podría ser buena idea ir a verle y escuchar barbaridades? —sonríe con tristeza y se limpia una lágrima rápidamente—. Me quedé embarazada en São Paulo de un hombre con el que ni siquiera estoy casada…

—Porque no quieres —la interrumpo—. Quiero casarme contigo.

Me mira como si me odiara y, al mismo tiempo, encontrara graciosa mi forma tan directa de decirlo.

—Para él, ahora soy solo una pecadora…

—Pero sigues siendo su hija —razono—. Parece que cargas con tanto peso...

—Así es la vida.

—No tiene por qué serlo. Yo también pensaba que la vida era estar solo, que nunca podría tener hijos, que viviría para el trabajo —me encojo de hombros—. Y mírame ahora.

—No sé si estoy preparada, Kostas.

—Lo entiendo —asiento levemente—. A veces necesitamos tiempo para procesarlo todo. Pero no dejes que eso se pudra dentro de ti… quizá sea el momento de dar el primer paso y dejar que sea él quien decida si quiere o no formar parte de esta nueva etapa de tu vida.

—¿Y si no quiere?

—Será un gran idiota. Pero que sepas que ahora tienes una nueva familia que va a cuidar de ti.

—Tu familia aún está aquí, ¿no? —se ríe.

—Hasta mi padre —me río también—. Creo que han encontrado una ciudad lejos de todo el drama y la tensión a los que están acostumbrados...

—Ay, espera a que se conviertan en el nuevo chisme del pueblo —bromea.

Estar en Poços de Caldas también nos ha hecho bien a Jessica y a mí.

Siento que estamos encontrando el camino de vuelta el uno hacia el otro, paso a paso.

Capítulo 45

Kostas Lykaios

Unas semanas después.

Tardé un poco en convencer a Jessica para que hablara con su padre.

La terapia sin duda ayudó, pero creo que lo que realmente le dio valor fue el momento en que nuestros bebés recibieron el alta y el hospital comenzó a buscar un donante compatible para el trasplante de médula ósea que necesita Antonella.

Llevamos a nuestros hijos a la finca que compramos y luego llevé a Jessica hasta la casa de su padre, un hombre muy religioso y conservador, que sin duda no recibirá bien la noticia que venimos a darle.

—Estoy supernerviosa, no sé si voy a poder —se abrocha de nuevo el cinturón de seguridad.

—Tienes que darle una oportunidad, Jessica.

—¿Por qué no nos vamos directamente a São Paulo y fingimos que nada de esto ocurrió? Porque así será como él va a enfrentarlo todo...

—Pero esto no se trata de él, sino de ti —le tomo la mano—. Confía en mí.

Salgo del coche y observo el muro alto que protege una casa espaciosa. Hay un coche aparcado enfrente, así que deducimos que está en casa.

—Recuerda: es por ti —repito y toco el timbre.

El padre de Jessica abre. Es un hombre de estatura media, cabello negro con tupé y un bigote prominente que le da un aire severo. Nos observa con cierto desdén.

—¿Jessica?

—Hola, papá... necesitamos hablar.

—¿Cuándo llegaste? Tu madre dijo que seguías en São Paulo cuidando lo de tu abuela, pero escuché a Pedro decir que te vio en el hospital el otro día.

—De eso mismo quiere hablar tu hija —digo para captar su atención, ya que me estaba ignorando.

—¿Y tú quién eres...?

—Konstantino Lykaios.

—Nunca he oído ese nombre —me evalúa de pies a cabeza—. Entrad.

La casa es amplia, limpia y está llena de fotos. Veo a Jessica en distintas etapas de su vida, tanto en marcos como colgadas en la pared. También hay biblias y libros religiosos por todos lados.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, mirándola a ella y volviendo a ignorarme.

—Papá, me quedé embarazada —su voz tiembla—. Tuve gemelos, nacieron prematuros, pero ahora están bien...

Sus palabras parecen golpearle como un puñetazo.

El hombre se levanta de golpe, y yo también.

—¿Hijos? ¿Estás loca? ¿Cómo has podido quedarte embarazada? ¡Te dije que no fueras a São Paulo, Jessica! ¿Cómo crees que me siento? ¿Qué pensarán los hermanos de la iglesia?

Jessica baja la cabeza.

—¿Y tú? ¿Eres el padre, verdad?

—Lo soy.

—¿Te aprovechaste de mi hija, es eso? ¿Le quitaste la inocencia y ahora vienes a mi casa a qué, exactamente?

—Señor, yo amo a su hija —digo con sinceridad—. Todo lo que pasó fue culpa y responsabilidad mía.

Él suelta una risa amarga.

—Por supuesto que fue culpa tuya. Mi hija jamás se comportaría así...

—Fui yo quien quiso —Jessica reúne todo su coraje para mirarlo a los ojos—. Papá, ya no soy una niña.

—Claro que lo eres. ¡No entiendes nada de la vida! ¿Hijos fuera del matrimonio? No solo es una ofensa a Dios, es una ofensa a esta familia también.

—Me voy a casar con ella —aseguro.

—¿Ahora? ¿Después de que el daño ya está hecho? —su voz destila sarcasmo—. ¿Creéis que eso borra el pecado que habéis

cometido?

Jessica aprieta mi mano, buscando apoyo. Y yo, de inmediato, le muestro que estoy aquí.

—Sé que necesita tiempo para asimilarlo todo, pero al menos entienda que los bebés no tienen la culpa de nada. Y ahora, lo único que necesitan es amor —le digo.

—¿Amor? —niega con la cabeza—. ¡Mi hija deshonra a esta familia, ensucia nuestro nombre y tú eres su cómplice! —me señala con el dedo.

El silencio que sigue es denso, cargado de palabras no dichas y juicios por todas partes.

—Es una pena que piense así —humedezco los labios—. Estamos esperando un trasplante de médula para Antonella antes de volver a São Paulo.

—¿Y te marchas otra vez?

—¿Qué quiere, papá? ¿Que me quede aquí el resto de mi vida escuchando lo mucho que me equivoqué? —Jessica lo enfrenta.

Por cómo la mira, parece que sí.

—Tú tenías un futuro, Jessica. ¡Ibas a casarte con el hijo del alcalde!

—¿Y cómo puede ser tan fácil para usted perdonar a Eric por engañarme y dejar embarazada a mi amiga, y no puede siquiera considerar amar a sus propios nietos?

Ella es directa.

Y por eso la amo.

—Tú hiciste tu elección —dice finalmente—. ¡Sal de mi casa y no vuelvas nunca más!

Jessica se levanta, incapaz de contener el llanto. Yo la sigo de inmediato, le tomo el hombro, la atraigo hacia un abrazo y apoyo mi frente contra la suya.

—Eh. Estoy aquí. Todo va a ir bien. Te lo prometo.

—Mhm...

—Me hace gracia oír esas palabras de tu boca, Cícero —la abuela de Jessica entra en la casa, acompañada por su hija.

Ambas con una expresión dura, mirando fijamente al hombre.

—¿Lo sabías todo esto, verdad? ¡Me lo ocultaste! —le grita él a la madre de Jessica.

—Tú prácticamente dejaste embarazada a mi hija y la convenciste para huir a este sitio —Doña María apoya su bastón en el suelo y lo mira con desprecio—. Solo te casaste con ella años después, nunca pediste mi permiso y me dejaste sin mi hija durante casi cinco años...

El hombre se queda sin expresión al escuchar todo eso.

—Es curioso cómo los que más se apresuran a juzgar suelen ser los que más culpa tienen.

—¡Ella ha avergonzado a Dios!

—Mi hija profesa la misma fe que tú. Y aunque no entendía, se tragó todo para cuidar de su hija. Porque, Cícero, si no somos capaces de amar a los hijos que salieron de nosotros... ¿cómo vamos a amar a Dios, que ni siquiera podemos ver?

El padre de Jessica deja claro que no cambiará de opinión.

Y eso hace que algo dentro de mí se agite, una necesidad de decir unas palabras, no solo para defenderme, sino para proteger el honor de Jessica y de nuestros hijos.

—Antes de irnos, solo voy a decir una cosa más —empiezo, con la voz firme.

Él me mira con el ceño fruncido, como quien va a escucharme, pero no me va a oír.

—Jessica es la mujer más fuerte, valiente e increíble que he conocido. Ha enfrentado desafíos que usted no soportaría sin quebrarse, y aun así, se mantuvo firme —lo miro directamente a los ojos.

La cara de Doña María es puro sarcasmo; parece deleitarse al ver a su yerno escuchando todo eso.

—Ella es mi milagro. Pasé veinticinco años de mi vida intentando tener hijos, hice los tratamientos más caros, viajé por el mundo en busca de una cura, y su hija me regaló algo tan raro y valioso que supera todo lo que he construido en la vida —digo con firmeza para que entienda que hablo en serio.

El padre de Jessica no conoce mi historia, ni yo la suya. Esta es la oportunidad de mostrarle quién soy.

—Recé por primera vez en mi vida, después de veinte años sin siquiera considerar la existencia de Dios, en el momento del

parto, porque fue de riesgo. Y cuando ella dio a luz, ese hombre cerrado, amargado, que vivía solo para el trabajo… renació.

—Si no le va bien como médico, puede ser pastor —comenta Doña María a su hija.

—Su hija me enseñó un nuevo mundo, lleno de amor, comprensión, y con un milagro que la ciencia aún no puede explicarme.

El padre de Jessica parece algo conmovido, pero todavía se resiste.

—Eso fue lo más cerca que he estado de creer en Dios. Donde usted ve pecado, yo vi el renacer de mi fe. Donde usted ve deshonra, yo veo el futuro de mi familia. Y si es tan necio como para dejar que su orgullo herido le impida abrazar a su propia hija, que casi muere en una mesa de operaciones, entonces no creo que sea con ella con quien Dios esté disgustado.

Tras un largo suspiro para recuperar el aliento, observo a las tres mujeres, que no solo parecen aprobar lo que acabo de decir, sino que están emocionadas.

Nunca fui bueno hablando; soy más de actuar.

Pero Jeon me enseñó que a veces el mejor camino es una buena conversación.

Después de un largo silencio, mientras el padre de Jessica procesa mis palabras, finalmente habla:

—Perdóname, hija.

Parece una sorpresa para todos, pero sobre todo para Jessica.

—Es que... solo quería protegerte. Pero ya no eres una niña... —su voz es más suave ahora, aunque vacilante.

—Ella ya tiene quien la proteja —le aseguro.

—Veo que sí —asiente—. ¿Estás seguro de que la amas?

—Con todo mi corazón.

—Lleva un mes sin trabajar, Cícero, este hombre literalmente duerme dentro de la empresa —resopla Doña María, la voz cargada de emoción.

—Perdóname por ser tan duro. Y por mis palabras... Te quiero, hija, más que a nada en este mundo. Y perderte me da miedo...

—No la está perdiendo. Está ganando dos hijos más —digo.

—Tres —añade la madre de Jessica, refiriéndose a mí—. Siempre quiso tener un hijo varón...

—Tres... —Cícero asiente, conmovido.

—Como dicen sobre las familias y las orgías: cuántos más, mejor —remata Doña María.

—¡Abuela! —Jessica la reprende.

—Mamá, por el amor de Dios...

—Es lo que se dice, ¡yo no he dicho que lo apruebe! —se defiende.

—¿Qué tal un abrazo? —Miro a Jessica, luego a su padre.

Es un momento precioso. A ambos se les llenan los ojos de lágrimas, y apenas pueden acercarse sin que la emoción los desborde.

Cuando por fin logran alcanzarse, él la envuelve en sus brazos, la cubre como si quisiera encerrarla en una incubadora y protegerla de todo.

—Solo quiero verte feliz —dice.

—Gracias, papá.

—Estaba equivocado contigo, Kostas —dice tras besar la frente de su hija—. Si puedes cuidar de mi hija y de mis nietos, confío en ti. Y creo que Dios hará milagros en tu vida.

—Dios no tiene que hacer nada más por mí. Ya me dio todo lo que necesito.

Me acerco, le tiendo la mano, pero Cícero no se conforma con eso. Quiere un abrazo también.

—Bienvenido a la familia Navarro —dice.

—Sí, pero qué bonito sería una boda... —comenta la madre de Jessica.

—Estoy más que listo para casarme con su hija, cuando ella quiera —afirmo sin dudar.

Jessica mira a todos, quizás sintiendo el peso de la responsabilidad.

—No me casaría con nadie más que no fueras tú, Kostas.

Esa es la señal que estaba esperando.

He llevado el estuche con los anillos todo este tiempo, pasándolo de bolsillo en bolsillo, mochila… llevándolo a todas partes esperando la oportunidad perfecta.

—Entonces... —me arrodillo y saco el pequeño estuche negro de terciopelo—. Jessica, ¿quieres casarte conmigo?

Puedo ver en sus ojos que, de todos los lugares posibles del mundo —un restaurante griego elegante, una azotea, una sala de cambio de uniforme quirúrgico o cualquier otro—, ser pedida en matrimonio en su propia casa era algo que jamás imaginó.

Y para mí, no se trata del lugar. Se trata de ella. Se trata de convertir cada instante con ella en una razón para que el tiempo valga más que los números de un reloj.

—Acepto.

Me levanta del suelo y me abraza con fuerza.

Por primera vez en mucho tiempo, siento que los muros entre nosotros han sido completamente derribados y que ahora sí, podemos empezar de nuevo.

—Gracias por todo lo que hiciste, Kostas. No sé cómo agradecerte...

—Haría cualquier cosa por ti y por nuestros hijos —confieso —. Y seguiré demostrártelo, todos los días.

—Está todo muy bonito, todo muy bien... —interrumpe Doña María.

Y todos la miramos.

—¿Pero no estará el abuelo ansioso por conocer a los bebés?

—Sí, sí, por supuesto —Cícero asiente—. Por lo visto, hoy no abriremos la cafetería... —le dice a su esposa.

—Un día cerrado no va a arruinar nada, Cícero. ¡Son nuestros nietos!

—¿Dónde están? —pregunta.

—Los llevaremos hasta allí —indico.

Jessica y yo nos miramos en ese instante y creo que ambos sentimos lo mismo.

Que no importa lo que pase, encontraremos el camino.

Porque tenemos algo que vale más que todo lo demás en este mundo.

Capítulo 46

Jessica Navarro

A veces, cuando me detengo a pensar en todo lo que ha pasado, parece un sueño.

Hace unos meses, estaba embarazada, sola y asustada, sin saber qué sería de mí en el futuro.

Ahora, estoy en una casa llena de griegos y mineiros, Kostas a mi lado, nuestros hijos durmiendo plácidamente. Todo lo que siempre soñé está aquí: una familia grande y amorosa para que ellos crezcan sabiendo que tienen en quién confiar.

—Tengo que darte las gracias por lo que le dijiste a mi padre —le digo, sujetando su mano.

Él parece sorprendido por el gesto y me sonríe, entrelaza nuestros dedos y lleva el dorso de mi mano hasta sus labios. La besa con lentitud.

—Siempre fue muy inflexible y yo ya había perdido la esperanza... —suspiro.

—¿Estás más tranquila ahora?

—Sí.

—Para mí, eso es lo único que importa.

Me sorprende cómo Kostas ha cambiado.

Durante todo este tiempo ha sido mi sostén, la persona en quien pude confiar, incluso cuando no tenía fuerzas para abrirme.

Cuando lo conocí, vivía la vida como una gran fiesta, aunque estuviera muy centrado en su carrera y en sus logros.

Me ha demostrado, día tras día, que nuestra familia siempre sería su prioridad. Y eso me dio la seguridad para bajar la guardia y permitirnos una segunda oportunidad.

—Creo que quiero volver a São Paulo —comento, esperando su reacción.

—¿De verdad? —Su tono es neutro, sin juicios.

—Me gusta este lugar, creo que he hecho las paces con mi ciudad natal, pero no siento que sea mi sitio...

Me mira como si pudiera comprenderme sin necesidad de grandes explicaciones.

—Podemos volver cuando quieras —me dice—. Puede ser nuestro momento para respirar hondo, reconectar con lo importante y encontrar fuerzas para seguir adelante.

—Sí. Pero prefiero la vida agitada y caótica de São Paulo. —Me río.

—Yo también.

—Echo de menos el hospital... trabajar... a mis amigas...

—¿Te vendrás a vivir conmigo?

Su pregunta me toma por sorpresa. Aún no me había parado a pensar en ello.

—No creo que sea correcto dejar a mi abuela sola en aquella casa...

—Perfecto, entonces las dos podéis veniros a vivir conmigo —decide.

—¿Cuántas habitaciones tiene tu ático?

—Cinco. Sobra espacio para recibir a todos los huéspedes que hagan falta —asegura.

—No lo sé, Kostas, no quiero interrumpir tu vida...

—Jessica —me interrumpe, sujetándome por la nuca y sacudiéndome con suavidad—. Tú eres mi vida. ¿Todavía no lo has entendido?

Cuando parpadea lentamente y me regala esa media sonrisa, me deja sin palabras.

Asiento en silencio.

—Todavía no me acostumbro a esto... —Siento mis mejillas arder.

—Tendrás todo el tiempo del mundo para asimilar tu nueva realidad. —Sonríe.

—Por mucho que me guste trabajar en el Mater Dei, creo que voy a renunciar.

—¿Por qué?

—No sé si podré volver a estar lejos de nuestros hijos. Tengo miedo de perderlos, Kostas...

—Te garantizo que estarán a salvo, ya sea en casa o en el hospital. Podemos dejarlos en el ala pediátrica, cuidados por los mejores...

—No quiero que estén expuestos a personas malas... especialmente a Irina. —Siento un nudo amargo en la garganta al pronunciar su nombre.

Aún no puedo creer que se hiciera pasar por mi amiga todo este tiempo solo para sabotear nuestra relación.

Solo de pensarlo me invade una rabia descomunal.

—¿Estás preocupada por ella? —se burla.

—Sí. Después de todo lo que ha hecho, siento que sería capaz incluso de secuestrar a los bebés...

—Irina no volverá a poner un pie en el hospital, eso te lo aseguro. Y también te aseguro que jamás se acercará a nuestros hijos.

Sus palabras me tranquilizan.

Confío en él, siento que puedo hacerlo. Me ha dado pruebas de que estará a mi lado y que no tendré que temer por nada.

—¿La vas a denunciar?

—Ya lo estoy haciendo. Yo y el hospital...

—¿Qué falta para destruirla, Kostas?

No tengo miedo de mostrar que quiero ver a esa mujer hundida.

—Bueno, pensé en publicar en todos los periódicos lo que hizo, pero no quiero arrastrarte a una gran tormenta.

—Yo sí quiero —respondo con firmeza.

Si el precio por hacerle pagar sus crímenes es que mi nombre aparezca en una polémica, no lo veo tan mal. He aguantado cosas peores todo este tiempo.

—¿Estás segura?

—¿Cuántos periódicos crees que puedes mover?

—Todos —responde con seriedad—. Voy a acabar con su imagen, con el laboratorio, voy a fundir su fortuna hasta que huya del país con lo poco que le quede y no vuelva jamás.

—¿Crees que soy una mala persona por querer eso? —Evito mirarlo.

—Creo que quieres justicia, y yo también. Lo haremos realidad.

La distancia que había entre nosotros desaparece por completo.

Ya no hay miedo al abandono, ni a que él se ponga en mi contra o intente quitarme a mis hijos.

Sé que no lo hará.

Kostas me hace sentir que, por fin, he encontrado mi lugar en el mundo.

Y, de alguna forma, sé que él también siente lo mismo.

—Me has hecho amar esta ciudad —me río.

—¿Sí?

—Sí. No quería volver aquí... Solo lo hice en un momento de desesperación.

—¿Y por qué no querías, Jessica?

Suspiro y presiono la palma sudorosa sobre mi vestido.

—Por miedo a avergonzar a mis padres... miedo de no ser suficiente... siempre me pareció que aquí no había nada para mí.

—Ahora sí lo hay. —Sonríe—. Una finca... el lugar donde registraremos a nuestros hijos... un punto de encuentro para nuestras familias. ¿Y sabes qué más?

—¿Qué?

—No hay ningún lugar en el mundo donde preferiría estar en este momento que aquí.

Eso me arranca una sonrisa sincera y asiento suavemente.
A pesar del dolor que siguió a nuestra separación, Kostas ha cambiado muchas cosas en mí.

Ahora siento que soy valiente, que estoy lista para enfrentar la vida y entregarme a cada momento sin pensarlo dos veces.

Y veo que yo también lo he cambiado a él.

Eso me hace pensar que la vida es extraña así.

En medio de caminos que nunca esperé recorrer y desafíos que creí imposibles de superar, todo encajó. Todo me curó. Todo me hizo más consciente de quién soy.

Ahora entiendo por qué aquí me parecía demasiado pequeño y, a veces, São Paulo, demasiado grande para mis sueños.

Hasta que encontré mi verdadero hogar.

Ahora, cualquier lugar me parece casa.

Capítulo 47

Kostas Lykaios

Entro en mi habitación —nuestra habitación— en la finca de Poços de Caldas con la sensación de que, por fin, podré descansar después de todo lo que pasó, sin preocupaciones ni estrategias con las que lidiar.

Todavía me cuesta creer que todo está bien. Siempre mantuve la esperanza de que las cosas saldrían bien, pero pasé tanto tiempo en tensión que no parece real que, al fin, todo esté en su sitio.

—¿De verdad todo está bien? —escucho a Jessica preguntar mientras me abraza por detrás, y me siento tan bien con ese contacto que es como si el corazón fuera a fallarme de tanta emoción.

—Sí, todo está bien. Todo está realmente bien. —Me giro en su abrazo para mirarla a los ojos, sujetando su rostro con delicadeza

mientras admiro toda su belleza—. Nuestros hijos, tú y yo... todo está bien.

—Aún no me lo creo —confiesa Jessica, apoyando sus manos en mi cuello—. Tengo miedo de estar soñando.

—Yo también —respondo con sinceridad, y veo la sorpresa en sus ojos por mis palabras—. Tengo miedo de despertar y darme cuenta de que no te tengo, de que no tengo a nuestra familia... pero, sea esto un sueño o no, quiero vivirlo, aprovechar todo lo que tenemos. Quiero ser feliz contigo, con nuestra familia, contigo a mi lado.

—Yo también quiero eso. —La emoción en el rostro de Jessica enciende de nuevo la intensidad de cuánto la extrañé, dejándome, por unos segundos, sin reacción, sin saber cómo manejarlo todo.

Pero solo necesito escuchar lo siguiente que dice para saber, sin ninguna duda, lo que debo hacer. Necesito tomar lo que es mío. Lo que es nuestro.

—Te deseo, Kostas.

No necesito nada más. La atraigo hacia mí y beso su boca, suspirando aliviado por poder, finalmente, disfrutar de este momento.

No hay palabras para describir cuánto la extrañé. Nunca olvidé su sabor, y aun así, la memoria no se compara con lo increíble que es su boca de verdad.

Todo el deseo que he acumulado por ella desde que nos conocimos parece ahora infinitamente mayor. Aterrador. Incontrolable. Y, por suerte, Jessica parece sentir lo mismo, porque la intensidad con la que me devuelve el beso es más que evidente.

Mis manos sujetan su cintura con firmeza, manteniéndola pegada a mí, sin querer pasar ni un segundo más lejos de su cuerpo.

El deseo guía todos mis actos, y no intento pensar diferente. Hago lo que quiero hacer.

Me trago el gemido que Jessica deja escapar cuando deslizo mis manos hacia su culo y lo aprieto con fuerza, asegurándome de frotar mi erección contra ella para que sienta cuán preparado estoy para matar la saudade que tengo de mi mujer.

Solo nos separamos para arrancarnos la ropa. Nada importa en ese momento, ni siquiera que caigan al suelo.

La necesidad que grita dentro de mí también grita dentro de Jessica, y eso se nota en la forma hambrienta en que volvemos a

besarnos una vez que ya no hay tela alguna entre nosotros.

Sus uñas cortas arañan mis brazos y mi espalda, haciéndome estremecer. Casi me quejo cuando su boca se aparta de la mía para besarme el cuello, pero entonces me pierdo en lo increíble que es esa sensación.

Ver a Jessica seguir sus propios instintos, igual que yo, me hace rendirme aún más a lo que estamos viviendo. Me deja ansioso por lo que vendrá.

Normalmente soy del tipo que toma las riendas, que hace las cosas como cree que deben hacerse. Tal vez sea un rasgo controlador de mi personalidad. Nunca fue un problema. Y, modestia aparte, sé que soy muy bueno cuando tengo el control.

Pero esta vez quiero ver hasta dónde llega Jessica. Hasta dónde la lleva su deseo. Por eso, la observo con la boca entreabierta cuando besa y lame todo mi pecho y mis pezones, bajando luego por mi abdomen, decidida, claramente sabiendo lo que quiere.

Cuando la veo arrodillarse delante de mí, siento que todo el aire abandona mis pulmones. No estaba preparado. Ni siquiera soy capaz de respirar con normalidad.

Tiemblo cuando toma mi erección con su mano, y me siento literalmente en el cielo cuando su lengua rodea mi glande, saboreándome con cierta curiosidad antes de decidir que le gusta... y tragarme de una sola vez.

El aire desaparece del todo esta vez. Por más que intento recuperarlo, me es imposible. Todo mi cuerpo y mi mente están enfocados en el placer que me da el espacio cálido y húmedo que es su boca. Estoy tan perdido que no sé cómo reaccionar.

Quiero moverme dentro de su boca, follarle la garganta. Y al mismo tiempo quiero disfrutar de cómo su lengua se desliza por cada uno de mis puntos más sensibles. En medio de esa confusión de deseos, me dejo llevar, dejo que me chupe y me lama a su manera, sin imponer mi ritmo, sin querer controlarlo. Solo quiero recibir el placer que ella me quiere dar.

Sé que no hay ningún freno en mí ahora. Nada que me detenga de seguir así hasta correrme en su boca. Y, para ser honesto, me excita la idea de ver mi semen marcando sus labios, sus mejillas. Pero, más fuerte que eso, es la necesidad de enterrarme de verdad dentro de ella. De matar, de una vez por todas, la saudade absoluta de estar conectado a Jessica, de estar con ella... por completo.

Me dejo llevar por ese impulso incontrolable y la tomo por la nuca, la beso con intensidad en cuanto se pone de pie, guiando su cuerpo hacia la cama sin separarnos ni un segundo, decidido a dejarla sin aliento esta vez.

No quiero solo devolverle el placer que Jessica me ha dado —y sigue dándome—, también quiero ofrecerle todas las mejores experiencias del mundo. No solo físicas o carnales, sino también emocionales. Porque si hay algo de lo que estoy seguro es de que mi corazón ya no vive en mi pecho, sino en el suyo.

Cuando caemos sobre la cama, no me importa presionarla con mi cuerpo —teniendo cuidado con sus puntos, claro—, porque es evidente cuánto desea sentir mi peso sobre el suyo, apretándome contra ella como si quisiera que nos fundiéramos en uno solo.

Sigo besándola, devorando su boca con toda la avidez del mundo, porque besar a Jessica es realmente adictivo. Su sabor es exquisito, como cada rincón de su cuerpo. Y ahora no puedo evitar preguntarme cómo aguanté tanto tiempo sin estar con ella. No me imagino pasando ni un solo día más lejos de esta mujer.

Sus piernas se abren y me acomodo entre ellas, sintiéndome en casa al tenerla así, completamente mía. Es automático empezar a

moverme sobre ella, frotando mi polla contra su coño húmedo como una promesa de que muy pronto estaré dentro.

Eso parece excitar aún más a Jessica, porque su reacción es moverse también, buscando más fricción, apretando sus muslos alrededor de mi cintura en una clara señal de que no quiere que me aleje.

—Te necesito —susurra, casi desesperada, rozando su rostro contra el mío entre besos desordenados, totalmente rendida a mí—. Te necesito ya.

—Yo también te necesito —digo mientras mi mano envuelve su cuello, apretándolo con la fuerza justa para mantenerla en su sitio mientras beso sus labios de forma obscena—. Necesito matar esta maldita saudade de tu cuerpo delicioso.

Cualquier cambio que haya tenido el cuerpo de Jessica con el embarazo solo ha servido para hacerla aún más apetecible. Mi mano libre recorre su piel, deseando memorizar cada una de sus nuevas curvas. Estoy completamente loco por ella.

Me inclino hacia sus pechos y los beso con fervor, encantado por sentirlos tan llenos y suaves, dispuesto a adorar cada parte de Jessica como se merece.

La única razón por la que no me detengo demasiado ahí es porque sé que están sensibles, y al menos hoy, mi única intención es darle placer. Quiero matar esta saudade del modo correcto.

Sigo bajando por su piel, besando todo lo que alcanzo, sintiéndome en el cielo cada vez que Jessica suspira o gime por lo que le hago. No hay sonido más hermoso en este mundo que escucharla así.

El deseo que siento por esta mujer, cómo mi cuerpo la anhela, nunca tendrá una explicación lógica… y sinceramente, no la necesito.

No quiero lógica. Solo quiero a Jessica. Completa. Para mí.

Le dejo unos besos suaves sobre la cicatriz de la cesárea, notando cómo retiene el aliento, probablemente temiendo sentir alguna molestia.

—Shhh, tranquila... no voy a hacerte daño —le susurro con mis labios rozando su vientre, manteniendo los ojos fijos en los suyos—. Solo voy a darte placer, ¿vale?

Jessica asiente con la cabeza y yo vuelvo a centrarme en su cuerpo, separando más sus muslos y besándolos con devoción. Me

siento el hombre más afortunado del mundo por estar entre sus piernas.

—Cuánto necesitaba esto… —confieso mientras acerco mi boca a su coño, dejando una lamida lenta y profunda entre sus labios menores, por fin empezando a saciar mi sed—. Todo lo que necesitaba eras tú, Jessica. Solo tú.

Tras mi declaración, me concentro en chuparla con ganas, succionando su clítoris mientras lo masajeo con la punta de la lengua. Su respuesta son gemidos entregados y desbordados que me enloquecen.

Se mueve contra mi boca, buscando más, y eso me da la deliciosa oportunidad de apretar sus muslos con fuerza para inmovilizarla, desviándome un momento de su clítoris para hundir mi lengua en su entrada, empapándome con su sabor.

Extrañaba tanto saborearla que duele solo pensar en parar.

Pero percibo lo sensible que está su cuerpo, y no quiero que se corra todavía. Quiero tener mi polla bien dentro de ella cuando llegue ese momento.

—Todo este tiempo no has salido de mi cabeza, Jessica —digo mientras subo por su cuerpo, alcanzando su boca al mismo tiempo

que sujeto mi erección, frotando el glande contra su clítoris y su entrada—. Todo este tiempo solo te he deseado a ti.

Jessica aprieta mis brazos al tiempo que se frota contra mí, ansiosa por recibirme.

Y yo no pierdo más tiempo. Acabo con nuestra tortura comenzando a empujar dentro de ella, con cuidado, conteniendo la respiración sin darme cuenta por el placer de sentirla tan apretada alrededor de mí.

Las expresiones de Jessica oscilan entre placer y dolor, y yo me pierdo en ellas mientras sigo hundiéndome en su interior, sintiendo cómo su cuerpo se aferra al mío.

Sus gemidos potencian mi excitación y solo vuelvo a respirar cuando la veo buscándome con las caderas, desesperada por sentirme entero dentro de ella. Por supuesto, eso es lo que hago: empiezo a embestirla con la absoluta certeza de que podría correrme en cualquier momento.

La saudade de estar con Jessica era tan grande que ahora, mientras follo su coño y beso su boca de forma desordenada, entiendo que haber sobrevivido sin ella fue un milagro. No hay nada en este mundo que pueda hacerme alejarme de nuevo.

Cada estocada me hace sentir como si mi cuerpo estuviera a punto de estallar. Estoy ciego de deseo. Necesito seguir moviéndome dentro de Jessica.

Sé que acabamos de tener gemelos, pero no me importaría embarazarla otra vez. Jessica despierta en mí ese deseo intenso de tener una familia grande con ella, de ser feliz a su lado, con nuestros hijos, el resto de la vida.

Y por más cursi que suene, es esa emoción, sumada al placer absoluto de estar dentro de ella, lo que hace que mi orgasmo explote al mismo tiempo que el suyo, compartiendo en perfecta sintonía ese clímax tan esperado.

Somos una mezcla de gemidos, jadeos y placer… y esa es, sin duda, la confusión más deliciosa del mundo.

Capítulo 48

Kostas Lykaios

Una semana después.

—¿Dónde están mis ahijados?

—¿Es la primera vez que nos vemos en semanas y eso es lo primero que me preguntas, Jeon? —Cruzo los brazos.

—Sí —responde con una simplicidad absurda.

—Están bien, fuera de peligro, ya están aquí en São Paulo —informo—. Jessica decidió que era hora de volver, así que aquí estamos.

—Genial. Podrías haberme avisado...

—Te estoy avisando ahora. —Le doy una palmada en el hombro—. Y te estoy invitando formalmente a ser padrino de mis hijos.

Mi mejor amigo no puede ocultar la emoción y la alegría. Finge una expresión seria que pronto se rompe cuando cierra los ojos y sus labios se expanden.

—Voy a aceptar, pero solo porque estás insistiendo mucho...

—Lo sé. ¿Novedades?

—Algunas, sí. ¿Te gustaría sentarte? —Me señala la silla frente a su escritorio.

—Espero que sean buenas noticias...

—Solo las mejores. —Une las manos y hace crujir todos los dedos de una vez—. El genetista que firmó tu prueba de ADN falsa, conseguí contactar con él.

—¿Hmm?

—Y dijo que la prueba fue modificada sin su conocimiento, lo cual empeora todo para Irina.

—¿Alguna señal de ella? —Cruzo las piernas.

—Desapareció. Después de que pusiste a los abogados del hospital tras ella, el laboratorio cerró y ella se esfumó.

—Es poco. —Respiro hondo—. Quiero verla en la cárcel.

—Puede ser difícil... tiene un buen apellido, mucho dinero...

—Por ahora. —Guiño un ojo—. Jessica y yo dimos algunas entrevistas que saldrán pronto, y su apellido no será escudo para nada. ¿Y el dinero? Lo gastará en una montaña de procesos judiciales.

—Dios me libre, no quiero ser tu enemigo. —Jeon me mira de reojo.

—Ni se te ocurra. Tengo dos peticiones que hacerte.

—Ya empezamos...

—La primera es que liberes a Priscila y Nina, excompañeras de Jessica, para que trabajen en casa, cuidando de los bebés.

—¿Ella lo pidió?

—Sí. Aún está muy desconfiada, solo quiere gente conocida cerca. Si aceptan, lo cual probablemente harán, solo trasladaremos el contrato a mi nombre en lugar del hospital.

—¿Y cuando los bebés estén bien?

—Volverán al hospital, sin ningún problema.

Jeon anota en su cuaderno y, al terminar, asiente.

—Descubrimos en la Santa Casa que soy compatible con Antonella para un trasplante de médula ósea.

—¡Ah! —Sonríe nuevamente.

—¿Recomiendas hacerlo cuanto antes o esperar?

Jeon se muestra desconcertado al notar que estoy pidiendo su consejo. Normalmente, tomo la iniciativa sin consultar a nadie.

—¿Cuál es su estado actualmente?

—Acaba de llegar a los 3 kilos, se está desarrollando, aunque no tanto como su hermano. Estamos tomando precauciones para mantenerla sana...

—De acuerdo, tráela aquí para que la vea un especialista y evaluemos si está lista para un trasplante ahora.

—Perfecto.

—... Entonces, ¿todo está resuelto entre Jessica y tú?

—Sí.

—Y tu abuelo debe estar anestesiado de tanta felicidad... —Ríe.

—Hasta olvidó que mi hijo no lleva el nombre de mi padre.

—Vaya, rompieron la tradición...

—Ya no le importa, para que lo sepas, es quien más cambia pañales y cuida de los bebés.

—¿El viejo? —lo llama por su apodo—. ¡Nunca hizo eso con sus propios hijos!

—Imagina la indignación general... Lo importante es que mis hijos crecerán rodeados de ambas familias. El padre de Jessica fue difícil al principio, pero se derritió cuando conoció a los nietos.

—Solo falto yo por conocerlos. —Pone un gran puchero con los labios.

—Te prometo que será pronto.

—¿Y tú? ¿Cuándo vuelves a la dirección del hospital?

Me encojo de hombros.

Él se sorprende al examinar mi reacción.

—Desde que te conozco, nunca te vi faltar un día al trabajo. Incluso cuando estabas enfermo...

—La vida tiene cosas más importantes que el trabajo.

Jeon abre los ojos como platos.

—¿Quién eres tú y qué hiciste con mi mejor amigo?

—No hice nada. Solo... descubrí otros amores.

—¿Entonces ya no vas a dormir en el hospital?

Suelto una carcajada alta y ladeo la cabeza, observando a mi amigo.

—¿Adiós a los turnos de 24 horas? —Hace una mueca.

—Amigo, estoy en un turno de 24 horas desde hace más de un mes. —Levanto las cejas—. Cuidar de dos bebés prematuros ha sido uno de los mayores desafíos de mi carrera.

—Debes de estar agotado. —Aprieta los labios.

—Nunca estuve tan cansado —confieso—. Y tan realizado.

La sonrisa en la mirada de mi amigo es contagiosa. Saca un batido de chocolate de su cajón, lo agita bien, coloca la pajita y empieza a beber mientras me mira.

—¿Y tu madre, Jeon? ¿Sigue enganchada a los Doramas? —Bromeo.

—Le encantó el último. Ahora se está lanzando a nuevas aventuras.

—¿Del tipo...?

—Telenovelas turcas.

Jessica Navarro

Siempre me ha gustado llevar una vida discreta, pero si exponerme significaba hacer que Irina pagara por sus crímenes, asumiría las consecuencias.

Cuando lo que me pasó llegó al horario de máxima audiencia en la televisión, a todos los periódicos del país y a internet, vi que Irina no tuvo ni un momento de paz: dondequiera que estuviera, ya fuera en tiendas, restaurantes o paseando, la gente le hacía fotos, vídeos, la exponían, y ella tenía que huir a toda prisa como una condenada.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —me pregunta Kostas cuando recibimos su invitación para un encuentro.

—Sí, quiero. No voy a tener paz hasta que pague por todo.

—No estarás pensando en liarte a puñetazos con ella, ¿verdad? —me mira preocupado.

Sí, a veces pensaba que solo eso podría permitirme seguir adelante.

—No, solo quiero enfrentarla.

Así que acordamos un encuentro en la sala presidencial del Mater Dei.

No me creí que fuera a venir hasta que nos avisaron de que ya estaba en el edificio, y luego entró en la sala acompañada de su abogada.

Admiro a Kostas por parecer siempre frío y calculador cuando se trata de este caso, porque yo me siento completamente involucrada y con ganas de resolverlo con mis propias manos.

—Buenas tardes, doctor Lykaios —lo saluda la abogada, ignorándome por completo—. Mi clienta, de buena fe, ha venido para poner punto final a todo esto.

—Siéntense —indica él.

Cruzo los brazos y me enfrento a la falsedad de Irina, que ni siquiera me mira a la cara.

¿No era mi amiga? ¿No intentaba ayudarme?

—La última vez que hablamos, dijiste que estabas embarazada de mí —empieza Kostas sin rodeos.

Siento el ácido quemar en mi estómago. Me mantengo sentada por una fuerza sobrehumana que no sé de dónde sale.

—¿Es verdad? —la encara.

—No.

—Claro que no. Eres una mentirosa compulsiva que no para hasta llevarlo todo al extremo, ¿verdad? —la provoca.

Me encanta este Kostas.

Sobre todo porque ha estado cuidando de mí, siendo cariñoso, amoroso y protector, como siempre soñé. Pero con ella... la trata como si no significara nada.

—He venido para resolver esto —dice Irina, con una voz débil y temerosa—. Mi empresa ha cerrado. El nombre de mi familia está arruinado. No puedo tener paz, me persiguen en todas partes...

—¿Y qué propones para solucionarlo, Irina?

—Tres millones de reales. Y con eso, acabar con todo, dejarme seguir con mi vida y...

—¿Tres millones de reales te parecen bien? —me mira a los ojos, profundamente.

—No —respondo de inmediato—. No quiero ni un céntimo.

—¿Entonces qué desea usted? —pregunta la abogada.

—Señora Lykaios —la corrijo—. Soy una mujer casada legalmente. —Les muestro el anillo, aunque en realidad me dan ganas de restregárselo en la cara a Irina.

—¿Qué desea la señora? —dice Irina, con un tono derrotado que calma mi corazón.

—Primero, Irina, me gustaría saber por qué. ¿Por qué hiciste esto? ¿Por qué fingiste ser mi amiga mientras tramabas todo a mis espaldas?

—¿Por qué? —Se ríe, intentando reunir valor para decir lo que realmente piensa—. Porque no eres buena para él.

—Irina... —La abogada le agarra el brazo para frenarla.

—Porque no estás a su nivel. Porque simplemente tuviste suerte de caerle en gracia a Konstantino. Porque...

—Porque ella fue capaz de darme todo lo que siempre necesité —responde Kostas.

Y eso es como una bofetada para ella.

—Me parece curioso que tú digas que Jessica no está a mi altura, cuando tú eres rastrera, ruin y tan insignificante que tuviste que montar todo esto para separarnos. Y aun así, fracasaste —remarca con fuerza.

Eso parece afectarle más a Irina que todas las pesadillas que ha estado viviendo.

—¿Qué creías que pasaría cuando la hiciste marcharse? —Siento todo el dolor en la voz de Kostas y eso me conmueve.

—Creí que escucharías a la voz de la razón y la dejarías, como hiciste conmigo —siento que, por primera vez, está diciendo algo sincero.

—Una lástima, para ti, Irina —lamenta Kostas—. Porque no cruzaría ni un barrio para verte, pero cruzaría un océano para encontrar a Jessica.

—¿Sabes todo el daño que me hiciste? —le llamo la atención —. Tuve un embarazo de riesgo, casi pierdo a mis hijos, y me hiciste

huir, poniendo sus vidas en peligro, haciéndome creer que Kostas me los quitaría.

—No me importa nada de lo que te hice —vuelve a ser sincera—. Por mí, tú y esos críos podríais moriros...

Todo el autocontrol que tenía se evapora en ese instante.

Me levanto y Kostas me sujeta rápidamente. Doy una patada al aire y me abalanzo contra esa mujer como si pudiera resolverlo todo de la manera más primitiva posible y quedarme satisfecha.

—No estamos aquí para pelear, sino para resolver nuestras diferencias —dice la abogada—. Mi clienta ha perdido su laboratorio, ha sufrido daños millonarios, está siendo acosada...

—Es poco —afirma Kostas.

—¿Poco? —la abogada parece sorprendida—. ¿Entonces no quieren llegar a un acuerdo?

—¿Un acuerdo? —alza una ceja—. No, no habrá acuerdo. Habrá justicia.

—Te amé, Kostas —Irina se levanta—. Es una pena que eligieras mal.

—Tu amor no significa nada para mí, Irina. Igual que tú —responde antes de que ella salga.

Y solo entonces me suelta.

Siento que la rabia me va a hacer estallar la cabeza, y me aparto de Kostas para no descargar en él toda la frustración que siento.

—¿Por qué no me dejaste acabar con ella? —gruño.

—Porque ya está acabada —sentencia él, y se dirige a la gran ventana de cristal que da una vista amplia de São Paulo.

—¡Pero aún le queda demasiado pelo en la cabeza!

—Ah, pronto lo perderá, cuando vaya a la cárcel —me asegura.

Kostas me invita a quedarme a su lado.

—¿Ves esta ciudad?

Asiento con rapidez, sin mucha paciencia.

—Es mía. Y nadie va a meterse con mi familia.

—¿Qué significa eso?

Kostas se aparta, guarda todo en su portadocumentos y me indica que siga mirando por la ventana.

Primero escucho el sonido de las sirenas acercándose, luego las luces rojas y azules parpadeando entre los edificios frente al Mater Dei.

En cuanto Irina sale del edificio, un equipo policial la aborda y la mete sin miramientos en la parte trasera del coche patrulla, que parte abriéndose paso entre los demás vehículos.

—¿Y si no la encierran mucho tiempo? —cruzo los brazos.

—Estará el tiempo suficiente para entender con quién se ha metido —extiende la mano—. ¿Cena en el Terraza Mediterráneo?

Levanto una ceja, sorprendida por la invitación.

Hace tanto que no salimos a solas, que esto me hace sentir que estamos empezando de nuevo, esta vez, de la forma correcta.

—Vamos. Solo porque dijiste esa frase... ¿cómo era? Que no cruzarías ni un barrio por verla, pero cruzarías un océano por mí —siento que me arden las mejillas.

—No mentí —me rodea los hombros con el brazo y me conduce hacia la salida.

—Pero no me dejaste darle un puñetazo a esa zorra, ¿no?

—Amor, no voy a dejar que toques basura —Kostas me guía fuera de la sala—. Ya hay quien lo hará por ti.

Epílogo

Jessica Navarro

Un año después, playa de Zakynthos, Grecia.

La brisa suave del mar Jónico acaricia mi rostro junto a los rayos del sol cuando piso la arena de la playa.

A mi alrededor, la belleza de Grecia se despliega ante mis ojos como un cuadro pintado con los colores más vivos que he visto en mi vida.

—Esto sí que son vacaciones —mi abuela se deja caer en la tumbona, se pone las gafas de sol y se queda completamente espatarrada—. Si alguna vez estuve triste, no me acuerdo.

Tardo un poco en asentir, pero tiene razón.

Después de un año turbulento que me llevó al límite en varias ocasiones, siento que por fin estoy en el mejor momento de mi vida.

—¿Qué opinas de la playa, David? —le muestro la vista panorámica.

Mi hijo lanza un grito de alegría y se balancea emocionado, casi se le vuela el sombrero.

—Creo que le ha encantado —Kostas me besa en la nuca—. Ellos saben que están en casa.

Un año.

Pensé que mis bebés se quedarían en las incubadoras para siempre y apenas se desarrollarían, pero aquí estamos.

El trasplante de Antonella fue un éxito rotundo. En tan solo seis meses ya estaba recuperada y sus análisis eran perfectos.

No solo han crecido, ahora quieren explorar el mundo y descubrir todo lo que les rodea.

—No es Minas, pero tiene su encanto.

—¡Papá! —lo reprendo.

—Ay, si solo estoy elogiando...

—¡Pues a mí me ha encantado! ¡Qué lugar tan paradisíaco! No sé cómo vamos a tener unas vacaciones que superen esto —mi

madre regaña a mi padre con la mirada—. Qué detalle tan bonito que tu familia nos haya invitado, Konstantino.

—El placer es nuestro, suegra. Ahora esta tierra también es un poco vuestra, ya que tenéis nietos de sangre griega.

—Guega —balbucea Antonella, imitando a su padre.

—¿Acaba de hablar? —mi abuela se pone alerta.

—No se entiende del todo, solo está imitando a Kostas. Antonella lo hace todo el tiempo —respondo.

—Será mejor que elijas bien tus palabras, mocosa —avisa Kostas—. Tu madre es muy celosa.

—¡Mamá! —dice Antonella.

Y al notar que todos la miran, se queda paralizada, intentando entender qué ha pasado.

—¿Qué has dicho, cariño?

—¡Mamá! —sacude los brazos en los del padre y empieza a aplaudir.

—¡Tengo que grabar esto! —mi padre empieza a palparse los bolsillos.

—¡Qué niña más lista! —Kostas la elogia y la llena de besos.

—¿Mamá? —David Luca me llama, celoso, viendo que toda la atención se la lleva su hermana.

—Perfecto, se pasaron todo el viaje calladitos y ahora no paran de hablar —celebra mi abuela.

—¡Sus primeras palabras, Kostas! —digo, en shock.

—Y no podrían haber sido más perfectas —aprueba.

La sonrisa de los gemelos al recibir todo el cariño de su padre ilumina más que el sol. Hay un brillo especial en sus ojos cuando sienten el amor y la devoción de él.

Eso me hace pensar en el último año, en cómo Kostas no solo ha sido un padre presente, cariñoso y atento, sino también un compañero cuidadoso, servicial y que ha estado a la altura de todas mis necesidades.

Hubo momentos en los que no tenía fuerzas ni para levantarme de la cama, y él siempre tomaba la iniciativa para cuidar de los bebés y después pasaba horas conmigo, incluso faltando al trabajo si era necesario para asegurar mi bienestar.

—¡Mamá! —David señala el mar con sus manitas, como si pudiera regalárselo.

—Sí, mi amor, es el mar. ¿Te gusta?

Mi hijo se lo piensa un momento y empieza a aplaudir, dejando claro que le ha encantado.

Mi corazón se llena de amor al oír sus primeras palabras y ver lo felices que están.

—Creo que quieren mojarse los pies —dice Kostas.

—¿Y si se resfrían? ¿Y si les pasa algo?

—Tonterías, Jessy. ¡Deja que los niños ganen inmunidad explorando el mundo! —mi abuela agita el coco y le echa unas gotitas de su medicina—. Estoy tomando la pastilla de la memoria para acordarme de encontrarme un viejo rico más tarde.

—Tranquila, todo irá bien.

—¿Lo prometes? —encaro a Kostas.

—Lo prometo, amor.

Dejo que mi madre se encargue del resto de las cosas y cojo a David en brazos para ir hacia el mar.

A cada paso que doy, observo el cielo azul profundo que emana paz, y el agua cristalina moviéndose suavemente sobre las rocas blancas.

Siento una gratitud inexplicable. Aquella sensación de futuro incierto y de tener que luchar por un espacio en la vida ha desaparecido. Ahora todo parece brillante y lleno de posibilidades.

—A Nina le encantaría este lugar —comento a Kostas—. A Priscila no tanto. ¿Los góticos van a la playa?

—Si es en Grecia, creo que sí.

—Las echo de menos —suspiro—. Ahora que he entrado en Medicina y voy a dejar el hospital un tiempo para centrarme en los estudios y los niños, tengo miedo de no verlas tan seguido...

—Claro que las verás seguido —me tranquiliza—. Seguirán en el hospital.

—En urgencias, ahí nadie tiene tiempo para nada...

—Ya, pero yo soy el jefe y siempre me las ingenio para cumplir tus caprichos, ¿no?

Le saco la lengua para provocarlo.

—¿Tienes miedo de que todo cambie, verdad?

Me impresiona lo bien que me conoce. Kostas parece mirar dentro de mi alma y leerme cuando estoy inquieta.

—Sí... los bebés ya están aprendiendo a caminar... ¡y ahora hablan! —abro los ojos.

—Están descubriendo el mundo, mi amor. Igual que tú. No habrá ningún cambio drástico, solo evolución de lo que ya está ocurriendo.

Kostas entra al agua y sostiene a Antonella con firmeza en los brazos. Se agacha poco a poco hasta que la niña siente el agua templada en sus pies. Ella patalea, emocionada, mientras provoca a su hermano, que salta en mis brazos para vivir la misma experiencia.

—Ven, yo te sujeto —Kostas me invita a entrar.

Me lo pienso dos veces antes de mojarme los pies, pero confío en él. Camino hacia él y, aunque me da un poco de miedo que el agua me arrastre con David, doy unos pasos más hasta quedarme a su lado.

Siento su mano sujetándome con firmeza de la cintura, dándome estabilidad.

—Perfecto, el agua está estupenda, ¿a que sí? —le sonríe al hijo.

El niño chapotea en el mar, mostrando a su hermana que él también puede hacerlo.

—Están creciendo tan deprisa... —suspiro.

—Gracias a Dios.

—Y a la medicina —lo pincho.

—Sí, claro —Kostas se ríe.

Cada vez que lo veo con nuestros hijos, mi corazón se desborda de amor.

Jamás imaginé que podría sentir algo así.

—Cualquier lugar es seguro si estamos juntos —me besa la frente.

—¡Mamá! —protesta Antonella, pidiendo también un beso.

Y el padre, por supuesto, se lo da.

—¡Mamá! —David Luca agita los brazos, mostrándole al padre que se ha olvidado de él.

Y él también llena al pequeño de besos.

Volvemos a la playa tras el refrescante chapuzón. Kostas y yo ayudamos a los gemelos a construir castillos de arena, con la banda sonora del vaivén del mar rompiendo contra las rocas.

—Mira lo que he traído.

Kostas saca del cooler un recipiente grande. En cuanto abre la tapa, David y Antonella se alborotan, babeando, luchando por coger la fruta.

—Mango.

Me echo a reír.

—Y sal —muestra un bote pequeño.

Antonella tiene los ojos bien abiertos, mueve las manos en el aire intentando alcanzar la comida.

—Todo bien cortadito solo para ti.

Acaricia mi barbilla y me observa mientras devoro aquello como si fuera lo más preciado del mundo. También comparto con David y Antonella, que parecen disfrutarlo incluso más que yo.

—Odio cuando me miras así en silencio —le digo en tono provocador.

—Es difícil no mirar lo más bonito de este lugar —me guiña un ojo.

—¿En serio? ¿Y la playa? —señalo.

—Está bien, es mona. Pero tú eres perfecta.

—¿Perfecta, yo? —hago una mueca—. No exageres, Konstantino.

—Eres perfecta para mí —me toma la mano—. Podría pasarme la vida sin volver a este sitio, pero me volvería loco si no te tuviera a mi lado un día más, Jessica.

Me deja sin palabras.

He aprendido a apreciar esos momentos en los que se pone galante y trata de dejarme sin habla.

—Creo que una vida entera a tu lado todavía se me queda corta.

—¿Entonces qué hacemos?

—Disfrutar de este momento, porque es nuestro milagro.

20 años después, Hospital Mater Dei, São Paulo.

—¡Doctora Jessica Navarro, por favor diríjase a la sala de reuniones del edificio administrativo! —repiten los altavoces.

Salgo con prisa del ala pediátrica en dirección al lugar donde me han convocado. Saco el móvil e intento llamar a Kostas, pero no contesta.

—¿Qué habrá pasado? —llevo la mano al pecho al ver a la Enfermera Jefa del Mater Dei.

—Espero que no se haya muerto nadie —dice Priscila con un tono macabro, caminando a mi lado—. Igual Nina se ha desmayado otra vez...

—No hables así de ella, está mucho mejor desde que empezó a trabajar en administración.

—La echo de menos —suspira.

—Ay, qué mona.

—Pero cuando llega la hora de la comida o la merienda, cuando nos vemos todos los días, recuerdo por qué prefiero tenerla lejos...

—¡Qué horror! —le doy una palmada en el brazo—. ¿Y los niños, están bien?

—En Corea, con la abuela, siendo mimados. Cuando vuelvan me tratarán como si fuera una sargento sin corazón —pone los ojos en blanco.

—¿Y para qué sirven los abuelos si no es para malcriar a los nietos? —bromeo.

Estoy tan preocupada por el anuncio que se repite por los altavoces que ni me pregunto por qué Priscila me acompaña hasta la sala de reuniones del edificio administrativo.

Pero lo entiendo en cuanto se abre la puerta.

—¡Sorpresa! —gritan todos los presentes.

Alrededor de la mesa oval con dos docenas de sillas, la sala está repleta de médicos, enfermeros y gente con traje que ni conozco. También veo colegas, amigos, familia e incluso algunos pacientes.

—¿Pero qué es todo esto?

—Estoy aquí para asegurarme de que no mueras de un infarto —Priscila me da un codazo suave.

En el centro de la sala, en la silla presidencial, Kostas tiene una sonrisa radiante y me indica que me acerque.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, sin entender el motivo de la reunión.

Mis ojos se llenan de lágrimas al ver a mis hijos, David y Antonella, detrás de su padre.

Mi hija está estudiando turismo en Grecia, no pasa un solo día sin que hable o escriba con ella. Me sorprende verla aquí.

Kostas se acerca, me besa en la frente y me lleva hasta nuestros hijos.

Las piernas me tiemblan por la ansiedad.

—Doctora Navarro Lykaios, estamos aquí reunidos para celebrar lo mucho que usted se ha dedicado a la pediatría, no solo en este hospital, sino también al servicio de su país. Y ahora queremos dedicarle este momento a usted —explica Kostas.

—¡Guau! —me impresiona cuando me entrega una caja de terciopelo, donde encuentro una medalla del gobierno brasileño y griego reconociendo mis logros de los últimos años.

—Condecorada —comenta Lulu, con la voz flojita pero aún animada.

—¡Ay, abuela! —la abrazo por el cuello y la lleno de besos—. ¡Si no fuera por usted, ni estaría aquí!

—Mi niña —responde con dulzura.

Los primeros signos serios de pérdida de memoria han comenzado, pero sigue activa, con energía y una vida muy animada. Ha vivido muy bien estos años y parece lista para vivir veinte más.

—Has pasado los últimos catorce años no solo trabajando en el Mater Dei, sino llevando tecnología, salud y bienestar a los rincones más necesitados del país, colaborando con ONGs aquí y en Grecia en temas relacionados con la salud infantil y juvenil, así que es un honor entregarte esta distinción —me felicita el enviado del gobierno brasileño.

Recibo un certificado, un cuadro pintado con finos detalles que me muestra con bata blanca rodeada de niños a los que ayudé, y esa medalla que Kostas coloca en mi cuello.

—Pasamos los últimos años ayudando en varias regiones del país, visitando centro de salud tras centro de salud para devolver a Brasil lo que nos dio. Este es el reconocimiento a tu dedicación,

compasión y excelencia profesional —Kostas pone una mano en mi hombro.

—¡Estoy tan feliz! ¡No me lo esperaba!

—¡Se lo merece! ¡Se lo merece! —Priscila y Nina empiezan a corear y a bailar samba en el sitio, como dos locas.

—¡Parad, por el amor de Dios! —les doy un pellizco a cada una para que se tranquilicen.

La verdad es que me quedo sin palabras.

Miro a mi alrededor y veo rostros que fueron parte de mi camino: niños y adolescentes que ahora son jóvenes adultos, con diagnósticos severos que no prometían futuro y aquí están.

Necesito que Kostas me sujete, porque cuando Antonella se acerca, mis piernas tiemblan aún más.

—Eres nuestra inspiración, mamá. Gracias por salvar vidas y compartir tu amor y tu conocimiento con todo aquel que lo necesita —me abraza.

—Ay, hija, qué alegría tenerte aquí —la abrazo fuerte.

¿Quién habría dicho que aquella bebé que cabía en la palma de mi mano se convertiría en esta mujer tan hermosa?

—¿Por qué no me avisaste que venías? Habría pedido el día libre.

—Ni de broma —David gruñe en mi oído y también me abraza —. Has cogido la enfermedad de papá, solo piensas en trabajar...

—No seas dramático, David. Mamá es muy importante ahora... —dice Antonella con seriedad.

Se hacen muecas el uno al otro y yo intento separarlos.

—No os peleéis, chicos. Vamos a celebrar.

Todos los presentes me felicitan y eso llena mi corazón de un calor indescriptible.

Toda la familia está aquí: mis padres, los padres y abuelos de Kostas, mis hijos. Una ocasión maravillosa para reunirnos, comer y ponernos al día.

—Eres el corazón de este hospital —Kostas me besa la mano y luego me rodea con fuerza por la cintura—. Nunca lo olvides.

—Gracias, amor.

—Voy a buscar algo para brindar —me besa la coronilla.

—¡Felicidades, hija! —mi padre me abraza.

—Ay, papá, qué alegría verte aquí.

—Dijo que no se lo perdería por nada —comenta mi madre—. Me sorprende que no te hayas enterado de la condecoración, lo ha contado a toda la ciudad.

—¡Mi hija ha sido condecorada por el gobierno! Es una de las mujeres más relevantes del país en el ámbito de la salud, ¡la ciudad entera tiene que saberlo! —mi padre me defiende.

—En fin, está orgulloso —mi madre guiña un ojo—. ¡Felicidades, querida!

—Gracias.

Miro la medalla y a las personas que me rodean. Siento una profunda sensación de realización.

He entregado mi corazón a los planes de este hospital y lo veo crecer cada día. Me alegra saber que me están reconociendo por todo lo que he construido en los últimos años.

—Deberíamos salir a cenar esta noche... —sugiere David.

—Ah, vamos a salir a cenar —Kostas regresa, me entrega una copa de champán y brinda conmigo.

—¿Al de siempre? —pregunta Antonella.

—Cena para dos.

—¡Papá! ¡Nosotros también queremos celebrar con mamá!

—Hoy seremos solo ella y yo. Esta noche la voy a premiar...

David se tapa los oídos y Antonella hace una mueca, le da un leve puntapié al padre.

—¿Qué pasa? Estamos intentando daros un hermanito...

—Papá, sabes que eso no es posible —gruñe Antonella.

—Además, los padres no tienen sexo —David abre los ojos y parpadea lentamente, horrorizado.

—Mañana nos vemos y desayunamos juntos —propongo.

—Yo me vuelvo a Atenas —Antonella da media vuelta y se va riendo.

—¡Ni se te ocurra! —la reprendo—. ¿Y tú? —encaro a David —. ¿Cuándo voy a tener un nieto? ¿No va siendo hora de encontrar a una mujer decente para...?

Mi hijo huye lo más rápido posible.

Kostas y yo rompemos a reír. Me rodea con el brazo y acaricia mi cintura mientras me mira.

—Crecen tan rápido...

—¿Lo hice bien? Me sentí como una rica griega exigiendo un heredero al hijo.

—Te sale genial ese papel —Kostas me besa los labios con calma y luego sonríe.

Puedo ver en sus ojos todo lo que hemos vivido en estos últimos veinte años: nuestros viajes por Brasil llevando medicina a lugares necesitados, conociendo hospitales de todo el mundo para modernizar el Mater Dei, criando a nuestros hijos con todo el cuidado y cariño para que se convirtieran en buenas personas.

Y ahora que han desplegado sus alas y empiezan a volar, siento una realización inmensa.

Pero aún quiero un nieto.

—Vamos a escabullirnos. Ni se darán cuenta —murmura Kostas cerca de mi oído.

—Claro que se darán cuenta, soy la homenajeada —le doy una palmada en el hombro.

—¡Maldición! —se queja—. Menos mal que la sala presidencial está justo al lado. ¿Te apetece una escapadita? —mueve las cejas

con picardía.

—Quince minutitos, es lo que te puedo ofrecer.

—¿Quince? —protesta—. Lo que quiero hacer contigo necesita mínimo una hora. Sabes bien que, una vez empiezo, no puedo parar —me besa el hombro.

—¿Media hora? —le subo la apuesta.

—Eso ya es un comienzo —acepta.

Lo acompaño hasta la salida, fingiendo que nadie me está mirando.

—Nunca vas a dejar de ser un descarado, ¿verdad, Kostas?

—Solo el día en que tú dejes de ser el amor de mi vida.

Fin.

¿Te gustó esta historia? Espero que haya calentado tu corazón y te haya entretenido. Pretendo traducir varios libros al español, así que, por favor, si tienes algún comentario, sugerencia u observación que pueda ayudarme, ¿podrías enviármelo por correo electrónico? Siempre estoy abierto a escuchar y mejorar tu experiencia con mis libros.

¡Cariño para ti!

Yule Travalon.

?? yuletravalon@gmail.com

---

[1] "Buenos días" en griego.
[2] "Buenos días, mamá" en griego.
[3] "Buenos días, padre" en griego.
[4] "Buenos días, mi primogénito" en griego.
[5] Un tumor, cáncer.